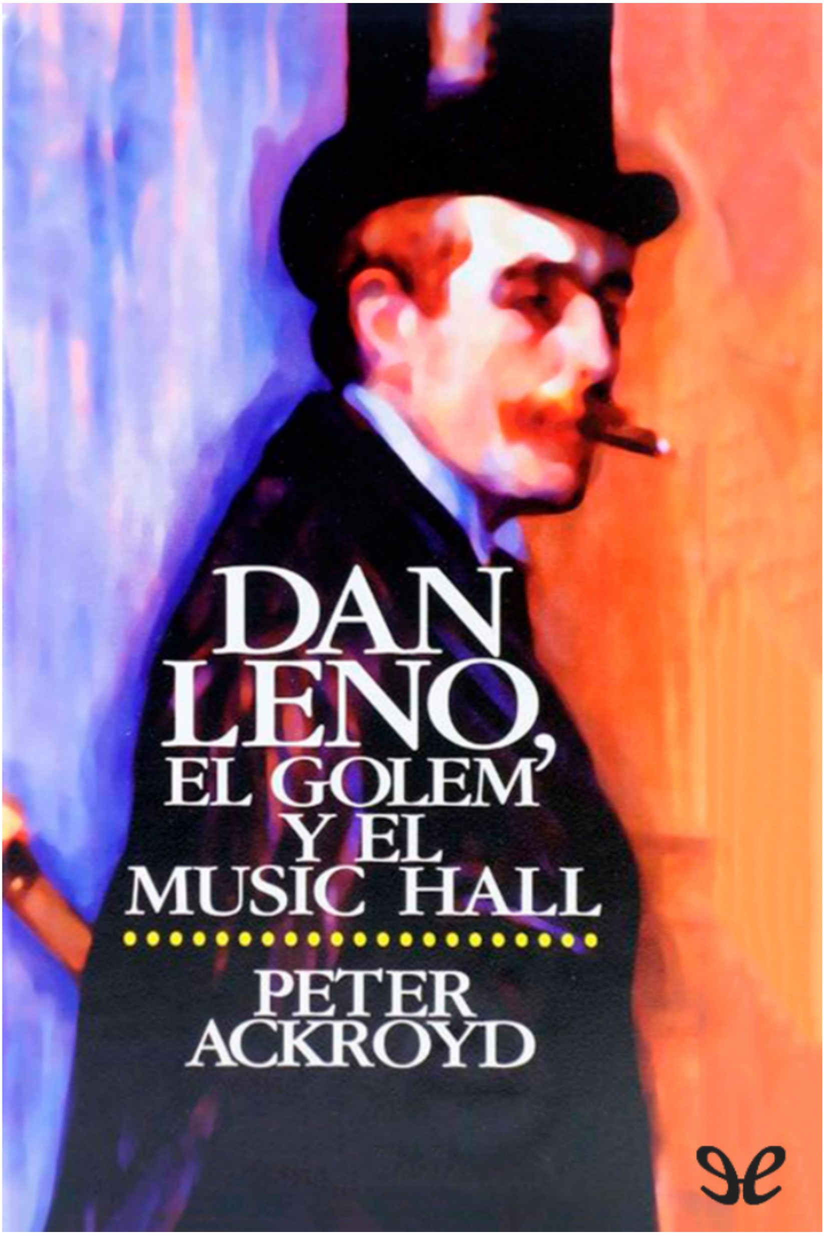

DAN
LENO,
EL GOLEM
Y EL
MUSIC HALL
PETER
ACKROYD

En el Londres de finales del siglo XIX coincidieron los espectaculares éxitos de Dan Leno, el hombre más divertido del mundo según la crítica teatral de la época; la miseria de un actor sin suerte, Charles Chaplin, y el encuentro en la sala de lectura del Museo Británico de Karl Marx y George Gissing, en unos días en que la ciudad se despertaba a menudo con la noticia de un nuevo asesinato sin resolver.

Siguiendo los pasos de ese enigmático asesino, que los gacetilleros no tardaron en bautizar como el golem de Limehouse, Peter Ackroyd nos invita a adentrarnos en el sórdido mundo del music hall decimonónico con una novela en la que la intriga, la recreación de ambientes y la fuerza de los personajes logra un grado de equilibrio ejemplar.

Como ya hiciera en *El último testamento de Oscar Wilde* y en *Chatterton*, Peter Ackroyd consigue, una vez más, renovar el género de la novela histórica.

Peter Ackroyd

Dan Leno, el golem y el music hall

ePub r1.0

Titivillus 09.04.2024

Título original: *Dan Leno & The Limehouse Golem*
Peter Ackroyd, 1994
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

I

El 6 de abril de 1881, una mujer fue ahorcada dentro de los muros de la prisión de Camberwell. La ceremonia, de acuerdo con la costumbre, sería realizada a las ocho, y apenas después del alba los prisioneros comenzaron el aullido ritual. La campana de la capilla de la prisión tocó a muerto mientras ella abandonaba la celda de los condenados y se unía a la procesión que incluía al alcaide, el capellán, el médico de la cárcel, el sacerdote católico (quien había escuchado su confesión la noche anterior), su abogado y dos testigos designados por el Ministerio de Interior. El verdugo les esperaba en un cobertizo de madera al otro lado del patio donde habían levantado el patíbulo. Unos pocos años antes, a la mujer la habrían colgado junto a los muros de la prisión de Newgate, para deleite de la vasta muchedumbre reunida allí durante la noche, pero la progresista legislación de 1868 impedía la oportunidad de representar tan magnífica actuación. Así que tendría que morir en una semiprivacidad victoriana, en un cobertizo de madera que olía al sudor de los trabajadores que lo habían construido dos días antes. El único tributo al sensacionalismo era el ataúd, que había sido estratégicamente colocado en el patio de la prisión para que ella pudiera verlo en su camino hacia la muerte.

Se leyó el oficio de difuntos, y los presentes advirtieron que ella participó del mismo con considerable fervor. Se supone que los condenados deben permanecer muy callados en ese momento solemne, pero ella irguió la cabeza y, mirando a través del pequeño techo de cristal la niebla exterior, suplicó en voz alta por la salvación de su alma. Concluyó el oficio de rigor, y el verdugo permaneció a su lado mientras ella subía al bloque de madera; él se dispuso a colocarle la capucha de burda tela, pero la mujer le apartó con un movimiento de cabeza. Ya tenía las manos atadas a la espalda con correas de cuero, pero no resultó difícil interpretar el

gesto. Mientras ella miraba a los testigos oficiales, le colocaron la soga al cuello (el verdugo conocía el peso y la estatura exactas y había medido el cáñamo al milímetro). Sólo habló una vez antes de que el verdugo accionara la palanca y la trampilla se abriera bajo los pies de la condenada. Entonces dijo: «¡Aquí estamos otra vez!». Todavía los miraba cuando cayó. Se llamaba Elizabeth Cree. Tenía treinta y un años.

Llevaba una bata blanca, o vestido largo, en el momento de la ejecución. Era costumbre, en los días de ejecución pública, que las prendas de los muertos fueran cortadas a trozos para venderlos al público presente como recuerdos o talismanes mágicos. Pero ésta se había convertido en una era de posesión privada, y el cadáver de la mujer ahorcada fue despojado con mucha reverencia del vestido blanco. Horas más tarde el alcaide de la prisión, el señor Stephens, lo aceptó sin decir una palabra de manos de la celadora que lo llevó a su despacho. No preguntó por el destino del cuerpo; él mismo había dispuesto que lo enviaran al forense de la división de Limehouse, especializado en el examen de los cerebros de los criminales a la búsqueda de cualquier señal de anormalidad. Tan pronto como la celadora salió del despacho, el señor Stephens plegó el vestido blanco con mucho esmero y lo guardó en el maletín que tenía junto al escritorio. Aquella noche, en su pequeña casa de Hornsey Rise, volvió a sacarlo del maletín con mucha reverencia, lo levantó por encima de su cabeza y se lo puso. No vestía nada más y, con un suspiro, se tendió sobre la alfombra con el vestido de la ahorcada.

II

¿Quién recuerda ahora la historia del golem de Limehouse o le interesa que le refresquen la historia de la mítica criatura? «Golem» es la palabra medieval judía que designa a un ser artificial creado por un mago o un rabino; literalmente significa «cosa sin forma», y quizá surge de los mismos temores que rodearon el concepto de «homúnculo» durante el siglo XV al que, supuestamente, se había dado forma material en los laboratorios de Hamburgo y Moscú. Era un objeto de horror, del que se decía en ocasiones que estaba hecho de arcilla roja o arena, y a mediados del siglo XVIII se le relacionaba con los espectros y los súcubos con una preferencia por el sabor de la sangre. El secreto de por qué llegó a revivir en las últimas décadas del siglo XIX, y cómo llegó a provocar las mismas ansiedades y terrores que su réplica medieval, hay que buscarlo en los anales del pasado de Londres.

El primer asesinato ocurrió el 10 de septiembre de 1880, a lo largo de Limehouse Reach; éste, como su nombre indica, era un antiquísimo callejón que conducía desde un pequeño grupo de casuchas miserable hasta una escalera de piedra justo por encima de la ribera del Támesis. Había sido utilizado por los mozos de cuerda durante muchos siglos como un acceso conveniente, aunque, algo abarrotado, para la carga y descarga de las embarcaciones pequeñas que allí anclaban, pero la remodelación de los muelles realizada en 1830 y años posteriores lo había dejado arrinconado en el fango de la ribera. Apestaba a humedad y a piedra vieja, pero también desprendía un olor más extraño y esquivo que uno de los residentes en el vecindario había descrito muy bien como olor a «pies podridos». Fue aquí, con la primera luz de una mañana de septiembre, donde descubrieron el cuerpo de Jane Quig. La habían dejado sobre los viejos escalones en tres partes separadas; la cabeza estaba sobre el escalón superior, con el torso arreglado en el escalón

siguiente en algo que parecía la parodia de una forma humana, mientras que algunos de los órganos internos habían sido empalados en un poste de madera junto al río. La víctima era una prostituta que buscaba a sus clientes entre los marineros de la zona y, aunque era una veintiañera, los vecinos la conocían como la «vieja salerosa». Desde luego, la opinión popular, enardecida por los escalofriantes reportajes en el *Daily News* y el *Morning Advertiser*, afirmó que «una bestia con forma humana» andaba suelta, una suposición que se vio fortalecida cuando, seis noches más tarde, se cometió otro asesinato en la misma zona.

El barrio judío de Limehouse abarcaba tres calles más allá de Highway; era conocido con el nombre de «Viejo Jerusalén» tanto por aquellos que lo habitaban como por quienes vivían allí al lado. En Scofield Street había una pensión donde residía un viejo erudito llamado Salomon Weil. Ocupaba dos habitaciones del último piso, llenas de viejos volúmenes y manuscritos de la tradición hasídica, desde las cuales cada día por la mañana iba a la sala de lectura del Museo Británico; siempre iba hasta allí a pie. Salía de su casa a las ocho de la mañana y llegaba a Great Russell Street a las nueve. Sin embargo, la mañana del 17 de septiembre, no salió de sus habitaciones. Su vecino de la planta baja, un empleado de la Comisión de Saneamiento y Mejoras Metropolitanas, se alarmó lo suficiente y llamó suavemente a su puerta. No obtuvo respuesta y, convencido de que Salomon Weil podía estar enfermo, entró sin más en la habitación. «¡Vaya, éste sí que es un bello panorama!», exclamó al enfrentarse a una escena de indescriptible confusión. Pero, como no tardó en descubrir, no tenía nada de bello. El viejo erudito había sido mutilado de la manera más extraña; le habían cortado la nariz que ahora estaba en una pequeña fuente de peltre, mientras que el pene y los testículos ocupaban la página abierta del libro que debía haber estado leyendo cuando le molestaron de forma tan espantosa. ¿O es que el asesino había dejado el libro abierto como una pista de sus apetitos? El pene amputado decoraba una larga entrada sobre el golem, como los policías de la División de Homicidios observaron acertadamente, y, al cabo de unas pocas horas, ésta era la palabra que se susurraba por todo el Viejo Jerusalén y su entorno.

La realidad de este espíritu malévolo fue confirmada por las

circunstancias que rodearon el asesinato cometido en Limehouse dos días más tarde. Otra prostituta, Alice Stanton, fue encontrada al pie de la pequeña pirámide blanca delante de la iglesia de Santa Ana. Le habían partido el cuello, y la cabeza, retorcida de una manera totalmente antinatural, parecía estar mirando a un punto más allá de la iglesia; le habían cortado la lengua que apareció dentro de la vagina, mientras que el cuerpo aparecía mutilado de una manera que se parecía bastante al asesinato de Jane Quig cometido nueve días antes. En la pirámide habían escrito la palabra «golem» con la sangre de la mujer muerta.

A estas alturas, los habitantes de todo el East End londinense estaban profundamente alarmados y enardecidos por la serie de extrañas muertes. Los periódicos informaban de todo lo cometido por «el golem» o «el golem de Limehouse», mientras que ciertos detalles eran embellecidos, o en ocasiones inventados, con el propósito de proporcionar una mayor notoriedad a algo que ya era suficientemente espantoso. ¿Pudo haber sido el periodista del *Morning Advertiser*, por ejemplo, quien decidió que una «multitud airada» había perseguido al «golem» y que éste «se había esfumado» a través de la pared de una panadería de Hayley Street? Pero quizá no se trató de una licencia editorial dado que, tan pronto como se publicó el reportaje, varios residentes de Limehouse confirmaron que ellos se encontraban entre la turba que había perseguido a la criatura y la habían visto esfumarse. Una anciana que vivía en Limehouse Breach juró haber visto a un «caballero transparente» que avanzaba casi a la carrera por la orilla del río, mientras que un cerero sin empleo dijo al mundo a través de las páginas de la *Gazette* que había visto elevarse a una figura por los aires sobre Limehouse Basin. De esta manera nació la leyenda del golem, incluso antes del último y más escalofriante asesinato. Cuatro días después del asesinato de Alice Stanton junto a Santa Ana, toda una familia fue encontrada muerta en su casa en Ratcliffe Highway.

¿Y qué hacía la policía en todo este asunto? Habían seguido los procedimientos de costumbre. Los sabuesos seguían el rastro del asesino putativo; habían ido de puerta en puerta por todo Limehouse para interrogar a fondo a los vecinos; el forense de la división había acudido en cada ocasión para realizar una inspección minuciosa de los restos de las víctimas, mientras que las autopsias

realizadas en la propia comisaría fueron conducidas con una profesionalidad ejemplar. Diversos sospechosos fueron sometidos a concienzudos interrogatorios pero, atentos al hecho de que el golem nunca había sido visto con forma humana, las pruebas contra ellos eran cuanto mucho circunstanciales. Por lo tanto, nadie fue acusado, y la División de Homicidios se convirtió en el blanco de numerosas críticas injuriosas por parte de los periódicos. El *Illustrated Sun* llegó a publicar una estrofa en la que atacaba al oficial superior encargado del caso:

> El inspector jefe Kildare,
> que no caza ni perdices,
> les dijo que
> él encontraría el golem
> y acabó con un palmo de narices.

III

Todos los extractos del juicio de Elizabeth Cree, por el asesinato de su marido, están tomados de los informes completos publicados en Illustrated Police News Law Courts and Weekly Record *del 4 al 12 de febrero de 1881.*

SR. GREATOREX: ¿Compró usted el arsénico en polvo en el Hanway de Great Titchfield Street la mañana del 23 de octubre del año pasado?

ELIZABETH CREE: Sí, señor. Lo hice.

SR. GREATOREX: ¿Por qué lo hizo, señora Cree?

ELIZABETH CREE: Había una rata en el sótano.

SR. GREATOREX: ¿Había una rata en el sótano?

ELIZABETH CREE: Sí, señor. Una rata.

SR. GREATOREX: Sin duda había establecimientos en la zona de New Cross donde vendían arsénico en polvo. ¿Por qué fue usted hasta Great Titchfield Street?

ELIZABETH CREE: Pensaba visitar a una amiga que vive en aquel barrio.

SR. GREATOREX: ¿Y fue usted?

ELIZABETH CREE: No estaba en casa, señor.

SR. GREATOREX: Así que volvió usted a New Cross con el arsénico en polvo, pero sin haber visitado a su amiga. ¿Es correcto?

ELIZABETH CREE: Sí, señor.

SR. GREATOREX: ¿Y qué le pasó a la rata?

ELIZABETH CREE: Oh, está muerta, señor. (*Risas*).

SR. GREATOREX: ¿Usted la mató?

ELIZABETH CREE: Sí, señor.

SR. GREATOREX: Volvamos ahora a otra y mucho más grave fatalidad. Tengo entendido que su esposo cayó enfermo poco

después de su visita a Great Titchfield Street.

ELIZABETH CREE: Siempre había tenía problemas de estómago, señor. Desde el día que nos conocimos.

SR. GREATOREX: ¿Y cuándo fue eso exactamente?

ELIZABETH CREE: Nos conocimos cuando yo era muy joven.

SR. GREATOREX: ¿Me equivoco si digo que entonces usted era conocida como «Lambeth Marsh Lizzie»?

ELIZABETH CREE: Ése era mi nombre en aquel tiempo, señor.

IV

Fui la única hija de mi madre, y nunca me quiso. Quizá deseaba un hijo que proveyera por ella, pero tampoco estoy muy segura. No, no quería a nadie. Dios la perdone, pero creo que me hubiera matado de haber podido. Yo era el amargo fruto de su vientre, la señal exterior de su corrupción interior, la prueba de su lujuria y el símbolo de su caída. Solía decirme que mi padre había muerto después de haber sufrido un terrible accidente en las minas de Kent; escenificaba sus últimos momentos para mí, simulando acunar su cabeza entre sus brazos. Pero no había muerto. Descubrí, por una carta que ella ocultaba debajo del colchón de la cama que compartíamos, que él la había abandonado. Él no era su marido sino un seductor, un listillo que la había dejado preñada. Yo era el resultado, y la que estaba obligada a soportar su vergüenza. A veces se pasaba las noches de rodillas, y rezaba a Jesús y a todos los santos para que la salvaran del infierno; allí se estará asando esta noche, si es que hay justicia más allá de la tumba. Por mí, que se queme.

Nuestras habitaciones estaban en Peter Street, Lambeth Marsh, y nos ganábamos el sustento cosiendo velas para los pescadores del transbordador de caballos; era un trabajo extremadamente duro, y ni siquiera los guantes de cuero podían impedir que la lona y la aguja me lastimaran las manos. Miradlas ahora, tan gastadas y encallecidas. Cuando me tocó la cara, noté las grietas como rodadas de carro. «Manos grandes —decía mi madre—. Ninguna mujer debe tener manos grandes». «Y ninguna —pensaba yo— debería ser tan bocazas como tú». ¡Cómo rezaba y gemía mientras trabajaba! Repetía el sinfín de tonterías que había aprendido del reverendo Style, que tenía una capilla en Lambeth High Road. En un momento era: «¡Dios, te pido perdón por mis pecados!» y al siguiente: «¡Señor, me siento reconfortada!». Acostumbraba a llevarme a aquella

capilla; todo lo que recuerdo es el repiqueteo de la lluvia en el techo mientras cantábamos los himnos. Y después de vuelta a coser. Cuando acabábamos de remendar una vela la llevábamos hasta el transbordador. Una vez intenté llevarla sobre la cabeza, pero ella me abofeteó y dijo que eso era vulgar. Desde luego, ella sabía lo que era ser vulgar; una puta reformada sigue siendo una puta. ¿Y quién sino una puta podía tener una hija sin marido? Los pescadores me conocían como «la pequeña Lizzie» y no me deseaban ningún mal, pero había caballeros que me susurraban cosas junto al río y me hacían sonreír. Conocía esas palabras porque me las habían enseñado los peores maestros del mundo, y por la noche las repetía con la boca pegada a la almohada.

Nuestras dos habitaciones carecían de adornos, excepto por las páginas de la Biblia que ella había pegado en las paredes. Casi no se veía ni un resquicio de pared entre las hojas, y desde mi más tierna infancia no vi otra cosa que palabras. Incluso aprendí a leer de ellas, y todavía puedo recitar de corrido los pasajes que aprendí en aquellos días: «De este sacrificio pacífico ofrecerá a Yavé en combustión el sebo que envuelve las entrañas y cuanto hay sobre ellas, los dos riñones con el sebo que los recubre y el que hay entre los riñones y los lomos, el que hay en el hígado sobre los riñones y lo quemarán los hijos de Arón en el altar». Recuerdo otro que decía: «Aquél que es herido en las piedras, o le han cortado el miembro, no entrará en la congregación del Señor». Los recitaba por la mañana y por la noche; los veía en cuanto me levantaba de la cama y los miraba antes de cerrar los ojos y dormir.

Hay un lugar entre mis piernas que mi madre detesta y maldice; cuando yo era muy pequeña ella me lo pellizcaba con fiereza, o me lo pinchaba con la aguja, para enseñarme que era el hogar del dolor y el castigo. Pero más tarde, ante la visión de mi primer flujo menstrual, se convirtió en un auténtico demonio. Intentó meter unos trapos viejos dentro de mi cuerpo, pero la aparté. Siempre le había tenido miedo pero, cuando me escupió y me cruzó el rostro de un revés, sentí tanto horror que cogí una de las agujas y se la clavé en la muñeca. Entonces, cuando ella vio manar la sangre, se llevó la mano a la cara y se echó a reír. «Sangre por sangre —dijo —. Sangre nueva por la vieja». Después de aquello, se puso enferma. Le compré píldoras purgantes y pócimas calmantes en la botica de

Orchard Street, pero nada pareció producirle ningún alivio. Se volvió tan pálida como las telas que cosíamos, y tan débil que apenas si podía trabajar; como se puede suponer, con tanta vomitera de día y de noche, cuánta faena recaía sobre mis hombros.

Había un médico joven que a veces venía por el barrio desde el hospital de la caridad de Borough Road, y conseguí convencerle de que viniera a casa; le tomó el pulso a mi madre, le miró la lengua y le olió el aliento antes de apartarse rápidamente. Dijo que era algo así como la lenta putrefacción de los riñones, y al oír esto ella volvió a chillar implorando la ayuda de su dios. Después él me cogió las manos, me dijo que fuera una chica buena, y me dio una botella de agua medicinal que sacó del maletín.

—Cállate, madre —le dije en cuanto él se marchó—. ¿Crees que tu dios se conmueve por tus chillidos? Me pregunto cómo puedes ser tan tonta. —Desde luego, ella ya estaba demasiado débil para levantarme la mano, así que no vi la necesidad de seguir consolándola—. Tiene que ser un demonio muy extraño, si deja que mueras de una forma tan miserable. Ser arrojada de Lambeth Marsh al infierno. ¿Es ésa la respuesta a todas tus oraciones?

—Dios me ayudó en épocas pasadas. Que ahora sea el agua la que me reconforte en mi aflicción. —Éstas no eran más que las palabras aprendidas de memoria del libro de himnos, y me reí mientras ella se pasaba la lengua por los labios. Ya se veían las llagas.

—Te daré un poco de alivio, madre. Te traeré agua de verdad. —Serví un poco del cordial del médico en una cuchara y se lo hice tomar. Levanté la mirada y vi el pasaje que ella había pegado en el techo—. Mira, madre, aquí hay otra señal para ti. ¿Ahora no puedes leerlo, niña mala? «Mi padre Abraham se ha apiadado de mí y ha enviado a Lázaro». ¿Conoces a Lázaro, madre? «para que moje la punta de su dedo en el agua, y refresque mi lengua. Porque estoy atormentado por este fuego». ¿Es ése tu tormento, madre? ¿O llegará a serlo?

Ella apenas si podía hablar, así que me incliné y escuché su hediondo susurro.

—Sólo Dios puede juzgarme.

—Pero mírate ahora. Él ya te ha juzgado.

Al escuchar mis palabras, ella volvió a chillar de tal manera que

fui incapaz de soportarlo. Así que bajé a la calle y caminé hacia la orilla del río. Las mujeres de Lambeth Marsh están consideradas como presa fácil pero, cuando un caballero de aspecto extranjero me miró de esa manera, no le di ninguna satisfacción sino que me eché a reír y continué mi camino hacia el agua. Vi que el transbordador estaba a punto de zarpar, así que me recogí las faldas, salté por encima de la zanja, y eché a correr; mi madre decía que era vulgar que una joven corriera, pero ¿cómo haría para alcanzarme ahora? El barquero me conocía de toda la vida, y no quiso aceptar mi penique, así que llegué a Mill Bank con más dinero del que esperaba.

Sólo tenía un deseo en mi vida, y era ver el teatro de variedades. El
Curry's
Variety. Estaba junto al obelisco, cerca de nuestra casa, pero madre me había dicho que era el cubil del diablo y que nunca entrara allí. Yo había visto los carteles anunciando a los comediantes y cupletistas, pero no sabía más de ellos que de los querubines y serafines que mi madre llamaba a voz en cuello. Para mí estos cómicos parlanchines y las bailarinas eran seres fabulosos, maravillosamente exaltados y dignos de adoración.

Me alejé de Mill Bank a la carrera, y caminé hacia el puente nuevo; en aquellos días no conocía Londres muy bien, y continuaba pareciéndome tan vasto y salvaje que, por un momento, miré hacia el conocido Lambeth de toda la vida. Pero allí estaba ella pudriéndose, y con el corazón alegre continué mi camino a lo largo de tiendas y casas; ardía de curiosidad, y ni por un momento se me ocurrió que una muchacha corriera peligro alguno en esas calles. Llegué al Strand y doblé por Graven Street, donde está la fuente, y entonces vi a algunas personas reunidas a la entrada de un teatro de mala muerte. Al menos parecía un teatro de mala muerte pero, cuando me acerqué un poco más, me di cuenta de que era un auténtico teatro de variedades con los cristales de colores y las figuras pintadas que contrastaban con las vulgares y viejas casas vecinas. También tenía un olor propio, una mezcla de especias, naranjas y cerveza; se parecía un poco al olor de los muelles de Southwark, pero mucho más intenso y delicioso. Había un cartel con brillantes letras verdes pegado en la fachada del teatro: sin

duda el gerente lo había puesto allí, porque la multitud se había congregado para leerlo. Lo miré asombrada, porque hasta ese momento nunca había oído hablar de DAN LENO, SALTIMBANQUI, CONTORSIONISTA Y TRANSFORMISTA.

V

Elizabeth recorrió las calles hasta que se hizo de noche pero no quería alejarse demasiado del pequeño teatro, así que se quedó por el enjambre de callejuelas y pasajes que llevaban al Strand. Una o dos veces oyó un silbido suave y discreto, y creyó que la seguían. En la esquina de Villiers Street un hombre la llamó pero ella le insultó con fiereza y, cuando levantó las grandes y encallecidas manos marcadas por las gruesas fibras de la lona, el hombre se alejó silenciosamente. Sólo en una ocasión recordó a su madre, cuando pasó por delante del viejo cementerio de la iglesia de Mitre Court, pero se acercaba la hora de la actuación de Dan Leno y regresó rápidamente a Craven Street. El gallinero costaba dos peniques y cuatro el patio, pero ella escogió el patio.

Los espectadores ocupaban las viejas mesas de madera con la comida y la bebida delante de ellos, mientras tres camareros con delantales a cuadros blancos y negros no daban abasto por los continuos gritos que pedían más encurtidos de salmón, queso o cerveza. Una vieja de rostro muy rojo, con unos estrafalarios rizos postizos que le caían sobre la frente y las mejillas, se sentó a su lado.

—Aquí no hay más que chusma, querida —dijo en cuanto se sentó—. No sé por qué me molesto.

Elizabeth apenas si podía oírla en medio de tanto ruido y barullo. La mujer tendió una mano y le compró una naranja a un pequeñajo que a duras penas podía aguantar el cesto de fruta. Después se la guardó entre las tetas.

—Es para más tarde. —Torció el gesto y se abanicó el rostro con uno de los platos sucios que había en la mesa—. ¿No crees que apestan?

Elizabeth estaba acostumbrada al olor humano —o, mejor dicho, casi no se daba cuenta del intenso olor de la carne— y toda su

atención se concentraba en el raído telón que tenía delante. Un hombre descomunal con una fantástica levita a rayas se encaramó al escenario ayudado por algunos espectadores, y aunque parecía estar muy borracho se las arregló para mantenerse erguido y levantar los brazos.

—¡Silencio, por favor! —gritó con un tono muy severo y Elizabeth advirtió, un tanto sorprendida, que llevaba un ramo de geranios enganchado en el ojal de la solapa. Por fin, entre muchos gritos y risas, comenzó a hablar—: Un viento frescachón del este me ha estropeado la voz —berreó, y luego tuvo que esperar a que se acallaran los aullidos y cuchufletas—. Estoy asombrado por vuestra generosidad. Nunca he conocido a tantos apuestos muchachos con unos modales tan encantadores. Me siento como si me hubieran invitado a tomar el té.

Ahora el ruido era tan ensordecedor que Elizabeth se tapó los oídos con las manos; la vieja de cara roja se volvió para guiñarle un ojo, y después levantó el dedo meñique de la mano derecha en una especie de saludo.

—No está en poder de los mortales imponer el éxito —prosiguió el hombre—, pero haré algo más. Intentaré merecerlo. Por favor, no pasen por alto que esta noche la ración de rabo de buey en gelatina está a sólo tres peniques.

Continuó diciendo muchas más cosas por el estilo, algo que a Elizabeth le resultó muy aburrido, pero finalmente una joven con un sombrero grande y anticuado abrió el telón para dejar a la vista la escena de una calle londinense que, a la vacilante luz de las lámparas de gas, le pareció a Elizabeth la visión más maravillosa del mundo. Las únicas pinturas que había visto en toda su vida eran las burdas imágenes pintadas en las barcas amarradas a los muelles, y aquí tenía un cuadro del Strand por donde acababa de pasear, pero ahora le parecía mucho más glorioso e iridiscente, con las fachadas de las tiendas pintadas en rojo y azul, con las altas farolas, los tenderetes y las pilas de mercaderías. Esto era mejor que cualquier recuerdo.

Un muchacho salió de entre bastidores, y de inmediato los espectadores comenzaron a silbar y dar golpes con los pies llevados por el entusiasmo. Tenía el rostro más extraño que hubiera visto nunca; su cara era tan delgada que la boca parecía extenderse de un

lado al otro, y ella estaba segura de que debía continuar alrededor del cuello; su palidez era tan extrema que los grandes ojos oscuros brillaban como luceros y parecían mirar a algo que estuviera más allá del mundo. Llevaba un sombrero de copa casi tan alto como él, y una chaqueta confeccionada con la más variopinta selección de retazos multicolores. Elizabeth comprendió al instante que estaba interpretando a un organillero italiano, y todo el público permaneció en silencio mientras él comenzaba a cantar, con una voz lenta y suave *Apiadaos del pobre italiano*. Ella estaba a punto de echarse a llorar de pena, mientras escuchaba el relato de una vida de miseria y desgracias, pero después de unas pocas estrofas él se retiró del escenario con las manos en los bolsillos. Al cabo de unos momentos, apareció una anciana que, por lo que Elizabeth veía, no era vieja. Era imposible concretar su edad, y vestía una sencilla bata con un delantal.

—Anoche lo pasé fatal —comentó a los espectadores quienes, para gran sorpresa de Elizabeth, ya se estaban desternillando de risa —. Fatal, fatal. Verán, anoche se presentó mi hija.

De pronto, Elizabeth recordó a su madre, postrada con los riñones podridos, y también ella se sumó a las carcajadas. Incluso mientras reía se dio cuenta de que era el mismo chico, vestido con prendas femeninas. Ahora había desaparecido el dolor, se había acabado el sufrimiento.

—Esa hija mía es una tacaña de cuidado. Tan cicatera que se compra media docena de ostras y se las come delante del espejo para que parezcan una docena. Ah, tendríais que conocer a mi hija, menuda vidorra. No es ninguna tonta. Todo el mundo conoce a mi hija.

El chico vestido con ropas de vieja se levantó las faldas y comenzó a bailar un zapateado, mientras el pequeño teatrucho parecía brillar con la fuerza de su personalidad. Elizabeth comprendió que éste debía ser el Dan Leno que anunciaban los carteles. No se dio cuenta de la duración de su número pero, después, apenas se prestó atención a los dúos vocales, a los acróbatas y a los trovadores tiznados de negro. Sólo era consciente de la extraña comedia con la que Leno había resumido las miserias de su vida.

Se había acabado. Cuando salió a la calle con los demás, fue como

si la hubieran expulsado de un mundo maravilloso. Tomó por Craven Street y luego cruzó Hungerford Bridge. Conocía bien el camino de regreso a Lambeth Marsh, incluso en la oscuridad, y caminó lentamente más allá de la ribera donde las ratas y los pilletes hacían su trabajo. Tres chiquillos arrastraban algo fuera del agua, pero incluso este espectáculo no la satisfizo después del encanto del teatro de Craven Street. Entró en su casa de Peter Street, agotada por las emociones de la velada, y apenas si echó una ojeada a su madre tendida en la cama; le chorreaba una baba blanca verdosa por la comisura de la boca, y le temblaba todo el cuerpo quizá por el dolor o el delirio. Al cabo de un rato, Elizabeth le llevó un zumo que había preparado ella misma, y la obligó a bebérselo.

—No hagas la tonta, madre —susurró—. No tienes mala pinta.

Después comenzó a arrancar las páginas de la Biblia pegadas en las paredes.

Dos días más tarde, oficiaron un funeral de caridad por su madre y la noche después del entierro, Elizabeth volvió al teatro de Craven Street donde escuchó a Dan Leno interpretar una de las cantinelas que le llevaron a ser conocido como «el hombre más divertido del mundo»:

> Creo que Jim me tiene ojeriza
> aunque nunca ha dicho ni pío.
> Pero cada vez que paso
> por delante de la obra,
> me tira un ladrillo a la cabeza.

VI

Dan Leno era considerado como el hombre más divertido de aquella o de cualquier otra época, pero la mejor descripción del personaje es probablemente la que hizo Max Beerbohm en el *Saturday Reviere*: «Desafío a cualquiera a que no se enamore de Dan Leno a primera vista. En el momento que salió a escena, con aquel aire de fogosa decisión, retorciendo cada miembro con algún profundo dolor que necesita ser expresado, todos los corazones se le rindieron… este pobre y pequeño personaje maltratado, tan maltrecho, y sin embargo tan animoso, con su voz chillona y los gestos ampulosos, torcido pero no roto, débil pero perseverante, encarna la voluntad de vivir en un mundo en el que no vale la pena vivir…».

Había nacido en el número 4 de Eve Court, en un barrio junto a la vieja iglesia de San Pancracio antes de que la Midland Railway Company levantara allí su estación. También resultaba curioso que su fecha de nacimiento, el 20 de diciembre de 1850, fuera la misma de Elizabeth Cree. Sus padres ya eran «faranduleros» y actuaban en los *music halls* y *varietés* con el nombre del «señor y la señora Johnny Wilde, dúo vocal y comediantes» (el nombre verdadero de Dan Leno era George Galvin pero lo descartó rápidamente, lo mismo que Elizabeth Cree que nunca utilizó el apellido de su madre). Su hijo apareció por primera vez en un escenario a la edad de cuatro años, en el Cosmotheka Music Hall en Paddington, vestido con un traje que le había confeccionado su madre con la seda de un viejo paraguas de cochero. En el comienzo de su carrera lo presentaron como «contorsionista y transformista», y en realidad era capaz de algunas contorsiones realmente notables, la más impresionante de todas quizás era su imitación de un sacacorchos abriendo una botella de vino. A los ocho años los carteles le

anunciaban como el Gran Pequeño Leno (siempre fue muy bajo) y al cabo de un año se convirtió en el «Gran Pequeño Leno, la quintaesencia de los comediantes cockney» y, en ocasiones, en «el vocalista cockney». Pero en el otoño de 1864, cuando Elizabeth lo vio por primera vez, ya había desarrollado el humor que le convertiría en un personaje auténticamente famoso. Sin embargo, ¿cómo fue que menos de veinte años más tarde, los policías de la división de Limehouse sospecharan que Dan Leno era el asesino golem de Limehouse?

VII

Estos extractos están tomados del diario del señor John Cree de New Cross Villas, en el sur de Londres, que se guardan en la sección de manuscritos del Museo Británico, con el registro Add. Ms. 1624/566./566.

6 de septiembre de 1880

Era una hermosa mañana, y presentía la proximidad de un asesinato. Necesitaba sofocar ese fuego, así que cogí un coche hasta Aldgate y después seguí a pie en dirección a Whitechapel. Debo decir que estaba ansioso por empezar, porque por primera vez tenía en mente una novedad: aspirar el aliento de un niño moribundo, y comprobar si todo su espíritu juvenil se mezclaba con el mío. ¡Ah, en ese caso, podría vivir eternamente! Pero ¿por qué digo niño, cuando me refiero a cualquier vida? Mirad, estoy temblando de nuevo.

Esperaba encontrar más gente por Gammon Square, pero en estas miserables casas de pisos están contentos si pueden dormir todo el día y así engañar al hambre. En años anteriores los hubieran echado a la calle con la primera luz del alba, pero en estos tiempos las normas se están degradando, ¿adónde hemos llegado, si los pobres trabajadores ya no necesitan trabajar? Doblé por Hanbury Street, y menudo pestazo que echaban todos juntos. Flotaba en el aire el repugnante aroma de un puesto de empanadas donde, sin duda, la carne de gato y de perro eran tan abundantes como siempre, y donde toda clase de comerciantes judíos te abordaban con los habituales: «¿Por qué pasa corriendo?» y «¿Cómo está usted en un día tan bonito como éste?». Puedo soportar el olor de los judíos pero el olor de los irlandeses, fuerte y persistente como el del queso fermentado, es algo que no se puede tolerar. Había dos de ellos tumbados, borrachos perdidos, delante de la puerta de una

taberna, y crucé la calle para dar alivio a mi nariz. Entré en una cochambrosa tienda de caramelos y compré un penique de regaliz para ennegrecerme la lengua. ¡Quién sabía dónde la metería aquella noche!

Entonces se me ocurrió otra excelente idea. Disponía de un par de horas antes de que fuera noche cerrada y sabía que un poco más allá, en dirección al río, se alzaba la casa que había sido testigo de los inmortales asesinatos de Ratcliffe Highway cometidos en 1812. En un lugar tan sagrado para la memoria como Tyburn[1] o el Gólgota, una familia entera fue misteriosa y silenciosamente despachada hacia la eternidad por un artista cuyas hazañas se conservarán para siempre en el recuerdo en las páginas de Thomas De Quincey. John Williams había entrado en el hogar de los Marr y los barrió del mundo como quien barre un puñado de polvo. Por lo tanto, ¿qué excursión podía ser más placentera que un paseo por esa misma calle?

En honor a la verdad era un escenario miserable para un crimen tan glorioso, sólo un local de fachada angosta y un puñado de habitaciones en los pisos superiores. Marr, cuya sangre fue derramada en pro de la grandeza, había sido calcetero de profesión. Ahora su lugar lo ocupaba un ropavejero. De esta manera, como nos dice la Biblia, se corrompen los templos sagrados. Entré sin demora, y le pregunté cómo iba el negocio.

—Bastante mal, señor. Bastante mal —respondió.

Eché una ojeada por encima del mostrador, donde Williams le había hendido el cráneo a un niño.

—Éste es un buen sitio para una tienda, ¿no?

—Eso dicen, señor. Pero las cosas siempre son difíciles en Highway. —Me miró, mientras me agachaba para tocar el suelo con el índice—. Un caballero como usted no necesita comprar nada en un lugar como éste, ¿me equivoco?

—Mi esposa tiene una doncella, que no necesita filigranas. ¿Tiene por aquí algún vestido anticuado?

—Tenemos muchísimos vestidos y batas, señor. Toque la calidad de estas telas. —Pasó la mano por una hilera de prendas anticuadas, y me acerqué tanto que casi alcancé a olerías. ¿Qué carne sucia se había apretado contra esas telas? En esta misma habitación, quizá sobre estas mismas tablas, el artista había deseado más sangre y

había ido a cazar a la señora de la casa.

—¿Tiene usted esposa y una hija?

Él me miró durante unos segundos, y después se echó a reír.

—Ah, ya entiendo lo que quiere decir, señor. No. Ellas nunca han usado estas prendas. No somos tan pobres.

John Williams había subido las escaleras, y la había atacado en el momento en que ella se inclinaba para atizar el fuego.

—Entonces, ¿no cree que sean para mí o para mi doncella? Buenos días tenga usted. Tengo que atender otro asunto.

Abandoné el local, pero no pude resistir la tentación de mirar hacia las habitaciones de encima de la tienda. ¿Qué maravillas se habían realizado en aquel pequeño espacio? ¿Qué pasaría si volvieran a repetirse? Eso sería un hecho nunca visto antes en esta ciudad.

Pero tenía algo mejor que hacer, algo mucho más placentero. Caía la noche y estaban encendiendo las farolas de gas cuando llegué a Limehouse. Era el momento de demostrar mis habilidades pero, de momento, sólo era un mero aficionado, un principiante, un secundario que no podía aparecer en los grandes escenarios sin haber ensayado. Primero debía perfeccionar mi actuación a horas discretas, apartado del tumulto de la ciudad; si pudiera encontrar algún jardín aislado y, como algún ser pastoral, derramar sangre londinense en un entorno verde. Pero no podía ser. Todavía me encontraba en mi teatro privado, en este lugar desnudo alumbrado por las farolas de gas, y aquí debía actuar. Pero tendría que ser detrás del telón.

Había una moza vivaracha apostada en el callejón junto al Laburnum Playhouse; tendría unos dieciocho o diecinueve años, pero era zorra vieja en la vida callejera. Conocía la Biblia del mundo, y sus palabras las llevaba escritas en el corazón. ¿Cómo sería su corazón si se lo extirpaban con amor y cuidado? La seguí mientras ella caminaba hacia el albergue para marineros en la esquina de Globe Lane. ¿Veis cómo me sé las calles? Había comprado el *Nuevo mapa de Londres* de Murray, y había estudiado todas las entradas y salidas. Allí estaba ella y al cabo de unos momentos se le acercó un peón, las ropas sucias con el polvo de la obra, y le murmuró su propuesta. La moza le respondió, y a partir de aquello todo fue muy rápido: ella le condujo por Globe Lane

hasta una casa en ruinas. Llevaba el polvo del hombre en el vestido cuando volvieron a salir a la luz.

Esperé a que el hombre se marchara, y entonces me acerqué.

—Vaya, chica, has tenido que darte un buen revolcón para acabar tan llena de polvo.

Ella se rió, y le olí el aliento a ginebra. Incluso ahora sus órganos ya se estaban conservando, como si estuvieran metidos en un frasco de laboratorio.

—Para mí son todos iguales. ¿Tienes dinero?

—Mira. —Saqué una moneda reluciente—. Pero fíjate. Soy un caballero. ¿Esperas que lo haga en la calle? Necesito una buena cama y cuatro paredes.

Volvió a reír.

—Entonces, caballero, debemos hacer una parada en el Bladebone.

—¿Dónde está?

—Necesitamos ginebra, caballero. Más ginebra, si quiere quedar satisfecho.

Era una taberna en Wick Street, y parecía un tugurio de la peor clase lleno con los desechos de Londres. Habría disfrutado de su hedor, como un hombre sencillo hubiera levantado los brazos, y me habría unido al clamor general contra el cielo, pero, como artista, me mostré comedido. No podía ser visto antes de mi primera gran actuación. Ella advirtió mis titubeos, y esbozó una sonrisa.

—Veo que realmente eres un caballero, y no hace falta que me acompañes. Nací aquí. Sé moverme por estos lugares.

Cogió las monedas que le di y regresó al cabo de unos minutos con un orinal lleno de ginebra.

—Está limpio —dijo—, bien limpio. Nunca lo usamos para eso. Tenemos las calles, ¿no?

Me condujo hasta un patio cercano, más o menos del tamaño de un pañuelo; se tambaleó mientras subía los escalones comidos por la carcoma, y derramó un poco de la ginebra contenida en el orinal. Alguien cantaba en uno de los cuartuchos, y reconocí las palabras de la vieja tonadilla de *music hall* como si las hubiera escrito yo mismo.

Cuando nadie nos miraba

cogí a mi virgen suavemente,
tuvo que ser su cocina
porque acabé muy fieramente.

Después reinó el silencio mientras subimos hasta el último piso y entrábamos en un cuarto que no era más que un cuchitril. Había un mugriento jergón en el suelo, y en las paredes había pegado fotos de Walter Butt, George Byron y otros ídolos del teatro. Todo apestaba a ginebra rancia, y un trozo de sábana oficiaba de cortina en un ventanuco. Así que ésta sería mi sala verde o, mejor dicho, roja. Este lugar marcaría mi entrada en el escenario del mundo. Ella cogió una taza sucia, la metió en el orinal y se bebió la ginebra de un trago. Me preocupaba que pudiera perderse la diversión pero, al mismo tiempo, sabía muy bien que ella deseaba verse libre a toda costa de las miserias de este mundo. ¿Quién era yo para impedírselo o convencerla de lo contrario? No hice ningún movimiento sino que la miré mientras se bebía otra taza de ginebra. Luego, cuando se tendió sobre el jergón, me incliné sobre ella y comencé a quitarle la suciedad y el polvo de ladrillo del vestido. Estaba casi adormilada por el efecto de la ginebra, pero alcanzó a cogerme el brazo mientras la tocaba. «¿Qué vas a hacer conmigo?». Ella continuaba tendida, borracha como una cuba, pero a mí se me ocurrió que había adivinado mi juego y se ofrecía voluntariamente a mi cuchillo. Están esas pobres almas quienes, al enterarse del estallido de un brote de cólera, corren al barrio animadas por la esperanza del contagio. ¿Era éste su deseo? Entonces sería un crimen dejarla con las ganas, ¿no es así?

No quería ni una mancha de su sangre en mis prendas así que me quité el abrigo, la chaqueta, el chaleco y los pantalones. Colgado detrás de la puerta había un viejo abrigo ribeteado en piel, y me lo puse antes de sacar el cuchillo. Era un objeto hermoso con el mango de marfil tallado; lo compré en
Gibbon's
de Haymarket por quince chelines y la pena era que, después de entrar en ella, su brillo desaparecía para siempre. Recuerdo que, cuando iba a la escuela, casi lloraba al ver como mi primera línea mancillaba la pureza del nuevo cuaderno de ejercicios. Ahora estaba a punto de volver a escribir mi nombre, pero con un

instrumento diferente. Ella sólo comenzó a removerse después de que le hubiera sacado un trozo de intestino y soplado suavemente sobre él; se oyó un leve suspiro o un gemido, y ahora al recordar la escena, creo que pudo ser su espíritu abandonando este mundo. Había abierto los ojos, y tuve que arrancárselos con el cuchillo ante el temor de que la imagen de mi rostro hubiera quedado grabada en ellos. Metí las manos en el orinal y me lavé su sangre con la ginebra; luego, como remate del delito, cagué en el orinal. Se había acabado. Ella había sido evacuada del mundo, y yo había evacuado. Ahora ambos éramos recipientes vacíos, esperando la presencia de Dios.

7 de septiembre de 1880

¿Puedo citar a Thomas De Quincey? En las páginas de su ensayo *Del asesinato considerado como una de las bellas artes* me enteré por primera vez de las muertes en Ratcliffe Highway, y, desde entonces, su obra ha sido una fuente de perpetuo deleite y asombro para mí. ¿Quién sería capaz de no conmoverse con su descripción del asesino?, ¿John Williams, quien cometió sus actos por «pura voluptuosidad, de una forma completamente desinteresada» y quien provocó una tragedia exterminadora digna de Middleton o Tourneur? El destructor de la familia Marr era «un artista solitario, que vivía en el centro de Londres, soportando la conciencia de su grandeza», un artista que utilizaba Londres como el «estudio» donde exhibir sus obras. Y qué maravilloso toque el de De Quincey, al sugerir que Williams se había teñido el pelo de un brillante color amarillo «algo a medio camino entre el naranja y el limón» para crear un deliberado contraste con la «palidez cadavérica» de su rostro. Me estremecí de deleite cuando leí por primera vez su costumbre de vestirse para cada asesinato como si fuera a salir a escena: «Cuando salía para realizar una gran masacre siempre se ponía medias de seda negra y zapatos; por ningún motivo hubiera degradado su condición de artista vistiendo un batín. En su segunda gran actuación, se hizo notar y así fue registrado por el único hombre tembloroso, que atenazado por el miedo fue obligado (como descubrirá el lector) a convertirse en solitario espectador de sus atrocidades, que el señor Williams vestía una levita larga azul, de la tela más fina, y forrada de seda». Pero ya es suficiente por

ahora. Recomiendo su obra de todo corazón. ¿No es lo que se dice?

8 de septiembre de 1880

Llovió durante todo el día. Le leí algunos versos de Tennyson a mi querida esposa, Elizabeth, antes de retirarnos.

VIII

ELIZABETH CREE: Creí que mi esposo tenía una indisposición gástrica. Le recomendé que llamara al doctor.

SR. GREATOREX: ¿Era una persona de buena salud?

ELIZABETH CREE: Padecía de dolores de estómago, algo que siempre atribuimos a los gases.

SR. GREATOREX: ¿Y aquella noche recibió algún tipo de atención médica?

ELIZABETH CREE: No. La rechazó.

SR. GREATOREX: ¿La rechazó? ¿Por qué?

ELIZABETH CREE: Me dijo que no era necesaria y, en cambio, me pidió un zumo de lima.

SR. GREATOREX: Es una petición muy extraordinaria para un hombre aquejado por un dolor tan intenso, ¿no le parece?

ELIZABETH CREE: Creo que deseaba el zumo para refrescarse la frente y las sienes.

SR. GREATOREX: ¿Puede explicarle al tribunal qué ocurrió después?

ELIZABETH CREE: Me encontraba en la cocina preparando el zumo, cuando oí un ruido procedente de su habitación. Subí a su habitación de inmediato y vi que se había caído de la cama y estaba tendido sobre la alfombra.

SR. GREATOREX: ¿Su marido le dijo alguna cosa en ese momento?

ELIZABETH CREE: No, señor. Vi que respiraba con cierta dificultad y que tenía un poco de espuma en las comisuras de los labios.

SR. GREATOREX: ¿Qué hizo usted entonces?

ELIZABETH CREE: Llamé a Aveline, nuestra doncella, para que lo cuidara mientras yo iba a buscar al doctor.

SR. GREATOREX: ¿Así que usted abandonó la casa?

ELIZABETH CREE: Sí.

SR. GREATOREX: ¿Y no le dijo a usted a un vecino que encontró en la calle: «John se ha destruido a sí mismo»?

ELIZABETH CREE: Llevaba tanta prisa, señor, que no sé lo que pude haber dicho. Incluso olvidé mi sombrero.

SR. GREATOREX: Continúe.

ELIZABETH CREE: Regresé con el doctor tan rápido como me fue posible, y juntos entramos en el dormitorio de mi marido. Aveline se inclinaba sobre él, pero yo vi que había expirado. El doctor le olió los labios y dijo que debíamos informar a la policía.

SR. GREATOREX: ¿Por qué lo dijo?

ELIZABETH CREE: Creía por el olor en la boca de mi marido que sin duda había ingerido ácido prúsico, o algún otro veneno, y que le harían la autopsia. Como no podía ser de otra manera, las palabras del médico me produjeron una impresión tremenda, y me han dicho que sufrí un desvanecimiento.

SR. GREATOREX: Pero entonces, ¿por qué le gritó a su vecino en plena calle y sólo unos minutos antes, que su marido se había destruido a sí mismo? ¿Cómo pudo llegar a dicha conclusión si, como usted aún creía en aquel momento, sólo sufría de un malestar gástrico?

ELIZABETH CREE: Como le expliqué al inspector Curry, señor, él había amenazado con matarse en otras ocasiones. Era una persona con una disposición muy morbosa y, en las angustias del momento, debí recordar aquellas amenazas. Sé que en la mesita de noche había un libro sobre el láudano del señor De Quincey.

SR. GREATOREX: Creo que el señor De Quincey nos es indiferente en esta ocasión.

IX

Un joven se sentó en la sala de lectura del Museo Británico y, al abrir las páginas del ejemplar de *Pall Mall Review* de aquel mes, advirtió que le temblaba un poco la mano. Se la llevó al bigotillo, olió el débil rastro del sudor en la palma, y después se preparó para iniciar la lectura; quería saborear y recordar el momento en que vería por primera vez sus palabras impresas entre las gruesas cubiertas de un periódico intelectual de Londres. Era como si otra persona más gloriosa se estuviera dirigiendo a él desde la página pero, sí, éste era su artículo: «Romanticismo y asesinato». Después de echar una rápida ojeada a los comentarios iniciales sobre el espeluznante melodrama de la prensa sensacionalista, escritos a petición de su editor, leyó sus propios argumentos con gran placer:

> Podría buscar una sugerente analogía con el ensayo de *El asesinato como una de las bellas artes* de Thomas De Quincey, que es célebre con toda justicia por su comentario final sobre el extraordinario tema de los asesinatos de Ratcliffe Highway de 1812, cuando una familia entera fue masacrada en una calcetería. La publicación de este ensayo en *Blackwood's* provocó las críticas entre el público lector de quienes consideraron que había dado un tratamiento sensacionalista y, por lo tanto, trivializado una serie de asesinatos especialmente brutales. Es muy cierto que De Quincey, como otros ensayistas de principios de siglo (los nombres de Charles Lamb y Washington Irving acuden inmediatamente a la memoria), podía en ocasiones introducir pasajes ligeros e incluso ingeniosos en los más serios argumentos; hay algunas partes en su

ensayo donde, por ejemplo, embellece en exceso la breve carrera del asesino John Williams, y parece mostrarse poco comprensivo con el sufrimiento de las desgraciadas víctimas del citado criminal. No obstante, sería una injusticia asumir, sólo con esta prueba, que la mera tendencia a tratar de manera sensacionalista estos sanguinarios episodios llegue a trivializarlos o a desmerecerlos en cualquier sentido. Se podría suponer todo lo contrario: el asesinato de los Marr ocurrido en 1812 alcanzó su apoteosis en la prosa de Thomas De Quincey, quien con su encendida imaginería y vibrante cadencia ha conseguido inmortalizarlo. Por cierto, que los lectores de *Blackwood's* deberían haber advertido la presencia de creencias y preocupaciones bajo la ornada prosa de De Quincey manifiestamente contrarias a cualquier deseo de trivializar los asesinatos cometidos en Ratcliffe Highway.

Se interrumpió durante un momento para pasarse un dedo entre la nuca y el cuello duro de la camisa; había algo allí que le rozaba la piel, pero se olvidó de la irritación al reanudar la lectura.

> Es bien sabido que los asesinos, y las asesinas, han recibido diversas consideraciones según la época. Existen modas en el asesinato de la misma manera que las hay en cualquier otra forma de expresión; en nuestra propia época de privacidad e insularidad doméstica, el envenenamiento es uno de los métodos favoritos para despachar a alguien a la eternidad mientras que, en el siglo XVI, el apuñalamiento se consideraba como un medio de venganza más viril y combativo. Pero hay diversas formas de expresión cultural, como sugiere el reciente trabajo de Hookman, y este ensayo de Thomas De Quincey puede ser estudiado de una manera más adecuada en un marco completamente distinto. Quizá valga la pena señalar que el escritor estaba relacionado con la generación de

poetas ingleses que el consenso general denominaba con el nombre de «los románticos». Coleridge y Wordsworth fueron sus íntimos amigos. El término parece poco adecuado para un hombre obsesionado con el asesinato y la violencia, y, no obstante, hay todo un entramado de curiosas asociaciones que llevan la espantosa carnicería de Limehouse al mismo mundo de *The Prelude o Helada a medianoche*. Por ejemplo, Thomas De Quincey ha creado una narrativa a partir del asesinato de los Marr en la que el asesino emerge como un maravilloso héroe romántico. John Williams es visto como un marginado que disfruta de un poder secreto, un paria cuya exclusión de las convenciones sociales e incluso de la propia civilización le proporciona nuevas fuerzas. En realidad, el hombre no era más que un vulgar exmarinero forzado a vivir en una vivienda miserable, cuya absurda estupidez le llevó a ser capturado; pero en las páginas del relato de De Quincey se transforma en un vengador de pelo teñido de un color amarillo chillón y palidez cadavérica que le otorgaban el significado de una deidad primitiva. En el núcleo del movimiento romántico se tenía la creencia de que los frutos de la manifestación aislada eran de la mayor importancia y capaces de descubrir las más grandes verdades; precisamente por esta razón, Wordsworth fue capaz de elaborar un poema épico a partir de sus creencias y observaciones privadas. En el relato de De Quincey, John Williams se convierte en un Wordsworth urbano, un poeta de impulsos sublimes que reordena (uno podría decir, ejecuta) el mundo natural con el propósito de que refleje sus propias preocupaciones. Los escritores como Coleridge y De Quincey también estaban muy influidos por la filosofía idealista alemana, como lo estaban todos los hombres de la cultura de comienzos de este siglo, una de cuyas consecuencias es que experimentaban profundo interés por el concepto de «genio» como epítome de una mente prodigiosa y aislada. Es así como

> John Williams se transforma en un genio de su propia esfera particular, con la particularidad de que también se ve asociado con las ideas de la muerte y el silencio eterno: sólo hay que recordar el ejemplo de John Keats, que tenía diecisiete años de edad en el momento de producirse los asesinatos de Ratcliffe Highway, y lo potente que puede resultar esa imagen de destrucción.

Un empleado llevó dos libros a su mesa; el joven no le dio las gracias, pero miró de reojo los títulos antes de atusarse el pelo con la palma de la mano. Luego se acercó la mano a la nariz, y se olió los dedos antes de continuar con la lectura.

> Hay otras corrientes muy sugestivas que se mueven por la superficie de la prosa de De Quincey. Es cierto que, básicamente, está preocupado con la fatídica figura de John Williams, pero se preocupa de situar a su creación (porque es eso en lo que se convierte su asesino en esencia) en el escenario de una enorme y monstruosa ciudad; pocos escritores tienen un sentido del lugar tan intenso y espantoso y, dentro de este ensayo relativamente breve, evoca un Londres siniestro y crepuscular, un paraíso para extraños poderes, una ciudad de pasos y luces resplandecientes, de casas apretujadas, de callejuelas lacrimógenas y puertas falsas. Londres se convierte en una melancólica presencia detrás, o quizás incluso dentro, de los propios asesinos; es como si John Williams se hubiera convertido de hecho en un ángel vengador de la ciudad. No es difícil comprender la fuerza de la obsesión de De Quincey. En su obra más famosa, *Confesiones de un comedor de opio inglés*, recuerda un período de su vida (antes de que empezara a consumir láudano) en el que era un marginado rondando por las calles de Londres; entonces sólo tenía diecisiete años, y se había fugado de un colegio privado en Gales. Viajó a Londres, y de inmediato se convirtió en una presa de su implacable y poderosa vida. Se moría de hambre, y comenzó a dormir en una casa abandonada cerca de Oxford Street

donde encontró a «una pobre niña solitaria, de unos diez años de edad» que «había dormido y vivido allí sola desde antes de mi llegada». Se llamaba Ann, y vivía con el perpetuo e inextinguible temor a los fantasmas que podían rodearla en aquella casa en ruinas. Pero es la gran calle, la propia Oxford Street, la que acosa la imaginación de De Quincey. En sus *Confesiones* se convierte en una calle de penosos misterios, de «luces oníricas» y de los sonidos de un organillo; recuerda el portal donde se desmayó de hambre, y la esquina donde él y Ann se encontrarían para consolarse mutuamente entre «los poderosos laberintos de Londres». Es por esta razón que la ciudad y los sufrimientos que padece en ella se convierten —si podemos utilizar una frase del gran poeta moderno Charles Baudelaire— en el paisaje de su imaginación. Es este mundo interior el que sitúa dentro de *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, un mundo donde el sufrimiento, la pobreza y la soledad son los elementos más sorprendentes. Por una de esas casualidad fue también en Oxford Street donde compró láudano por primera vez. Se podría decir que la vieja calle le condujo directamente a las pesadillas y fantasías que convertían a Londres en una extraordinaria visión afín a las de Piranesi, un laberinto de piedra, una selva de paredes y puertas mudas. Éstas eran, por lo menos, las visiones que recuerda muchos años más tarde cuando vivía en York Street próximo a Covent Garden.

Hay otra curiosa y casual conexión entre el asesinato y el movimiento romántico. La primera edición de las *Confesiones* de De Quincey fue anónima, y uno de los que se atribuyó falsamente su autoría fue Thomas Griffiths Wainewright, un crítico y periodista de gran refinamiento; por ejemplo, fue uno de los pocos hombres de su tiempo que reconoció el genio del oscuro William Blake. Llegó incluso a alabar el último poema épico de Blake, *Jerusalén*, cuando todos sus

> contemporáneos lo consideraron como la obra de un loco que había situado a Jerusalén, entre todos los lugares del mundo, nada menos que en Oxford Street. Wainewright también era un ferviente admirador de Wordsworth y los demás poetas lakistas, pero tenía otra característica que fue señalada por Charles Dickens en *Hunted Down* y por Bulwer-Lytton en *Lucretia*. Wainewright era un experto y malévolo asesino, un envenenador secreto que acabó con los miembros de su familia antes de dedicar su atención a las amistades casuales. Leía poesía durante el día y envenenaba de noche.

George Gissing dejó a un lado el periódico; no había terminado de leer el artículo, pero ya había visto tres errores de sintaxis y varios desaciertos de estilo que le perturbaban más de lo que hubiera imaginado. ¿Cómo podía haber tenido su primer artículo un alumbramiento tan desafortunado? Volvió a hundirse en su naturaleza melancólica, después de un primer gran estallido de entusiasmo y optimismo, y cerró el *Pall Mall Review* con un suspiro.

X

SR. GREATOREX: ¿Puede explicarnos, entonces, cómo fue que su marido se suicidó dos días después de que usted comprara el ácido prúsico en una droguería de Great Titchfield Street?

ELIZABETH CREE: Aquella noche le dije, cuando regresé a casa, que había comprado algo para las ratas.

SR. GREATOREX: Ah, las ratas. Su doncella, Aveline Mortimer, ha declarado que no había ratas. Su casa es una construcción reciente, ¿no es así?

ELIZABETH CREE: Aveline casi nunca bajaba al sótano, señor. Es una mujer de talante nervioso, y, por consiguiente, no le mencioné mi descubrimiento. En cuanto a la casa…

SR. GREATOREX: ¿Sí?

ELIZABETH CREE: Incluso una casa nueva puede tener ratas.

SR. GREATOREX: ¿Me dirá usted ahora dónde dejó la botella de ácido prúsico?

ELIZABETH CREE: Estaba en el lavadero, junto a las planchas.

SR. GREATOREX: ¿Le dijo usted al señor Cree donde estaba?

ELIZABETH CREE: Supongo que sí. Aquella noche mientras cenábamos hablamos de diversas cosas.

SR. GREATOREX: Volveremos a dicha conversación más tarde, pero ahora quiero recordarle uno de sus comentarios anteriores. Dijo usted que su marido tenía cierta disposición morbosa. ¿Puede usted explicármelo con un poco más de claridad?

ELIZABETH CREE: Verá, señor, pensaba mucho en ciertos asuntos.

SR. GREATOREX: ¿Qué asuntos?

ELIZABETH CREE: Creía que estaba condenado. Y que los demonios lo vigilaban constantemente. Creía que ellos le destruirían la mente, antes de destruir su cuerpo, y que luego lo enviarían al infierno. Era católico romano, y ese era su miedo.

SR. GREATOREX: ¿Me equivoco al creer que era un hombre con unos

considerables ingresos económicos?

ELIZABETH CREE: No, señor. Su padre había invertido en acciones ferroviarias.

SR. GREATOREX: Comprendo. ¿Y puede usted decirme ahora a qué dedicaba las horas del día un hombre de ansiedades tan poco comunes?

ELIZABETH CREE: Iba todas las mañanas a la sala de lectura del Museo Británico.

XI

El principio del otoño de 1880, en las semanas anteriores a la aparición del golem de Limehouse, fue excepcionalmente frío y húmedo. Los famosos «purés de guisantes» de la época, tan bien descritos por Robert Louis Stevenson y Arthur Conan Doyle, eran tan oscuros como sugería su reputación literaria; pero era el olor y el sabor de la niebla lo que más afectaba a los londinenses. Sus pulmones parecían albergar la quintaesencia del polvo de carbón, mientras que sus lenguas y narices estaban revestidas de una sustancia conocida coloquialmente como «flema del minero». Quizá por esta razón la sala de lectura del Museo Británico estaba casi abarrotada aquella cruda mañana de septiembre cuando llegó John Cree con su maletín y el abrigo pulcramente doblado sobre el brazo. Se había quitado el abrigo en el umbral, como era su costumbre, pero antes de entrar en la calidez del museo contempló la niebla con una curiosa expresión de tristeza. Algunos jirones lo envolvieron mientras caminaba por el gran vestíbulo, y por un momento pareció un demonio de pantomima flotando sobre el escenario. Pero no tenía ningún otro parecido con semejante aparición: era medianamente alto, como se decía en la época, y tenía el pelo negro y bien arreglado. Había cumplido los cuarenta, era de constitución robusta, quizás un poco rechoncho, y su rostro redondo y pasivo sólo servía para recalcar la extraordinaria palidez de los ojos azules: eran tan pálidos que a primera vista cualquiera hubiese creído que era ciego, pero una segunda ojeada era suficiente para saber que de alguna manera te estaba mirando.

Tenía un asiento habitual en la sala de lectura, el C4, pero esa mañana aparecía ocupado por un joven pálido que tabaleaba con una mano contra el cuero verde de la mesa mientras leía un ejemplar del *Pall Mall Review*. Había un lugar vacante a su lado, en una sala que ya estaba casi llena, y John Cree dejó el maletín en la

silla con mucho cuidado. Al otro lado tenía a un anciano con lo que en aquellos días se consideraba una barba larguísima. El hecho de estar sentado entre George Gissing y Karl Marx, si los hubiera reconocido, tampoco habría significado nada para John Cree; no los conocía de nombre ni reputación, y su única sensación aquella mañana era de irritación al verse, como se dijo a sí mismo, «encajonado». Sin embargo, Gissing y Marx tendrían, en poquísimo tiempo, un lugar en su historia.

¿Qué libros había escogido leer John Cree en ese neblinoso día de otoño? Había reservado un ejemplar de la *Historia de los pobres de Londres*, de Plumstead y *Unos pocos suspiros del infierno*, de Molton. Ambos libros trataban de la vida de los indigentes y los vagabundos en la capital, y por esta razón tenían un interés especial para él; se sentía fascinado por la pobreza, y por los crímenes y las enfermedades que engendraba. Era, tal vez, una preocupación inusual para un hombre de su clase y antecedentes; su padre había sido un rico calcetero de Lancaster pero John Cree, para gran desilusión de su familia, no tuvo éxito en los negocios. Había ido a Londres con la intención de escapar de la sombra paterna y también de emprender una carrera literaria como periodista en *The Era* y como dramaturgo; sin embargo, hasta el momento, no había tenido éxito en estas empresas ni en ninguna otra. Pero creía que ahora, en la vida de los pobres, quizás hubiera encontrado el gran tema. A menudo recordaba un comentario del editor Philip Carew: «Hay un gran libro que escribir sobre Londres». ¿Por qué no descargar sus miserias privadas a través del sufrimiento general de tantos seres?

A su derecha, Karl Marx dividía su atención entre *In Memorian*, de Tennyson, y *Bleak House*, de Charles Dickens; quizá pudiera parecer una selección extraña para el filósofo alemán pero al final de su vida había retornado a su primera afición: la poesía. En los años de juventud se había dedicado con entusiasmo a la novela, y se había sentido impresionado con las novelas de Eugène Sue; pero Marx había preferido expresarse a través de los poemas épicos. Ahora aquí estaba otra vez considerando la composición de un largo poema, que estaría ambientado en las turbulentas calles de Limehouse y que se titularía *Las penas secretas de Londres*. Éste era el motivo por el cual pasaba tantas horas en el barrio del East End, a menudo en compañía de su amigo Salomon Weil.

A la izquierda de John Cree, George Gissing había dejado el *Pall Mall Review* para dedicarse a hojear diversos libros y artículos sobre el tema de las máquinas matemáticas. El editor de *Review* sentía una fascinación especial por el trabajo de Charles Babbage, fallecido hacía ya nueve años, y le había encargado a este ambicioso joven escritor un artículo sobre la vida y la obra del inventor. No había ninguna duda de que muchos de los detalles técnicos escapaban a la comprensión de Gissing, pero el editor, John Morley, admiraba «Romanticismo y asesinato» y confiaba en que el joven escribiría otro «brillante» artículo para sus páginas. Además, Morley pagaba bien: cinco guineas cada cinco mil palabras, una cantidad suficiente para mantener a Gissing durante al menos una semana. Así que ahora estaba inmerso en los trabajos sobre máquinas computadoras, ecuaciones diferenciales y la moderna teoría sobre cálculos.

En este preciso momento, Gissing leía el ensayo de Charles Babbage sobre la inteligencia artificial, mientras que John Cree estaba enfrascado en una crónica sobre Robert Withers. Este personaje había sido un picapedrero de Hoxton que, hundido en los abismos más abyectos de la miseria, destruyó a toda su familia con los mazos y formones que utilizaba en su pobre oficio. Cree se sentía perturbado por los detalles del hambre y la degradación, pero probablemente no hubiese admitido, ni siquiera para sus adentros, que la lectura de aquellas terribles penurias le hacía sentir más vivo que nunca. Mientras tanto, Karl Marx tomaba sus propias notas. Leía la última entrega de *Bleak House*, y había llegado al punto donde Richard Carstone pregunta desde su lecho de muerte: «¿Acaso fue todo un mal sueño?». Al parecer, Marx consideró la pregunta como algo interesante, y escribió en una hoja de papel, «Acaso fue todo un mal sueño». En el mismo momento, George Gissing transcribía en su cuaderno este llamativo pasaje: «La búsqueda de máquinas inteligentes debe despertar nuevas inquietudes incluso en las mentes más ortodoxas: debemos pensar en todos los cálculos que se podrían realizar en el campo de la investigación estadística, donde quizá nos encontraríamos en condiciones de hacer muchas y muy intrincadas deducciones». Karl Marx había pasado unas cuantas páginas de *Bleak House* —a su edad se cansaba demasiado rápido de las obras de ficción— y había

llegado al pasaje donde «… la pobre y enloquecida señorita Flite había venido llorando para decirme que había dejado en libertad a sus pájaros».

Y así los tres hombres continuaron sentados uno al lado del otro en ese día de otoño, completamente ajenos a la presencia de los demás como si estuvieran aislados en habitaciones separadas. Estaban ensimismados en sus libros, mientras el murmullo de todos los ocupantes de la sala de lectura se elevaba hacia la enorme cúpula y provocaba un eco susurrante como el de las voces en la niebla de Londres.

XII

SR. GREATOREX: Usted ha dicho que su marido tenía un ánimo morboso. Pero era un hombre de hábitos normales, ¿no es así?

ELIZABETH CREE: Sí, señor. Siempre regresaba de la sala de lectura a las seis de la tarde, con tiempo de sobra para la cena.

SR. GREATOREX: ¿En los meses anteriores a su muerte observó usted algún cambio en estos hábitos?

ELIZABETH CREE: No. Cuando llegaba de la sala de lectura, siempre iba a su estudio para ocuparse de sus papeles. Yo le llamaba a las siete y media.

SR. GREATOREX: ¿Quién preparaba la comida?

ELIZABETH CREE: Aveline. Aveline Mortimer.

SR. GREATOREX: ¿Quién la servía?

ELIZABETH CREE: Ella misma. Es una buena criada y nos atendía muy bien.

SR. GREATOREX: ¿No es extraño que tuvieran una sola criada en su casa?

ELIZABETH CREE: Era para no herir los sentimientos de Aveline. Es una persona de naturaleza un tanto celosa.

SR. GREATOREX: Ahora, por favor, díganos, ¿qué hacían ustedes después de cenar?

ELIZABETH CREE: Mi marido se bebía una botella de oporto todas las noches, algo que hacía desde mucho antes sin ningún efecto pernicioso. Solía decir que le tranquilizaba. A menudo, yo tocaba el piano y le cantaba. Le gustaba escuchar las viejas canciones de *varietés*, y algunas veces me acompañaba en el canto. Tenía una bonita voz de tenor, señor, como Aveline le confirmará.

SR. GREATOREX: Usted trabajó en un tiempo como artista de *varietés*, ¿no es así?

ELIZABETH CREE: Yo… Sí, señor. Era una huérfana cuando subí al escenario.

XIII

Mi madre descendió finalmente al infierno, llevada allí por las fiebres. Salí corriendo de nuestra casa y compré una jarra de ginebra; luego la derramé sobre su boca y su rostro para disimular el hedor. El joven doctor me lo reprochó pero, como le dije, un cadáver es un cadáver lo mires por donde lo mires. La enterraron en la fosa común de Saint
George's
Circus; uno de los pescadores me dio una vela para usarla de mortaja, y los marineros del transbordador construyeron un ataúd de madera con los listones de una vieja barca. Poco sabían ellos del lugar hacia donde navegaría esta nueva embarcación. Les hubiera ayudado con gusto en su trabajo pero todavía me consideraban como la Pequeña Lizzie o Lambeth Marsh Lizzie. Entonces sonreí al recordar los nombres que me llamaba mi madre, cuando confesaba a su dios que yo era uno de sus pecados. Yo era la señal del diablo, la puta del infierno, la maldición que la acosada.

Recolectaron diez chelines después del funeral, cuando nos reunimos en la taberna Hércules, y lloré un poco para no quedar mal. Los dejé en cuanto pude y me llevé el dinero a Peter Street, donde lo escondí debajo de una de las tablas del suelo, pero no sin antes quedarme con tres chelines que dejé sobre la mesa. Ah, cómo bailé entonces, entre el montón de páginas de la Biblia que había arrancado de las paredes y, cuando ya no pude seguir bailando, representé la escena que había visto en Craven Street. Era Dan Leno reprochando a su picara hija; luego cogí la almohada sucia de mi madre, la abracé, la besé y la arrojé al suelo. Si no me daba prisa llegaría tarde al espectáculo, así que sin perder ni un instante cogí el viejo abrigo de mi madre del gancho clavado en la puerta. Sabía que me quedaría bien: me lo había probado apoyándome contra la prensa mientras ella agonizaba en su cama.

El teatro de Craven Street estaba tan brillantemente iluminado que era como verlo en un sueño; todas las luces de gas resplandecían a mi alrededor, y con tanta luz el abrigo de mi madre se veía tan raído y roñoso que con gusto lo habría cambiado por cualquier estrafalaria prenda teatral. Una pequeña multitud se arracimada en la entrada, miraba un cartel —sin duda eran floristas, cocheros, vendedores ambulantes y otros oficios por el estilo— y un muchacho se lo deletreaba a su padre.

—Es Jenny Hill —decía cuando me uní a ellos— La chispa vital. Y también está Tommy-déjale-sitio-a-tu-tío-Farr.

—El tipo baila con una comba. —El padre meneó la cabeza con inmensa satisfacción—. Y luego la convierte en la cuerda del verdugo. Pero ¿dónde está el pequeñajo de los zuecos?

Estaba allí, anunciado esa noche como ¡EL JOVEN LENO, EL GOLFO DE LAS MIL CARAS Y UN MILLÓN DE CARCAJADAS! ¡CANCIONES LA MAR DE DIVERTIDAS! ¡TODAS LAS CANCIONES CANTADAS POR UN PERSONAJE DISTINTO! No caminar hacia las luces hubiese sido como pretender no respirar. Todos los recuerdos de Lambeth Marsh y de mi madre se esfumaron mientras sacaba mi entrada y subía al gallinero. Éste era mi lugar, con los ángeles dorados a mi alrededor.

El primer número corrió a cargo de una pareja de baile, los Quakers, que no eran gran cosa, y, desde el patio, les tiraron algunas cáscaras. Luego un cómico verdaderamente bestial cantó un par de canciones, y otra pareja de bailarines de claqué, Los Nerves, hicieron varios bises, hasta que apareció Dan Leno. Iba vestido como una muchacha campesina, con un pequeño delantal y un sombrero con encajes azules, y cruzó el escenario bailando con un cubo de ordeñar en cada brazo. Una vez más, el telón de fondo mostraba el Strand y, esta vez, alcancé a distinguir algunos de los carteles y escaparates, que eran mucho más bonitos aquí de lo que eran en realidad. En mi antigua vida había visto las cosas oscuras, pero ahora era muy claras y brillantes. Incluso el polvo del escenario parecía resplandecer, y la puerta verde en la esquina de Villiers Street resultaba tan tentadora que sentía deseos de llamar y entrar sin más. Entonces Dan Leno dejó los cubos y comenzó a cantar:

¡Ay, que tiendas! ¡Ay, que tiendas!

¡Nuestras tiendas de hoy en día!
Hay huevos apilados
y chorizos confitados
en las tiendas de hoy en día.

Se acercó al borde del escenario y comenzó a retorcerse y a hacer bobadas, adelantando un pie remilgadamente y después retirándolo, acercándose hacia el patio y apartándose luego, con una expresión melancólica y patética tan falsa que no podías dejar de reírte.

—Esta mañana vino una señora y me preguntó: «¿Cómo vendes la leche, cariño?» y yo le contesté: «Lo más rápido posible». ¿Quién podía creer que todavía era un chico? «¿Y cómo te las apañas con esos cubos tan grandes?», me preguntó. «Bueno, créalo o no —le dije—, me sale natural».

Contó unos cuantos chistes más y después, cuando la pequeña orquesta comenzó a tocar una canción, bailó por todo el escenario cantando *Me voy a buscar la leche para los gemelos*. A continuación apareció transformado en Nelson y luego como una mujer piel roja. Nunca se escucharon tantas carcajadas como cuando por accidente le prendió fuego a la trenza frotando dos palitos.

—Por favor, permítanme unos momentos para cambiarme —dijo uniéndose a la jarana, aunque todos sabíamos que formaba parte del número—. Es sólo un momento. —Y entonces reapareció con un viejo sombrero y cantó un solo cockney.

No había probado bocado desde la muerte de mi madre, pero me sentía tan revivida y feliz que podría haberme quedado en el gallinero para el resto de mis días. Cuando todo se acabó, y ya habían echado el último penique al escenario, no me veía con fuerzas para marcharme. Creo que aún seguiría sentada allí, con la mirada puesta en el patio, si la multitud no me hubiera empujado hasta sacarme a la calle. Era como si me expulsaran de algún maravilloso jardín o palacio y no pudiera ver otra cosa que las sucias fachadas de las casas, la basura en la calle angosta y las sombras proyectadas por las farolas de gas en el Strand. Había paja desparramada sobre los adoquines de Craven Street, y unas cuantas páginas de una revista en un charco. Una mujer o un niño lloraba en uno de los pisos, pero cuando alcé la mirada sólo vi vagamente

las siluetas de las chimeneas contra el firmamento nocturno. Todo estaba oscuro, y el cielo y los tejados se confundían. Ahora deseaba con todas mis fuerzas volver a estar en el teatro una vez más.

Una lámpara de petróleo alumbraba una esquina cercana al río y a unas cuantas personas allí reunidas. Vi que se trataba de un puesto de comida, así que caminé hacia allí para comprarme algo de comer. Hacía muchísimo frío y el calor de las brasas ayudaba a mitigarlo. Debía de llevar un par de minutos, restregando los pies en los adoquines, cuando se acercó un hombre con pinta de bebedor de cerveza vestido con un traje a cuadros amarillos.

—Harry —le dijo al vendedor—, están desesperados por comerse unas buenas empanadas de carne. Sé buen chico y calienta unas cuantas.

Supe en el acto que venía del teatro, y contemplé con respetuoso asombro a esa bendita criatura que vivía en la luz; creo que vio como lo miraba y me guiñó un ojo.

—Sé buena chica y ayuda a tu tío con estas empanadas. Pero ten cuidado. Como le dijo la parturienta a la comadrona: «Son demasiado buenas para dejarlas caer».

Lo seguí a través de Craven Street, cargada con unas cuantas empanadas. Sin duda estaban muy calientes pero apenas si las notaba, y me costó lo mío contener los temblores mientras recorríamos la estrecha callejuela junto al teatro para después subir un tramo de escalones de hierro hasta llegar al edificio. Abrió una puerta forrada con bayeta verde, y caminamos por un pasadizo que olía a cerveza y alcohol. Tenía los ojos tan abiertos que lo veía todo, incluso la desteñida alfombra roja levantada en los bordes y la comba que uno de los bailarines había dejado contra una pared.

—Aquí tienes un trocito de lo que te gusta —le dijo el hombre que se había proclamado mi «tío» a una bailarina que había abierto la puerta al ruido de sus pisadas—. Bonita y caliente como a ti te gusta, Emma querida, aunque quizá no lo bastante grande.

La mujer pareció mirarme con desaprobación pero volvió a encerrarse en el cuarto. «¡Que traigan la carne de burro!». Reconocí la voz del león bailarín que había sido aclamado en su interpretación de *Todo por un trozo de panceta*. Después se abrió otra puerta y entramos en una habitación abarrotada de gente: había dos grandes espejos apoyados contra una de las paredes,

además de algunos taburetes y sillas de madera donde se apilaban las más variadas prendas en una aparente confusión. Tendí las manos, y las empanadas volaron. El comediante vocalista que había cantado *Todo el gorrino o nada* cogió una, los Quakers me arrebataron tres (parecían la mar de animados a pesar de que les habían silbado en el escenario), y Los Nerves cogieron otras dos. Sólo quedaba una. Supuse que era para mí, pero entonces vi a Dan Leno sentado en un taburete en una esquina de la habitación; tenía la cabeza ladeada hacia un costado, y me miró con una mirada tan brillante y divertida que caminé hacia él sin vacilar. Incluso mientras hablaba me sentí sorprendida de mi audacia.

—Esta última es para usted, señor Leno.

—Así que señor Leno, ¿eh? —Una de los Quaker me había oído —. Tendría que estar en el invernadero ya que está tan verde.

—Vamos, vamos. —Era mi nuevo «tío» que la amonestaba—. ¿Qué tiene de malo hacernos un favor, como le dijeron los caníbales al misionero? —A todo esto, Dan Leno no había dicho una palabra, y continuaba sentado masticando la empanada sin quitarme los ojos de encima—. Dime, cariño —dijo el «tío» al tiempo que me palmeaba el brazo—. ¿Cuál es tu peta?

—No le entiendo.

—Tu nombre, cariño.

—Lizzie, señor. —Luego, mientras les echaba una ojeada a todos los presentes, sentí de pronto que debía asumir un personaje—. Lambeth Marsh Lizzie.

La perversa Quaker volvió a soltar una risa socarrona y esbozó una reverencia.

—¿Eres tierna en la marisma? ¿Eres un pelín ligerilla en la marisma, Lizzie?

—Venga, un poco de orden, damas y caballeros.

Pero no hacía falta que mi «tío» les llamara la atención. Todos a una parecieron olvidarse de mí y comenzaron a charlar entre ellos y a comerse las empanadas. Entonces, se acercó Dan Leno.

—No te dejes impresionar por ellos —me aconsejó, muy confidencialmente—. Es su manera de ser. ¿No es verdad, Tommy? —Mi «tío» continuaba rondándome, y Dan Leno le dirigió una mirada severa antes de presentármelo—. Permíteme que te presente a Tommy Farr. Agente, autor, actor, cómico-acróbata y gerente —El

«tío» se inclinó respetuosamente—. Él es quien reparte la *viruta*.

—La pobre chica no te entiende, Dan. Verás, querida, se refiere a la guita.

—¿Señor?

—La mosca, la *tela*. El dinero.

—Ahora que lo pienso, creo que te debemos una cosilla. —Dan sacó un chelín del bolsillo—. Como diría Tommy, nos has tendido una mano generosa. —Cuando cogí la moneda, él vio mis manos: tan desolladas, rojas y grandes que incluso entonces creo que se apiadó de mí—. Mañana a la noche estaremos en el Washington —añadió con un tono muy dulce, que no se parecía en nada a sus gritos en el escenario—. Quizás encontremos algún trabajillo para ti. Si tienes la bondad de ser tan amable otra vez.

Reconocí la frase como perteneciente a uno de los números y me eché a reír.

—¿Dónde está el Washington, señor?

—En Battersea. Muy cerca de tu barrio. Y, si te parece bien, prefiero que me llames Dan.

Me marché poco después, y caminé por las calles oscuras. No podía dormir, porque ya estaba soñando. Seguí la línea de las farolas mientras cantaba muy bajito las palabras que había escuchado en el teatro de Craven Street.

> Ay madre, querida madre, ven conmigo a casa ahora,
> El reloj del campanario acaba de dar la una.

No recordaba el resto, pero era suficiente para que me imaginara bailando en el escenario con el hermoso cuadro de Londres detrás de mí.

XIV

9 de septiembre de 1880

Mi esposa cantó una canción después de la cena. Era una vieja canción de *varietés* y, cuando lo hizo con su habitual estilo gracioso, recordamos aquellos días con tanta claridad que casi nos echamos a llorar.

10 de septiembre de 1880

Una mañana terriblemente fría y neblinosa para esta época del año. Pasé el día en la sala de lectura, donde tomé abundantes notas de *Los trabajadores y los pobres de Londres*, de Henry Mayhew. ¡Vaya moralista que es este hombre! He leído los periódicos desde mi primera escapada, incluso a sabiendas de que la muerte de esa putilla no causaría grandes disturbios en el mundo. Entonces vi el párrafo en el *Morning Herald* —«Suicidio de una joven»— y comprendí en el acto que trataban de ocultar el asunto. Las damas alegres no querían que les estropearan el negocio, y mi asuntillo podría espantarles los clientes. Debo admitir que me sentí un tanto humillado; tanto trabajo para nada y, a la vista de semejante desprecio, me juré que la próxima vez dejaría una marca que no podrían pasar por alto. Francamente, no estaba dispuesto a que me consideraran una menudencia en estos temas.

Salí del museo al atardecer y esperé en la parada de coches de Great Russell Street, aunque la niebla era tan densa que no tenía ninguna esperanza de encontrar un coche. Entonces vi un par de linternas que se acercaban y agité el maletín; grité: «¡Limehouse!», pero mi voz se perdió en la niebla. Luego, mientras el coche se acercaba, alguien me tocó el hombro. Me volví a toda prisa, atento a que fuera algún ladrón dispuesto a robarme, pero se trataba del

viejo caballero de luenga barba que algunas veces se sentaba a mi lado en la sala de lectura.

—Vamos en la misma dirección —dijo—, y no hay otro coche. ¿Le importa si lo compartimos?

Tenía un acento extranjero y primero lo tomé por hebreo; siento un gran respeto por sus conocimientos, así que asentí de inmediato. Me pareció delicioso compartir unos minutos con un erudito antes de continuar con mis propias investigaciones. El coche se detuvo y subimos. No olía mejor que cualquier otro simón pero, en una noche como ésa, hubiera viajado en un coche celular sin rechistar.

—Esta niebla es un mucílago —le comenté a mi compañero—. Ni que proviniera directamente del infierno.

—Viene de los hornos y las fábricas, señor. No había nada como esto veinte años atrás. Ahora todo el carbón que consumimos nos envuelve.

Su acento era vigoroso, algo que consideré interesante en un hombre de su edad.

—¿Es usted alemán, señor?

—Nací en Prusia. —Contempló la niebla mientras avanzábamos lentamente por Theobald's Road—. Pero vivo en esta ciudad desde hace más de treinta años.

Tenía una frente noble y, cuando pasamos por delante de una farola, vi como sus ojos brillaban con fiereza. En ese preciso instante me sorprendí a mí mismo con una maravillosa idea. ¿Por qué derrochar todo mi genio en aquellos que no lo merecían, cuando exterminar a un erudito estaba perfectamente a mi alcance? Me estremecí al pensar en la gloria de destruir a un hombre brillante, y luego, en la exultación después del acto, ¿qué pasaría si le levantaba la tapa del cráneo para examinar un cerebro todavía caliente por sus esfuerzos?

—Lo he visto en la sala de lectura —le respondí finalmente.

—Sí. Siempre hay algo más que aprender. Más libros que devorar. —Guardó silencio una vez más, y comprendí que no estaba habituado a la charla banal. Sin embargo, parecía dispuesto a conversar con un extraño en una noche como ésta—. Ya iba al museo antes de que construyeran la sala de lectura. Todos nos habíamos acostumbrado tanto a la vieja biblioteca que creímos que

nunca nos acostumbraríamos a las nueva instalaciones. Pero sobrevivimos.

—¿Iba usted con regularidad?

—Iba todos los días. Por aquel entonces vivía en Dean Street y todas las mañanas iba caminando hasta allí. Había muchas enfermedades en mi casa, y el museo se convirtió en mi refugio.

—Lamento saberlo.

—Bueno, bueno, esas cosas están determinadas.

Llegamos a City Road, antes de doblar hacia el sur en dirección al río, y, a la luz de la fachada del Salmon Vaudeville, aproveché la oportunidad para estudiar su cabeza con un espíritu puramente científico. Si pudiera abrirla con un único golpe, quizás el conocimiento acumulado a lo largo de los años escaparía de su cerebro de alguna forma tangible.

—Entonces, ¿es usted un fatalista? —pregunté.

—No. Todo lo contrario, espero impaciente el cambio.

Miré la niebla, reflexionando para mis adentros que quizá le llegaría antes de lo que pensaba.

—Una magnífica noche para un asesinato —opiné.

—Si me permite decirlo, señor, el asesinato es una preocupación burguesa.

—¡Vaya! ¿Cómo es eso?

—Nos preocupamos por el sufrimiento de uno, y nos olvidamos de los sufrimientos de muchos. En cuanto adjudicamos la culpa a una sola persona, podemos negar la responsabilidad de todos.

—No sigo el razonamiento.

—¿Qué es un asesinato aquí o allá comparado con el proceso histórico? Sin embargo, cuando leemos el periódico, ¿qué encontramos aparte de los asesinatos?

—Desde luego, echa usted una nueva luz sobre el tema.

—Es la luz de la historia del mundo. *Weltgeschichte*.

Nos acercábamos al final de nuestro trayecto, y distinguí la torre de Santa Ana, en Limehouse, envuelta en jirones de niebla. Era un golpe de buena suerte que este filósofo prusiano viviera en el teatro de mis operaciones; matarle allí, entre las putas, sería una necedad digna de mención.

—Permítame que le acompañe hasta su casa. Es una noche demasiado desapacible para ir solo.

—Scofield Street es mi destino. Está cerca de aquella travesía.

—Sí, lo sé muy bien.

También sabía que estaba en el barrio judío, y eso me produjo un deleite todavía mayor. Matar a un judío. Tenía ese maravilloso sabor a obra de sangre y fuego aunque, como había tenido ocasión de observar en el pasado, los dramas en el escenario a veces no eran más que una intensificación de los rituales dentro de nuestros propios corazones. Y hablando de corazones, ansiaba ver el de este anciano de ojos brillantes. Podía sostenerlo y adorarlo. Y quizá, ¿convertirlo en parte de mí mismo? ¿Cómo eran aquellos versos del injustamente olvidado poeta, Robert Browning?

> De haber sido dos, otro y yo mismo,
> nuestro trabajo hubiera dominado el mundo.

El cochero golpeó en la trampilla y preguntó la dirección; nos había llevado a regañadientes a este barrio, bien conocido por sus antros y lupanares, y ahora quería abandonarnos cuanto antes mejor.

—¡Scofield Street! —le grité—. Giré a la izquierda en la próxima esquina, y pare a la derecha.

Conocía tan bien Limehouse que se había convertido en mi propio Campo de los Cuarenta Pasos, el famoso campo detrás de Montague House donde se había derramado tanta sangre que no crecía la hierba, y, como le expliqué a mi erudito alemán mientras el coche avanzaba por su calle, por una de esas curiosas coincidencias el mencionado trozo de tierra mortal está directamente debajo de la sala de lectura del Museo Británico. No pareció afectarle gran cosa, y se preparó para abandonar el simón. «Bien, mi querido amigo —pensé mientras él se abotonaba el abrigo y se enrollaba la bufanda alrededor del cuello—, muy pronto descubrirás por ti mismo cómo la sangre y los libros se pueden unir sutilmente». Nos detuvimos en el lado oscuro de la calle, y deposité media corona en la mano del cochero antes de escoltar a mi compañero hasta la puerta del número 7. Quería verla bien para no confundirme cuando volviera allí a la hora señalada. Nos despedimos y encaminé mis pasos hacia el río. La marea se había

retirado y el hedor era tan fuerte que la niebla parecía una miasma de basura y efluvios. Pero las damas alegres continuaban con lo suyo, y busqué a una que estuviera apartada del resto. Cruzaba Limehouse Reach en dirección a la misión de los marineros, cuando vi una silueta delante de mí. No sabía si era mujer, hombre o alguna otra cosa, pero apreté el maletín contra mi pecho, y apuré el paso. Era un mujer que temblaba con la humedad y el frío, y que me miró agradecida.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Me llamo Jane.

—Muy bien, Jane. ¿Se puede saber adónde vas?

—Tengo una habitación en aquella casa, señor, la de la puerta amarilla.

—Todo parece amarillo con esta niebla, Jane. Tendrás que guiarme hasta allí. —La sujeté por el brazo, pero entonces la hice volverse hacia el río—. ¿Damos un paseo antes de retirarnos? Me pregunto si se podrá ver la costa de Surrey. —Desde luego no se veía nada y, cuando llegamos a una vieja escalera de piedra, el silencio era tan profundo que parecía ser un elemento material de la niebla—. ¿Cómo lo haces, Jane?

—Lo hago como usted quiera, señor.

—¿Tú me dirás cuando?

—Si quiere.

—Bajemos un poco más. Mi casa está allá abajo, ¿la ves? —No parecía muy dispuesta a seguirme pero la engatusé—. Tengo algo en el maletín que quizá te agrade. ¿Has oído hablar de la nueva funda protectora? Mira.

Abrí el maletín y entonces, con un veloz movimiento, cogí el cuchillo y le rajé la garganta de izquierda a derecha. Me dije que era un comienzo potente, y ella se apoyó en la pared con una expresión de asombro en el rostro; suspiró y pareció pedir más, así que la satisfice con otros cuantos tajos profundos. Después, perdido en la niebla, creé un espectáculo que conmovería a cualquiera que lo viera. Primero le corté la cabeza, y los intestinos los convertí en un bonito decorado junto a la matriz. Dos siglos atrás, en esta parte del río encadenaban a los malhechores para que se pudrieran con los movimientos de las mareas. Una oportunidad única para que un historiador de Londres como yo reviviera los viejos pasatiempos.

¡Qué obra es el hombre, cuán sutiles sus facultades y qué infinitas sus entrañas! Su cabeza yacía en el primer peldaño, como si fuera la cabeza del apuntador vista desde el patio del teatro, y debo admitir que aplaudí mi trabajo. Pero entonces sonó un ruido entre bambalinas, y me alejé rápidamente por la orilla hasta salir por Ludgate.

XV

John Cree se equivocaba al dar por hecho que el erudito alemán vivía en Scofield Street. Aquella noche de espesa niebla a principios de septiembre, Karl Marx sencillamente iba a ver a un amigo. Visitaba a Salomon Weil una vez a la semana para disfrutar de una velada de discusión filosófica. Se habían conocido en la sala de lectura del Museo Británico dieciocho meses antes, mientras estaban sentados uno al lado del otro. Marx había advertido que su vecino estudiaba la *Dilucidación consecutiva de la cábala*, de Freher, y de inmediato se recordó a sí mismo leyéndola cuando era estudiante de la Universidad de Bonn. Habían comenzado a hablar en alemán, quizá porque habían reconocido algo familiar (Salomon Weil había nacido en Hamburgo, y por una de esas coincidencias en el mismo mes y año que Marx), y muy pronto descubrieron que compartían el mismo interés por la investigación teórica y las sutiles disputas del conocimiento. Es cierto que en sus trabajos publicados, y en particular en los primeros, Karl Marx había condenado lo que describía como judaísmo degradado. En uno de sus primeros ensayos, «Sobre la cuestión judía», había llegado a la conclusión de que «*ist der Jude unmöglich geworden*», o sea, «los judíos son imposibles». Pero el propio Marx descendía de una larga estirpe de rabinos y estaba profundamente imbuido en el vocabulario y las preocupaciones del judaísmo. Ahora, al final de su vida, el súbito atisbo de un comentario sobre la cábala fue suficiente para que se embarcara en una vehemente conversación en alemán con Salomon Weil, y a experimentar un casi inexplicable afecto por este erudito que estaba estudiando uno de sus libros de juventud. La mayor parte de su vida había transcurrido en una persistente filípica contra todas las formas de creencias religiosas pero ahora, sentado bajo la gran cúpula de la sala de lectura, se sentía extrañamente

conmovido y excitado. Aquella tarde se habían marchado juntos del museo, y acordaron encontrarse al día siguiente. Hay que decir que Salomon Weil estaba un tanto perplejo. Conocía a Marx de oídas por otros emigrantes alemanes, y se sentía sorprendido al descubrir que este ateo y revolucionario era un compañero tan erudito y encantador. Quizá resultaba incluso demasiado cortés, pero Salomon Weil interpretó correctamente que Marx intentaba expiar sus vengativos ataques contra su antigua fe.

Durante su segunda conversación, mantenida en un pequeño restaurante en Coptic Street, Salomon Weil le comentó a Marx que disponía de una gran biblioteca de libros cabalísticos y esotéricos; tenía unos cuatrocientos en su casa, y de inmediato Marx le preguntó si podía echarles una ojeada. Así empezaron sus habituales cenas semanales en Limehouse, donde los dos hombres intercambiaban teorías y opiniones con el entusiasmo de dos jóvenes eruditos. La biblioteca de Weil sin duda era magnífica: muchos de los libros de su colección habían pertenecido al Chevalier d’Eon, el famoso transexual francés, que vivió en Londres a finales del siglo XVIII. El Chevalier había demostrado un interés especial por la literatura cabalística, sobre todo por el énfasis en la androginia divina original de la que surgían los dos sexos. D’Eon legó su biblioteca a un artista francmasón, William Cosway, quien a su vez la legó a un grabador de media tinta con quien había colaborado en ciertos experimentos ocultos. Posteriormente, el grabador se había convertido al judaísmo, y en gratitud por su renovada fe cedió toda su biblioteca a Salomon Weil. Así que ahora los viejos libros estaban en las estanterías de su casa, en el número 7 de Scofield Street, junto con otras adquisiciones del propio Weil como *Una segunda advertencia al mundo por el espíritu de la profecía* y *Un signo de los tiempos o un anuncio a Babilonia, la gran ciudad del mundo, y a los judíos en particular*. Weil también había comprado una colección dedicada a la vida y a los escritos de Richard Brothers, el visionario británico-israelí, quien creía que la nación inglesa representaba a la tribu perdida de Israel. Pero había un elemento menos predecible en su biblioteca: también era un

apasionado del teatro popular londinense, y había comprado una colección de partituras en una imprenta de Endell Street, especializada en las novedades musicales de las *varietés*.

Precisamente había estado leyendo la letra de *Eso es lo que me asombra*, popularizada por la transformista Bessie Bonehill, cuando aquella noche de niebla cerrada oyó los pasos de Karl Marx en las escaleras. Se saludaron con un fuerte apretón de manos, a la moda inglesa, y Marx se disculpó por llegar más tarde lo habitual pero, en una noche como ésa… Ambos emplearon un argot de alemán e inglés, salpicado con el uso ocasional de términos latinos y hebreos cuando se trataba de dar un sentido exacto o particular; por esta razón ciertos matices y giros de su conversación se pierden obligatoriamente en la traducción inglesa. La cena fue muy sencilla —carne fría, queso, pan y cerveza— y, mientras comían, Marx describió las dificultades que le impedían avanzar en el largo poema épico sobre Limehouse que había comenzado a escribir hacía poco. ¿Acaso en su juventud no había escrito otra cosa que poesía? Incluso había acabado el primer acto de un drama en verso cuando todavía estaba en la universidad.

—¿Cómo lo tituló? —preguntó Weil.

—*Oulanem*.

—¿Era en alemán?

—Naturalmente.

—Pero no es un nombre alemán. Me suena más como algo relacionado con Elohim y Hule. Entre los dos representan las condiciones del mundo caído.

—Hasta ahora no se me había ocurrido. Ya sabe, cuando buscamos correspondencias y señales ocultas…

—Sí. Están por todas partes. Incluso aquí en Limehouse podemos ver señales del mundo invisible.

—Tendrá que perdonarme por lo que voy a decirle, pero todavía me preocupa más lo que es visible y material. —Marx se acercó a la ventana y miró la niebla amarilla—. Sé que usted considera todo esto como el *Klippoth*, pero estamos forzados a vivir en estos cascarones resecos. —Vio a una mujer caminar presurosa por Scofield Street, y había algo en su nervioso apresuramiento que le inquietó—. Incluso usted siente afecto por el mundo inferior. Tiene una gata.

Salomon Weil se echó a reír ante la súbita acrobacia metafísica de su amigo.

—Pero vive en su propio tiempo, no el mío.

—Ah, ¿tiene alma?

—Desde luego, y cuando se vive tanto en el pasado y en el futuro como es mi caso, es bueno compartir la casa con una criatura que vive exclusivamente para el presente. Resulta refrescante. Ven, *Jessica*, ven aquí. —La gata se desperezó entre un montón de libros y periódicos desparramados, y avanzó lentamente hacia su amo—. Además, impresiona a mis vecinos. Creen que soy un mago.

—En cierto sentido, lo es. —Marx se apartó de la ventana y volvió a sentarse delante de la chimenea—. Bien, como nos enseñó Boheme, los opuestos son la fuente de toda amistad. Dígame. ¿Qué ha leído hoy?

—No me creerá si se lo digo.

—¿Se refiere a algún pergamino hermético oculto a las miradas de los hombres desde hace siglos?

—No. He estado leyendo las partituras de las canciones de *music hall*. Algunas veces las oigo cantar en las calles, y me recuerdan las viejas canciones de nuestros abuelos. ¿Conoce usted *Mi sombra es mi única compañera* o *Cuando estas viejas prendas eran nuevas*? Son unas tonadas maravillosas. Canciones de los pobres. Canciones de añoranzas.

—Si usted lo dice.

—Pero también hay una extraordinaria alegría en ellas. Mire ésta. —En la portada de la partitura aparecía la foto de Dan Leno vestido como «La viuda Twankey, una dama de la vieja escuela». Llevaba una enorme peluca de rizos castaños, un vestido hasta los tobillos y sostenía una pluma enorme entre las manos enguantadas. La expresión era al mismo tiempo dominante y patética; con las cejas muy arqueadas, la boca ancha y los grandes ojos oscuros, parecía tan encantador y al mismo tiempo tan desesperado que Marx dejó la partitura con un gesto preocupado. Entonces Salomon Weil sacó de la pila de partituras otra con la foto de Leno titulada «Isabella con el paraguas roto» en la que aparecía vestido como la «hermana Anne» en *Barbazul*—. Leno es lo que llaman el no va más —explicó Wiel mientras devolvía la partitura a la pila.

—Sí, no me extraña. Es el *Shekhina*.

—¿Usted cree? No. No es la sombra femenina. Es lo masculino y lo femenino unidos. Es Adam Kadmon. El hombre universal.

—Veo que su sabiduría no tiene límites, Salomon, si es capaz de encontrar la cábala en las *varietés*. Sin duda, las lámparas de gas en la sala se convierten en el *Sephiroth* de su visión.

—¿Es que no comprende por qué lo adoran? Para ellos es tan sagrado que hablan de paraísos y del foso. Incluso he descubierto, por una de esas casualidades, que muchos de estos pequeños teatros fueron en otros tiempos capillas e iglesias. Después de todo, fue usted quien mencionó vinculaciones ocultas.

Karl Marx y Salomon Weil continuaron su conversación y, mientras Jane Quig era mutilada, los eruditos discutieron sobre lo que Weil llamaba la envoltura material del mundo.

—Puede adaptar la forma que queramos darle. En ese sentido se parece al golem. ¿Recuerda al golem?

—Tengo un recuerdo muy vago de las viejas historias, pero ha pasado tanto tiempo…

Salomon Weil ya se había acercado a una de las estanterías para coger un ejemplar de *El conocimiento de las cosas sagradas*, de Hartlib.

—Nuestros antepasados consideraban al golem como un homúnculo, un ser material creado por la magia, un trozo de arcilla convertido en un ser vivo en el laboratorio del hechicero. Es una cosa horrible y, de acuerdo con las antiguas leyendas, nutre su existencia ingiriendo el espíritu o el alma de un ser humano. —Abrió el libro en la página donde aparecía la descripción de la criatura, junto a una ilustración a gran tamaño de una muñeca o marioneta con agujeros a modo de ojos y boca. Se lo dio a Marx y después volvió a sentarse—. Desde luego, no tenemos que creer en los golem en el sentido literal, claro que no. Por eso mismo, lo leo en un sentido alegórico, con el golem como emblema del *Klippoth* y de la cáscara de materia degradada. Pero entonces, ¿qué hacemos? Le damos vida a nuestra propia imagen. Insuflamos nuestro espíritu en su forma. Y eso, comprende, es lo que el mundo visible debe ser, un golem gigantesco. ¿Conoce a Herbert, el encargado del guardarropas del museo?

—Claro que lo conozco.

—Herbert no es un hombre de mucha imaginación. Creo que

usted estará de acuerdo conmigo.

—Sólo en lo que respecta a las propinas.

—En realidad, únicamente entiende de abrigos y paraguas. Pero el otro día nuestro amigo me relató una historia curiosa. Una tarde, mientras paseaba con su esposa por Southwark High Street, haciendo salud, como dice él, pasaron por delante de las viejas casas de caridad que están algo apartados de la calle. Pues bien, dio la casualidad que Herbert y su esposa miraron hacia allí, y ambos vieron, sólo por un momento claro está, a una figura encapuchada inclinada hacia el suelo. Después desapareció.

—¿Qué tiene de particular la historia de Herbert?

—La figura estaba allí. No se la imaginaron. Es imposible que se imaginaran algo tan apropiado para una vivienda medieval.

—O sea, Salomon Weil, ¿me está diciendo que era un fantasma?

—En absoluto. Usted y yo no creemos en los fantasmas como tampoco creemos en los golem. Fue algo mucho más interesante todavía.

—Ahora está entrando en el campo de las paradojas como buen erudito judío.

—El mundo en sí adoptó esa forma provisionalmente porque era lo que se esperaba. Creó aquella figura de la misma manera que crea para nosotros las estrellas, los árboles y las piedras. Sabe lo que necesitamos, esperamos o soñamos, y entonces las crea para nosotros. ¿Me comprende?

—No, no lo entiendo. —La niebla casi había desaparecido mientras ellos hablaban, y Marx abandonó la silla—. Vaya, es tardísimo —comentó, y se acercó una vez más a la ventana—. Incluso la niebla ha decidido retirarse.

Se despidieron por última vez en este mundo con un apretón de manos y un saludo en alemán. Marx se abotonó el abrigo mientras salía a la calle y miraba en vano en busca de un simón. Uno o dos vecinos del barrio pasaron junto a él, y más tarde recordarían al caballero menudo de aspecto extranjero y luenga barba.

XVI

SR. LISTER: Ahora, Elizabeth, ¿puedo llamarla Elizabeth?

ELIZABETH CREE: Sé que es usted mi defensor, señor.

SR. LISTER: Dígame. Elizabeth, ¿qué motivo podría tener usted para asesinar a su esposo?

ELIZABETH CREE: Ninguno, señor. Era un buen marido.

SR. LISTER: ¿Alguna vez le pegó, o la maltrató en algún sentido?

ELIZABETH CREE: No, señor. Siempre fue amable conmigo.

SR. LISTER: Pero usted se beneficia económicamente de su muerte, ¿no es así? Por favor, hábleme al respecto.

ELIZABETH CREE: No tenía ningún seguro de vida, señor, si se refiere a eso. Teníamos una renta de las acciones de los ferrocarriles, que él había heredado de su padre. También estaba el negocio de calcetería, que vendimos.

SR. LISTER: ¿Era un marido fiel?

ELIZABETH CREE: Muy fiel.

SR. LISTER: Es algo fácil de creer viéndola a usted.

ELIZABETH CREE: ¿Cómo dice, señor? ¿Desea que le diga algo más?

SR. LISTER: Si es tan amable, Elizabeth, quisiera que usted le contara al jurado como se conocieron usted y su marido.

XVII

Encontré el Washington junto al viejo Cremorne Gardens tal como me había dicho Dan Leno. Era imposible confundirlo porque en la fachada exhibían imágenes a tamaño real de actores, payasos y acróbatas, y me imaginé a mí misma como una de aquellas pinturas, paseándome por el fresco vestida de azul y con un paraguas amarillo, mientras cantaba la canción que todo el mundo adoraba. Pero ¿cuál podía ser esa canción?

—Tú deberías hacer de la casquivana Godiva —dijo alguien detrás de mí—. La doncella que enviaron a Coventry.

Se trataba de mi nuevo «tío», Tommy Farr, pero ahora no iba vestido con la escandalosa chaqueta a cuadros que tanto me había impresionado. Vestía un precioso abrigo negro con cuello de piel, y un sombrero de copa. Debió advertir mi mirada de asombro, porque se tocó el ala del sombrero y me guiñó el ojo.

—En el Washington tenemos que ser un poco más artistas. Es un teatro finolis. ¿Sabes leer el idioma inglés, querida?

—Sí, señor. Como una nativa. Me enseñó mi madre con sus Jeremías, Jobs e Isaías, y ahora leo tan bien como cualquier otro. Sin embargo, muy pronto me cansé de repetir sus tonterías, y leía el
World
Woman's
que me dejaba una vecina.

A mi «tío» le gustó aquello de «como una nativa» y me dio una palmadita en el hombro.

—Perfecto; entonces, lee eso que tienes ahí.

Había un cartel en la pared detrás de mí, así que me volví y comencé a leer con voz clara y firme:

—«En este establecimiento sin par…».

—No hay mayúsculas en tu voz, querida. Pon las mayúsculas.

—«En este establecimiento sin par actuará el lunes veintinueve la sensual y voluptuosa Celia Day. Tras el clamoroso éxito de su canción *Tres hurras por el perro de la brigada de bomberos*, cantará a coro en una extraordinaria confabulación nada menos que con el León Cómico en persona».

—Todo esto lo escribí yo solito —dijo el «tío»—. En el mejor estilo posible. Bien podría haber sido otro Hamlet. ¿O era Shakespeare? —Parecía a punto de echarse a llorar y me sentí muy preocupada por él—. Ah, pobre Celia, la conozco bien. —Suspiró y levantó la chistera por un segundo en señal de respeto—. Es una vieja veterana. No tendría que interpretar estos números de baja estofa. —Cambió bruscamente de humor—. Dime, cariño, ¿qué pone en la última línea del cartel?

—«Esta noche. A beneficio de los amigos necesitados de la sociedad filantrópica».

—Esos somos nosotros. Somos los amigos necesitados. Y somos muy filantrópicos, si entiendes lo que quiero decir. —Enarcó las ceja al estilo de los viejos arlequines, y me sujetó del brazo con fuerza—. Vamos a darnos un garbeo por el escenario.

Entramos en el Washington y, mientras cruzábamos el vestíbulo, me encontré con una escena de maravilla, mucho más que la del teatro de Craven Street. Había tantos espejos y candelabros de cristal a mi alrededor que le clavé los dedos en el brazo. Era como estar en una catedral de luz, y tuve miedo de perder el sentido en medio del brillo.

—Así me gusta —dijo Tommy, palmeándome la mano—. Esto quita el hipo, ¿verdad?

Subimos la escalera del escenario. Estaba sin barrer y vi los restos de purpurina entre las tablas del suelo. Alguien había dejado tres sillas y una mesa, pero estaban pintados de un color tan brillante que no se parecían en nada a ningún mueble que yo hubiera visto; parecían juguetes, y me hubiera dado miedo sentarme en ellos por si acaso se convertían en alguna otra cosa. De pronto, sentí que me levantaban en el aire y comenzaba a girar. Mi «tío» me hacía girar cada vez más rápido, hasta que la chistera se le cayó al patio de butacas y a mí me dejó caer sobre la mesa. Me sentía tan mareada que apenas podía hablar, y miré las sogas y los telones que flotaban por encima de mí.

—Necesitaba saber tu peso —me explicó jadeante mientras bajaba del escenario para recoger el sombrero— por si algún día te puedo meter en un número de volatinera. Dar vueltas siempre es bueno. Hace que la sangre corra, como le dijo el médico al yóquey.

—No dejes que te enrede. —Miré hacia el fondo del teatro y, para mi sorpresa, vi a Dan Leno en la parte de atrás—. Es terrible enredando a las señoras, ¿no es así, tío?

—Es mi manera, Dan. Pero es la única manera de hacerlo en el escenario. —Parecía sentirse avergonzado en presencia del muchacho y en aquel momento comprendí que Dan era el único importante en la compañía. Sin embargo, era tan poquita cosa, incluso más bajo de lo que le recordaba de la noche anterior, y con una boca tan grande que me recordaba a una marioneta.

—Anoche estuvimos hablando de ti —comentó, acercándose por el pasillo a paso vivo—. ¿Cómo tienes lo del curro?

—¿Señor?

—¿En la actualidad no trabajas en ninguna parte? ¿Estás sin trabajo?

—Así es, señor.

—Me llamo Dan.

—Sí, Dan.

—¿Sabes leer?

—Ése es precisamente el punto que iba a tocar, Dan.

—Sé muy bien cuál es el punto que le quiere tocar, tío. —Dicho esto, Dan se olvidó de él y continuó hablando conmigo con su estilo directo y enérgico.

—Nuestro apuntador se largó el otro día con una cómica, y algunas veces necesitamos que alguien nos eché una mano. ¿Entiendes lo que te digo? Si nos desmadramos demasiado podrían acabar echándonos del escenario.

Entendí perfectamente bien que me invitaba a unirme a ellos, aunque no tenía ni la menor idea de lo que podía ser el apuntador. Dan Leno debió ver la expresión de deleite en mi rostro, porque me obsequió con una de sus sonrisas contagiosas que llegaría a conocer muy bien.

—No creas que todo será coser y cantar. También tendrás que hacer de chica para todo. Un poco de vestuario. Un poco de esto y de lo otro. ¿Tienes buen mano? —Se sonrojó en cuanto lo dijo, e

intentó no mirar mis grandes manos despellejadas—. Tendrás que escribir algunas notas para nosotros. Ahora, vamos a divertirnos un poco. —Llevaba un abrigo largo hasta los tobillos, y de uno de sus muchos bolsillos sacó un cuaderno pequeño y un lápiz, y me los entregó con una reverencia cortesana—. Escríbelo mientras lo largo.

Se plantó en mitad del escenario con las piernas bien separadas, enganchó los pulgares en los bolsillos del chaleco y luego se retorció un mostacho imaginario.

—Te diré quién soy, tío, soy un sargento de reclutamiento. El otro día estaba en la esquina cuando te vi, tío, remoloneando por ahí como es tu costumbre.

Entonces el tío se puso en posición de firmes mientras Dan se le acercaba con aire feroz como si midiera más de dos metros de estatura.

—¿Quieres ser soldado?

—Ni hablar. Estoy esperando el autobús.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Qué vida ésta! Pero me hace recordar una historia muy fina vinculada con mi profesión. El otro día se me acercó un tipo muy bien plantado y me dijo: «Jefe, ¿valgo para soldado?». Le respondí: «Creo que sí, muchacho» y caminé a su alrededor, pero entonces vi que él también caminaba a mi alrededor. Cuando por fin se lo llevé al médico, el matasanos dijo: «Dan, sabes elegirlos» y entonces descubrimos que el tipo tenía un solo brazo. No me di cuenta porque no parábamos de caminar uno alrededor del otro, ¡qué vida ésta!

Lo escribí todo lo más rápido que pude; luego, al final, él saltó del escenario y se puso de puntillas para espiar por encima de mi hombro.

—Buena chica. Limpia como una escribanía. Tío, cántale a Lizzie una bonita canción, sólo para ver lo rápido que puede escribir.

Comprendí en aquel momento que parte de mi nuevo empleo sería escribir lo que Dan llamaba «vocalización extemporánea», de tal forma que pudiéramos usar en las obras cualquier cosa que se le ocurriera en los ensayos. El tío se quitó el sombrero, lo puso en el suelo y después se puso en cuclillas sobre el sombrero como si estuviera a punto de evacuar.

—Venga, ¿qué es eso? —le reprochó Dan, con un tono cortante —. No me vengas con cochinadas. No delante de la chica. Canta o

lárgate del escenario.

Yo nunca había visto tanta autoridad en un joven, pero el tío se puso el sombrero y, con las manos extendidas a la altura del pecho, comenzó a cantar: «Mi amor no era una tonta, rondaba los cuarenta…».

—¿Lo tienes, Lizzie?

Asentí. «Mi amor no era una solterona, se había casado ya dos veces…».

Yo era una buena alumna, y pronto me puse a la par con las palabras cuando comenzó a repetir el estribillo. Dan no ocultaba su satisfacción ante mis progresos.

—¿Qué te parece una libra a la semana? —me preguntó después de hacerse con mis notas y guardarlas en un bolsillo del abrigo. Era casi tanto como lo que mi madre y yo juntas habíamos llegado a ganar, y no sabía muy bien qué contestar—. De acuerdo, arreglado. Cobrarás los viernes por la noche. El pagador estará en la entrada.

—Este Dan es un lince para los negocios —señaló el tío—. Ya no está en el parvulario.

—Nunca lo estuve. ¿Dónde tienes la piltra, Lizzie? —Estaba claro que no le entendí— ¿Tienes un precioso palacio donde ir a ocultarte o vives en un agujero?

Ahora que me sentía tan transformada, no quería volver a Lambeth Marsh, y no vi ningún mal en hacer de pobre huérfana.

—No tengo a nadie en el mundo, y el casero no quiere dejarme entrar a menos que compartamos las habitaciones.

—Eso es meter el dedo en la llaga. Ésa es una de las cosas que me ponen furioso. —Dan se paseó por el escenario durante unos momentos, y luego se me acercó—. Tenemos unas habitaciones que no están nada mal en el New Cut. ¿Por qué no haces la maleta y te vienes con nosotros?

Era una ocasión maravillosa, y desde luego la cogí al vuelo.

—¿Puedo?

—Puedes.

—No tardaré más de una hora. Tengo muy pocas cosas.

—Apúntate las señas. Número 10 en el New Cut. Pregunta por Austin.

Quedamos de acuerdo, y yo me marché deprisa y corriendo antes de descubrir que todo el asunto no era más que un sueño.

Estaba a punto de salir del teatro cuando oí al tío que le decía a Dan:

—¿No podría ponerla en alguno de los números, Dan? ¿Ahora que Elspeth quiere probar con la cuerda floja?

Hubo un momento de silencio y luego sonó la voz de Dan.

—Es demasiado pronto, tío. Demasiado pronto. En cualquier caso, podría ser una buena cómica. Nunca se sabe. Tiene pasta.

—Ya lo puedes decir.

—Tiene pasta.

Corrí de regreso a casa lo más rápido que pude. Atravesé Battersea Fields y en cuanto entré en las habitaciones comprendí que mi antigua vida se había terminado. Recogí el resto de mi dinero de debajo de las tablas del suelo, y lo deposité sobre la cama sucia de mi madre. Junto a la pared había un viejo baúl de hojalata, que utilizábamos para sentarnos cuando cosíamos juntas; no contenía otra cosa que algunos despojos de su religiosidad, unos cuantos libros de himnos deshojados y cosas por el estilo, que arrojé alegremente por la ventana. Luego saqué todas nuestras prendas, aunque eran feas, y las metí en el baúl bien plegadas. Podía haberlo cargado al hombro, pesaba poco, pero no quería presentarme como una cualquiera, así que lo cargué sólo hasta Saint George's Field, donde alquilé un simón que me llevó hasta el New Cut por tres peniques.

El número 10 del New Cut era una casa pequeña y bonita en una zona nueva, y me sentí como una princesa cuando el simón se detuvo y descendí del carruaje. El cochero era un tipo esmirriado, con una chistera para ocultar la calvicie, pero galantemente cargó con mi baúl hasta la puerta. Tenía un bigotito de cuatro pelos, y no pude resistir la tentación de gastarle una broma cuando le di un penique de propina.

—¿Le ha pegado su mujer? —le pregunté—. Tiene un morado debajo de la nariz.

El cochero se tapó la boca con una mano y se marchó corriendo.

En cuanto llamé a la puerta, oí una voz femenina que chillaba en el pasillo.

—¿Quién es?

—Soy la chica nueva.

—¿Cómo te llamas?

—Lizzie. Lambeth Marsh Lizzie.

—¿Vienes de parte de Dan?

—Sí, así es.

La puerta la abrió bruscamente un hombre vestido con una levita roñosa y una enorme pajarita, como uno de aquellos cantantes cómicos que había visto en el teatro de Craven Street.

—Bien, querida, tienes pinta de chacha de vodevil. Ven.

Evidentemente me había confundido en lo de la voz femenina: era la suya, pero tan aguda y trémula que cualquiera la hubiera tomado como propia del sexo opuesto.

—Te pondré con Doris, la diosa de la cuerda floja. ¿La conoces?

Meneé la cabeza.

—Es fantástica. Capaz de dar la vuelta sobre una moneda. Es muy amiga mía.

Por el rojo subido de su rostro y el temblor de las manos, deduje que era bebedor; no tendría más de cuarenta años, pero parecía demasiado castigado para durar.

—Cargaría con tu baúl, pero tengo tendencia a resentirme de las arterias. Por eso abandoné la profesión. —Subió las escaleras charlando alegre y campechanamente como si fuéramos amigos de toda la vida—. Soy el casero. ¿Lo pescas? Casera. Casero. No me gusta administrador. Suena como muy de bar. Toda la gente de las variedades me llama Austin. Sólo Austin.

Me atreví a preguntarle cuál había sido su número.

—Cantaba tiznado de negro, y también hacía de comadre. Me ponía la peluca, y todos comenzaban a gritar. Los hacía troncharse, cariño. Aquí estamos. ¿Diosa? ¿Está ahí? —Apoyó la oreja en la puerta de una forma la mar de extravagante, y esperó durante unos segundos—. Y no llega respuesta alguna. Creo que entraremos, ¿no te parece? —Volvió a llamar, y a continuación abrió la puerta lentamente para dejar a la vista una escena de caos total: había sombreros de plumas y corsés, blusas de encaje, faldas arrugadas, mallas y zapatos dispersos por toda la habitación—. No es una criatura muy ordenada. Tiene el alma de una artista. Tu cama es aquélla, querida. En aquel rincón. —Efectivamente, había una segunda cama, pero estaba cubierta de prendas, cajas de sombreros y recortes de periódicos—. Me preguntaba qué se había hecho de

esa tetera —añadió retirando una tetera de porcelana marrón de lo que ahora era mi almohada—. A Doris le encanta el té. —Estaba a punto de salir de la habitación cuando se volvió bruscamente, de una manera que más tarde descubrí que formaba parte de su número, y me dijo en un susurro exagerado—: Son diez chelines a la semana. Dan dice que te los descontará de tu semanada. ¿De acuerdo?

Asentí. Tenía la sensación de haber comenzado una nueva vida, y estaba tan encantada con la transformación que incluso contemplé con placer el caos en el pequeño cuarto. En cuanto Austin se marchó, despejé la cama y coloqué mis cosas en una silla y una mesa. Había unas macetas con flores marchitas en el alféizar de la ventana, y cuando me asomé, vi las nuevas vías del ferrocarril y una hilera de depósitos. Todo me resultaba tan asombroso y desconocido que realmente me sentí como si me hubieran sacado de un viejo mundo para llevarme a una bendita tierra de libertad. Incluso los raíles parecían resplandecer.

—Sé lo que estás pensando —dijo una voz de mujer detrás de mí —. Estás pensando, ¿por qué se me habrá ocurrido dejar mi pisito en Bloomsbury?

—Vengo de Lambeth. De Lambeth Marsh.

—Sólo era la letra de una canción, querida. —Al volverme me encontré con una joven alta de larguísima melena negra. Me asustó un poco porque iba vestida toda de blanco—. Soy la diosa de la cuerda floja. Doris para ti. —Me cogió de la mano muy amablemente, y nos sentamos en su cama—. Dan me dijo que vendrías. Vaya, pareces medio muerta de hambre. —Fue hasta una cómoda y volvió con una bolsa de cacahuetes y una botella de limonada—. Preparé unas tostadas con mantequilla en un momento.

Permanecimos juntas el resto de la tarde. Le conté que mis padres habían muerto cuando yo era muy pequeña, que me había ganado la vida como costurera en Hanover Square, y que había escapado de una patrona muy cruel antes de encontrar alojamiento con una velera en Lambeth Marsh. Después, Dan y el tío me habían encontrado. Desde luego, ella se creyó la historia —¿por qué no la iba a creer?— y durante todo el relato me palmeó la mano sin dejar de suspirar. Hubo un momento en que se echó a llorar, pero después se enjugó las lágrimas y me dijo:

—No me hagas caso. Soy así.

Estábamos tomando una taza de té cuando llamaron a la puerta.

—Las cinco de la tarde, queridas. —Era la voz aguda y afeminada de Austin—. Obertura y teloneros, todos abajo para la primera escena.

—No le hagas caso —susurró Doris—. Está beodo. ¿Sabes lo que quiere decir? —Después le gritó—: ¡De acuerdo, querido! ¡Nos estamos vistiendo!

Se levantó de la cama y comenzó a desnudarse delante de mí. Mi madre siempre se había ocultado cuando se lavaba, tan furtiva y avergonzada de su carne. Contemplé el espectáculo de la piel blanca y los pechos de Doris. Tenía un cuerpo que en el teatro llamamos escultural. Me lavé a toda prisa, y, cuando ella vio mi vestido viejo, me puso sobre los hombros un abrigo de fina lana antes de salir de la casa.

No sabía cómo o cuándo comenzaría mi trabajo pero, obediente como siempre, fui con Doris al Washington. Tenía que estar cerca de nuestra casa, pero ella levantó una mano para llamar a un simón, y en un primer momento creí que lo había alquilado. Sin embargo, cuando el cochero nos miró desde el pescante, y se dirigió a ella tratándola de «diosa», comprendí que debía de tener alguna relación con la compañía.

—¿Esta noche es el Effs o el Old Mo?

—Comenzamos por Battersea, Lionel, y luego continuaremos con el resto del recorrido.

—¿Quién es la chavala?

—No es asunto tuyo, y mantén los ojos en la calle. —En cuanto subimos al carruaje, Doris me susurró al oído—: Lionel te podrá parecer un buen tipo, cariño, pero no es un caballero de la vieja escuela.

Sólo tardamos unos minutos en llegar al Washington y, mientras caminábamos apresuradamente hacia la entrada lateral, un joven se acercó a Doris con una libreta en una mano.

—¿Puedo hablar un momento con usted? Soy del *Era*.

Hablaba con mucha corrección, y sus ojos eran tan claros como el agua. Desde luego, yo no podía saber que un día se convertiría en mi marido, que era John Cree.

XVIII

12 de septiembre de 1880

Qué magnífico reportaje a toda plana en el *Police Gazette*, aunque las burdas litografías resultaran un pobre acompañamiento. Me presentaban con una chistera y una capa, más o menos en el estilo teatral del personaje de un seductor o un tipo elegante. Supongo que me sentí agradecido por el reconocimiento, dado que únicamente un miembro de mi clase podía haber realizado una hazaña tan delicada, pero hubiese preferido una mayor autenticidad en la composición. También podrían haber dibujado el cadáver de la querida Jane con más esmero, porque carecía de ciertos sutiles efectos de luces y de sombras; la media tinta o el punteado son muy útiles para reproducir el ambiente sin necesidad del embellecimiento del color, si bien supongo que un acto como el mío se puede representar perfectamente con la sencilla fuerza del anticuado buril del grabador. También dejaba algo que desear el estilo de los reportajes: recargaban demasiado las tintas en lo gótico, y resultaban lamentablemente inadecuados en la sintaxis: «Dos noches atrás, una bestia humana perpetró el más repugnante y el más horrible crimen que se haya visto nunca en esta ciudad…» y así todo el reportaje. Sé que la gente vulgar prefiere convertir sus vidas en el más cursi de los melodramas, pero sin duda las clases más educadas del mundo periodístico podrían aspirar a algo más, digo yo, vamos.

Entonces recordé al erudito. Era fácil matar a una prostituta, y en realidad no podía haber una gloria auténtica o duradera en el crimen. En cualquier caso, la sed de sangre del público es tan intensa que toda la ciudad estaría esperando ansiosa el asesinato de otra fulana. Ésa sería la belleza del judío: sembraría la más absoluta confusión, y daría tal esplendor y excitación a mis progresos que

cada nueva muerte sería esperada con impaciencia. Me convertiría en el modelo de la época.

16 de septiembre de 1880

Por un golpe de suerte, mi querida esposa, Lizzie, decidió pasar la velada con un amigo en Clerkenwell, uno de sus viejos compañeros de teatro quien, al parecer, se había convertido en un borracho. Pero me daba una magnífica oportunidad para crear mi pequeña sorpresa. Conocía bastante bien Scofield Street, y recordaba perfectamente la casa donde había dejado al judío aquella noche de espesa niebla, así que decidí pasar el día en la sala de lectura para completar mi estudio de Mayhew antes de embarcarme en mi aventura. Lo vi en el sitio de costumbre; no reparó en mí en ningún momento, pero lo mantuve vigilado. Cuando dejó su asiento para ir a consultar un catálogo, me acerqué hasta su mesa con el aire de quien no pretende otra cosa que estirar un poco las piernas. ¿Quién podría resistir la tentación de ver el último libro que aquel hombre leería en este mundo? Había dejado un tomo abierto, y no se veía el título. Sólo atisbe unas tablas de cifras cabalísticas y jeroglíficos que, sin duda, eran producto de alguna mente asiática. Pero también había un libro nuevo encima de un catálogo de
Murchison's
en Coveney Street, y comprendí que acababa de comprarlo. Se titulaba *Los trabajadores del alba*; no alcancé a ver el nombre del autor cuando pasé junto a la mesa, pero me pareció una curiosa elección para un erudito alemán. Después regresé a mi asiento y continué con la lectura de Mayhew hasta que mi amigo abandonó la sala de lectura y se perdió en el crepúsculo.

No necesitaba seguirle, porque conocía su destino, y, en vista de que hacía una noche preciosa, decidí dar un paseo hasta el río con mi maletín. (¡Quizás en mi trayecto alguien necesitara los servicios de un cirujano!). Fui por Aldgate y la Torre antes de doblar por Campion Street. La noche era tan clara que veía las torres de las iglesias del East End, y me pareció como si toda la ciudad se estuviera estremeciendo ante la expectativa de un gran cambio; en aquel momento me sentí orgulloso de que me hubiera encomendado sus poderes de expresión. Me había convertido en su mensajero mientras caminaba hacia Limehouse.

Había una farola de gas al final de Scofield Street donde se cruza con Commercial Road, pero el tramo que llevaba hasta el río estaba bastante oscuro. El número 7, con la puerta marrón, estaba situado justo en el límite de la luz antes de que las sombras engulleran la calle. Era un edificio anónimo, y todavía no habían echado los cerrojos. Vi el resplandor de una lámpara en el piso superior, y juzgué acertadamente que encontraría a mi erudito inmerso en sus libros. Subí las escaleras sin hacer ruido para no molestarle en su trabajo, y después llamé a la puerta tres veces con mucha suavidad. Preguntó quién era.

—Un amigo.

—¿Lo conozco?

—Por supuesto.

Entreabrió la puerta, y yo la abrí del todo empujándola con el maletín.

—¡Santo cielo! —susurró—. ¿Qué quiere usted de mí?

No era mi judío sino otro. Pero no demostré la menor sorpresa y avancé con la mano izquierda extendida.

—Vengo a conocerle —respondí—. Deseo discutir con usted sobre la muerte y la vida eterna. —Sostuve el maletín en alto—. Aquí está el secreto. —No hizo ningún movimiento, pero me observó mientras lo abría—. Usted y yo tenemos el sentido de lo sagrado, ¿no es así? Comprendemos el misterio.

Saqué el mazo y, antes de que él pudiera gritar reclamando ayuda, lo tumbé de un mazazo. Le había asestado un golpe fortísimo pero aún no estaba muerto, y la sangre que manaba de la herida abierta atravesó la raída alfombra. Me arrodillé a su lado para susurrarle al oído:

—En vuestra cábala, todo la vida es una emanación del *Ain Soph*. Así que ahora escape de los restos de materia, se lo ruego, y retorne a la luz.

Le quité el traje negro y la ropa interior; había una palangana con agua sobre la mesa junto a la cama, y lo lavé reverentemente con mi pañuelo. Luego cogí el cuchillo y comencé a trabajar. El cuerpo es un auténtico mapamundi con sus territorios y continentes, los ríos de fibras y los océanos de carne, y en las facciones de este erudito apreciaba la armonía espiritual del cuerpo cuando está tocado por el pensamiento y la oración. Continuaba vivo, y suspiró

mientras lo tajaba; suspiró, creo que con placer, cuando el espíritu se elevó del cuerpo abierto.

Sentía un deseo enorme de cortarle el pene, y completar así los rituales de su fe. Se lo corté y luego lo acerqué a la lámpara de petróleo para estudiar las intrincadas líneas y curvas. Aquí, sinceramente, teníamos otra obra de Dios. Había un libro abierto junto a la lámpara, y deposité el pene sobre la página. ¿Qué mejor lugar para descubrir el órgano generativo de un erudito? Pero ¿qué era esto? En la página aparecía la imagen de algún poderoso demonio acompañada por una breve historia del golem. Sabía que esa cosa estaba moldeada a partir de la arcilla con la figura de un homúnculo. Sin embargo, leí con interés como preservaba su vida nutriéndose con almas humanas. Desde luego, no era más que una tontería, una de esas leyendas que se remontan a la noche de los tiempos, pero había una divertida coincidencia en la sangre del erudito derramada sobre el mismísimo nombre de la criatura, como si fuera la orla de la página de un manuscrito iluminado. El pene amputado y el golem se habían convertido en un todo. Abandoné la habitación y corrí escaleras abajo. Al llegar a la esquina con Commercial Road, me disponía a gritar: «¡Un asesinato! ¡Auxilio, un asesinato!» cuando un gato negro se cruzó en mi camino. Así que levanté el puño en un gesto de amenaza contra aquel animal del infierno y continué mi camino.

18 de septiembre de 1880

Lizzie me ha rogado que la lleve al Canterbury, donde actúan Dan Leno y Herbert Campbell, pero estoy cansado de escuchar sus chistes en el escenario. Ahora veo que, según el *Daily News*, me he convertido en el golem de Limehouse. Qué idiota que es toda esta gente.

XIX

Así fue como encontraron a Salomon Weil, mutilado, entre sus libros. El brutal asesinato del erudito judío, sólo seis días después del de una prostituta en el mismo barrio, provocó un frenético interés entre los londinenses de a pie. Era como si hubiesen estado esperando con impaciencia que ocurrieran estos asesinatos, como si las nuevas condiciones de la metrópolis requirieran alguna vívida identificación, una flagrante confirmación de su categoría como la ciudad más grande y tenebrosa del mundo. Esto probablemente justificó la avidez con que se adoptó y publicó el término «golem»; pocas personas que lo utilizaban eran conscientes de su significado preciso, pero los cabalistas creían que el propio sonido o las letras de una palabra podían por sí mismas convertirse en los signos de su significado espiritual. Por lo tanto, quizás en la entonación de «golem» el público adivinó el horror de una vida artificial y una forma sin espíritu: la cadencia y la inflexión de la palabra como un eco y una burla de su «alma». Era un emblema de la ciudad que les rodeaba, y, curiosamente, la búsqueda del golem de Limehouse se convirtió en la búsqueda del secreto de Londres.

Una de las vecinas de Weil recordaba haber visto a un caballero de luenga barba y aspecto extranjero salir de la casa de Scofield Street, aunque no estaba segura de qué noche fue. En el transcurso de sus investigaciones, los miembros del recientemente creado Departamento de Investigación Criminal se enteraron de otros avistamientos del mismo extranjero barbado. Lo habían visto entre la multitud que hacía cola en los comedores de la beneficencia en Commercial Road donde, según dijo un camarero muy observador, había escrito algo en una pequeña libreta. La policía también encontró a un testigo más concreto: un cochero se presentó en comisaría para declarar que no hacía mucho había llevado a un caballero que respondía a las mismas señas a Scofield Street.

Recordaba muy bien que había sido la noche de la última gran niebla, y que había recogido a su pasajero en la parada habitual de Great Russell Street. Estaba seguro de que el caballero había salido del Museo Británico, porque lo había visto por allí en anteriores ocasiones; desgraciadamente, se olvidó de la presencia de John Cree aquella misma noche. Dos policías de la división H visitaron al encargado de la sala de lectura a la mañana siguiente, y a partir de su descripción del extranjero barbudo se estableció rápidamente la identidad de Karl Marx.

Marx había estado recluido en sus habitaciones desde el día que John Cree le había visto en la sala de lectura del Museo Británico, víctima de un fuerte resfriado, a cuyo empeoramiento contribuyeron sin duda alguna la visita a Salomon Weil y la larga caminata de regreso a casa. No había leído ningún periódico y, por lo tanto, no sabía absolutamente nada de la muerte de su amigo. Se entero cuando el jefe inspector Kildare y el detective Paul Bryden visitaron su casa en Maitland Park Road la mañana del 18 de septiembre. Eleanor, una de las hijas de Marx, los hizo pasar al despacho de su padre en el primer piso. Eleanor también estaba cuidando a su madre, Jenny Marx, que llevaba enferma varias semanas, y a quien muy pronto le diagnosticarían un cáncer de hígado. Los policías entraron en una habitación llena de libros desparramados como si les hubieran chupado el espíritu y yacieran exhaustos en el suelo; el aire olía a humo de puro y, por un momento, Bryden recordó las bodegas y los cafetines que había inspeccionado cuando ingresó en la policía metropolitana. Karl Marx ocupaba una pequeña mesa en el centro del despacho; se quitó las gafas de montura metálica cuando entraron los dos policías. No sintió ninguna preocupación especial por la visita; había sido objeto de la atención oficial durante los últimos treinta años, y los recibió con su habitual mezcla de gravedad y confianza en sí mismo. Pero quizá se sentía un poco intrigado: en los últimos años el Ministerio del Interior parecía haber perdido interés por su persona. Después de todo, ahora era un revolucionario ya mayor.

Invitó a los dos hombres a sentarse en un sofá de cuero junto a la ventana y, paseándose por el trozo de alfombra que dejaban libre los libros, les preguntó cortésmente el motivo de la visita. Kildare quiso saber donde había estado la noche del día 16, y él le

respondió que había estado en cama con un fuerte resfriado de pecho del que todavía se estaba recuperando. Su esposa y sus dos hijas confirmarían su presencia en la casa pero, perdone usted, ¿es que ha pasado algo? Cuando le informaron de la muerte de Salomon Weil los miró durante unos segundos, se llevó la mano a la barba y murmuró algo en alemán.

—¿Así que lo conocía, señor?

—Sí, lo conocía. Era un gran erudito. —Dejó de mesarse la barba, y los miró con expresión grave—. Es un ataque a los judíos —afirmó—. No es un ataque a Salomon Weil. —Resultaba evidente que los policías no acababan de entender sus palabras—. Si ustedes supieran —añadió— cómo en este mundo los hombres se convierten en símbolos de las ideas. —Entonces recordó las obligaciones del buen anfitrión, y les preguntó si querían una taza de té. Una vez más se reclamó la presencia de Eleanor y, en cuanto la joven salió de la habitación, los policías le formularon a Marx un sinfín de preguntas sobre sus relaciones con Weil.

—Yo también soy judío, aunque quizás ustedes no lo saben. —Kildare no hizo ningún comentario pero se fijó en que si bien Marx era mayor, mostraba un desafío e incluso una furia interior que le costaba mucho controlar—. Hablábamos de las viejas historias y leyendas. Discutíamos de teología. Ambos vivíamos en nuestros libros.

—Pero a usted, señor, también se le ha visto solo en las calles de Limehouse.

—Me encanta caminar. Sí, incluso a mi edad. Cuando camino, puedo pensar. Y hay algo en esas calles que excitan la contemplación. ¿Quiere saber un secreto? —Kildare permaneció callado—. Estoy escribiendo un poema. En mis años mozos no hacía otra cosa que escribir poesía y ahora, en un lugar como Limehouse, recuerdo toda la furia y la pena de mi juventud. Por ese motivo voy a pasear por allí. —Apenas si advirtió la presencia de Eleanor cuando les sirvió el té, para después marcharse con mucha discreción—. Pero ¿también sospecha de mí como un asesino? ¿Cree que tengo las manos manchadas de sangre? —Los visitantes no pasaron por alto la alusión, porque ya habían consultado los expedientes de Karl Marx en los archivos de la policía metropolitana. Se habían fijado especialmente en el informe

especial del detective Williamson, escrito seis años atrás y que llevaba el número 36 228, donde se recomendaba que al señor Marx se le rechazara la solicitud de naturalización por tratarse de «un conocido agitador alemán, cabeza de la Sociedad Internacional, y promulgador de los principios comunistas». También le habían investigado cuando los revolucionarios irlandeses atacaron la prisión de Clerkenwell y el ministro del Interior, lord Aberdare, ordenó que lo pusieran bajo vigilancia después de la caída de la Comuna de París en 1871.

—Lo único que veo en sus manos —respondió Kildare— es la tinta que usa.

—Eso está bien. Es así como debe ser. Algunas veces creo que estoy hecho de papel y tinta. Dígame, por favor, ¿cómo mataron a Salomon? —Kildare miró la puerta del despacho, que Eleanor había dejado abierta, y Marx la cerró suavemente—. ¿Hay algo…?

—Los detalles son desagradables, señor.

—Cuéntemelo todo, si es tan amable. —Marx escuchó atentamente mientras Kildare le explicaba cómo el cráneo de Salomon Weil había sido aplastado con un instrumento romo, probablemente un mazo, y cómo, a continuación, lo habían mutilado. También describió que habían colgado diversos órganos a modo de macabros adornos por la habitación, y que habían encontrado el pene sobre la página abierta del *Conocimiento de las cosas sagradas*, de Hartlib, en la entrada correspondiente a «golem». Éste sería el nombre que leería en el periódico.

—Así que ahora llamarán golem a este asesino, ¿no es así? —Marx estaba muy furioso, y por unos momentos permitió que toda la fuerza de su carácter se revelara a los dos policías—. ¡De esta manera se absolverán a sí mismos de responsabilidades, y declararán que el judío fue asesinado por un monstruo judío! No se confundan, caballeros. Es al judío a quien han asesinado y mutilado, no a Salomon Weil. ¡Es el judío quien ha sido violado, y ahora se lavan las manos!

—También han encontrado a una prostituta salvajemente mutilada, señor. Ella no era judía.

—¿Es que no comprende que este asesino destruye los símbolos de la ciudad? El judío y la prostituta son los chivos expiatorios en el desierto de Londres, y deben ser sacrificados ritualmente para

apaciguar a algún terrible dios. ¿Lo entienden?

—Entonces, ¿cree usted que se trata de una conspiración, o de una sociedad secreta?

Karl Marx descartó la pregunta con un ademán.

—*Die Philosophen haben die Welt nur verschieden interpretir*.

—¿Señor?

—No lo puedo interpretar para ustedes en ese sentido, caballeros. Sólo estoy hablando de las fuerzas reales que han creado estas muertes. El asesinato forma parte de la historia. No se halla fuera de ella. Es un síntoma, no la causa, de una gran enfermedad. No sé si ustedes lo saben, pero en las prisiones de Inglaterra, mueren más convictos a manos de sus compañeros que por los procesos judiciales.

—No acabo de entenderle.

—Quiero decir que las calles de esta ciudad son una prisión para los que caminamos por ellas.

En aquel instante llamaron a la puerta y Eleanor asomó la cabeza para preguntar si los caballeros deseaban otra taza de té. No, estaban satisfechos y no querían más té, así que la joven entró para retirar la bandeja. Tenía algo del porte de su madre y de su otrora indomable energía pero también había heredado la teatralidad innata de su padre, hasta el extremo que, como su hermana Jenny, estaba decidida a emprender la carrera teatral. Tomaba clases con madame Clairmont en Berners Street, pero, aunque siempre había disfrutado con los números del *music hall*, en una familia tan respetable como la suya emprender una carrera de *comique* o *danseuse* quedaba descartado. Por lo tanto se había encaminado por derroteros más serios y precisamente, a principios de aquella misma semana, le habían ofrecido su primer papel en *Vera, o el nihilista*, de Oscar Wilde. Interpretaría a Vera Sabouroff, la hija del posadero, y estaba repasando las frases («Tienen hambre y son desgraciados. Dejadme que vaya…») cuando entró en el despacho de su padre para retirar la bandeja.

Su padre estaba acostumbrado a su presencia, y sencillamente continuó con la conversación.

—Los dramaturgos consideran las calles como un teatro, pero es un teatro de la opresión y la crueldad.

—Tienen hambre y son desgraciados. Dejadme que vaya con

ellos.

—¿Qué has dicho, Lena?

La joven había pronunciado su frase sin darse cuenta de lo que hacía.

—Nada, padre, pensaba en voz alta —respondió en voz baja mientras abandonaba el despacho.

Los dos policías no estaban dispuesto a quedarse mucho más en compañía del anciano, pero le escucharon cortésmente mientras él se paseaba arriba y abajo por la alfombra.

—¿Ustedes hablan francés? —les preguntó—. ¿Saben lo que quiero decir cuando digo que *le mort saisit le vif*?

—¿Tiene algo que ver con la muerte, señor?

—Podría ser. Se puede traducir de muchísimas maneras. —Se acercó a la ventana; desde allí se veía el pequeño parque donde iban a jugar los niños—. También tiene algo que ver con la historia y con el pasado. —Miró a un pequeño que cargaba un aro—. Supongo que Salomon Weil era el último de su estirpe. —Se volvió para mirar a los policías—. ¿Qué pasará con sus libros? No se pueden dispersar. Hay que resguardarlos.

Los policías lo miraron sorprendidos por la pregunta y ahora, finalmente, se levantaron dispuestos a marcharse sin responderle. No creían haber encontrado al asesino, aunque investigarían a fondo la coartada de Marx y, durante unos días, lo seguirían cada vez que saliera de su casa en Maitland Park Road.

Marx permaneció en su despacho después de la marcha de los detectives, e intentó recordar los detalles de su última conversación con Salomon Weil. Cogió una hoja de papel y, de pie, escribió unas breves notas de todo lo que consiguió recordar. Había una cosa que recordaba con toda claridad. Habían estado discutiendo las creencias de una secta de judíos gnósticos que floreció en Cracovia a mediados del siglo XVIII; el núcleo central de su fe se refería a una forma de reencarnación perpetua en el mundo inferior, a través del cual los habitantes de la tierra renacían continuamente en otros lugares y en otras circunstancias. En ocasiones, los espíritus malévolos del aire inferior podían dividir un alma en dos o tres «llamas» o «destellos», de tal forma que los elementos de una misma persona podían ser distribuidos entre más de un cuerpo recién nacido. Los demonios disponían de otro poder, otorgado por

Jehová, el dios malvado de este mundo: ciertos hombres notables podían ser devueltos a la tierra con el pleno conocimiento de su vida e identidad interior, pero no podían revelar dicho conocimiento bajo el riesgo de sufrir la tortura eterna. Si conseguían cumplir otro ciclo de generación natural en este mundo, entonces sus espíritus serían liberados definitivamente. «¿Sabe que es usted Isaías? —le había preguntado Salomon Weil aquella noche —, ¿o quizás es usted Ezequiel?».

Una vez más se acercó a la ventana, y miró a los niños que jugaban en el parque. ¿Era posible que su viejo amigo estuviera ahora despertando a una nueva vida en la tierra? ¿Sería él uno de los elegidos, de los que recordaría que una vez había sido Salomon Weil? ¿O su alma ya había sido liberada? Todo esto era una pura tontería.

Fue hasta las estanterías y cogió un ejemplar de *Diálogos de tres templarios sobre política económica*, de Thomas De Quincey.

XX

Creo que en una vida pasada tuve que ser una gran artista. En cuanto pisé el escenario con Doris, incluso antes de que encendieran las luces, me sentí la mar de tranquila. Claro está que en aquellos primeros días no era más que la apuntadora y copista, y no estaba por encima del tramoyista o del chico de los recados. Nunca pensé en cantar o bailar, de la misma manera que el encargado de la iluminación nunca soñaría en convertirse en actor cómico. Pero, como digo, el escenario era lo mío.

Los primeros días los pasé mirando los ensayos de Dan Leno con Charlie «Pato mareado» Boyd, y mi trabajo consistía en escribir todas las «morcillas» y «bocadillos» que se les ocurría mientras repasaban el libreto. Oía decir a Dan: «Ésta no está del todo mal, ¿verdad?» o «¿A ver qué se te ocurre para añadir esto en el número?» y sabía que era el momento de escribir a toda máquina para no perder palabra de lo que él llamaba «espontaneando». Todavía era muy joven pero ya sabía explotar una mina inagotable de patetismo y pena cómica. A menudo me preguntaba, al no encontrarla en mí misma, de dónde le venía, pero supongo que había alguna pequeña mancha oscura en su pasado. Siempre se reía, nunca se estaba quieto, y tenía una manera de decirte las cosas, hasta las más vulgares, que nunca olvidabas. Recuerdo que un día pasábamos por delante de la Torre de Londres, regresábamos del Effingham en Whitechapel, y él se asomó por la ventanilla para mirarla. Continuó mirándola hasta que doblamos en la calle siguiente, y entonces volvió a recostarse en el asiento con un suspiro. «Bien, ése es un edificio —comentó— que satisface un viejo deseo». También fue la forma de decirlo, no con la sorna del cockney sino, como él solía explicarlo, con una alegría melancólica.

Me encantaban aquellos primeros días, mientras contemplaba y escuchaba los ensayos.

—Perdone la pregunta, agente, ¿corre detrás de la pelota o es que lo llevan de las pelotas?

—Es demasiado fuerte. —Dan no vacilaba en cortar de raíz esa clase de humor—. Yo te doy la entrada para tu canción ¿de acuerdo? y después bajo al patio para mi monólogo.

Aquella canción era la especialidad de Charlie, *Ayer parió mellizos para demostrarme que no hay resentimientos* y Dan interpretaba el papel de la muy sufrida esposa de Charlie.

—Sí, me llevó al hospital. Un lugar muy bonito. Todo lleno de camas. Apareció la enfermera y me preguntó: «¿Está usted aquí por su causa?». «Verá, querida —le respondí—, él me pagó el billete del tranvía». Nos tronchamos. Entonces, le dije: «Si me alivia de esta carga, me pondré en camino». «¿Para cuándo espera?». «No me refiero al bebé. Él». —Dan se interrumpió para mirarme—. Le falta un poco de chispa, ¿verdad?

Yo meneé la cabeza.

—No es bastante maternal.

Dan miró a Charlie, quien estaba ensayando en silencio su truco favorito de caminar hacia atrás con un ritmo perfecto. (Recuerdo la vez que lo vi en el escenario del Savoy Variety intentando engañar al agente de guardia a la entrada de una fiesta de gala caminando hacia atrás como si se estuviera marchando en lugar de entrar. Fue memorable).

—¿Tú qué opinas, Charlie? ¿Estuve maternal?

—A mí no me preguntes, cariño. —Él también se volvió maternal por simpatía—. He tenido tantos niños que creo que Noé se lió conmigo. En cualquier caso, algo muy viejo y duro.

Desde luego, a menudo había chistes y comentarios que yo fingía no escuchar; es algo natural para la gente del espectáculo caer en lo picante, como dicen ellos, pero yo quería convencer a Dan de que era tan inocente como cualquier Colombina en la pantomima. Quería reservarme para el escenario. Doris, la diosa de la cuerda floja, siempre era muy buena conmigo. Había escuchado la historia de mi orfandad, y había decidido cuidarme. Dormíamos juntas las noches de frío, y me apretaba contra su camisón para conseguir la maravilla de su calor. Y solíamos charlar mientras nos acurrucábamos: las dos soñábamos con tener al príncipe de Gales en primera fila, y que nos diera la mano al finalizar la representación,

o con un rico admirador que nos enviaría cinco claveles cada día hasta que accediéramos a casarnos con él. Nuestra mutua amiga Tottie Golightly, una cantante muy divertida, venía algunas veces a compartir con nosotras un plato de puré de patatas y salchichas. Era la criatura mejor vestida y elegante del mundo, con botines altos con botones que relucían como diamantes con la luz de gas, pero en el escenario llevaba un andrajoso sombrero amarillo, un abrigo que le venía enorme y zapatos viejos. Siempre aparecía esgrimiendo un viejo paraguas verde como una gigantesca hoja de lechuga. «¿Qué me dicen de esto? —le preguntaba al público, agitándolo como si fuera una bandera—. Estupendo, ¿eh? Magnífico, ¿verdad? Podrías meterte en el mar con esto y no mojarte. ¿Tengo razón o hay alguna otra mujer?». Ésta era su frase pegadiza o gancho, y nunca la comenzaba sin que los espectadores gritaran el resto. Su canción más conocida era *Soy una mujer de pocas palabras*. Después de interpretarla abandonaba el escenario durante unos segundos, para regresar ataviada con un impecable frac, pantalones y monóculo para cantar *La vi una vez en la ventana*. Yo me fijaba en todo, y no olvidaba nada; creo que, incluso entonces, esperaba con impaciencia el día de entrar en el camerino y vestirme para salir a escena.

El pequeño Victor Farrell era otro artista que, desgraciadamente, intentaba cortejarme. No medía más de un metro veinte de estatura, pero causaba una gran impresión en el público con su personaje «Guardiamarina». Me seguía a todas partes, pero cuando le decía que se largara con viento fresco me respondía con una de sus sonrisitas sarcásticas y simulaba enjugarse las lágrimas con un pañuelo que era casi tan grande como él. «Vayamos a comer unas chuletas en la cantina —me dijo una noche después de actuar en el Old Mo—. ¿Te apetece un poco de carne, Lizzie?». Yo acababa de limpiar el camerino, y estaba demasiado cansada para darle esquinazo; además, estaba famélica. Así que fuimos debajo del escenario: era algo así como una bodega, pero los únicos clientes eran los artistas y sus amigos. Estos «amigos» eran los tipos que se apostaban a la salida del teatro y los galanes que iban detrás de cualquier mujer, pero nunca me perseguían porque les bastaba con mirarme para saber que antes me levantaría las faldas para el demonio que para ellos.

No había cuadros bonitos ni flores en la cantina, sólo unas cuantas mesas y sillas destartaladas y un gran espejo rajado contra una pared donde podía mirar sus rostros depravados. Olía a tabaco y a chuletas de cordero, con un toque de ginebra y cerveza para añadir sabor. En honor a la verdad, detestaba aquel lugar, pero, como he dicho, tenía hambre. El pequeño Victor Farrell no me soltaba el brazo, como si quisiera exhibirme de la misma manera que exhibía la cotorra disecada en su número del Guardiamarina, y me guió hasta una mesa donde Harry Turner meditaba con cara triste delante de una jarra de cerveza. Harry se levantó cuando me acerqué —siempre fue un caballero— y Victor le preguntó si quería otra ronda, algo que él aceptó graciosamente. Harry era el Estadisticón, el hombre memoria, y no había fecha o hecho que él no recordara en el escenario. Una vez me contó su historia. Había sufrido un accidente en la infancia que casi le costó la vida. Lo atropelló uno de los aquellos viejos postillones y se pasó tres meses en cama. Decidió leer todo lo que pudiera y comenzó a memorizar las fechas históricas, sólo por el placer de hacerlo. Ya no se dedicó a otra cosa. Cojeaba de la pierna que le había aplastado la rueda del carruaje, pero tenía una mente muy superior a la de cualquier otra persona que yo conociera.

—Dime, Harry —le pregunté, sólo para pasar el rato mientras Victor iba a la barra—. ¿En qué fecha construyeron el Old Mo?

—Lizzie, ya sabes que no me gusta hacerlo fuera del escenario.

—Sólo por esta vez.

—Lo inauguraron el 11 de noviembre de 1823, en el mismo edificio que antes había sido una capilla de las hermanas de la Caridad. Los cimientos originales se excavaron el 5 de octubre de 1820, cuando descubrieron que databan del siglo XVI. ¿Satisfecha?

Victor había vuelto a la bebida, y ahora se dedicaba a intercambiar gestos con sus amigos: un guiño y un meneo significan mucho entre los faranduleros.

—Danos el servicio de tu memoria, Harry. ¿Quién es aquella momia? —Victor miraba a un hombre maduro sentado muy cerca de una cómica, su expresión era de estar muy a gusto—. Mira el anillo que lleva. El tipo debe de estar forrado.

—El hombre más viejo del país —señaló Harry— fue Thomas Parr, que murió en 1653 a la edad de ciento cincuenta y tres años.

No puedes enterrar a un buen hombre.

—Yo sé dónde enterrar a un buen hombre —me susurró Victor.

Le cogí una mano suavemente, y después le doblé los dedos tan atrás que sus chillidos resonaron por toda la cantina. Sólo lo solté cuando los demás interrumpieron sus conversaciones y se fijaron en nosotros. Victor les explicó que le había pisado los callos.

—Esto te enseñará —le susurré furiosa.

—Tienes muchísima fuerza para ser una mujer, Lizzie. —Hizo una pausa para examinarse los dedos doloridos—. Por favor, acepta mis más fervientes disculpas. ¿Crees que me he propasado mucho?

—No olvides nunca que soy inocente.

—Debes de tener más de quince, Lizzie.

—No, no debo. Ahora ve y pídeme una patata asada antes de que vuelva a hacerte daño.

Victor era de esos que siempre están dispuestos a tomar otra ronda. Sabía que también trabajaba en *varietés* de ínfima categoría y le pagaban en lo que nosotros llamábamos «dinero líquido»; el mismo me lo dijo, y se vanagloriaba de ser capaz de beber tanto como cualquier hombre de tamaño normal. «Meto un litro en una botella de cuarto» era su forma de decirlo. Aquella noche no hizo mal papel; bebió con todos los presentes y, cuando se desplomó debajo de la mesa, le permití que me mirara las piernas durante unos momentos. Pero cuando me cogió el tobillo le arreé semejante puntapié que salió inmediatamente por el otro lado. Estaba a punto de levantarme y darle otro puntapié, cuando un joven se acercó presuroso a nuestra mesa.

—¿Necesita ayuda? —me preguntó.

Lo reconocí en el acto; era John Cree, el reportero del *Era* que había entrevistado a Doris cuando actuamos en el Washington.

—Por favor, ayúdeme, señor. No tendría que haber permitido que me trajeran a este antro.

Me escoltó escaleras arriba y salimos al pequeño callejón junto al teatro.

—¿Está usted bien? —Esperó mientras me componía—. Está pálida.

—Han intentado abusar de mí —repliqué—. Pero creo que debo de tener un ángel guardián que me protege de todo mal.

—¿Puedo acompañarla a alguna parte? Las calles, en un lugar

como este…

—No, señor, puedo arreglármelas sola. Conozco la noche.

Él se marchó, mientras yo eliminaba el humo del tabaco de mis pulmones con grandes bocanadas de aire londinense. La noche se había convertido en algo muy extraño, y todavía faltaba mucho para que se acabara. Porque, apenas unas horas después de conocer a John Cree, con las primeras luces del alba, encontraron el cuerpo del pequeño Victor Farrell en el patio de un semisótano dos calles más allá. Se había partido el cuello, sin duda debido a un traspié. Había dejado la cantina «bastante curdela» según dijo otro de sus amigos borrachos, y se creía que había vagado por las calles hasta que rodó por las escaleras que conducían al semisótano. El Guardiamarina había zarpado por siempre jamás.

Tuvimos una sesión matutina al día siguiente, y el tío se hacía el inconsolable.

—Era el gigante de los cómicos —me dijo, con un pañuelo en la mano—, aunque fuera tan chiquitín. Creía que era capaz de soportar la bebida pero, ah, como decía Shakespeare, estaba muy equivocado. —En aquel momento, el alcohol dominaba al tío, porque la mayoría de los artistas le habían invitado «a una copita» con la intención de consolarlo—. Comenzó como saltimbanqui. Ya hacía cabriolas cuando apenas levantaba un par de palmos del suelo. —Levantó el pañuelo, pero sólo para soplarse la gorda nariz —. Recuerdo cuando apareció por primera vez en el viejo Apolo, en Marylebone. Lo anunciaban como el Renacuajo sentimental. ¿Alguna vez te cantó *El gato de la pensión*?

—No sufras más, tío. —Le di un beso en la sudorosa frente—. Era fantástico, y ahora está en el gran escenario, en el cielo.

—Dudo que haya *varietés* allí, querida. —Soltó un leve resoplo a medio camino entre una carcajada y un suspiro—. Qué le vamos a hacer, todos somos polvo.

Presentí que había llegado mi oportunidad.

—Me preguntaba una cosa, tío. Ya sabes que Victor era como un segundo padre para mí…

—Sí, desde luego.

—… y que yo esperaba rendirle un pequeño tributo.

—Continúa, querida.

—Me preguntaba si me dejarías hacer su número esta noche. Me

sé todas sus canciones de memoria. —Me miró atentamente durante un momento, y yo continué hablando más rápido—. Hay un hueco en el programa, lo sé, y como quiero darle una despedida correcta…

—Pero tú eres bastante más alta, Lizzie. ¿Crees que sería correcto?

—Ése sería el mejor chiste de todos. Victor se troncharía.

—No sé qué decirte, cariño. Supongo que tú podrás demostrármelo.

En honor a la verdad me había estudiado el número del pequeño Victor bien a fondo, así que me sabía el diálogo y los movimientos. A pesar de que no llevaba el vestuario adecuado, canté *Si alguna vez hubo un condenado granuja* delante del tío, y bailé todos los pasos al estilo del Guardiamarina.

—Tienes el estilo correcto.

—Victor me estaba enseñando. Dijo que tenía una jeta tan divertida que era una pena desperdiciarla.

—Desde luego sabes cantar.

—Gracias, tío. ¿Crees que Victor hubiese querido que tuviera la oportunidad de mostrarla?

Permaneció en silencio durante un minuto, y yo sabía que estaba calculando los efectos de la novedad: ¿qué pasaría si conseguía hacer de mí una cómica o una bailarina?

—¿Crees que podríamos hacerte pasar por la hija del pequeño Victor? Nacida de sus bellotas, ya sabes…

—Siempre he pensado en él como mi segundo padre. Era tan bueno conmigo…

—Sé que lo era, querida. Era muy paternal.

Después de derramar unas cuantas lágrimas más, quedó acordado que aquella noche yo haría el número del pequeño Victor. Creo que Dan no aprobaba el plan pero, cuando vio el entusiasmo reflejado en mi cara, no fue capaz de impedírmelo; yo ya había contado con eso. Ya pueden imaginarse mi nerviosismo mientras me vestía por primera vez: el vestuario del pequeño Victor me iba demasiado pequeño, naturalmente, pero en ello radicaba toda la gracia del asunto. Como le dije a Doris mientras nos cambiábamos, es curioso ver como el agua de mar puede encoger la ropa de un guardiamarina. Estábamos en el camerino con otras chicas y chicos, todos charlando y riendo con esa euforia que se produce después de

una muerte. Nadie lo había querido, e incluso ni siquiera le había caído bien el pequeño Victor, pero en cualquier caso, la gente de las *varietés* llora la muerte de un compañero intentando ser un poco más alegre.

—¡Cinco minutos! —gritó el traspunte.

Doris abrió la puerta y le gritó:

—¿Qué tal el público?

—Facilón. Como a ti te gusta.

A mí me tocaba actuar entre las bailarinas y las cantantes etíopes. El encargado del atrezo vio que estaba temblando en un rincón, así que se me acercó y me cogió por los hombros.

—Ya sabes lo que dicen, ¿verdad, Lizzie? Si te silban, tú les pitas.

No era la frase más adecuada para dar ánimos, pero, sin duda, lo decía con buena intención.

El público se volvió loco cuando me anunciaron como la hija del pequeño Victor. Todos estaban enterados de su accidente —era esa clase de barrio— y en el momento que pisé el escenario vestida con sus viejas ropas y cantando *Todo por el bien de mi querido padre* supe que los tenía en el bote. Exploté un poco la muerte, pero después empleé parte del diálogo que había aprendido del número de Victor, además de un viejo chiste sobre el tema de los pañuelos perdidos. Sin embargo, tenía preparado un truco de mi propia cosecha. Sabía lo desagradable que seguían siendo mis manos, tan grandes y llenas de cicatrices, así que me había puesto un par de guantes blancos que servían para recalcar su tamaño. Sostuve las manos delante de mi rostro y suspiré: «¡Vaya guantes de pacotilla!». Les encantó, porque era una de esas frases que enganchan, y después seguí con aquella tonadilla que causaba tanto furor, *Vuelve a ser domingo otra vez*. Supongo que podría haber seguido cantando toda la noche, pero vi al tío que me llamaba desde las bambalinas. Me acerqué presurosa mientras los espectadores continuaban aplaudiendo y pataleando a rabiar.

—Cántales una estrofa más —dijo—, y después despídete aunque te pidan más.

Así que volví al escenario y canté la segunda estrofa:

Ninguna pata debe poner,
ninguna gata debe parir,
ninguna gallina debe seguir en el nido,
por dolorosa que sea su situación
no debe pensar en la incubación
porque no se puede hacer nada en domingo,
tendrán que dejarlo para el lunes.

La canté muy bien porque recordaba a mi madre y cómo me arrastraba hasta la pequeña capilla de techo de hojalata para convertir mi domingo en un día de sufrimiento. Y, mientras bailaba en el escenario, tenía la muy placentera sensación de estar zapateando sobre su tumba. ¡Cómo disfrutaba! Y ellos disfrutaban conmigo. Una lluvia de monedas cayó sobre el escenario y, a pesar de la advertencia del tío, los complací otra vez con una estrofa de *Sube el precio de la carne*. Entonces el estruendo de los silbidos y el pataleo fue tan fuerte que a duras penas me oí a mí misma darles las gracias. Era un momento tan glorioso que podría haberme muerto e ir al cielo. Desde luego, en cierta manera, había muerto. Mi viejo ya había muerto y la nueva Lizzie, la hija del pequeño Victor, con guantes de pacotilla, acababa de nacer.

Creía que Dan continuaba enfadado conmigo por haberme apropiado del número del pequeño Victor, pero comprendió que me las había apañado muy bien. Todavía era un pichón en el mundo del espectáculo pero, a lo largo de las siguientes semanas y meses, fui subiendo poco a poco en las carteleras. Tenía mi propia canción: *El agujero en la persiana, o soy demasiado joven para saber*, aunque muy pronto me di cuenta de que tenía mucho más talento en la línea cómica que como bailarina o cantante. Sabía contar chistes, y muy pronto tuve mi propia definición impresa a continuación de mi nombre: Divertida sin ser vulgar. Todavía recuerdo muy bien todos mis números. Simulaba ser una máquina de baños y cantaba ¿*Por qué no tenemos mar en Londres*? y después los remataba con *Supongo que él no lo volverá a hacer en meses, meses y meses*. Nunca veía la mala intención, y la cantaba como una inocente canción sobre una esposa cuyo marido la llevaba una vez al año de excursión en barco hasta Gravesend. Tenía que

ser por la manera en que pronunciaba «hacer», pero ellos se tronchaban.

Nunca supe de dónde venía la comedia. No era una mujer especialmente graciosa fuera del escenario, y supongo que en algunas cosas incluso tendía a la tristeza. Era como si otra personalidad saliera de mi cuerpo cada vez que me subía al escenario, y algunas veces incluso me sorprendía a mí misma con las canciones y las salidas barriobajeras. Ella tenía su propio vestuario —un sombrero cochambroso, una falda larga y unas botas dos números más grandes le quedaban de maravilla— y, mientras me vestía sin prisa, ella comenzaba a aparecer. Sin embargo, algunas veces ella era incontrolable, y una noche en el Palace de Smithfield comenzó a interpretar un popurrí sobre la Biblia con unos chistes bastante subidos de tono sobre David y Goliat. Una gran parte del público presente en aquel espectáculo era judía, y le encantó, pero al día siguiente una delegación de la Sociedad para la divulgación del Evangelio se quejó al director. Para empezar no sé que estarían haciendo allí, pero la hija del pequeño Victor tuvo que suprimir esa parte del número. Desde luego, tenía mis admiradores: pregúnteselo a cualquier actriz y le dirá como nos incordiaban los galanes. Venían a puñados, pero la mayoría no eran más que pobres conductores de tranvías o empleados. Por fortuna, Doris y yo continuábamos compartiendo un simón hasta el New Cut, así que pasábamos entre ellos sin hacerles caso. «No soy ninguna santa —me comentó una vez—, pero puedo seguir la línea recta cuando es necesario». Ella todavía era la diosa de la cuerda floja, al menos para sus admiradores, pero en los círculos de las *varietés* no tardarían en hablar elogiosamente de la hija del pequeño Victor. No obstante, éramos las mejores amigas, y nada nos gustaba más, acabada la función, que irnos a casa y compartir una buena fuente de verduras con panceta. Siempre estaba excitadísima después de actuar —y, a juzgar por la preocupación de Doris, algunas veces un poco histérica— pero, al cabo de un rato, la hija del pequeño Victor se marchaba y volvía a aparecer Lizzie. Tenía que tener mucho cuidado en no contradecir la historia de la huerfanita que le había endilgado cuando comenzamos a compartir la habitación, pero ésa era la parte más fácil: me había inventado toda una historia que me hacía mucho más interesante, y, en realidad, no me costaba mucho

mantenerla.

Algunas veces, Austin se unía a nosotras con unas cuantas cervezas, y comenzaba a recordar los viejos tiempos cuando cantaba de soprano en las Cuevas de la Armonía y los Santuarios del Canto.

—Tenía una voz preciosa —nos dijo en confianza en una ocasión —, y cuando actuaba en las fiestas era como un ángel del cielo. Podría haber sido un cantante auténtico, pichonas, podría haber sido otro Betty. Pero los celos profesionales me lo impidieron. Me mantuvieron fuera de los escenario por puro miedo. Me negaron Drury Lane.

Nos sirvió otra cerveza, mientras él y Doris intercambiaban los chismes del día: el ventrílocuo que estaba cortejando a una bailarina del Basildon, y las desventuras de Clarence Lloyd al que habían pillado borracho perdido y vestido de mujer a la entrada de una misión para marineros. Al pobre Clarence lo habían detenido por importunar, o eso al menos fue lo que dijo Austin, y lo habían llevado a la comisaría mientras berreaba *En los tiempos de mi primer marido*. Pero, por una de esas cosas, en nuestras conversaciones siempre acabábamos hablando de Dan o del señor Leno, como Austin insistía en llamarle cuando estaba borracho. Dan continuaba siendo un misterio para nosotros, aunque su misterio no era más que sus dotes artísticas que eran evidentes incluso para el público más ignorante. «Hablan de Tennyson y Browning —solía decir Austin—, y yo soy el menos indicado para negar el genio de esos dos caballeros, pero créanme, chicas, el señor Leno lo es».

Era verdad. Dan sólo tenía entonces quince años, pero interpretaba tantos personajes que apenas si tenía tiempo para ser él mismo. Y, sin embargo, de alguna manera, siempre era él mismo. Era la mujer india, el camarero, la lechera, o el maquinista, pero siempre era Dan creando personajes a partir de la nada. Cuando interpretaba al pequeño tendero, te mostraba a los clientes que discutían con él y a los vendedores ambulantes árabes que le estropeaban el negocio. Cuando en un aparte murmuraba: «Iré allí y desempaquetaré el gorgonzola» podías oler el queso y, cuando hacía ver que lo remataba de un tiro para aliviarle de sus sufrimientos, podías ver el fusil y escuchar el disparo. Cómo se reían cuando aparecía en el escenario; corría a lo largo de las candilejas, ejecutaba un redoble de tambores con los pies, y levanta la pierna

derecha bien alto para descargarla sonoramente contra las tablas. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se convertía en la agria solterona a la caza de un hombre.

—Es inagotable —me comentó el tío una noche al salir del Desiderata, en Hoxton—. Absolutamente inagotable. —Me apretaba demasiado el brazo pero, como había sido tan bueno conmigo en el pasado, le aparté la mano con mucha suavidad. No pareció darse cuenta—. ¿Qué te parece, Lizzie, si nos comemos una buena ración de pescado con patatas fritas? Poner algo caliente en el cuerpo.

Estaba a punto de inventarme una excusa, cuando vimos salir del
Leonard’s
Rents al joven que me había salvado de las atenciones del pequeño Victor varios meses atrás. Desde entonces, lo había visto en otras ocasiones, y había esperado que me hiciera una entrevista para *The Era*. Lamentablemente, siempre se mostraba muy respetuoso y mantenía las distancias. Se descubrió cuando pasamos a su lado y, quizás en la suposición de que el tío se me pegaba demasiado y se mostraba excesivamente cordial, me preguntó cómo estaba. El tío lo miró con soberbia dispuesto a seguir de largo, pero me detuve un instante.

—Le agradezco su interés, señor…

—John Cree, del *Era*.

—Estoy muy bien, gracias, señor Cree. Mi director me acompaña hasta el coche.

Me mostré dignísima, e incluso el tío se quedó impresionado. Pero, a partir de aquel momento, pensé muy a menudo en el señor John Cree.

XXI

La mañana en que Karl Marx recibió la visita de los policías, George Gissing estaba sentado en su sitio de costumbre bajo la cúpula de la sala de lectura del Museo Británico. Había dos largas mesas reservadas a las señoras, y Gissing siempre se sentaba lo más lejos posible de ellas. Esto no obedecía a que fuera un misógino en ningún sentido —muy al contrario—, pero todavía era lo bastante joven como para mantener la ilusión de que la búsqueda del conocimiento debía ser una actividad solitaria y abnegada, en la cual la mente debía olvidarse o dominar al cuerpo. En cualquier caso, venía a la sala de lectura en parte para escapar de lo que él llamaba, en homenaje a Nietzche a quién acababa de leer, «la presencia de la voluntad femenina». Éste no era un interés teórico por su parte, porque de hecho creía que su vida había sido destruida por la presencia de una determinada mujer.

En aquel entonces tenía dieciocho años y era un aplicado y prometedor estudiante en el Owens College de Manchester que se preparaba para los exámenes de ingreso a la Universidad de Londres, cuando conoció a Nell Harrison. Ella tenía diecisiete años, pero ya era una alcohólica que se pagaba la bebida ejerciendo la prostitución. Gissing se enamoró de ella después de un encuentro casual en una taberna de Manchester; él era un idealista convencido de que, en la mejor tradición teatral, podría «salvar» a Nell. En aquel momento, la literatura lo era todo para él, y en esa joven depositó todos sus instintos para la narrativa y el patetismo dramático. También es posible que su nombre evocara en él recuerdos infantiles de los terribles vagabundeos de Little Nell en *Almacén de antigüedades*, de Dickens, pero es más probable que el romántico y joven literato se obsesionara con ella por ser prostituta y alcohólica; aquí tenía a una paria moderna, alguien que parecía

sacada de las páginas de Zola. En ese sentido él se equivocaba al culparla de todas sus desgracias, porque en parte eran el resultado de sus propias desilusiones.

La tragedia de su vida comenzó poco después de su encuentro. Él utilizó el dinero de su beca para vestirla y alimentarla; incluso le compró una máquina de coser (por aquel entonces un invento relativamente nuevo) para que se ganara la vida decentemente como modista. Pero ella se gastó en bebida los chelines que el joven le entregaba y, resultado de sus constantes exigencias de dinero, él comenzó a robar a sus compañeros en el Owens College. En la primavera de 1876, las autoridades del Centro Universitario lo pillaron. Fue arrestado y condenado a un mes de trabajos forzados en la prisión de Manchester. Había sido el más dotado y notable estudiante de su generación pero, de golpe, todas sus esperanzas de progreso académico y social parecieron esfumarse para siempre. Se marchó a Estados Unidos cuando lo pusieron en libertad, pero no encontró ningún trabajo para ganarse el sustento. Así que regresó a Inglaterra o, mejor dicho, a Nell. No podía escapar de ella (quizá no lo deseaba) y juntos se trasladaron a Londres; fueron de pensión en pensión, siempre en movimiento cuando descubrían el oficio de Nell. Sin embargo, continuaba aferrado a ella. Esto suena al más puro melodrama de los escenarios londinenses, algo que se podía representar en las tablas de un «teatro de sensaciones» como el Cosmotheka, en Bell Street, pero era una historia real, el relato más verídico producido por George Gissing en toda su existencia. Era un ávido erudito, un excelente clasicista y lingüista que en otras circunstancias ya hubiera sido miembro de alguna de las antiguas universidades o lector del nuevo Centro Universitario de Londres; pero, en cambio, estaba unido a una vulgar prostituta, a una borracha y a una sucia zaparrastrosa que había acabado con todas las ilusiones que él pudiera tener sobre su futuro. Gissing juzgaba su existencia de esta manera y, sin embargo, contrajo matrimonio con Nell en la primavera de 1880. Ahora, mientras estaba sentado en la caldeada sala de lectura, comprendió que ni siquiera esta unión formal había servido para apartar a su esposa de sus vicios habituales.

No obstante, no había renunciado del todo a sus ambiciones literarias; se las apañaba para ganar un sueldo como tutor, pero

también confiaba en escribir ensayos y reseñas críticas para los periódicos londinenses. «Crimen y romanticismo» fue considerado como un gran éxito por el editor del *Pall Mall Review*, y ahora Gissing se disponía a completar el primer borrador de un artículo sobre Charles Babbage. Además, gracias a unos ahorrillos, había conseguido publicar su primera novela en la primavera de ese año (pocos días después de su casamiento con Nell). Se titulaba *Los trabajadores del alba* y comenzaba con una frase que más tarde tendría una especial resonancia en su propia vida: «Camina conmigo, lector, por Whitecross Street». Sin embargo, en otoño sólo se habían vendido cuarenta y nueve ejemplares, a pesar de las modestas alabanzas aparecidas en *Academy* y el *Manchester Examiner*, y comprendió que en el futuro inmediato tendría que depender de las recompensas más seguras del periodismo. Así que se informaba de las notables invenciones de Charles Babbage con la intención de escribir un artículo.

Pero Gissing no era un científico, y en estos momentos se esforzaba al máximo para comprender los principios numéricos de Babbage dentro del contexto de la noción de «cálculo feliz» de Jeremy Bentham. La conexión puede parecer fortuita e incluso extraña pero, en la cultura intelectual de la época, la ciencia, la filosofía y la teoría social se entrelazaban con mucha más facilidad. Gissing intentaba relacionar el concepto del «máximo bien» con los recientes experimentos en estadística social, poniendo especial énfasis en aquellas formidables cifras que habían emergido de lo que Charles Babbage llamó su ingenio analítico. Éste era en muchos aspectos un precursor de la moderna computadora porque se trataba de una máquina, o ingenio, que combinaba y dispersaba los números a través de una red de piezas relacionadas mecánicamente. El objetivo de combinar las investigaciones de Bentham y Babbage (hasta donde Gissing era capaz de entender la literatura referente al tema) era el de calcular la mayor cantidad de necesidad o miseria en un lugar determinado, y entonces predecir su posible expansión. «Estar exactamente informado sobre la situación de un grupo de personas —había escrito un benthamista en un panfleto titulado “La eliminación de la pobreza en el área metropolitana”— es crear las condiciones para que pueda ser mejorada. Debemos saber antes de que podamos comprender, y la evidencia estadística es la prueba

más segura de que disponemos en la actualidad».

Desde luego, Gissing conocía muy bien la pobreza, e incluso la degradación: había vivido inmerso en ellas desde que había venido a vivir a Londres con Nell. Sólo tenía veintitrés años pero ya había escrito: «Estoy seguro de que muy pocos hombres han tenido una vida tan amarga». Sin embargo, le costaba mucho creer que, incluso si los hombres estaban «informados» de su condición, las cosas mejorarían en cualquier sentido; para él, ser parte de una estadística o un objeto de estudio significaba que se vería degradado todavía más. Comprendía que esto era, sin duda, un aspecto de su disminuido y sensible temperamento, donde cualquier recordatorio de la condición en que se encontraba representaba una nueva agonía, pero también tenía otras reservas más generales. Estar informado a través de las pruebas estadísticas no significaba saber o comprender; se trataba de una etapa intermedia, en la cual el estadístico permanecía a una distancia desde la que no se podía apreciar claramente la auténtica realidad. Estar sólo informado significaba no tener sentido alguno de los valores o principios, sino disponer únicamente de un conocimiento reflejo de las formas y los números. A Gissing no le costó ningún esfuerzo imaginarse un mundo futuro en el que toda la población se ajustaba al «cálculo feliz» de Bentham o a las máquinas calculadoras de Babbage —incluso había considerado la posibilidad de escribir una novela sobre el tema— pero para entonces ellos no serían más que testigos mudos o espectadores pasivos de una realidad que se les habría escapado totalmente. Éste era el motivo de sus dificultades con el artículo.

El día anterior, había visitado los talleres en Limehouse donde se había montado la última máquina calculadora. Ya a principios de 1830, Charles Babbage había conseguido construir un «ingenio de diferencias» que podía sumar, restar, multiplicar y dividir, además de resolver ecuaciones algebraicas y numéricas; también había sido capaz de imprimir los resultados en planchas estereotípicas. Éste era el ingenio que Gissing había ido a ver. Era un novelista más que un filósofo, y había decidido que la mejor manera de comprender los conceptos de Babbage era ver personalmente el gran objeto. La fábrica, que albergaba el ingenio calculador y los dos talleres, estaba situada al final de Limehouse Causeway un poco más allá de

la iglesia de Santa Ana. Se decía que Babbage había escogido este lugar por su fascinación con la gran pirámide blanca erigida en los terrenos de la iglesia, y se supone que le comentó a un amigo que «el número de piedras combinado en una pirámide triangular se puede calcular simplemente sumando las sucesivas diferencias, la tercera de las cuales es constante». Pero el amigo no le entendió y, en cualquier caso, la verdad es más prosaica: Babbage había trabajado antes con el señor Turner, un fabricante de herramientas, y había comprado el edificio cercano a la casa de dicho caballero, en Commercial Road, con el propósito de agilizar el trabajo. Gissing dio con el lugar sin muchos problemas y fue recibido por un Turner muy anciano cuya función actual, de acuerdo con los términos del testamento de Babbage, era conservar la máquina «hasta que la mente del público estuviese plenamente preparada para utilizarla».

Gissing le entregó una carta de presentación del editor de *Pall Malí Review* que confirmaba su identidad, y su intención de escribir sobre la obra de Charles Babbage; tales precauciones eran necesarias porque, durante todo aquel año, habían circulado rumores de la llegada de espías industriales desde Francia para echarle una ojeada al último invento de inteligencia mecánica. El señor Turner se tomó muchísimo tiempo para leer la carta, a la que parecía considerar como un documento sumamente complejo, y después se la devolvió a Gissing con un anticuada reverencia.

—¿Quiere usted ver la máquina ahora mismo? —fue la primera pregunta que le formuló el anciano.

—Me interesaría mucho verla. Gracias. —Gissing tenía una manera de hablar áspera y nerviosa que, quizá, reflejaba el caos que experimentaba en su interior.

—Entonces si tiene usted la bondad de seguirme.

Llevó a Gissing a través de un viejo taller que obviamente no se utilizaba desde hacía tiempo: todo estaba muy limpio y, con las mesas de madera impolutas y los instrumentos brillantes, se había convertido en un monumento al trabajo de Babbage y del propio Turner. Aquí habían trabajado juntos con las ruedas y los engranajes que formaban lo que se llamaba el «molino» del ingenio calculador. Samuel Rogers, el famoso poeta, afumaba que se le había dado ese nombre en homenaje a John Stuart Mill, pero Babbage le había asegurado que se trataba de una referencia a los

molinos de Albion, junto a Westminster Bridge Road, que había visto durante su infancia. Aquellos aparatos dedicados a la fabricación de harina le habían convencido ya entonces de los beneficios de los avances mecánicos.

—Si quiere pasar por aquí, señor. Cuidado donde pisa, porque la piedra es traicionera.

El anciano hizo pasar a Gissing a una gran nave que albergaba la máquina de cálculo de Babbage. Una hilera de ventanas neogóticas decoraban el nivel superior del recinto, y la luz que atravesaba los cristales alumbraba la resplandeciente máquina. Éste era el sueño de Charles Babbage, una computadora construida más de cien años antes que cualquiera de sus hermanas modernas, que brillaba como una alucinación a la luz de septiembre de 1880. Los científicos y los mecánicos profesionales del siglo XIX le habían vuelto instintivamente la espalda, sin comprender por qué lo hacían: esta máquina no estaba en el tiempo correcto y todavía no podía tener una existencia real en la tierra.

Entonces, ¿cómo había llegado a ser creada? En una ocasión, Charles Babbage se encontraba en la sala de lectura de la Sociedad Analítica, dedicado al estudio de una tabla de logaritmos, y un colega le había preguntado qué problema estaba considerando. «Ojalá —le respondió— todos estos problemas se pudieran resolver con el vapor». Es una de las frases más notables del siglo XIX, y de una forma indirecta confirma otra de las extraordinarias suposiciones de Babbage. Una vez había manifestado «si las pulsaciones del aire, una vez puesto en movimiento por la voz humana, continuarían hasta el infinito», y después continuó reflexionando sobre este constante movimiento de los átomos. «Considerado de esta manera —escribió—, ¡qué extraño caos es esta inmensa atmósfera que respiramos! Cada uno de los átomos, cargados con el bien y con el mal, retiene inmediatamente el movimiento que le han impartido los sabios y los filósofos, mezclado y combinado en millares de formas con todo lo que es inútil y ruin. El aire mismo es una inconmensurable biblioteca, en cuyas páginas está escrito para siempre todo lo que el hombre ha dicho o susurrado a la mujer». Charles Dickens leyó este comentario, que fue publicado como parte de un «anuncio» de Babbage para una edición de *Ninth Bridgewater Treatise*, y se

sintió profundamente impresionado por una visión que tanto se parecía a la suya. Desde luego, parecía corresponderse con la comprensión que tenía Dickens de Londres, ampliada en *Casa desolada* y *La pequeña Dorrit*, pero de hecho las ideas de Babbage aparecían mucho mejor reproducidas en *El misterio de Edwin Drood*, la novela inacabada de Dickens que se ocupaba de los temas de la muerte y el asesinato, y que comenzaba, de una forma bastante curiosa, en la misma zona de Limehouse donde se encontraba George Gissing.

—Éstas son las tarjetas, señor. —El señor Turner sacó del bolsillo unas cuantas tarjetas de zinc perforadas—. Algunas son tarjetas variables. El resto son numéricas o combinatorias. El señor Babbage tomó la idea del funcionamiento de un telar, y lo aplicó aquí.

Pero Gissing contemplaba boquiabierto a la máquina en sí. Parecía estar hecha en cuatro secciones separadas, con una máquina central de unos cinco metros de altura; para Gissing era una gigantesca forma de varillas, ruedas y piezas de metal cuadradas, tan imponente y al mismo tiempo un artilugio tan ajeno que se sintió tentado a ponerse de rodillas y adorarlo como si fuera un nuevo y extraño dios. ¿Cómo se había podido erigir algo así en el centro del bullicioso Limehouse?

—El corazón de la máquina está aquí, señor. —Turner se acercó a la sección mayor de la máquina, y tocó suavemente un alto eje vertical de ruedas y tarjetas—. El señor Babbage diseñó un mecanismo que permitía al ingenio anticipar los números que debían llevarse. Almacenaba las operaciones ya realizadas, y después predecía el movimiento de los números. ¿Capta usted la belleza de la concepción?

—Es un aparato muy ingenioso. —Gissing a duras penas comprendía lo que decía el viejo, pero a él ya le parecía, como a sus contemporáneos, una excéntrica monstruosidad. Acaba de leer un estudio de Swinburne sobre William Blake, para un artículo que había propuesto al *Westminster Review*, y el paralelo que se le ocurrió era con los libros proféticos de Blake—. Estas obras —el ingenio analítico y los versos dementes de Blake— parecían ser el trabajo de unos hombres curiosos y obsesionados que se esforzaban en la producción de diseños que únicamente ellos podían entender

del todo.

—El molino tiene diez características diferentes, que incluyen el aparato contador de dígitos, el aparato repetidor y el aparato combinatorio. Por medio de estas cremalleras y cestos, señor, los carros de la máquina suben y bajan. Las tarjetas empujan hacia delante las palancas, que a su vez producen el movimiento de estos volantes.

—Mucho me temo que esto resulta desconcertante para alguien como yo. Requiere adentrarse mucho en los misterios de la mecánica.

—Pero si usted desea escribir…

Gissing se anticipó a la crítica.

—Esto es cierto, desde luego. Pero pretendo discutir la filosofía social del señor Babbage que, estoy seguro, subyace en todos estos cálculos. Era un filántropo, ¿no es así? ¿Alguien que creía en el mayor bienestar para la mayoría?

—Sí, señor, ésa siempre fue su preocupación. Vino aquí dos días antes de morir, señor, para controlar la fabricación de unas cuantas tarjetas numéricas nuevas. Se mostró tan activo como siempre. El mismo de todos los días. Siempre tan enérgico.

—Murió hace ocho o nueve años, ¿no?

—En octubre de 1871. Fui su capataz durante veinte años, señor, y sé como se sentía acosado y frustrado desde todos los frentes por los burócratas y los científicos que no podían comprenderle. Era muy inteligente, señor, y, en consecuencia, una persona sospechosa para los hombres menos capaces. Tenía el sueño de una gran máquina analítica que ayudaría en los asuntos de toda la nación, pero no pudo ser. Ahora, como ve, estoy llegando a lo que usted le interesa. —Gissing se dio cuenta de que no estaba tratando con un vulgar capataz; evidentemente, este hombre había compartido las aspiraciones de su patrono—. Como usted ya se habrá dado cuenta, señor, hay muchas dificultades y problemas en Limehouse. No tiene más que recorrer las calles hasta esta fábrica para ver cosas que no debería ver ningún hombre en un país cristiano. Las prostitutas ejercen su oficio incluso contra las paredes de la iglesia vecina. —Turner nunca hubiera sospechado que su visitante estaba casado con una de esas mujeres—. Y después están esos terribles asesinatos.

—La corrupción existe en todas partes, lo sé. Pero, sin duda, es la pobreza y la miseria de un lugar como éste el motivo de su existencia.

—Eso es precisamente lo que iba a decirle, señor. Eso es lo que el señor Babbage también creía. Si sólo pudiésemos calcular la incidencia y el crecimiento de la pobreza, entonces podríamos tomar las medidas adecuadas para aliviar la situación de los necesitados. Llevo muchos años viviendo en Commercial Road, señor, y sé que con la información y los datos correctos quizá podríamos eliminar toda la pobreza.

Turner no estaba citando directamente a su patrono, quien efectivamente había escrito que «los errores surgidos de un razonamiento erróneo, que desprecia los datos auténticos, son mucho más numerosos y más duraderos que aquellos resultantes de la ausencia de datos». Babbage describió las virtudes de la «notación mecánica» que podía ser utilizada para la confección de tablas del «peso atómico de los cuerpos, la gravedad específica, la elasticidad, el calor específico, el poder conductivo, el punto de fusión, el peso de los diferentes gases y sólidos, la resistencia de diferentes materiales, la velocidad de los animales y del vuelo de las aves…». Ésta era su visión del mundo, en la cual todos los fenómenos aparecerían inscritos y tabulados; había surgido como un golem, aquí, en Limehouse, entre la enfermedad y el sufrimiento.

Gissing no había dejado de mirar atentamente la gigantesca máquina: ¿podría ser este voluminoso e intrincado ingenio el verdadero agente del progreso y el perfeccionamiento? No, no podía serlo. ¿Por qué razón experimentaba esta sensación de inquietud en su presencia? Estaba cansado y hambriento (todo lo que había comido era una rebanada de pan con mantequilla), y en su debilitada condición, de pronto se sintió invadido por una nueva y más aguda sensación de inquietud. Por un momento, le pareció que esta máquina era como un demonio metálico invocado por los turbios deseos de los hombres. Pero entonces pasó el pánico, y fue capaz de considerar el tema con más sobriedad. No creía en el progreso ni tampoco en la ciencia, y no podía imaginar un mundo en que cualquiera de los dos demostrara ser una fuerza irresistible. Había sido un hombre pobre toda su vida, y ahora vivía con Nell en una infecta buhardilla cerca de Tottenham Court Road, pero no

tenía ninguna fe en quienes consideraban que la pobreza urbana podía desaparecer milagrosamente o incluso ser mitigada. Sabía lo bastante de Londres para comprender que su condición era irredimible. Pensaba en sí mismo como un «individualista», según la terminología de la época, que comprendía la verdadera naturaleza del mundo. En realidad, a pesar de las connotaciones del título de su primera novela, *Los trabajadores del alba*, Gissing no era un radical ni un filántropo; no experimentaba una piedad real por los sufrimientos de los pobres, excepto como una forma de lástima por sí mismo, y más tarde escribiría: «Siempre he considerado como un hecho de infinito pesar que los hombres tengan que someterse a las condiciones de la vida». También escribió que «el sufrimiento y los pesares son los grandes doctores de la metafísica». Quizás aquí estaba condonando su propio fracaso al no poder seguir una carrera académica pero, en cualquier caso, ¿era probable que alguien así pudiera convencerse de la eficacia de la máquina analítica? Pero entonces, ¿por qué, cuando la observaba resplandecer a la luz otoñal de East London, sentía temor? Había visto suficiente. Le agradeció al señor Turner su atención al permitirle ver la máquina, y salió a Limehouse Causeway.

Un hombre y una mujer se peleaban en mitad de la calle y, cuando pasó junto a la pareja, olió el inconfundible tufo de los borrachos; lo conocía muy bien. Entonces se abrió una ventana por encima de su cabeza, y oyó a una mujer que gritaba: «¡Mientras tú vivas en esta casa, esto no continuará así!». Éstas eran lo que Gissing conocía como las «condiciones de la vida», pero debería haber comprendido que estas mismas «condiciones» habían creado la gigantesca máquina que acababa de ver. Existía una íntima relación entre la enorme computadora guardada en la fábrica y el ambiente de Limehouse. Tal vez tendría que haberse fijado en la pirámide blanca, en los terrenos de la iglesia de Santa Ana que tanto impresionaron a Charles Babbage. Un viaje por los misterios de Londres bien podría comenzar por el estudio de la pirámide y de la máquina analítica; ambas tenían la misma relación directa con las penurias, y con el deseo de purificación o de huida. Por cierto, que quizá fue así como se concibió la computadora moderna, como parte de una narrativa mucho más extraordinaria y amplia que *Los trabajadores del alba*.

En las novelas que Gissing escribió después, a menudo hay acontecimientos coincidentes y encuentros casuales; cuando se le preguntaba sobre estos recursos, generalmente respondía que «eso es lo que sucede» o «así es la vida». Quizá su suposición no era errónea pero también hablaba con conocimiento de causa, porque ahora, por ejemplo, mientras caminaba por Limehouse Causeway en dirección a Scofield Street vio a su esposa cruzar la calle a la carrera. No la veía desde hacía tres días, pero estaba acostumbrado a las súbitas ausencias. Apenas si tuvo tiempo para pensar qué estaría haciendo ella en ese lugar, y gritó: «¡Nell!». La mujer se volvió, y entonces se desvió por un callejón. Gissing apretó el paso y fue tras ella, pero cuando llegó a la entrada del callejón, Nell había desaparecido en el enjambre de casas cochambrosas. Él no podía dejarla allí y marcharse sin más. Adivinó que ella estaba ejerciendo su viejo oficio en una nueva zona, en un intento por ganar más aunque no fuera suficiente para pagarse la bebida, y sin tener la menor pista entró en la casa más cercana. Espió por la angosta escalera y comenzó a subir, pero entonces volvió la cabeza y a través de la galería vio a su esposa que corría hacia la calle. Una vez más la siguió. La mujer avanzaba a paso rápido en dirección norte. Fue una persecución muy larga pero no la perdió de vista hasta que salió a Whitecross Street por Fore Lane, donde entró en un edificio ruinoso. Gissing permaneció en la acera de enfrente, a la sombra de un café miserable. Una charanga pasó por allí mientras él esperaba expectante, y provocó semejante distracción en las tabernas y bodegas del vecindario (donde cualquier diversión era bienvenida) que Gissing tuvo miedo de que Nell consiguiera escaparse por alguno de los patios y callejas vecinas. Se acercó a la casa lentamente pero entonces, en un repentino arrebato de furia por el comportamiento de su esposa, aporreó la puerta con todas sus fuerzas. La abrió inmediatamente una joven pequeña y bonita vestida curiosamente con un traje de jinete.

—No hace falta montar tanto escándalo —le reprochó la joven con una desabrida voz londinense—. ¿Qué quiere?

—¿Nell está aquí?

—¿Nell qué? ¿Nell Gwyn? No conozco a ninguna Nell.

—Es de estatura mediana y pelo castaño. Y lleva un broche en el vestido con forma de escorpión. —Era el broche que él le había

comprado el día de la boda, pocos meses antes—. Lo lleva en el lado izquierdo. —Apoyó la mano en el pecho—. Aquí.

—Aquí entran y salen muchas mujeres. Pero ninguna Nell que yo recuerde.

—Por favor. Es mi esposa. —La joven había estado mirando más allá de Gissing a la multitud congregada junto a la charanga, que ahora tocaba a las puertas de un restaurante, pero él creyó ver una muy leve expresión de piedad en su rostro; sin embargo, ella permaneció en silencio—. Escuche, si la ve, o sabe algo de ella, ¿me enviará aviso? —Sacó la libreta donde había tomado sus notas sobre la máquina analítica de Babbage, busco una página en blanco, escribió su nombre y dirección y arrancó la página—. Desde luego, le pagaré el servicio.

La joven cogió la hoja de papel, la dobló y se la guardó en un bolsillo de los pantalones de montar.

—Haré lo que pueda por usted. Pero no le prometo nada.

Gissing se despidió de la muchacha, y encaminó sus pasos hacia Tottenham Court Road con el melancólico convencimiento de que toda su vida futura estaría ligada a estas calles sucias y a su forzado trato con las mujerzuelas que las frecuentaban. ¿De qué servía la literatura, o las ambiciones literarias, ante obstáculos como éstos? ¿De que servía la máquina analítica, con sus tablas y notaciones? O quizá sí que tenía una utilidad: servía para recordarle lo que era, un número, uno entre el 18 por ciento de los habitantes de la ciudad que estaba enfermo en un momento dado y uno entre el 36 por ciento que ganaba menos de cinco guineas a la semana. Él no era un hombre de letras, no cuando esta triste marcha de regreso a casa (para ahorrarse el dinero del tranvía) marcaba los límites de su mundo:

Sin embargo, Gissing había conseguido mucho más de lo que creía. El posterior ensayo sobre Charles Babbage en el *Pall Mall Review* despertó grandes elucubraciones, sobre todo y de una mera fructífera en la mente de H. G. Wells, quien lo leyó cuando todavía era un escolar. También lo vio Karl Marx, que, en el último año de su vida, escribió tres breves párrafos sobre los beneficios de la máquina analítica para el progreso del comunismo internacional. Sus palabras, preservadas entre sus documentos póstumos, fueron retomadas unos cuarenta años más tarde cuando el gobierno

comunista de la Unión Soviética creó un Ministerio de Ciencias y decidió subvencionar el desarrollo de un prototipo de máquina aritmética. Se podría decir que en ese sentido el viaje del novelista muerto de hambre a Limehouse afectó al curso de la historia humana; también quizá resulte interesante señalar que durante el encuentro de H. G. Wells con Stalin en Moscú en 1934, discutieron los comentarios de Karl Marx sobre el invento de Charles Babbage.

Pero la visita de Gissing al East End tuvo unas consecuencias mucho más inmediatas. El tercer ataque del golem de Limehouse, después de los asesinatos de Jane Quig y Salomon Weil, lo sufrió la mujer que había atendido a Gissing en la puerta de la casa de Whitecross Street. Fue a ella a la que dejaron, salvajemente mutilada, sobre la pirámide blanca delante de la iglesia de Santa Ana, en Limehouse. El informe de la policía señala que la víctima miraba hacia el edificio de la iglesia cuando la encontraron; en este período, quizá por la no reconocida influencia de las viejas supersticiones, la posición de los ojos de la persona asesinada se consideraba importante. Incluso en años posteriores, se fotografiaban ante la posibilidad de que hubiera algo de cierto en la creencia de que reflejaran el rostro del asesino. Pero en esta ocasión, el informe de la policía estaba equivocado. Alice Stanton no había mirado a la iglesia, sino a un edificio que estaba más allá: había estado mirando el taller donde la máquina analítica esperaba comenzar su vida.

Parte de las ropas de equitación permanecían sobre su cuerpo, y el resto aparecía desparramado junto a los miembros descuartizados. No se sabía el motivo por el que iba vestida de tal guisa, a menos que fuese para enardecer a sus clientes más depravados, y en el momento tampoco se tenía claro dónde lo había conseguido. De hecho había pertenecido a Dan Leno; era el traje que llevaba para su papel de amazona, cuando cabalgaba en un caballo imaginario llamado *Ted*, «el jamelgo que no anda». La mujer asesinada se lo había comprado a un vendedor de ropa usada, cuya tienda en Ratcliffe Highway ya había recibido la visita de John Cree.

XXII

20 de septiembre de 1880

La encontraron junto a la iglesia, una auténtica novia de Cristo tendida sobre las piedras en una actitud de sumisa adoración. Había vuelto a nacer. La había bautizado con su propia sangre, y se había convertido en su redentora. Quizá la identidad que me han dado los periódicos es apropiada; después de todo, el golem de Limehouse tiene una cierta connotación espiritual. Me han adjudicado el nombre de una criatura mitológica, y resulta reconfortante saber que los grandes crímenes pueden ser trasladados inmediatamente a una esfera superior. No estoy cometiendo crímenes. Estoy invocando una leyenda, y cualquier cosa me será perdonada mientras me mantenga fiel a mi personaje.

Ayer por la tarde me di un paseo por el escenario de mi última actuación, y sentí deleite al ver a los jóvenes recoger trozos de césped y piedras salpicadas con la sangre derramada. Supongo que estarían al servicio de los investigadores de la policía, pero prefiero creer que estaban ocupados en el bello arte de la adivinación. La sangre seca del difunto se había utilizado en un tiempo como un amuleto contra las desgracias, y me marché del lugar con el alegre convencimiento de que estos pacientes trabajadores se estaban ganando unos cuantos peniques como resultado de mi propio esfuerzo. Los consideré como seguidores que, con su trabajo, conseguían más que aquellos policías que me denigraban con sus cálculos e investigaciones. ¿Qué sabían ellos de la verdadera naturaleza del asesinato cuando lo rodeaban de forenses y sabuesos? ¿Qué había pasado con los sabuesos del infierno?

Mi camino me llevó por la gloriosa Ratcliffe Highway, a la que muy pronto confiaba convertir en todavía más gloriosa y renombrada, como el Gólgota o aquel templo de sacrificios azteca

que el señor Parry describía con tanto realismo en el número de julio del *Penny Magazine*. Me abrí camino, como cualquier sacerdote, hasta el sitio de la ofrenda donde la familia Marr había sido puesta a dormir el sueño eterno. El vendedor de ropa usada estaba allí como antes, muy ocupado entre las camisas y los vestidos.

—Le recuerdo muy bien, señor. Quería usted comprar algo para una criada, pero no encontró nada de su agrado.

—Bien, como puede ver, aquí estoy otra vez. Nuestros sirvientes son quienes nos mandan hoy en día.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. También tengo una.

Paré la oreja al escuchar su respuesta.

—¿Y una esposa? Recuerdo que me habló usted de una esposa.

—Una esposa de las mejores.

—¿Y mencionó usted niños?

—Tres, señor. Todos muy inteligentes y sanos, gracias a Dios.

—Debo considerarlo como una bendición, la mortalidad infantil es muy alta en este barrio. Sé que ocurren muchas muertes en Limehouse.

—¿Es usted médico, señor?

—No, soy lo que se llama un historiador local. Conozco esta zona muy bien. —Pareció desconfiar un poco, y decidí abordar el tema de inmediato—. ¿Quizás usted está enterado de que esta casa tiene su propia historia?

Miró hacia arriba por un momento, donde seguramente vivía la feliz familia, y se llevó un dedo a los labios.

—Por favor, señor, no lo mencione. Compré esta casa muy barata precisamente por su desgraciada historia, pero a mi querida esposa todavía le produce un fuerte desasosiego. Después de los recientes asesinatos…

—Sorprendente.

—Eso mismo digo yo, señor. Sorprendente. ¿Qué nombre le han dado al asesino? ¿El golden de Limehouse?

—Golem.

—Tiene que ser un judío o un extranjero, señor, con un nombre así.

—No, no lo creo. Creo que esto es obra de un inglés.

—Me cuesta creerlo, señor. En los viejos tiempos quizá, pero en

la actualidad…

—Los tiempos siempre son modernos para quienes viven en ellos, señor… ¿cómo debo llamarle?

—Gerrard, señor. Señor Gerrard.

—Bien, señor Gerrard, basta de charla. ¿Puedo comprar algo para mi criada?

—Desde luego. Tengo algunos artículos de primera calidad que acabo de recibir.

Así que seguí el juego con él, y miré unas cuantas prendas femeninas. Finalmente, me marché con un chal de algodón teñido, pero a sabiendas de que volvería mucho antes de lo que el señor Gerrard esperaba.

21 de septiembre de 1880

Un día claro y frío, sin el menor rastro de niebla. Sorprendí a mi esposa con el regalo del chal, pero es una persona tan adorable y me quiere tanto que me resulta imposible no mimarla. Por eso, cuando me rogó una vez más que la llevara a ver a Dan Leno en el Oxford, acepté. «Tengo que hacer un trabajito la semana que viene —le dije—. Pero cuando lo acabe, iremos». Fue entonces cuando se me ocurrió una extraña fantasía. ¿Por qué no permitirle que fuera testigo de una de mis grandes actuaciones? ¿Sería ella un público adecuado?

XXIII

SR. LISTER: Le agradezco el relato de la etapa juvenil de su vida, señora Cree. Ahora todos tienen muy claro que una asociación con el teatro no significa necesariamente una vida desordenada. Pero quisiera volver a otro tema; usted ha explicado que su marido sufría de extrañas fantasías. ¿Tiene usted algo más que añadir al respecto?

ELIZABETH CREE: Sólo que parecía estar más…, no encuentro la palabra, más perturbado que de costumbre durante aquel mes.

SR. LISTER: ¿Se refiere usted al mes de septiembre del año pasado?

ELIZABETH CREE: Sí, señor. Vino a suplicarme perdón. «¿Perdón por qué?», le pregunté. «No lo sé. No he hecho nada malo, y sin embargo, soy malo», me replicó.

SR. LISTER: Usted ya ha declarado que él era católico apostólico romano y que tenía un temperamento mórbido, ¿no es así?

ELIZABETH CREE: Sí, señor, lo he hecho.

SR. LISTER: ¿Por lo tanto, usted cree, después de muchos años de matrimonio, que su marido se suicidó empujado por sus desvaríos?

ELIZABETH CREE: Así es.

SR. LISTER: Muchas gracias. No tengo más preguntas por ahora.

La transcripción publicada en el Illustrated Police News Law Court and Weekly Record *continúa con el interrogatorio de la señora Cree por parte del fiscal, señor Greatorex.*

SR. GREATOREX: ¿Vio usted a su marido administrarse el veneno?

ELIZABETH CREE: No, señor.

SR. GREATOREX: ¿Vio a alguien hacerlo?

ELIZABETH CREE: No, que yo tenga conocimiento.

SR. GREATOREX: Su criada, Aveline, le ha dicho al tribunal que usted acostumbraba a preparar una tisana a su marido inmediatamente antes de ir a acostarse.

ELIZABETH CREE: Sencillamente era algo para tranquilizarle, señor. Para aliviar la inquietud de sus sueños.

SR. GREATOREX: Puede ser. Pero, sin duda, de acuerdo con su testimonio, él se bebía una botella de oporto cada noche. ¿Para qué necesitaba una tisana?

ELIZABETH CREE: Le sentaba bien. Me lo dijo en repetidas ocasiones.

SR. GREATOREX: ¿Había algún ingrediente medicinal en la tisana?

ELIZABETH CREE: Había un soporífero, señor, que compraba en la farmacia. Creo que se llama preparado del doctor Murgatroyd. Está considerado como algo totalmente inocuo.

SR. GREATOREX: Eso es algo que deben juzgar otras personas, señora Cree. ¿Este preparado es el mismo que ha mencionado su criada en la declaración?

ELIZABETH CREE: ¿Señor?

SR. GREATOREX: Ella informó a los investigadores de la policía que la vio a usted mezclar un polvo blanco en la tisana.

ELIZABETH CREE: Sí. El preparado del doctor Murgatroyd es un polvo blanco.

SR. GREATOREX: Pero lejos de tranquilizar a su marido en sus últimos días, dicha tisana o algo parecido le provocó violentos dolores de estómago y un copioso sudor. ¿No es así?

ELIZABETH CREE: Como dije antes, señor, creía que mi marido sufría trastornos gástricos.

SR. GREATOREX: Ha recibido usted una cuantiosa herencia, ¿verdad?

ELIZABETH CREE: Una modesta renta, señor, nada más.

SR. GREATOREX: Sí, he oído antes que usted la llama así. Pero una renta de nueve mil libras anuales es mucho más que modesta.

ELIZABETH CREE: Me refería a que yo sólo retengo una pequeña parte de esa cantidad para mi uso personal. Soy miembro de la Sociedad Protectora de los Niños Pobres, y la mayor parte de la renta la dedico a los pobres y a los enfermos.

SR. GREATOREX: Pero ahora usted no es pobre ni está enferma.

ELIZABETH CREE: No soy ninguna de las dos cosas, excepto por el dolor que siento por la muerte de mi esposo.

SR. GREATOREX: Volvamos a la noche de autos, cuando él se

desplomó contra el suelo en su casa de New Cross.

ELIZABETH CREE: No es un grato recuerdo, señor.

SR. GREATOREX: Estoy seguro de que no lo es, pero si me lo permite abusaré de su paciencia un poco más. Creo recordar que ayer mencionó usted que mantuvo una larga conversación con su marido durante la cena poco antes de que él se fuera a su habitación.

ELIZABETH CREE: Siempre hablábamos, señor.

SR. GREATOREX: ¿Recuerda usted el tema de la conversación?

ELIZABETH CREE: Creo que conversamos sobre los temas del día.

SR. GREATOREX: No tengo más preguntas por ahora. Solicito que llamen ahora a Aveline Mortimer.

La transcripción del Illustrated Police News Law Court and Weekly Record *describe como Aveline Mortimer fue llamada al banquillo de los testigos, donde comenzó su testimonio con el habitual juramento sobre la Biblia y una serie de preguntas de rutina sobre su nombre, edad, estado civil y dirección. Incluso se publicó una ilustrativa litografía donde se la ve de pie en el banquillo, con un discreto sombrero y los guantes en la mano derecha*.

SR. GREATOREX: ¿Estaba usted presente, señorita Mortimer, la noche que encontraron al señor Cree en su habitación?

AVELINE MORTIMER: Oh, sí, señor.

SR. GREATOREX: ¿Sirvió usted la cena aquella noche?

AVELINE MORTIMER: Serví estofado de ternera, señor, porque era lunes.

SR. GREATOREX: ¿Y oyó usted alguna frase de la conversación que mantenían el señor y la señora Cree en aquel momento?

AVELINE MORTIMER: Él la trató de demonio, señor.

SR. GREATOREX: Vaya, ¿eso dijo? ¿Recuerda usted las circunstancias de ese comentario en particular?

AVELINE MORTIMER: Fue al principio de la cena, señor, inmediatamente después de que me llamaran para que llevara la sopera. Creo que discutían sobre algo que había aparecido en los periódicos porque, cuando entré en el comedor, el señor Cree había tirado al suelo un ejemplar del *Evening Post*. Parecía muy alterado, señor.

SR. GREATOREX: ¿Fue entonces cuando trató a la señora Cree de demonio? ¿Es correcto?

AVELINE MORTIMER: Él dijo: «¡Eres un demonio! ¡El mismísimo diablo en persona!». Entonces me vio entrar en el comedor, y no dijo nada más mientras permanecí con ellos.

SR. GREATOREX: «Eres un demonio. El mismísimo diablo en persona». ¿Qué cree usted que quería decir?

AVELINE MORTIMER: No puedo decírselo, señor.

SR. GREATOREX: ¿Podría haber querido decir: «Tú eres quien me está envenenando»?

SR. LISTER: Protesto. Es un proceder muy poco correcto, Su Señoría. No puedo pedirle a esta mujer que haga deducciones de ese tipo.

SR. GREATOREX: Me disculpo, Su Señoría. Retiro la pregunta. Pero permítame, señorita Mortimer, que le pregunte esto. ¿Tiene usted alguna idea de por qué el señor Cree llamó «demonio» a su esposa?

AVELINE MORTIMER: Oh, sí, señor. Ella es una mujer despiadada.

XXIV

George Gissing regresó a sus habitaciones en Hanway Street, por Tottenham Court Road, sin ninguna esperanza de encontrar a su esposa en casa; había visto a Nell en las calles de Limehouse y sabía muy bien que, a pesar de su reciente matrimonio, estaría rondando por alguna bodega de mala muerte. No tenía muy claro hasta cuándo continuarían en este alojamiento si ella volvía a presentarse borracha una vez más; la patrona, la señora Irving, que vivía en la planta baja, ya le había sugerido que buscaran «habitaciones en otra parte». Una noche, la patrona había salido corriendo de su morada y se encontró con Nell, que apestaba a ginebra, tumbada en la escalera y había preguntado: «¿Qué es esto que hay aquí?». Gissing le respondió que a su esposa la había atropellado un simón y que le habían dado una copa para reanimarla. A lo largo de los años se había convertido en un experto mentiroso. También tenía muy claro que la señora Irving albergaba el temor de que ellos, como se decía en aquel entonces, «salieran por piernas» y la estafaran largándose en mitad de la noche. Sospechaba que ella permanecía con el oído alerta todas las noches atenta a cualquier señal de marcha súbita.

Sin embargo, la patrona no podía presumir de que ofrecía a sus inquilinos grandes lujos. Unos pocos muebles de madera baratos, una cama y un lavamanos eran la suma de sus comodidades. Quizá se pueda pensar que un joven de especial sensibilidad como Gissing encontraría intolerables estas condiciones, pero él estaba acostumbrado y no necesitaba más. Algunas personas aceptan las circunstancias de la vida con una resignación y un sentido de la derrota que rara vez, si es que ocurre, desaparecen. El propio Gissing había creado a un hombre de esa clase en su primera novela, y había descrito como llegó a adaptarse al entorno. Pero hay otros que poseen tanto optimismo y energía que prestan muy poca atención a esas cosas y se comportan como si estuvieran ciegos

ante las circunstancias de su vida en la lucha constante por un futuro mejor. George Gissing, por curioso que resulte, encarnaba ambas actitudes; había ocasiones en las que se veía tan derrotado por la depresión y el letargo que sólo la perspectiva de morirse de hambre en cualquier momento le obligaba a volver al trabajo, pero también había momentos en los que se sentía tan animado por la idea de alcanzar la fama literaria que se olvidaba de la pobreza y se refocilaba en la promesa de una eventual fama y respetabilidad.

Pero había otro elemento destacado en su reconocimiento del entorno; a veces lo consideraba como un experimento con su propia vida, un ejercicio consciente de realismo. Había leído el libro de ensayos de Emile Zola, *La novela experimental*, publicada pocos meses antes, y aquello le había confirmado toda su fe latente en el «*naturalisme, la vérité, la science*» hasta el extremo en que se felicitó a sí mismo por llevar una vida tan profundamente moderna e incluso literaria. Desde dicha perspectiva incluso Nell podía ser considerada como una heroína de la nueva era. Sólo había una dificultad y, como no podía ser de otra manera, se trataba de algo estilístico; a pesar del interés de Gissing por el realismo y el naturalismo espontáneo, su prosa abarcaba lo romántico, lo retórico y lo pintoresco. Por ejemplo, dentro de la narrativa de *Los trabajadores del alba*, había bañado la ciudad en un resplandor iridiscente y había convertido a sus habitantes en héroes o multitudes teatrales de acuerdo con el modelo de las obras representadas en los teatruchos. Incluso ahora, mientras se sentaba en su pequeño cuarto y comenzaba a repasar sus notas sobre la máquina analítica de Charles Babbage, tendría que haber advertido que se refería al ingenio como «un imponente ídolo babilónico» que «mira a las masas desesperadas». Éste no era el lenguaje de un realista.

No obstante, no podía comenzar a escribir el ensayo hasta haber comido. No había nada en sus aposentos excepto un sospechoso trozo de jamón abandonado junto al fregadero, así que se permitió una visita al restaurante en la esquina de Berners Street donde se podía comer por menos de un chelín. Desde luego, no era un local elegante —se trataba de un lugar frecuentado por los cocheros, que acudían a mediodía a comer empanadas y cerveza— pero servía a sus propósitos. Gissing podía sentarse ahí sin que nadie lo molestara

(excepto por las esporádicas apariciones del joven camarero) y escribir, soñar, o recordar. Este restaurante también era el local favorito de los actores que trabajaban en el Oxford Music Hall que estaba un poco más allá, y en muchas ocasiones, Gissing se había fijado en como quienes estaban sin trabajo recibían ayuda de sus colegas más afortunados; incluso había pensado en escribir una novela sobre el tema del *music hall*, pero se había dado cuenta justo a tiempo de que era demasiado banal y frívolo para un escritor serio. En cambio, pasó la velada sentado en el restaurante, dedicado a reflexionar sobre las invenciones de Charles Babbage. Incluso mientras esperaba que le sirvieran, comenzó un párrafo sobre la naturaleza de la sociedad moderna, que anticipaba casi exactamente las palabras que escribiría Charles Booth nueve años más tarde, en *Vida y trabajos de la gente de Londres*, para definir «la relación numérica que la pobreza, la miseria y la depravación tiene con los ingresos regulares y las comodidades comparativas». Éste era el patrón estadístico que se extendería sobre Londres, y durante los dos días siguientes George Gissing escribió un ensayo en el que intentaba explicar la función de los datos y las estadísticas en el mundo moderno. Aquí, en contra de todos sus instintos, también alabó las virtudes de la máquina analítica.

Nell no volvió a casa aquella noche, y él durmió muy profundamente en medio de los ruidos de Tottenham Court Road. Se despertó al alba, desayunó té y un poco de pan, y a las nueve menos diez salió para dirigirse a la sala de lectura del Museo Británico. En realidad había escogido este alojamiento por su proximidad con la biblioteca, y consideraba este sector de Londres como su verdadero hogar. Había nacido en Wakefield, había vivido durante un tiempo en Estados Unidos y residido en el East End y al sur del río, pero era sólo en este pequeño vecindario limitado por Coptic Street y Great Russell Street donde se sentía completamente a gusto. Suponía que era el propio espíritu del barrio lo que le afectaba tan profundamente. Incluso los vendedores que veía en el trayecto hasta el museo —el vendedor de mapas, el paragüero, el afilador— parecían compartir su sensación de pertenencia. Conocía a los mozos de cordel y a los simones, a los músicos callejeros y a los vendedores ambulantes y los consideraba como parte de una particular familia humana de la que él también era un integrante.

Desde luego, la interpretación de cualquier zona es un asunto complicado y ambiguo. A menudo se comentaba cómo las sociedades esotéricas y las librerías ocultistas parecían florecer en la vecindad del Museo Británico y su gran biblioteca; incluso el encargado de la sala de lectura durante ese período, Richard Garnett, estaba vinculado a la práctica de la astrología y había comentado, con mucho sentido común, que lo oculto es sencillamente «aquello que no es admitido por la opinión general». El señor Garnett podría haber llegado a elucubrar sobre la coincidencia de que en esa mañana de septiembre, Karl Marx, Oscar Wilde, Bernard Shaw y el propio George Gissing, hubieran entrado en la sala de lectura en el transcurso de una hora. Pero tales elucubraciones son siempre arriesgadas; la relación entre las librerías ocultistas y el Museo Británico se podría explicar sin muchas dificultades a partir de que las bibliotecas generalmente son el refugio de personas solitarias o frustradas que se sienten atraídas por la literatura mágica como un substituto de la influencia o el poder real.

Gissing fue uno de los primeros en entrar en la sala de lectura cuando abrieron las puertas a las nueve; se dirigió de inmediato a su sitio de costumbre, y continuó trabajando en el ensayo sobre Charles Babbage. Apenas si pensó en Nell mientras trabajaba, porque en este lugar se sentía protegido de la vida vulgar que se veía obligado a llevar fuera de sus paredes; aquí podía codearse con los grandes autores del pasado, e imaginar un destino idéntico para sí mismo. Escribió hasta última hora de la tarde, llenando las páginas de su cuaderno con la tinta negra aguada que proveía la biblioteca; siempre firmaba y ponía la fecha de los primeros borradores de sus artículos en cuanto los acababa y, después de rubricarlos, paseaba por debajo de la cúpula para recuperarse.

Ya era oscuro cuando abandonó el museo, y le compró un puñado de castañas a un vendedor que instalaba su brasero junto a las puertas de la verja durante los meses de otoño e invierno. Pasó juntó a un chiquillo que vendía periódicos, pero no prestó ninguna atención a «¡Terrible asesinato!» que voceaba a voz en cuello. Entonces, al doblar en Hanway Street, vio a dos policías delante de la puerta de su casa. Comprendió que algo le había ocurrido a su esposa y, curiosamente, experimentó una gran tranquilidad.

—¿Querían ustedes verme? —le preguntó a uno de los agentes —. Soy el marido de la señora Gissing.

—¿Así que usted es el señor Gissing?

—Sí, naturalmente.

—Entonces, ¿tendría la bondad de acompañarnos, señor?

Gissing, bastante sorprendido, se vio escoltado escaleras arriba hasta sus habitaciones como si le hubieran arrestado; entonces, antes de llegar a la puerta, oyó los gritos de Nell que discutía con alguna persona.

—¡Cabrón! —chilló Nell—. ¡Es un maldito cabrón!

Cerró los ojos por un momento antes de que le hicieran entrar en la habitación que conocía perfectamente, pero que ahora parecía muy cambiada. Había un policía de paisano con su esposa, pero Nell no estaba, como había temido, detenida. Había estado llorando, y Gissing supo que había estado empinando el codo. No obstante, en cuanto él entró en la habitación, Nell lo miró con un interés que le resultó peculiar.

—¿Es usted Gissing? —le preguntó el detective.

—Ya le he dicho a estos caballeros quien soy.

—¿Conoce usted a Alice Stanton?

—No, nunca he oído ese nombre.

—¿Sabía usted que fue asesinada ayer por la noche?

—No, no lo sabía. —Gissing estaba cada vez más intrigado. Miró a su esposa, quien meneó la cabeza con una expresión que no comprendía.

—¿Puede usted decirme donde se encontraba ayer por la noche?

—Me encontraba aquí. Estaba trabajando.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? Es muchísimo.

—¿Debo entender entonces que su esposa no estaba con usted?

—La señora Gissing… —Era un tema delicado, aunque dio por hecho que la policía estaba enterada de su profesión—. La señora Gissing se encontraba con unos amigos.

—Creo que así es, efectivamente.

Gissing se dio cuenta de que estos hombres no sabían cómo tratarlo. Era muy sensible en estos asuntos y adivinó, correctamente, que estaban sorprendidos con su actitud: era el marido de una vulgar prostituta y, sin embargo, su forma de

expresarse y su atuendo (raído pero limpio) eran los de un caballero. Pero también se encontraba en una posición anómala: ellos habían ido a sus habitaciones, y seguía sin averiguar cuáles eran sus propósitos.

—Hay varias preguntas que deseamos formularle, señor Gissing, pero no podemos hacérselas aquí. ¿Tendría algún inconveniente en acompañarnos?

—¿Tengo alguna elección?

—En este asunto, ninguna.

—¿Cuál es este asunto?

No le respondieron y en cambio se lo llevaron a la calle de inmediato, donde les esperaba una carruaje cerrado. Nell no les acompañó y, cuando él se volvió para buscarla, los policías le dijeron sencillamente que ella ya había «identificado el cuerpo».

—¿Qué cuerpo? ¿A qué se refieren?

Le hicieron subir al coche, sin decir nada más, y Gissing se instaló en el asiento de cuero maloliente con un sonoro suspiro. Cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta que el simón se detuvo y abrieron la puerta rápidamente; se encontró en un pequeño patio, y oyó que alguien gritaba: «Llevadlo dentro». Lo escoltaron hasta un edificio de sucios ladrillos amarillos, y siguió a los tres policías al interior de una habitación rectangular alumbrada por una hilera de mecheros de gas. Lo pusieron delante de una mesa de madera cubierta con una vulgar tela de algodón. Gissing sabía muy bien lo que tapaba, incluso antes de que el detective Paul Bryden la apartara. El rostro aparecía parcialmente desfigurado, y la cabeza estaba en una posición antinatural, pero Gissing la reconoció en el acto: era la joven que le había abierto la puerta en Whitecross Street cuando él buscaba a su esposa.

—¿Reconoce a esta persona?

—Sí, la reconozco.

—¿Quiere usted seguirme, señor Gissing?

Gissing no pudo resistirse y miró el rostro una vez más. Sus ojos, que habían estado vueltos hacia el hogar de la máquina analítica en Limehouse estaban cerrados; pero su expresión, sellada en el momento de su muerte como un jeroglífico sobre una lápida, era de piedad y resignación. Bryden lo sacó de la habitación, y juntos caminaron por un pasillo brillantemente iluminado; había una

puerta verde al final, y el detective se aclaró la garganta antes de llamar suavemente. Gissing no oyó respuesta alguna, pero Bryden abrió la puerta y por sorpresa lo hizo entrar de un empujón. Se encontró en el interior de un cuarto con barrotes en las ventanas; había otro detective sentado ante una mesa, que le indicó a Gissing una silla.

—¿Sabe usted qué es un golem, señor?

—Es una criatura mítica. Creo que es algo parecido a un vampiro. —Ya no se sentía sorprendido por nada de lo que estaba pasando, y respondió con la misma naturalidad que si estuviera en un aula.

—Así es. Y nosotros no somos hombres que creamos en criaturas míticas, ¿verdad?

—Espero que no. ¿Puede preguntarle su nombre? Facilitaría mucho nuestra conversación.

—Me llamo Kildare, señor Gissing. Usted nació en Wakefield, ¿no?

—Efectivamente.

—Sin embargo, no conserva el menor rastro de su acento nativo.

—Soy un hombre educado, señor.

—Por supuesto. Su esposa —a Gissing no le pareció que Kildare pusiera ningún énfasis especial en la palabra— nos dijo que usted ha escrito un libro.

—Sí. He escrito una novela.

—Quizá la conozca. ¿Cuál es el título?

—*Los trabajadores del alba*.

Kildare lo miró fijamente.

—¿Es usted socialista? ¿O miembro de la Internacional? —El inspector acababa de atisbar alguna relación fatal entre Karl Marx y George Gissing e incluso, en aquel momento, consideró la posibilidad de una conspiración revolucionaria.

—De ninguna manera soy un socialista. Soy un realista.

—Pero el título suena como tal.

—No soy más socialista que Hogarth o Cruikshank.

—Conozco a esos hombres, desde luego, pero…

—Son artistas lo mismo que yo.

—Ah, comprendo. No obstante, no hay muchos artistas que puedan vanagloriarse de haber estado en prisión. —Gissing sintió

que debía haber previsto el conocimiento de su crimen pero, incluso así, fue incapaz de sostener la mirada del hombre—. Usted cumplió una pena de un mes de trabajos forzados en Manchester, señor Gissing. Lo condenaron por robo.

Él lo había creído olvidado, borrado de las memorias de todos excepto de la suya; cuando se trasladó a Londres con Nell, incluso comenzó a experimentar lo que más tarde describiría como «un tiempo de extraordinario desarrollo mental, de gran actividad espiritual». Puede parecer extraño hablar de «actividad espiritual» dentro de la ciudad oscura, pero Gissing sabía perfectamente bien que siempre había sido el hogar de los visionarios. Ya había anotado algunas palabras de William Blake, citadas en un reciente estudio sobre el poeta realizado por Swinburne: «La eterna espiritualidad cuadruplicada de Londres». Pero ahora George Gissing estaba sentado con la cabeza gacha ante un policía.

—¿Por favor, puede usted decirme por qué estoy aquí?

El jefe inspector Kildare sacó algo del bolsillo, y se lo alcanzó. Era la hoja de cuaderno, manchada con sangre, donde aparecía escrito el nombre y la dirección de Gissing.

—Ésta es mi letra —dijo en voz baja—. Yo se la di.

—Eso es lo que creemos.

—Buscaba a mi esposa. —Por fin, se dio cuenta del motivo de este interrogatorio—. Sin duda no creerán ustedes que tengo algo que ver con su muerte, ¿verdad? Es absurdo.

—No es absurdo, señor. Nada relacionado con este crimen es absurdo.

—¿Acaso tengo yo aspecto de ser un asesino?

—Sé por experiencia que la prisión endurece mucho a un hombre.

—Estoy seguro de que aprendió algunos trucos con el cuchillo.

Esto lo dijo otra voz, que sonó a sus espaldas; había un segundo policía presente en la entrevista. Para Gissing, sus suposiciones eran intolerables. Sabía muy bien que, a los ojos de la policía, era sospechoso de ser un «degenerado moral» que vivía con una prostituta y cuyo primer contacto con el crimen y el castigo lo había conducido inevitablemente a más y más osados ultrajes contra la virtud y el orden. Podría incluso haber llegado al asesinato.

—La mujer muerta era una buena amiga de su esposa —

manifestó Kildare—. Y supongo que usted la conocía muy bien. ¿Acierto en mi suposición?

—Nunca la había visto antes. No sé nada de esa mujer.

—¿No le gusta conocer a las amigas de su esposa?

—Claro que no. —Era incapaz de seguir tolerando todo esto—. Saben ustedes muy bien la clase de mujer que es mi esposa. Pero ustedes no comprenden la clase de hombre que soy yo. Soy un caballero. —Se le veía tan desafiante, y al mismo tiempo tan débil, con el resplandor de las lámparas de gas, que incluso estos dos policías quizá se sintieron inclinados a creerle—. ¿A qué hora la mataron?

Kildare vaciló al no estar seguro de si debía suministrarle esa información.

—No lo sabemos con exactitud, pero una de su oficio la encontró muerta a medianoche.

—Entonces, no soy su hombre. Vaya al restaurante de la esquina de Berners Street, y pregunte por mí. Estuve allí hasta bien pasada la medianoche. Pregúntele a Vincent, el camarero, si recuerda al señor Gissing.

Kildare se echó hacia atrás en la silla con una expresión consternada.

—Usted le dijo a mis agentes que estaba trabajando.

—Y lo estaba. Trabajaba en el restaurante. En medio de tanta alarma y confusión me olvidé completamente de que anoche había estado allí. Es uno de mis lugares habituales.

Llamaron a la puerta, y Gissing se sobresaltó tanto que abandonó la silla por un momento. Entró un policía, y le susurró a Kildare; Gissing no podía escucharle, pero de hecho traía información que ayudaba a exonerarle. No había encontrado manchas de sangre en las ropas del novelista en Hanway Street, y todos los cuchillos estaban limpios. Esto era una auténtica desilusión para Kildare, quien creía que por fin había dado con la pista del golem de Limehouse. ¿Qué mejor sospechoso podía haber que el marido de una desvergonzada prostituta, un viejo convicto, que se había visto continuamente comprometido por ella y sus amigas? ¿Qué clase de venganza podía buscar un hombre así? Salió de la habitación con el policía que estuvo registrando la casa, y le encomendó que fuera al restaurante mencionado por Gissing. No se

habría mostrado tan amable de haber sabido que el agente había disfrutado del comercio sexual con Nell Gissing tan sólo una hora antes, en la misma cama donde Gissing durmió la noche anterior para soñar con la máquina analítica. El policía le había dado un chelín, y ella corrió a comprar ginebra a una bodega de Seven Dials.

Gissing permaneció sentado inmóvil, y en el silencio fue consciente una vez más del cadáver que yacía unos pasos más allá. Desde la infancia había jugado con las fantasías del suicidio, sobre todo en morir ahogado, y por un momento intentó imaginar que era él quien yacía sobre la mesa de madera. Siempre había creído que su propósito era soportar la vida con el menor sufrimiento posible y pensar en la muerte con afecto, pero ahora, mientras esperaba en este despacho de la policía, también comenzaba a darse cuenta de que moldear su destino no estaba íntegramente en sus manos. En el curso de un día, había pasado del maravilloso aislamiento de sus libros en el Museo Británico a la degradación del arresto y la posibilidad de que lo ahorcaran como a un criminal. ¿Qué había desencadenado estos acontecimientos? Un encuentro casual en Whitecross Street, y la inesperada decisión de escribir su nombre y dirección en la búsqueda de Nell. Y sí, desde luego, había una razón más concreta para sus actuales sufrimientos; su esposa lo había conducido hasta ello. Nunca se habría encontrado con la mujer muerta si Nell no le hubiese llevado por ese camino; nunca se hubiera convertido en sospechoso, de no haber sido un convicto y un paria por su culpa. ¡Qué cosa tan terrible era estar atado de pies y manos por otra persona!

Bryden le tocó el hombro (Gissing se encogió, porque en ese momento estaba contemplando la posibilidad de la muerte repentina de Nell) y lo guió fuera del cuarto hasta una escalera de piedra. Bajó hasta un corredor subterráneo, y lo acompañaron hasta una pequeña celda.

—¿Me tendrán aquí? —preguntó casi como si hablara consigo mismo.

—Sólo por esta noche.

Había una piedra plana que sobresalía de la pared y Gissing se sentó lentamente. Se había enseñado a sí mismo a pensar, y a analizar sus sensaciones, en los momentos de soledad, pero ahora no podía hacer otra cosa más que contemplar la pared de piedra

que tenía delante. La habían pintado de un color verde claro.

Gissing había descrito al héroe de *Los trabajadores del alba* como «uno de esos hombres cuyas vidas parecen tener poca importancia para el mundo salvo como una útil ilustración de la fuerza de las circunstancias». Ahora, en la celda de la comisaría, se sentaba «otro ejemplo de las circunstancias» atrapado en una narración que no podía controlar. Había un cubo en un rincón, para uso de los presos, y por un momento consideró la posibilidad de ponérselo en la cabeza y comenzar a gemir. Pero entonces sus pensamientos tomaron otro camino. Había leído en el *Weekly Digest* que habían desenterrado parte de la antigua ciudad de Londres durante la construcción de unos almacenes en Shadwell Reach. Quedaron a la vista algunos muros de piedra, y a Gissing se le ocurrió que quizás hubieran construido la celda con parte de aquellos restos. Quizá la vieja ciudad enterrada se extendía hasta el mismísimo Limehouse con la máquina analítica como su dios o *genius loci*. Por lo tanto, él sería el sacrificado, esperando en una antecámara la ejecución de su destino. ¿Era éste el secreto del golem que había mencionado el detective? Tal vez la creación de Charles Babbage era el verdadero golem de Limehouse, que se apropiaba de la vida y el espíritu de aquellos que se le acercaban. Era posible que los dígitos y las cifras fueran pequeñas almas charlatanas atrapadas en el mecanismo, y sus redes de hierro nada menos que la red de la mortalidad. ¿Qué monstruosa creación podría engendrar en los años venideros? Lo que había comenzado en Limehouse bien podía desparramarse por el mundo entero. Éstos eran los trastornados pensamientos de Gissing mientras permanecía sentado en la celda.

Lo dejaron en libertad a la mañana siguiente, después de que el policía confirmara que, efectivamente, estuvo en el restaurante de Berners Street hasta después de la medianoche. Vincent, el joven camarero, no había tenido pelos en la lengua. Manifestó que Gissing se había pasado allí «toda la jodida noche» sin hacer otra cosa que «el imbécil», y le acusó de ser un «pretencioso» a pesar del hecho evidente de que «no tenía ni un penique». Un cliente también recordaba haberle visto aquella noche, y corroboró el testimonio de Vincent describiendo a Gissing como un «gentil zaparrastroso». Ésta era una expresión popular pero injusta con el novelista; él siempre

procuraba vestir bien, y su gentileza no era de maneras sino mental.

Salió del patio de la comisaría, y por un momento permaneció vacilante en el aire de Limehouse. Se había resignado a un largo proceso de pesquisas y humillaciones, pero la inesperada liberación no le produjo una sensación de libertad real. Desde luego había experimentado una extraordinaria sensación de alivio cuando por fin se vio fuera del lóbrego edificio de ladrillos amarillos, pero le siguió una más persistente sensación de amenaza. Toda su existencia en el mundo había sido puesta en duda súbita y rápidamente. De no haber estado en el restaurante quizás hubiese terminado en la horca; era como si su vida se revelara ahora como frágil y miserable y a la que la más mínima desgracia podía destruir. Acusaba a su esposa como culpable de su situación, pero hasta ese momento ella nunca había amenazado su existencia. Esto era totalmente nuevo. La noche pasada en el calabozo le demostró que no podía protegerse de ella ni del mundo.

Caminó de regreso al hogar por Whitechapel y la City, aunque sabía muy bien que no regresaba a ningún «hogar». Era como un condenado que vuelve a la celda. Oyó la discusión en cuanto llegó a Hanway Street: Nell, asomada a la ventana del primer piso, se peleaba con la patrona que se encontraba en la acera. «No toleraré —gritaba la señora Irving— semejantes guarrerías en esta casa». Nell le replicó con una andanada de insultos, y la patrona la acusó de ser un «mala puta». Su esposa desapareció por un momento y después volvió con un orinal cuyo contenido dirigió a la cabeza de la señora Irving. Gissing fue incapaz de aguantar ni un segundo más. Ninguna de las dos mujeres le había visto, así que retrocedió rápidamente por Tottenham Court Road y puso rumbo hacia el Museo Británico. Si había un lugar en este mundo donde pudiera descansar, era entre sus libros.

XXV

En menos de dos años me había convertido en una artista veterana, y la hija del pequeño Victor había desarrollado una vida y una historia que me creía a pie juntillas cuando subía al escenario. Desde luego, tenía mis *modeles*, como solía decir el tío. Había visto a la señorita Emma Marrot en *Ginebra y candilejas*, había escuchado a lady Agatha (alias Joan Birtwhistle, una persona la mar de desagradable) cantar *Vuelve a tu tarta, Marianne* y había tomado un poquito de ambos. Había otra dama cómica, Betty Williams, quien había comenzado de bailarina pero que luego se consagró como una auténtica artista con su interpretación de *Es un consuelo para una pobre chica*. Por su manera de inclinarse parecía estar siempre en la cubierta de un barco o luchando contra el viento. También copié aquel efecto para uno de mis números titulado: «No la empines demasiado». Cómo se reían, incluso cuando yo era de lo más gentil. La hija del pequeño Victor era la joven virgen que decía cosas muy inocentes. ¿Qué culpa tenía ella de que la malinterpretaran? Dan opinó que me estaba volviendo demasiado sicalíptica y me indigné de veras. ¿Cómo podía echarme a mí la culpa de las risas y pullas de la galería? No creo que su historia se lo mereciera. Aquí estaba ella, criada por el pequeño Victor después de que sus padres murieran en el incendio de una salchichería; desde luego, ella había tenido que ganarse el sustento trabajando de criada en Pimlico, y ¿qué se esperaba que hiciera si todos los hombres de la casa le hacían regalos? Como decía en su canción: «¿Qué quieren que diga una chica? ¡Qué actuación más brillante!».

No fue hasta mi tercer año en los escenarios, con todo el trajín de teatro en teatro, en que me harté de la hija del pequeño Victor. Era demasiado dulce, y soñaba con matarla de una forma violenta. Ahora cuando él estaba en escena solía maltratarla un poco: «Te

partiré la jeta» me decía la cocinera, y entonces me daba un sopapo que casi me tiraba al suelo. (Desde luego yo también interpretaba a la cocinera, ya que era parte de lo que Dan llamaba mi «polimonólogo»). Pero ya no era la muchacha adecuada para mí. Así que una tarde mientras estaba en el camerino y, sin nada mejor que hacer que compadecerme de mí misma, me fijé en unas prendas que Dan había dejado tiradas en una silla. No era habitual en él ser desordenado, y llevada por los viejos hábitos las recogí y comencé a plegarlas. Había dejado un sombrero de pelo de castor, una vieja levita verde, pantalones a cuadros, botas y una corbata. Estaba a punto de guardarlas, cuando de pronto se me ocurrió que sería muy divertido probármelas. Había un espejo de cuerpo entero apoyado en la pared, junto a la cesta de maquillaje, y me cambié rápidamente. El sombrero me venía un poco grande y se me caía sobre los ojos, así que me lo eché hacia atrás como los mozos de cordel; los pantalones y la levita me iban que ni pintados, y comprobé que podía bailar sin ningún impedimento. ¡Qué figurita hacía en el espejo! Me había convertido en un hombre de la cabeza a los pies, y podía pasar perfectamente por un comediante; aquello tenía buena pinta e, incluso entonces, comencé a darle vueltas a un número nuevo.

Dan entró en el camerino mientras yo estaba delante del espejo practicando algunos gestos.

—¡Hola! —dijo como si se dirigiera a un extraño—. ¿Lo conozco ya que está en casa?

—Claro que sí. —Me volví con una sonrisa, aunque quizá me sentía un poco avergonzada por lo que había hecho. A él nunca se le escapaba nada, y me reconoció de inmediato.

—¡Virgen santa! Esto sí que es divertido. —Continuó mirándome—. Sí, señor, tiene mucha gracia.

—Podría ser una bomba, Dan. Podría ser el Hermano mayor de la hija del pequeño Victor.

—¿Un guaperas?

—Un zaparrastroso guaperas.

Adiviné que estaba contemplando las posibilidades. Siempre hay un hueco en las *varietés* para un buen travesti y tenía la sensación de que yo daba el pego.

—Supongo que podría funcionar. Sería muy divertido.

Funcionó. Al principio me presentaba como el Hermano mayor de la hija del pequeño Victor, pero el nombre era demasiado largo para los carteles, así que lo acorte a el Hermano mayor. El sombrero de pelo de castor provocaba mil y una carcajadas cada vez que se me caía sobre los ojos, pero decidí cambiarlo por otro de fieltro sin ala. Después me hice con un chaqué, unos pantalones blancos y botas de caña alta. Bailaba por el escenario a lo bestia, y después me las apañaba para hacer saltar mi sombrero con la pértiga del farolero; eso les hacía desternillarse porque yo comenzaba a temblar de furia antes de quitarle la gorra al farolero con mucha cortesía y tirarla a la alcantarilla. Todo era mímica, desde luego, y al principio Dan me ayudaba con los pasos y los gestos como si yo estuviera a punto de convertirme en un autentico Grimaldi. Pero yo también era muy buena humorista, y al cabo de un tiempo desarrollé mi propia jerga masculina. «So un mo, guuapa» y «¿Esperarás sólo un minutín?» —dichas como nunca se habían dichos antes— eran las favoritos del público. Las decía en el instante en que me disponía a salir corriendo del escenario, y entonces me quedaba inmóvil en plena carrera con una pierna extendida en el aire. El Hermano mayor era un terrible bribón y cortejaba a una vieja y gorda pastelera, que supuestamente tenía oculta una fortuna. «Mi Joan tiene una bonita figura de mujer —decía—, eso es cosa de la pasta». (Pasta en aquellos días era la palabra de moda para referirse al dinero). «Su pelo es otro cantar, y hay quienes dicen que está lleno de telarañas. Pero ése no soy yo». También hacía otras tonterías. Cuando entraron en vigor las nuevas disposiciones, solía burlarme de ellas desfilando por el escenario con un cartel que decía: TELÓN CORTAFUEGOS PROVISIONAL. Eso siempre los preparaba y, cuando los tenía en su punto, atacaba con la última de mis coplas. Había logrado un éxito con *Soy un hombre casado* y *Cualquier excusa para un trago*, pero siempre acababa mi actuación masculina con una canción que el tío había encontrado para mí. Se titulaba: *Ella es un ave madrugadora y yo uno de…* y en muchas ocasiones tenía que hacer más bises antes de que me dejaran marchar al siguiente teatro. Desde luego, todo estaba exactamente medido por anticipado: mi actuación duraba treinta minutos y después subía al simón que me llevaba hasta el siguiente local. El programa de una noche me hacía estar en el Britannia en

Hoxton a las ocho y cuarto, en el Wilton's en Wellclose Square a las nueve, en el Winchester al lado de Southwark Bridge Road a las diez, y terminaba en el Raglan en Theobald's Road a las once. Era una vida dura en algunos aspectos, pero me pagaban siete guineas a la semana más la cena. El Hermano mayor se había convertido en algo grande, y al cabo de poco tiempo le había enseñado a ser insolente pero ingenuo, experto pero inocente. Todo el mundo sabía que yo también era «la hija del pequeño Victor», pero eso era lo más divertido. Podía ser chico y chica, hombre y mujer, sin ninguna vergüenza. Sentía como si estuviera por encima de todos ellos, y podía cambiarme a mí misma a voluntad. Por eso mismo perfeccioné el arte de salir corriendo del escenario cinco minutos antes del final, y regresar convertida en la hija del pequeño Victor mientras ellos me miraban pasmados. El tío era ahora mi ayudante de vestuario, y tenías mis prendas femeninas preparadas. Siempre me daba una palmadita en ya-saben-donde, pero simulaba no darme cuenta. A estas alturas conocía todos sus trucos, y sabía que estaba a su nivel. En cualquier caso, me preparaba para aquel viejo y patético número: *Me pregunto qué se siente al ser pobre*. ¡Cómo llovían las monedas desde el paraíso cuando la cantaba! Como solía decir, mientras estaba allí como una pobre y solitaria huérfana, aquellos monedas eran «dinero llovido del cielo».

Debían haber pasado dos o tres meses del nacimiento del Hermano mayor cuando de pronto se me ocurrió una idea: podía ser muy divertido sacarlo a dar una vuelta por las calles de Londres y ver otro mundo. Ahora tenía mi propia habitación, junto a la de Doris, y después de la última función, me presentaba con mi vestuario habitual, como si fuera a tostarme una rebanada de pan antes de irme a la cama. Pero después me vestía como el Hermano mayor, esperaba a que apagaran las luces y la casa estuviera en silencio, y entonces salía por la ventana de atrás junto a la escalera. Desde luego, él nunca vestía las prendas del teatro, que le iban un poco cortas y estaban demasiado raídas, y se había comprado un traje nuevo. Era un bribón, como dije, y nada le gustaba más que darse un paseo durante la noche cual auténtico seductor; cruzaba el

río en Southwark y después paseaba por Whitechapel, Shadwell y Limehouse. Muy pronto conoció todos los tugurios y los antros, pero nunca puso ni un pie en ninguno de ellos; se divertía mirando pasar a la escoria de la ciudad. Las mujeres de la vida le silbaban cuando pasaba, y si la peor de ellas intentaba tocarlo, él la sujetaba por las muñecas con sus grandes manos y la apartaba de un empellón. No era tan duro con los sarasas, porque sabía que ellos lo deseaban de una manera más pura: ellos estaban buscando a su doble, y ¿quién podía aleccionarles mejor que el Hermano mayor? Nadie nunca vio a Lambeth Marsh Lizzie o a la hija del pequeño Victor, ella se había marchado, y a mí me gustaba creer que dormía tranquilamente en alguna parte. No. Eso no es del todo cierto. Un hombre la vio. El Hermano mayor pasaba por el Viejo Jerusalén, y pasaba por delante de la iglesia de Limehouse, cuando se cruzó con un judío delante mismo de una farola, y casi chocaron porque el judío caminaba mirando al suelo. Cuando alzó la cabeza, vio a Lizzie detrás del varón y reculó. Murmuró algo que sonó a «cabman» o «cadmon» y, en aquel instante, ella lo derribó al suelo. Luego siguió su camino como un señorito de la noche con su chaqué y el chaleco de fantasía; incluso tuvo el detalle de descubrirse ante las damas.

Una noche, Doris me sorprendió cuando regresé a New Cut. Sin duda, había estado bebiendo oporto con Austin hasta más tarde de lo habitual, porque iba un poco cargada.

—Lizzie, cariño. ¿De qué vas vestida?

Tuve que pensar deprisa, aunque estaba segura de que no recordaría nada por la mañana.

—Estaba ensayando, Doris. Estoy preparando un número nuevo, querida, y necesito practicar.

—Eres la viva imagen de un viejo y querido amigo. —Besó la solapa de mi chaqué—. Un viejo y querido amigo. Desaparecido hace mucho tiempo. Cántanos una canción, cariño, por favor. —Estaba bastante borracha, así que la acompañé hasta su habitación y le canté el estribillo de *Mi dulce madre todavía me cuida, aunque añoro estar con ella en el cielo*. Cómo le gustaba esa canción. Tal como suponía, a la mañana siguiente no recordaba absolutamente nada, pero en realidad tampoco tenía mucha importancia. Tres semanas más tarde, mi pobre amiga murió a consecuencia de la bebida. Comenzó a sudar y a tiritar mientras estábamos en la bonita

sala de Austin; cuando la llevamos al hospital de beneficencia en Westminster Bridge Road, ya estaba en el otro mundo. Dicen que la bebida es un veneno lento, pero también puede atacar rápidamente cuando el cuerpo está debilitado. La enterramos el viernes por la tarde, antes de nuestra actuación en el Britannia, y Dan pronunció un pequeño discurso junto a la tumba. La llamó «Blondín hecha mujer», alguien que siempre aspiraba siempre a llegar más alto. Nunca se cayó, dijo. Hacia ella elevábamos nuestras miradas. Fue una oración muy bonita, y derramamos algunas lágrimas. Luego pusimos su alambre en el féretro y lloramos un poco más. Nunca lo olvidaré. Aquella noche, después del funeral, estuve como nunca, y la alegría del Hermano mayor les hizo troncharse. Pero, como le dije a Dan, teníamos que ser profesionales. Aquella misma noche soñé con que arrastraba un cadáver con una cuerda pero, después de todo, ¿qué importancia tienen los sueños cuando tenemos el escenario?

Eso es lo que le tendría que haber dicho a Kennedy, el gran hipnotizador, quien compartió cartel conmigo dos semanas más tarde. «¿Cómo lo hace?» le pregunté, después de haberlo visto hipnotizar a varios. Un pescador bajó del paraíso y bailó un fandango por todo el patio, mientras que un frutero y su esposa interpretaron un zapateado que, al ser londinenses, era imposible que conocieran naturalmente.

—¿Es sólo un chiste?

—No. Es un hecho.

Estábamos comiendo pescado y patatas fritas en un bar, no lejos del teatro de Bishopsgate, y él levantó la copa para mirarme a través del cristal. Nos habíamos sentado en un discreto rincón, donde nadie podía vernos, y noté un brillo en sus ojos, aunque ahora creo que pudo ser un reflejo del fuego en la chimenea.

—Adelante —dije—. Asómbreme, Randolph.

Él sacó del bolsillo el resplandeciente reloj de oro que usaba en el escenario, y miró la hora antes de volver a guardarlo. En aquel momento vi el fuego que brillaba en el interior de la esfera.

—Hágalo de nuevo.

—¿Hacer qué, querida?

—Déjeme ver como arde.

Así que él volvió a sacar el reloj del bolsillo muy lentamente y lo

sostuvo a la luz del fuego. Yo no podía apartar la mirada de la esfera, y de pronto recordé cómo mi madre solía sostener una vela para alumbrarme mientras me acostaba en nuestra casa de Lambeth Marsh. Eso es todo lo que recuerdo antes de quedarme dormida. Al menos me pareció un sueño, pero cuando abrí los ojos el Gran Kennedy me miraba horrorizado.

—¿Qué demonios pasa? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—No pudo haber sido usted, Lizzie.

—¿Qué no pude haber sido?

—No se lo diré.

Por un momento tuve miedo de lo que podía haber revelado.

—Adelante. Sea amable con una chica.

—Todas esas cosas terribles.

Entonces, me eché a reír a carcajadas y levanté mi copa.

—Brindo a su salud, Randolph. ¿No sabe cuándo le han timado?

—Quiere decir…

—En ningún momento me tuvo sometida. —Él continuó mirándome con expresión de duda—. ¿Puede usted pensar tan mal de su Lambeth Lizzie?

—No. Desde luego que no. Pero parecía tan real.

—Verá, ése es el juego. Mantenerlos en la duda.

Lo dejamos correr pero, después, nunca volvió a tratarme de la misma manera.

XXVI

SR. LISTER: ¿Cuáles son las pruebas contra la señora Cree, después de todo lo que ha dicho? Compró un poco de arsénico en polvo para las ratas. A eso se resume todo. Si ésa es la base para una acusación de asesinato, la mitad de las mujeres de Inglaterra estarían aquí. La evidente y única verdad es que la fiscalía ha fracasado en su intento de dar cualquier razón convincente por la cual la señora Cree desearía matar a su marido. Era un hombre tranquilo y estudioso, afligido por algún tipo de desorden mental de naturaleza obsesiva, razón suficiente para que deseara suicidarse, como ha sugerido la señora Cree, pero no es una razón suficiente para que lo asesine a uno su propia esposa. ¿Había sido un buen marido? Sí. ¿Había cuidado de ella? Ciertamente, y sugerir que ella lo mató para heredarle, resulta una auténtica tontería cuando consideramos lo cómoda que era su vida. ¿John Cree era una bestia que tiranizaba a su esposa? Si hubiese sido un demonio con forma humana, entonces quizá tendríamos un motivo para el crimen. Pero aquí lo único que hemos escuchado es que era, a pesar de su enfermedad mental, un marido amante y bondadoso. No había ninguna razón posible en el mundo por la que la señora Cree deseara destruirlo. Por favor, mírenla. ¿Les parece a ustedes la encarnación de un monstruo?, ¿un ser terrorífico, como ha insinuado el señor Greatorex? Todo lo contrario. Veo en su rostro todas las virtudes femeninas. Veo lealtad, castidad y piedad. El señor Greatorex ha abusado del hecho de que ella fuera en un tiempo artista de variedades, como si se tratara de un estigma, la marca de un carácter perverso. Pero hemos escuchado por boca de diversos testigos que llevaba una existencia ejemplar mientras trabajó en los escenarios. Y de su vida en New Cross, sólo hemos escuchado las alabanzas de sus vecinos por su comportamiento en el caso. La criada, Mortimer, ha dicho que era una mujer dura, quiero citarlo exactamente, pero ¿no es esa la

manera que a menudo emplean los sirvientes cuando hablan de sus patrones y especialmente, si se me permite decirlo, de las criadas al hablar de sus amas? La señora Cree nos ha dicho que en diversas ocasiones había amenazado a Mortimer con un posible despido de sus obligaciones y la expulsión de la casa. Quizá valga la pena ver las opiniones de la criada desde otro punto de vista a la luz de esta declaración. Desde luego sería suficiente para provocar el rencor de esta joven contra su patrona. Ahora imaginemos la escena real dentro del hogar de los Cree, con este hombre morbosamente religioso que es reconfortado por su esposa.

XXVII

23 de septiembre de 1880

Mi querida esposa todavía desea ir a ver a Dan Leno al teatro la semana que viene. La temporada comienza cada vez más pronto, pero supongo que los ciudadanos de Londres necesitan divertirse para olvidar los horrores que los rodean. ¡Resulta mucho más encantador ver a Barbazul matar a veinte mujeres en su habitación que pensar que lo debe estar haciendo en las calles! No tengo la misma urgencia por ver a Leno otra vez. Me gusta el teatro tanto como a cualquier otro hombre, pero imaginármelo vestido de princesa o de pescadera me molesta profundamente. Es algo contra natura y, para mí, la naturaleza lo es todo. Formo parte de la naturaleza, igual que la escarcha sobre la hierba o el tigre en la selva. No soy una figura mitológica, como me pintan los periódicos continuamente, o alguna exótica criatura sacada de una novela gótica; soy lo que soy, que es carne y hueso.

¿Quién dijo que la vida es aburrida? Fui otra vez a Ratcliffe Highway al anochecer, después de decirle a mi esposa que cenaría con un amigo en la City. En el frescor del ocaso me detuve delante de la tienda del vendedor de ropa, y contemplé a la joven que encendía las lámparas en las habitaciones de los pisos altos; luego, al cabo de unos momentos, vi la sombra de un niño cruzar la ventana. Una vez más supe que estaba pisando suelo sagrado, y di gracias por el vendedor y su familia. Estaban a punto entrar a formar parte de la eternidad, y en sus heridas reflejarían los castigos del tiempo recurrente. Morir en el mismo lugar que los famosos Marr —y morir de la misma manera— es un gran testimonio del poder de la ciudad sobre los hombres.

Ya había planeado la manera de entrar silenciosa e invisiblemente; todavía me encontraba en la acera opuesta, y desde

allí observé a Gerrard bajar a la tienda. Recogió unas cuantas monedas, cogió unas prendas que había en el mostrador, y comenzó a subir las escaleras. Crucé la calle, entré en el local y busqué un lugar donde ocultarme. Había otra puerta debajo de la escalera y, cuando la abrí, me di cuenta por el olor de que daba a un sótano excavado en la tierra. Me encanta el olor del mundo subterráneo y, llevado por un impulso, me manché el rostro con un poco de la tierra de esas paredes oscuras; allí esperé, con la puerta cerrada, hasta que oí el ruido de los cerrojos en la puerta de la tienda. Me demoré unos minutos más en el sótano, pero incluso desde allí oía el murmullo de voces en las habitaciones superiores. Desde luego, no podía ir a por ellos de inmediato, porque en la consternación del momento fatal un niño o la sirvienta podían escapar, y analizaba el modo de pillarlos de uno en uno. Calculé que serían cuatro o cinco. ¿Cómo habían despachado a los Marr?

Una joven cantaba *En Vauxhall Gardens* de la siempre favorita, *Una noche en Londres*. Supuse que sería la criada, o quizás una hija, y salí de mi escondite para disfrutar con la melodía. Había una escalerilla de madera junto al mostrador, y la tumbé al suelo; el súbito ruido perturbó su canto, y unos momentos más tarde, escuché sus pasos en el rellano. El silencio la hizo más atrevida (aunque yo apenas si podía evitar sonreír) y comenzó a bajar. Yo estaba en la penumbra de la escalera y, cuando bajó el último peldaño, saqué el mazo del bolsillo y la derribé de un golpe. No gritó, ni siquiera suspiró. Acuné su cuerpo herido, saqué la navaja y la degollé. La sangre caliente me empapó las mangas del abrigo mientras la arrastraba hasta el sótano.

—¿Annie? ¿Estás en la tienda, Annie?

Era Gerrard. Estuve tentado de replicarle imitando la voz de la sirviente, pero me mordí la lengua y permanecí en silencio. Bajó las escaleras lentamente, llamándola una vez más, hasta que lo tuve a tiro y empleé la navaja. Casi lo decapité antes de que pudiera hacer el más mínimo ruido, y después sólo se escuchó un leve gemido como si él hubiera sabido de antemano qué le depararía el destino.

—Su criada fue una mala chica —le susurré—. Se entregó demasiado voluntariamente. —Me miró con lo que parecía una expresión de asombro, y le di unas palmaditas en la mejilla—. No se ha perdido nada más —volví a susurrarle—. El juego acaba de

empezar.

Subí las escaleras con la navaja en la mano. Qué espectáculo debía ofrecer, bañado en sangre de pies a cabeza y el rostro manchado con tierra como un salvaje africano. La niña fue la primera que me vio. ¿Tienes un hermanito? le pregunté muy dulcemente. Entonces su madre salió a mi encuentro gritando de una manera que yo nunca había oído antes. Era necesario detener aquel ruido inmediatamente así que, sin atender a la ceremonia y a los procedimientos correctos, me acerqué y la abatí de un mazazo. Luego miré a los niños, que ahora se acurrucaban en un rincón.

XXVIII

El brutal asesinato de la familia Gerrard, a manos del golem de Limehouse, provocó en el público un grado de furia y exaltación todavía mayor. En cuanto los periódicos publicaron los detalles de la «última atrocidad», nadie hablaba de otra cosa. Era como si alguna fuerza primitiva hubiese estallado en Limehouse, y reinaba un miedo irracional que no se detendría allí sino que se propagaría por toda la ciudad y quizás incluso por todo el país. Algún espíritu oscuro había sido liberado, o al menos eso parecía, y ciertos líderes religiosos comenzaron a sugerir que el propio Londres —la vasta creación urbana, la primera en su clase sobre el planeta— era de alguna manera responsable de la maldad. El reverendo Trussler, de la Iglesia baptista de Holborn, comparó los asesinatos con el humo de las chimeneas de Londres y los denunció como el necesario e inevitable resultado de la vida moderna. Si era así, entonces, ¿por qué esta mancha no se propagaba? ¿Alcanzaría a Manchester, Birmingham y Leeds? Otros líderes públicos reclamaron la detención de todas las prostitutas, con la ostensible intención de salvarlas de las actividades del golem de Limehouse; pero dichas demandas formaban parte de un deseo generalizado que reclamaba algún tipo de purificación ritual. Incluso se propuso que toda la parte este de la ciudad debía ser demolida y reedificada con construcciones modernas. El gobierno del señor Gladstone consideró la propuesta, pero finalmente la rechazó por poco práctica y demasiado cara. ¿Dónde se alojaría a los antiguos habitantes del East End mientras se construía la nueva ciudad? Y si estas personas eran de alguna manera responsables de la presencia del golem, de la misma manera que se creía que la materia putrefacta criaba las moscas, bien podía darse el caso de pudieran propagar el contagio si se los dispersaba por toda la capital. La misma policía no era ajena a estas febriles especulaciones, e incluso los detectives

asignados al caso parecían creer que estaban sobre el rastro de algún genio o dios del asesinato. No habían escogido llamarlo golem —eso había sido una invención del *Morning Advertiser*—, pero ahora usaban el término incluso en las conversaciones que mantenían entre ellos. ¿Cómo, sino, podía haber evitado que nadie lo viera después tanto tiempo?

La hermana de Gerrard, el vendedor de ropas, había estado durmiendo en el ático de la casa mientras se cometían los asesinatos; había tomado láudano para el dolor de muelas, y, en consecuencia, no oyó nada. No es fácil imaginar su horror cuando encontró los cadáveres pero, incluso mientras veía los cuerpos de su hermano y su familia tendidos en el suelo, se fijo en un detalle: ni una sola cosa de la casa o la tienda fueron tocados; ni un solo mueble u objeto doméstico se movió de su lugar. (Ella no podía saber que la escalera de mano, tumbada para despertar la atención de la sirvienta, había sido restituida al lugar original). De alguna manera, parecía como si la familia hubiese sido asesinada sin la ayuda de ningún agente exterior, casi como si se hubiese asesinado a sí misma sometida al poder de algún impulso dominante. Por lo tanto, el pánico se apoderó de Londres.

Perturbó incluso a quienes por lo general no se sentían afectados por las sensaciones públicas, y también a quienes las despreciaban. Los asesinatos de Limehouse motivaron indirectamente *El retrato de Dorian Grey*, escrito por Oscar Wilde unos ocho años más tarde, en la que los fumaderos de opio y los teatruchos del barrio juegan un importante papel dentro de su narrativa un tanto melodramática. También inspiraron la famosa serie de pinturas de James McNeill Whistler, «Limehouse Nocturnes», donde la tenebrosa presencia de las calles ribereñas es transmitida por el verde viridiana, el azul ultramar, el ocre marfil y el negro. Whistler también los describió como «Armonías sobre un tema», aunque estaban concebidas de la manera más desarmónica posible. Pasó una tarde realizando bocetos del barrio pero, con la capa oscura y su aspecto «extranjero», lo confundieron con el golem y lo persiguió una multitud colérica de la que consiguió escapar cuando entró en la misma comisaría de la zona donde unos días antes habían interrogado a George Gissing. También diversos escritores de encargo escribieron varias obras sobre el tema de los asesinatos, que

fueron representadas en los teatros donde se ofrecían habitualmente los melodramas más terribles y sanguinarios. En el Effingham de Whitechapel, *El demonio de Limehouse* se convirtió en un clásico del repertorio de horror junto con *La muerte de Chatterton* y *El esqueleto del cochero*. También se fabricaron unos muñecos de cartón de las víctimas del golem de Limehouse que se vendían a un penique sin pintar y a dos los coloreados, para utilizarlos en los teatros de marionetas. Fue en condiciones como éstas cuando Somerset Maugham y David Carreras, entonces unos críos, fueron conscientes por primera vez de su fascinación por el drama, y Carreras llegó a escribir en los años viente de este siglo una obra basada en los asesinatos de Limehouse titulado *Nadie conoce mi nombre*.

Pero, por una de esas coincidencias que forman parte de esta o cualquier otra historia, una figura teatral de 1880 se vio mucho más directamente involucrada en el asesinato de la familia Gerrard en Ratcliffe Highway. Gerrard había sido en un tiempo «ayuda de cámara» de Dan Leno (el actor le había dado alguno de los viejos vestidos femeninos de su vestuario cuando el hombre abrió el negocio) y el gran comediante había visitado a la familia Gerrard sólo tres días antes de los asesinatos. En aquella tan poco propicia ocasión les había ofrecido un improvisado ensayo de su nueva canción, *La maravilla sin huesos*, durante la cual simulaba estar hecho de goma.

XXIX

25 de septiembre de 1880

Elizabeth y yo asistimos a la pantomima en el Oxford de Tottenham Court Road. Insistió en que fuéramos a ver a Dan Leno interpretar a la hermana Anne en *Barbazul* pero, mientras esperábamos unos minutos en la entrada del teatro, me deleitó escuchar a todo el mundo discutiendo sobre mi pequeña representación particular en Ratcliffe Highway. A los londinenses les encanta una buena matanza, dentro o fuera del escenario, y dos de los caballeros más ingeniosos comparaban al golem de Limehouse con el mismísimo Barbazul. Experimenté unos deseos enormes de acercarme a ellos y presentarme. «Soy yo —les hubiera dicho—. Yo soy el golem. Aquí está mi mano. Puede estrechármela». Pero me contenté con una sonrisa y una reverencia; creyeron que me conocían, y respondieron a mi saludo. Desde luego, también había allí personas más vulgares. Obreros y pequeños comerciantes entraban en rebaño al vestíbulo principal, junto con algunos empleados y sus novias. Elizabeth me pidió que comprara un libreto mientras estábamos en el gran *foyer*.

—Los viejos hábitos no mueren nunca —le dije.

—Pero algunos han cambiado, John. ¿Ves los frescos? ¿Y todas esas flores? No teníamos nada parecido en el Washington o en el Old Mo.

—Se acabaron los caracoles y los berros, querida. Ahora son costillas y cerveza.

El director estaba en la puerta con un chaleco rojo; comenzaba a ponerse nervioso y gesticulaba con las manos enjoyadas.

—Por favor, saquen sus entradas. Seis peniques la general, y nueve peniques el paraíso, que es más selecto.

Así que subimos al paraíso y, en cuanto Elizabeth vio el

escenario, me apretó el brazo llevada por el entusiasmo; sin ninguna duda recordaba cuando era el Hermano mayor o la hija del pequeño Victor. Las luces de gas habían desaparecido, y el público era más limpio y correcto, pero por un momento ella respiró el ambiente que había querido tanto. Apenas tuvo tiempo de señalar el piano de cola y el armonio, porque aparecieron los chicos del coro. Entonces Dan Leno hizo su entrada, corriendo por el borde del escenario como en los viejos tiempos, y mi esposa se unió al coro de risas cuando él se anunció a sí mismo como la «hermana Anne, la mujer que sabe». Yo me reí tan fuerte como cualquiera, porque sabía que el asesinato estaba en el aire.

XXX

No era la primera vez que Dan Leno interpretaba el papel de la hermana Anne, y en cualquier caso estaba acostumbrado a encarnar a la dama. Ya no era el esperanzado cómico adolescente que Lambeth Marsh Lizzie conociera en 1864; ahora, dieciséis años más tarde, era una de las grandes figuras del *music hall* anunciada como «El hombre más divertido de la tierra». En muchos aspectos se había convertido en propiedad pública: sus actividades eran noticia en los periódicos, miles de fotografías mostraban su figura por todo el país, y sus «divertidos personajes femeninos» eran copiados por cómicos más modestos en centenares de teatruchos. Era bien conocido como Dame Durden, la reina de corazones en *Humpty Dumpty*, la baronesa en *Niñas en el bosque* y la viuda Twankey en *Aladino*, pero su más famosa interpretación, y en última instancia la más trágica, fue la de *Mamá Gansa*. Algo le afectó a la mente, y se retiró a un sanatorio privado durante un tiempo: nunca se recuperó del todo, y hay algunos historiadores teatrales que afirman que *Mamá Gansa* lo destruyó.

La hermana Anne hacía su entrada principal en mitad del primer acto; viajaba en un carro tirado por dos burros, y vestía como una dama de la vieja escuela con una peluca imponente y un vestido escotado. En un primer momento no quedaba muy claro porque iba sentada en un carro, pero todo se explicaba cuando un decrépito guarda ferroviario cerraba la procesión. El tren había sufrido una avería, y ella era la única pasajera.

—Yo digo, señora, que está guapísima. —Éste era el guarda, que hablaba a voz en cuello para hacerse oír por encima de las carcajadas del público.

—¿Cree que se me ve lujosa?

—¡Faltaría más! Es un tesoro ambulante.

—Desde luego que en mi posición tengo que parecer rica.

—Ese vestido debió de costar un montón de huevos.

—Eso a mí no me importa, pero sí me duele llevar debajo tantas cosas caras que no me atrevo a mostrar. —Aquí se levantaba con mucho cuidado del saco de trigo, y miraba hacia atrás con expresión preocupada.

—¿Qué, señora, no tiene dónde sentarse?

—Eso es lo malo. Tengo mucho para sentarme, pero no hay ningún lugar bonito donde ponerlo.

El guarda se enjugaba el sudor de la frente hasta que las risas se apagaban.

—¿Así que se sale en un minuto?

—*Au contraire*, me salgo ahora mismo.

Era un humor basto, y a la audiencia le encantaba, pero cuando Leno lo decía parecía convertirse en la esencia misma de la comedia; él era sencillo y al mismo tiempo altanero, a caballo entre los aires de grandeza y los lastimosos lloriqueos, entusiasta en la derrota y ridículo en la victoria. El argumento de la pantomima, reescrito por un periodista en el *Glow-Worm*, describía los desenfrenados intentos de la hermana Anne por conseguir las atenciones de Barbazul: ella rehusaba escuchar nada «inapropiado» sobre él, y estaba tan desesperada por tener a un hombre que nada la detendría. Era un tanto «lanzada» y creía en las palabras de una de sus famosas canciones: «No creo que se me vea mucho el plumero». Incluso había aprendido a tocar el arpa para atraer a Barbi, pero como no podía ser de otra manera los dedos, los brazos y el vestido se enredaban en las cuerdas así que acababa luchando a brazo partido con el instrumento por todo el escenario. Luego bailaba un zapateado para hechizar a su hombre, aunque sólo conseguía que él le dijera que «tenía menos gracia que un piano». Pero ella no renunciaba a sus esperanzas y continuamente le explicaba a su bella hermana, Fátima, el arte de la seducción. Una de las escenas que más divertía a los espectadores ocurría en el segundo acto, cuando la hermana Anne se está cambiando detrás de un biombo muy pequeño. Fátima aparecía en el escenario y le preguntaba muy amablemente, por miedo a herir sus sentimientos:

—¿Tienes algo que hacer esta noche, querida?

—No —contestaba la hermana Anne—. No tengo nada encima.

Resultaba «muy chistoso», como Dan ya había dicho en los ensayos, y el público se tronchaba. Tal vez nada manifieste mejor los gustos de una época que su sentido del humor, cuando los temas más dolorosos o serios se pueden tratar con tal ligereza que el chiste en sí mismo se convierte en catártico. Por esta razón, incluso en el apogeo de los crímenes de Limehouse, se contaban muchas historias divertidas sobre el golem y sus víctimas. Pero si los números humorísticos podían actuar como un alivio o descarga, también podían incorporarse a un lenguaje común no reconocido por el cual se podían convertir en respetables los peores aspectos de un grupo o sociedad. Quizás esto explica una de las escenas del tercer acto de *Barbazul* cuando la hermana Anne, que lleva varios días amarrada a una silla, se desmaya por inanición. En ese momento, el villano la desata, la tiende sobre el escenario, y luego la pisotea calzado con un par de zuecos. La hermana Anne recupera el conocimiento por unos segundos, levanta la cabeza y pregunta con voz débil:

—¿Qué estás haciendo, cariño?

—Es mi tratamiento. El médico me dijo que debo caminar todos los días con el estómago vacío.

No era un mal chiste, y el público lo celebraba. Pero mostraba hasta que punto los londinenses de la época estaban ansiosos por ver a las mujeres más atrevidas o lascivas castigadas por su comportamiento. De hecho, no es descabellado sugerir que había algún vínculo entre el asesinato de las prostitutas en Limehouse y la humillación ritual de las mujeres en la pantomima. Por cierto, que John Cree se desternilló cuando la hermana Anne se encontró con que la estaban hirviendo viva en una tina de hojalata con una docena de patatas. «¡Barbi! ¡Me salgo un momento para ir a comprar unas zanahorias!». Salía de la tina con mucho cuidado, con una patata en cada mano y se las comía. Éste era Dan Leno tal como Elizabeth Cree todavía lo recordaba, con aquel rostro melancólico («toda la tragedia aparece escrita en su cara de monito», según lo describió Max Beerbohm), con aquella mirada punzante, con aquel nervioso torrente de palabras que acababa en ronquera, el encoger de hombros, y entonces con el súbito comentario cómico como un relámpago en el cielo tormentoso, contenía todo el patetismo y el ardor de la juventud.

Finalmente, la hermana Anne se daba cuenta de que «Barbi no le

iba», y aparecía sentada en su cómoda sala con una vieja amiga y confidente. El papel de Joanna Screwloose lo interpretaba un fornido e imponente actor cómico, Herbert Campbell, cuyo aspecto matriarcal era el perfecto contrapunto para el pequeño pero vivaz personaje de Leno.

—Hay una cosa, Joanna, que me molesta.

—¿Qué te molesta Anne, cariño?

—Estaría más que dispuesta a estarme otros diez años, si Barbi hubiese cambiado un pelín.

—Pero una mujer en tu posición…

—¿Qué posición es esa?

—Mejor no entremos en eso ahora, queridita.

Y así seguían. Elizabeth Cree se dio cuenta de que en varias ocasiones los dos comediantes se animaban el uno al otro y añadían sus morcillas, pero eso aumentó todavía más su placer y revivió los recuerdos de su propia vida en el escenario.

XXXI

Durante todo este tiempo nunca había pensado en mi madre —seguramente ya se la habrían comido los gusano, gracias a Dios—, pero había ocasiones en que aún la veía. No en carne y hueso, desde luego, pero sí en el espíritu de las divertidas mujeres que encarnaba Dan. Había una en especial que me hacía tronchar: la señorita Chupacirios, una virgen inocente dominada por tal entusiasmo religioso que tenía el hábito de echarse en los brazos de su vicario. Yo le ayudaba en el número, y le daba algunas de las referencias: «¡Jueces, capítulo quince, versículo doce!», gritaba ella antes de tener uno de sus ataques. Era como en los viejos tiempos en Lambeth Marsh. Dan, a su vez, me ayudaba con el Hermano mayor, y en una ocasión me enseñó a caminar de una manera especial; debía imitar a un camarero borracho que intentaba parecer sobrio y, como dijo Dan, era una «propina» que me vendría muy bien. Pero también me gustaba buscar por mi cuenta cosas que me pudieran servir, y había veces en las que me vestía de hombre y rondaba por los muelles y los mercados para conocer mejor la jerga. A los vendedores ambulantes les gustaba hablar al revés entre ellos, como descubrí una noche en Shadwell cuando me invitaron a tomar una *raja de zaverce* en lugar de una jarra de cerveza. Dan se rió cuando se lo conté, aunque sospeché que él ya lo conocía. La jerga de los viejos era un asunto todavía más complejo, y me encontré con que para pedir una copa de ron tenía que decir: «Un pellejo entre pulgar y dedo», y fumar en pipa era «soplar la cachimba». ¡Algunas veces creo que los londinenses son una raza aparte del resto del mundo!

Una tarde al Hermano mayor se le ocurrió visitar mi vieja casa en Lambeth. Pasé por delante del edificio en Peter Street, e instintivamente entré en el portal como si todavía viviera con la mujer muerta; me produjo un extraño placer tener la certeza de

que, si ella hubiese estado viva todavía, no me hubiera reconocido en absoluto. Yo era una extraña en la vida y en la muerte. Su tumba estaba en el cementerio de los pobres junto a Saint
George's
Circus; me arrodillé ante la fosa y adopté la pose conocida en el escenario como «horror sobre horror». «Lo he cambiado todo —le susurré—. Si pudieras verme desde las brasas, lo sabrías. ¿Recuerdas la vieja canción, madre?». Suponía que ella esperaba escuchar uno de sus himnos, y arrastrarme a su mundo malvado, en cambio la obsequié con una canción de borracho del Coal Hole en el Strand:

Entonces el verdugo también vendrá,
también vendrá,
entonces el verdugo también vendrá,
con su maldita cuadrilla,
y él me dirá qué debo hacer
malditos sean sus ojos.

Ahora subo las escaleras,
subo las escaleras,
Ahora subo las escaleras,
aquí está el final de todas mis penas,
así que escupo en todas tus plegarias
malditos sean tus ojos.

Nunca se nos permitía cantarla en el escenario, pero el tío me la repitió hasta que me la aprendí de memoria; menuda tontería era y, sin duda, el mejor antídoto que existía para el frenesí religioso.

Aquella noche actué como nunca y, después de la función, Charles Weston, del Drury Lane, me preguntó si me interesaría hacer uno de los personajes centrales en su nueva producción *El novato*.

—¿Lo haré?

—¿Lo harás?

—Sí, por supuesto.

Supongo que aquello quizá marcó el principio de un pequeño

desacuerdo entre Dan y yo. No le hacía mucha gracia que uno de los artistas habituales dejara las *varietés* para actuar en las obras de la temporada, pero nunca dijo nada abiertamente; siempre era un perfecto caballero fuera del escenario, aunque ya no se mostró tan dispuesto a compartir la diversión. Había momentos en que, para divertir a los demás después de un ensayo, Dan y yo realizábamos nuestra propia versión de las *poses plastiques*, o poses plásticas como las llamábamos nosotros. Nos abrazamos a los decorados en una serie de actitudes antinaturales para representar *La favorita del sultán regresa del baño* o *El atrevido juramento de Napoleón*. Pero ahora ya no ponía el corazón, y dejamos de reírnos. Sin embargo, tuvo un gran éxito con mi personaje; creo que fue la primera que usó mallas a rayas en el escenario y, no por primera vez, creamos una moda. Walter Arbuthnot era la baronesa, mientras que el dúo de una risa por minuto, Lorna y Toots Pound, eran los niños. Todavía recuerdos las lágrimas en mis ojos cuando, cogidos de la mano en la última función, cantamos el famoso estribillo:

> En la pantomima del viejo Drury Lane
> nos hemos vuelto a encontrar
> y confiamos en volver a estar
> durante muchos años más
> en la pantomima del viejo Drury Lane.

Pero estaba escrito que no sería así, y mi último año en las variedades estuvo plagado de pesares y problemas.

Comenzaron de verdad cuando estaba de nuevo con Dan en el Standard de Clerkenwell; sabíamos que la mayoría de los espectadores eran judíos, así que añadimos unos cuantos chistes yiddish que les hicieron desternillarse. Yo había acabado la interpretación de *Flossie la frívola* y me retiré en medio de estruendosos aplausos; arrojaron algunas monedas al escenario, pero estaba tan cansada y falta de aliento que no me vi con ánimos para volver a cantar.

—No puedo más, estoy rendida —le dije a Aveline Mortimer, una bailarina un tanto amargada que era la especialista en los «momentos alegres»—. ¿Qué haré?

—Sal un momento al escenario, querida, y deséales *Meesa Meschina*. Es su fiesta.

Así que volví al escenario, levanté los brazos bien alto, sonreí y dije con voz clara y sonora:

—Damas y caballeros, y especialmente a aquellos caballeros que no están del todo desvinculados con cierta histórica raza elegida. —Esto les hizo reír y yo aproveché para tomar aliento—. Permítanme que les desee, desde el fondo de mi corazón, *Meesa Meschina!*

Se produjo un inesperado silencio, y después el estruendo de silbidos y taconazos fue tan tremendo que me vi obligada a dejar el escenario.

El tío se acercó a la carrera mientras yo permanecía, pasmada, entre bambalinas.

—¿Por qué les has dicho eso, cariño? —Le hizo señas a Jo para que corriera el telón—. ¿No sabes lo que significa en su jerga? *Meesa Meschina* significa muerte repentina.

Me quedé horrorizada y cuando vi escabullirse a mi falsa amiga, Aveline Mortimer, juro que no hubiera tenido ningún inconveniente en que ella sufriera ese destino y de mis propias manos. Siempre había envidiado mi éxito, pero era el acto más vil que podría haber realizado. Por fortuna, Dan siempre estaba preparado para cualquier tipo de emergencia teatral y, dado que continuaba vestido con las ropas de la hermosa casera —peluca de tirabuzones y todo lo demás—, salió al escenario y comenzó a cantar *Hombres, por una que los odia*. Eso les aplacó un poco, y cuando siguió con *Estoy de nuevo en la taberna* se pusieron la mar de contentos.

Yo seguía un poco alterada, como es de imaginar. Normalmente nunca tomaba una copa pero, al finalizar la función, el tío me llevó «a la puerta de al lado» y me invitó a un *cordial* bien cargado.

—Fue esa burra de Aveline —le dije—. Nunca más volverá a aparecer en la misma cartelera que yo.

—No te lo tomes así, cariño. Está todo olvidado, como le dijo el verdugo al ahorcado. —Me palmeó la mano y la retuvo un minuto más de lo correcto.

—Pídeme otra copa, tío. Me apetece.

Dan apareció en aquel momento vestido con la última moda en trajes a cuadros grandes.

—Estoy seguro de que la matarías —me comentó.

—Aciertas.

—Eso está muy bien. Sigue así. Creo que tengo un pequeño papel para ti.

Debo explicar que algunas veces hacíamos «imprevistos» entre funciones; podía ser un jocoso popurrí de Shakespeare (Dan interpretaba una Desdémona que era divertidísima), o un melodrama sangriento como *Sweeney Todd* en versión cómica. Nunca olvidaré el día cuando el famoso «Salta» Rowley interpretó a una de las víctimas de Sweeney que se escapaba haciendo una sucesión de saltos mortales. El público gritaba: «¡Salta, Rowley!» y ejecutaba otro salto hasta desaparecer del escenario. La cuestión es que Dan tenía pensado otro «imprevisto». Sabía que Gertie Latimer estaba a punto de estrenar *María Marten o el asesinato en el granero rojo*, su nueva producción de terror en el Bell de Limehouse, y había decidido parodiarla. Él interpretaría a María, la desgraciada víctima o la asesinada, mientras pretendía que yo hiciera del novio que la estrangula y después esconde el cadáver en el famoso granero. Hugo Stead, bien conocido como «El maníaco del drama», iba a interpretar a la madre de María que tiene visiones sobre la muerte de su hija: el tema era que Hugo había desarrollado un maravilloso número conocido como *La cura perfecta* donde sencillamente saltaba arriba y abajo, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas, mientras cantaba. Por lo tanto, cada vez que la señora Marten tenía una de sus visiones, saltaría de entusiasmo. «Salta» Rowley sería introducido de alguna manera en la obra, sólo por lo divertido que resultaría verlos a los dos haciendo payasadas en el escenario. Éste, en cualquier caso, era el proyecto de Dan, y nos sentamos en el bar a discutir los trucos y los diálogos. Yo nunca había interpretado antes a una asesina, y mucho menos a una asesina de guasa, y estaba un poco nerviosa ante los resultados.

Lo curioso de la historia es que mi futuro marido, el señor John Cree, estaba sentado muy cerca de nosotros entretenido en una conversación con dos comediantes conocidos como «Las sombras del crepúsculo». Habíamos intercambiado un par de palabras desde la terrible noche en la que el pequeño Victor Farrell había encontrado «su destino» como dijeron los periódicos, así que me sentí muy tranquila cuando el tío lo invitó a nuestra mesa.

—John —gritó—, ven aquí. Dan ha decidido hacerse legal.

Nunca olvidábamos nuestro objetivo de que dijeran algo en los periódicos y, si era posible, que mencionaran nuestros nombres. Por lo tanto, le sonreí con mucha dulzura cuando él acercó una silla.

—Señor Cree —dije—, gracias por unirse a nosotros. Dan está planeando algo muy serio.

—¿Qué será?

—Un dramón sangriento. Yo me convertiré en un asesino muy masculino.

—No creo que ese papel sea el adecuado para usted.

—Por favor, señor Cree, los actores somos capaces de cualquier cosa.

Pero entonces Dan estropeó la broma explicando que sería una farsa. No obstante, John Cree escribió en el siguiente número de *Era*, que: «La gran actriz cómica, Lambeth Marsh Lizzie, más conocida por sus innumerables admiradores como el Hermano mayor, complacerá al público con un nuevo y sensacional papel que, según creemos, tiene alguna relación con un célebre crimen». Creo que incluso entonces John se mostró parcial, pero puedo afirmar con la conciencia tranquila que nunca hice nada para predisponerle a mi favor; además, él era un caballero, y no se aprovechó de nuestras placenteras charlas sobre la profesión después de ponerme en su columna. Me comentó que siempre había vivido a la sombra de su padre, que tenía una empresa o algo así en Lancaster, y yo le manifesté mi comprensión más absoluta. «Pero al menos —añadí— usted conoce a sus padres. Ojalá pudiese yo decir lo mismo». Él me cogió la mano por un instante, pero la aparté con mucha delicadeza. Luego me contó que era católico romano, y yo meneé la cabeza en un gesto de incredulidad. «Ésta sí que es toda una coincidencia, señor Cree. Siempre he sentido la necesidad de la religión». Me confió que siempre había deseado ser escritor, y que la revista no era más que el primer paso. Le respondí que a mí me sucedía exactamente lo mismo, que actuaba en las *varietés* con las miras puestas en convertirme en una actriz de verdad; así que nos hicimos buenos amigos, y al cabo de un tiempo me enseñó una obra que estaba escribiendo. Se llamaba *Encrucijada de miseria*, como un homenaje a aquel famoso lugar en la esquina del York Hotel en Waterloo Road; éste era el lugar donde los artistas sin trabajo se

reunían a esperar a los agentes. Supongo que por esa razón se mostraba tan interesado por mí y mis cosas. Admito que me sentía halagada por sus atenciones pero nunca esperé nada más.
Los ensayos para nuestra sátira eran infernales, porque toda la guasa se mantenía en reserva. «Salta» Rowley no hacía ninguna cabriola, excepto las mínimas imprescindibles y sin el menor entusiasmo, y los saltos de «El maníaco del drama» no tenían nada de maníacos. Me sabía las frases de memoria, desde luego, pero siempre acababa pillada por el ingenio de Dan y el entusiasmo general.

—Qué montón de vacas —comentó cuando vio el decorado de la granja por primera vez.

—¿Ya estás preparado, Dan? —El tío era el director escénico y le gustaba mantener el orden, aunque él era el primero en reírse con los comentarios de Dan.

—No, no estoy preparado. No tengo ningún motivo para estar en ninguna parte. De hecho, me voy a otra parte.

—Venga, Dan. Sigue el juego. No tenemos tiempo para bromas.

Nos pasamos dos tardes con los libretos en las manos dedicados a aprendernos las frases y pulir los movimientos a medida que se nos ocurrían. El tío había escrito unos versos para el asesino, cuando está solo delante del granero rojo, y los canté con gusto:

> Seré un asesino loco, me llamaran demente,
> pero fui empujado a ello por la falsa de Mary Jane Marten.

Dan tenía que entrar en este momento y decir: «¿Parden?» en lugar de: «¿Perdón?», pero se quedó mirando el libreto sin decir nada.

—Continúa —le dije, desconcertada por el silencio— Es tu turno.

—Estoy esperando que me des la entrada.

—Dan, ya te la he dado.

—¿Qué quieres decir? Mi entrada es: «Lizzie dice Marten y después se ríe como una loca».

—Ya me reí. —Recurrí al tío en busca de apoyo—. ¿No es así?

—Sí, Dan. Se rió.

—¿Eso era una risa? Creía que se estaba ahogando. —Pasó las hojas del libreto, y acabó haciéndose un taco—. Aquí hay algo que está muy mal. Al parecer salgo del escenario con un ganso. ¿De dónde ha salido el ganso?

El tío siempre era muy paciente, y se acercó para ayudarle.

—¿En qué página estás?

—La nueve.

—Te has pasado tres páginas de una vez. Estás aquí. Continúa.

Esta vez Dan recitó las últimas palabras de María Marten:

—Lamento el día que me cortejó. Sí, cortejo el día en que me lamentó. Estaba sentado en el escalón pensando en la vida (¿o estaba sentada en la vida pensando en el escalón?) con mi habitual distinción de la siguiente manera. ¿Qué es una mujer? ¿Quién es ella? ¿Es autoritaria?

En algún momento de este monólogo, que de haber sido por Dan se hubiera estirado hasta el infinito, yo debía acercarme sigilosamente y, para gran deleite de los espectadores, estrangularlo con mis manos desnudas. Luego tenía que arrastrarlo hasta el granero, enterrar el cuerpo debajo de un montón de paja, volverme hacia el público y decir: «Ha estado muy comedido, ¿verdad?».

—¿Sabes? —me dijo Dan, después de terminar el ensayo—. Creo que esta escena resultará muy divertida. Tiene mucha gracia.

No se equivocaba, excepto que, una noche, la cosa se desmadró. Dan estaba acabando el monólogo de María, después de añadir algunas morcillas sobre las nuevas leyes de casarse con la hermana de la esposa difunta (era capaz de encontrar algo gracioso hasta en las piedra), cuando me acerqué sigilosamente y le eché las manos a la garganta. «Tómatelo con filosofía —decía en ese momento—. No te lo pienses más». Un niño gritó en el paraíso mientras yo fingía apretar. Seguramente, el grito debió distraerme, porque mantuve las manos apretadas en el cuello mucho más tiempo del debido. Él era demasiado buen profesional como para interrumpir la escena pero, cuando lo arrastré hasta el granero, era un peso muerto. Vi que su rostro se había vuelto gris bajo maquillaje, y apenas si parecía respirar. Por supuesto, mantuve mi presencia de ánimo, incluso con un millar de rostros que me miraban, y grité: «Venga aquí, señor Marten, a su chica le pasa algo muy malo». El tío interpretaba al padre de Dan, y ya estaba vestido con el traje de luto para la escena

final del entierro. Apareció a la carrera con el sombrero negro en la mano, y entre lo dos sacamos a Dan del escenario: la gente creyó que formaba parte de la farsa, y comenzó a reír. El violinista reaccionó en el acto y comenzó un interludio musical, mientras el tío y yo intentábamos revivir a Dan con sales aromáticas y coñac. Entonces «Salta» Rowley y «El maniático del drama» improvisaron unos cuantos saltos y cabriolas. Por fin, Dan abrió los ojos, y me miró de una manera que nunca olvidaré.

—La última cosa que sentí —manifestó— fueron esas grandes manos que tienes. ¿Qué creías que estabas haciendo?

—Supongo que no soy consciente de mi propia fuerza.

—Ya lo puedes decir.

Vio que estaba a punto de echarme a llorar y, a pesar de lo débil que estaba, me hizo reír con un comentario sobre su «cuello de goma». Luego insistió en seguir con la representación. Era un profesional hasta la médula.

Pero creo que me cogió miedo, y nunca más me involucró en nada que fueran juegos bruscos. Naturalmente, el tío se puso de mi parte y le echó la culpa de todo a mi ansiedad; ahora se había convertido en uno de mis favoritos, y algunas veces incluso le permitía palmearme la mano o acariciarme la rodilla. Nunca le toleraba otras familiaridades pero me llamaba su «pequeña Lizzie», y una vez se tomó la libertad de dirigirse a mí como su «querida chica».

—No soy tu querida, tío, y tampoco soy tu chica.

—Ten corazón, Lizzie. No te hagas la inocente conmigo.

—No me hago la inocente. Lo soy de verdad.

—Si tú lo dices, Lizzie, si tú lo dices.

El tío no vivía de alquiler sino que se había comprado una bonita casa nueva en Brixton; Dan, yo, con uno o dos más, íbamos allí de vez en cuando a tomar el té. Cómo nos divertíamos. Dan fingía estar muy impresionado con las muestras de riqueza del tío. Señalaba una tetera de plata o algún precioso mueble de ébano y nos preguntaba, en jerga cockney: «¿No te deja patidifuso?». Después Pat «Palique» Patterson, continuaba la broma con algún comentario sobre las cortinas de terciopelo, el reloj dorado, las flores de papel y todo lo demás. El tío se reía a mandíbula batiente cuando nos burlábamos de sus pertenencias pero, como no tardaría

en descubrir, se reservaba las cosas más escogidas.

Un día fui a su casa a tomar el té, unas pocas horas antes de una representación, cuando me di cuenta de que era la única invitada.

—Mi queridísima sobrina, pasa a mi salita.

—¿No es eso una nana infantil, tío?

—Puede ser, Lizzie, puede ser. Pero, de todas maneras, entra. —Pronunció la última palabra con una voz profunda y sonora como un *lion comique*—. Siéntate y descansa los pinreles.

Me atiborró de té y sándwiches de pepino (nunca he podido resistirme a un buen trozo de pepino) y entonces, totalmente de improviso, me preguntó si me gustaría saber un secreto.

—Me encantan los misterios, tío. ¿Es sorprendente?

—Creo que lo es, querida. Sube conmigo un momento y ya veremos. —Así que lo seguí hasta el ático—. Éste es mi cuarto oscuro —susurró, dando unos golpecitos en una puerta—. ¡Y aquí está la sorpresa!

Abrió la puerta, y apenas tuve tiempo de fijarme en la extraordinaria expresión de su rostro antes de que me hiciera pasar a lo que me pareció una oficina: había un escritorio y una silla en un rincón pero lo realmente insólito era la cámara fotográfica con su trípode y la tela colocada en el centro de la habitación.

Era un hombre tan encantador que me lo imaginaba pintando acuarelas, o cosas por el estilo.

—¿Para qué necesitas esto, tío?

—Ése es el secreto, Lizzie. —Olí el alcohol en su aliento, ahora que lo tenía cerca, y supuse que había estado tomando algo más con el té—. ¿Puedo confiar en que no dirás nada? —Asentí y me pasé la mano sobre la boca como la vieja sirvienta en *El gran incendio de Londres*—. Éstas son algunas de mis chicas. Aquí están. —Se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó unos papeles. Al menos parecían papeles pero, cuando me los alcanzó, vi que eran fotos: fotografías de mujeres, medio desnudas o totalmente desnudas, con látigos y bastones en las manos—. ¿Qué te parecen, Lizzie? —me preguntó ansioso. Yo estaba demasiado sorprendida para decir nada—. Es mi diversión, Lizzie. Lo comprendes. Me gusta recibir una buena paliza de vez en cuando, como a todo el mundo.

—La conozco. —Levanté una de las fotos—. Es la chica que hacía de ayudante del gran Bolini. La que serruchaba por la mitad.

—Ésa es, cariño. ¡Qué actriz! —Desde luego, me sentía horrorizada por el sucio secretillo del tío, pero estaba decidida a no demostrarlo. Creo que incluso sonreí—. Sabes, querida, quiero pedirte un favor. —Meneé la cabeza, pero él prefirió no darse por enterado y se acercó a la cámara—. ¿Me complacerías con una pose plástica, Lizzie? ¿Sólo un cuadro?

—Antes preferiría que me mataran —respondí, repitiendo inconscientemente una frase de *La tripulación fantasma*—. Es repugnante.

—Vamos, querida. No hace falta que me vengas con historias.

—¿A qué te refieres?

—Cariño, el tío lo sabe todo sobre la preciosa Lambeth Marsh Lizzie. —Supongo que debió sorprenderme, porque noté que me ruborizaba—. Así es. Te he seguido, querida, cuando te vistes de hombre y sales de ronda por Limehouse. ¿Prefieres ser un hombre, Lizzie, y atraer a las mujeres?

—A ti no te importa lo que a mí me guste.

—Perdona, querida. También está el asunto del pequeño Victor.

—¿Qué tontería es esa?

—Os vi a los dos en la cantina aquella noche. Le atizaste una buena patada, ¿no es así, Lizzie? Precisamente fue la noche en que se cayó por un tramo de escaleras y se partió la crisma. ¿No me dirás que no lo recuerdas, Lizzie? Parecías realmente desconsolada.

—No tengo nada que decirte, tío.

—No tienes que decir nada, cariño.

¿Qué podía hacer? Algunas personas de mentes retorcidas podían escuchar sus historias sobre mí, y yo no era más que una actriz indefensa. La mitad de los hombres y las mujeres de Londres ya me tenían señalada como a una pelandusca, y el resto estaría feliz de creer lo peor. Era por el bien de mis intereses que mantuviera contento al tío. Así, todos los domingos por la tarde, cogía un simón hasta Brixton y en la habitación del ático le propinaba una buena paliza a ese hombre detestable; admito que a veces era un poco dura con él, pero no parecía importarle. En realidad, cada vez que le hacía sangrar gritaba: «¡Sigue! ¡Sigue!» hasta que acababa rendida. Ése era el inconveniente de mi naturaleza, porque siempre lo hago todo al máximo de mi habilidad. Soy una profesional. Pero no creo que el corazón del tío

estuviera para muchos trotes: empinaba mucho el codo y, como era un hombre muy pesado, estaba condenado a resentirse por el esfuerzo.

Unos tres meses después de convencerme para que blandiera el látigo, comenzó a tener palpitaciones. Lo recuerdo muy bien: vino a ver los ensayos de *El carnicero loco o ¿qué hay en esta salchicha?* cuando de pronto se cayó contra el decorado. Sudaba y temblaba tanto que le dije a Dan que llamara a un médico pero, cuando llegó, ya era demasiado tarde. El tío se había marchado en busca de su recompensa, pero yo tuve la satisfacción de saber que la última palabra que pronunció fue mi nombre.

XXXII

SR. GREATOREX: Así que ésta es Elizabeth Cree. Se presenta aquí, y de acuerdo con el relato que ustedes acaban de tener el placer de escuchar, como una mujer injustamente difamada, víctima de los rumores más crueles. Ella es una esposa ejemplar acusada de un terrible asesinato únicamente por pruebas circunstanciales y cotilleos mal intencionados. Se les ha dicho a ustedes que su infortunado marido, John Cree, se destruyó a sí mismo con la ingestión de arsénico en polvo. ¿Por qué escogió voluntariamente una muerte tan dolorosa y prolongada? Al parecer era un católico romano que, de acuerdo con su esposa, estaba tan afligido por una morbosa piedad que se creía amenazado por Dios y vigilado por los demonios. El suicidio era su liberación, aunque quizá les resulte un tanto extraño que decidiera entregarse voluntariamente a esos mismos demonios por toda la eternidad.

»Pero dejemos a un lado por un momento las reflexiones religiosas, y contemplemos los hechos. Elizabeth Cree fue a una droguería de Great Titchfield Street unos días antes de la muerte de su marido. "Por causa de las ratas", dice, aunque la criada de la casa, Aveline Mortimer, ha declarado en su testimonio que la casa construida recientemente en New Cross no alberga roedores. A continuación encuentran a su marido envenenado con arsénico. El médico forense ha manifestado que la víctima debió ingerirlo durante al menos una semana antes de su desgraciado fallecimiento. Quizás a ustedes esta circunstancia les parecerá rara en el suicidio de un hombre desesperado. Además, tenemos la prueba de la dosis fatal, la noche del 26 de octubre del año pasado, cuando según el testimonio de la criada oyó a John Cree gritarle a su esposa: "¡Demonio! ¡Eres tú!". Al cabo de unos minutos, mientras él yacía sobre la alfombra de su dormitorio, la señora Cree salió a la calle gritando: "John se ha destruido a sí mismo" o algo parecido. Tal vez

les resulte insólito que ella ya supiera que ésta era la intención y la acción de su marido, más peculiar incluso es que comprendiera que su marido estuviera agonizando a consecuencia de la ingestión de arsénico sin haberle examinado, pero, en cualquier caso, no fue hasta unos minutos más tarde cuando ella consiguió los servicios del doctor Moore. Fue él quien declaró muerto a John Cree, momento en el cual la señora Cree cayó desvanecida en los brazos de la criada.

»Consideremos ahora al señor Cree. Su esposa les ha informado a ustedes que se trataba de un papista morboso, pero ningún otro testigo ha declarado nada al respecto. En otras palabras, se espera de nosotros que confiemos única y exclusivamente en el testimonio de la señora Cree para explicar el suicidio de su marido. La criada, que vive en la misma casa desde hace algunos años, ha negado cada una de las alegaciones de la señora Cree. Por el contrario, nos dice que el señor Cree era un patrón bondadoso y liberal que en ningún momento dio muestras de estar dominado por una obsesión religiosa. Una vez por semana asistía con su esposa a los oficios en la iglesia católica de Santa María de los Pesares en New Cross, pero esto lo hacía urgido por su esposa; según la criada, la señora Cree tenía grandes deseos de aparecer como un mujer respetable. A la vista de que el temperamento y el estado mental del señor Cree son muy importantes en este caso (en realidad es el único argumento de la defensa de la acusada), sería apropiado considerar la vida y el carácter del difunto con un poco más de detalle. Su padre era calcetero en Lancaster, pero él llegó a Londres a principios de 1860 para buscar fortuna como escritor. Al parecer, deseaba ser dramaturgo, así que se sintió inclinado naturalmente hacia el mundo del teatro. Encontró empleo como reportero en *The Era*, un periódico dedicado al mundo del espectáculo, y fue en el ejercicio de su profesión cuando conoció y, a su tiempo, se casó con la mujer que ahora ocupa el banquillo de los acusados. Algún tiempo después de la boda, el padre de John Cree falleció a consecuencia de unas fiebres intestinales, y su único hijo entró en posesión de una gran fortuna. Por supuesto, ésta es la fortuna que ha heredado su esposa. Él dejó su empleo en *The Era* y a partir de aquel momento dedicó su vida a intereses literarios de mayor enjundia. Frecuentaba la sala de lectura del Museo Británico, como ustedes

han escuchado, y continuó escribiendo su drama. También sabemos, por las notas encontradas en su posesión, que llevaba un registro sobre los pobres de Londres. ¿Es ésta la clase de hombre que sucumbiría a locuras religiosas, como ha declarado su esposa? ¿O quizá John Cree era un malvado tirano doméstico, un Barbazul, que la obligaba a llevar una existencia desgraciada? No es este el caso. Según todos los relatos, era un hombre discreto y cortés que no tenía ningún motivo para matarse, y contra quien su esposa no tenía ninguna razón de queja razonable. No era, para utilizar una analogía moderna, el golem de Limehouse.

XXXIII

26 de septiembre de 1880

Mi querida esposa disfrutó tanto con la pantomima que anoche, mientras volvíamos a casa en el simón, cantó la canción con la que Dan y ella cerraban la función en los viejos tiempos. En cuanto entró en casa, cogió la mano de la criada y le contó toda la obra sin olvidar detalle. «Y entonces Dan dijo: "Voy a salir y después volveré a entrar, sólo para sepas que estoy aquí". ¿Te acuerdas, Aveline?». Mi esposa incluso imitó la voz ronca de la hermana Anne. Subí a mi despacho para resolver una discusión que estaba manteniendo conmigo mismo. Creía recordar un ensayo de la pantomima de Thomas De Quincey, pero no conseguía acordarme del nombre. ¿Era algo así como *Risas y gritos* o *El truco de los gritos*? Sólo recordaba que era un título magnífico, pero se me escapaba el título exacto. Así que repasé las obras del gran escritor y, por una curiosa coincidencia, lo encontré en el mismo volumen que mi otro ensayo favorito, *Sobre el asesinato como una de las bellas artes*. El título correcto era *Risas, gritos y discursos* y descubrí que incluso había marcado un pasaje en el margen, donde la pantomima aparece descrita como «el apócope de diversión, antojos, travesuras y atrocidades, o sea las divertidas atrocidades o crímenes que nos deleitan». ¡Qué hermosa frase: crímenes que nos deleitan! Desde luego explicaba a la perfección el interés popular en mis obras representadas en las calles de Londres. Ya me veía a mí mismo apareciendo delante de la próxima prostituta con el mazo en alto al grito de: «¡Aquí estamos otra vez!» con el tono de entusiasmo apropiado. Incluso podría disfrazarme antes de rajarlas. ¡Qué vida más maravillosa! Desde luego, al público le encanta. ¿No fue Edmund Burke, en su interesantísimo ensayo sobre lo sublime y lo

hermoso quien explicó cómo las grandes sensaciones estéticas provienen de la experiencia del terror y el peligro? El horror es lo verdaderamente sublime. La clase baja e incluso la clase media proclaman sentirse asqueadas o asustadas por mi extraordinaria carrera pero, en secreto, les encanta y admiran cada una de mis representaciones. Todos los periódicos del país han comentado con reverencia mis grandes actos, y algunas veces los han exagerado con el propósito de satisfacer el gusto del público; en cierta manera se han convertido en mis suplentes, que observan cada movimiento y se aprenden cada línea. Una vez trabajé en *The Era*, y sé muy bien lo absurdamente crédulos que pueden llegar a ser los reporteros; sin ninguna duda, ahora creen en el golem de Limehouse con el mismo fervor que todos los demás, y aceptan voluntariamente que alguna criatura sobrenatural se ceba en los vivos. Es como si algo parecido a la mitología hubiera vuelto a Londres, si es que alguna vez la abandonó. Interrogue con mucho cuidado a cualquier ciudadano de Londres, y descubrirá los restos de un asustado palurdo medieval.

Alquilé un simón hasta Aldgate, y luego di un paseo hasta Ratcliffe Highway; un agente custodiaba la casa de los bellamente asesinados, y una pequeña multitud se reunía en la acera sin otro propósito que mirar embobados o cotillear. Me uní a ello, y me llenó de deleite escuchar las muestras de su gran respeto y admiración.

—Lo hizo sin que se oyera ni un solo ruido —dijo uno—. Les rajó las gargantas antes de que se dieran cuenta. —Esto no era del todo cierto, porque la esposa y los niños me habían visto en las escaleras, pero, en cualquier caso, es el concepto lo que cuenta.

—Debe de ser invisible —le susurró una mujer a su vecina—. Nadie lo vio entrar o salir.

Quise darle las gracias por el halagador comentario pero, desde luego, estaba obligado a ser invisible entre ellos.

—Dígame —le pregunté a un tipo con una pinta bastante extraña que llevaba un pañuelo rojo anudado a la cabeza—, ¿había mucha sangre?

—Cubos de sangre. Se pasaron todo el día fregándola.

—¿Qué ha pasado con las pobres víctimas? ¿Qué será de ellas?

—Irán a parar al cementerio de Wellclose Square. La misma tumba para todos. —Abrió los ojos desmesuradamente mientras me

suministraba una información muy interesante—. Y le diré lo que le pasará al golem cuando lo encuentren.

—Si lo encuentran.

—Lo enterrarán en los cuatro caminos. Con una estaca de madera clavada en el corazón.

Sonaba casi como una crucifixión, pero sabía que era la vieja condena para los crímenes extravagantes, y resultaba mucho más benévola que dejarte encadenado en la orilla del río, para que las mareas te pudrieran el cuerpo. El infinito Londres siempre me atendería en mi aflicción.

Regresé a New Cross y escuché a mi esposa interpretar al piano una nueva canción de Charles Dibdin.

XXXIV

Los policías que fueron a entrevistar a Dan Leno por el tema del asesinato de la familia Gerrard en Ratcliffe Highway, sólo unas horas después de que John Cree hubiera consultado el ensayo de Thomas De Quincey sobre la pantomima, encontraron por casualidad un ejemplar de *El asesinato considerado como una de las bellas artes* del mencionado autor en la sala del gran comediante. Pero Leno no estaba interesado en ningún tipo de muerte (de hecho el tema le producía mucho miedo) y la presencia de este libro en su casa obedecía a una explicación mucho menos creíble: era el resultado de su pasión por Joseph Grimaldi, el más famoso payaso del siglo XVIII.

La historia de la pantomima era el estudio favorito de Leno desde que se había hecho un nombre en el *music hall*: era como si «El hombre más divertido del mundo» deseara comprender las condiciones que, hasta cierto punto, lo habían creado. Coleccionaba viejos carteles además de otras piezas, como el disfraz de arlequín de *El triunfo de la burla* y la varita de *El círculo mágico*. Por supuesto sabía quien era Grimaldi desde el principio: cuarenta años después de su muerte continuaba siendo el más famoso de todos los payasos, y uno de los primeros recuerdos teatrales que compró Leno fue una litografía a color de «El señor Grimaldi es el payaso en la nueva y popular pantomima de *Mamá Gansa*». Había sido «la criatura más maravillosa de su época», según uno de sus contemporáneos, porque «había tanta “mente” en todo lo que hacía». La frase había calado muy hondo en Leno cuando la leyó por vez primera, porque parecía resumir su propia interpretación; también para él, se trataba de una cuestión de «pensar a fondo» (como acostumbraba a explicarlo) todo el personaje. No era bastante con vestirse como la hermana Anne o Mamá Gansa; era

necesario convertirse en el personaje. También le encantaba la famosa historia de la visita de Grimaldi a un médico mientras actuaba en Manchester: ya le dominaba el agotamiento nervioso que acabaría por destruirle. El doctor miró el rostro del pobre hombre y dio su veredicto: «Sólo hay una cosa que puede curarle —le dijo—. Vaya a ver el espectáculo de Grimaldi, el payaso».

Pero Dan Leno no había sabido mucho más de su famoso predecesor hasta unas pocas semanas antes cuando, por consejo de Estadisticón, «el hombre memoria», visitó la biblioteca del Museo Británico. Allí, en los catálogos, bajo la gran cúpula, descubrió *Las memorias de Joseph Grimaldi*, editadas por «Boz». Leno no era un hombre educado, pero si leído —siempre decía que su escuela había sido un baúl de viaje— y sabía muy bien que «Boz» era el difunto Charles Dickens. Esto le provocó un gran placer añadido, porque siempre había admirado los retratos de la gente de teatro realizados por Dickens en *Nicholas Nickleby* y *Tiempos difíciles*; incluso llegó a conocer al gran novelista: cuando actuaba en el Tivoli de Wellington Street y Dickens se había presentado en los camerinos para felicitarle por su actuación. Dickens siempre fue un gran aficionado al *music hall* y había visto en Leno alguna vivida imagen de su propia infancia desesperada.

Leno, como no podía ser de otra manera, pidió inmediatamente las memorias y pasó el resto del día dedicado a leer las aventuras de Grimaldi. Vino al mundo desnudo y berreando un 18 de diciembre, dos días antes del fecha de nacimiento del propio Leno; si ambos habían nacido alumbrados por una estrella afortunada o desgraciada era algo todavía incierto. Descubrió que Grimaldi había nacido en Stanhope Street, Clare Market, en 1779, y que actuó por primera vez en un escenario tres años más tarde; Clare Market no quedaba muy lejos del lugar de nacimiento de Leno y él también comenzó a trabajar a los tres años. Por lo tanto, aquí había un espíritu afín. Con creciente entusiasmo y excitación, anotó los detalles del atuendo característico de Grimaldi que era de seda blanca con parches y rayas de diversos colores; Grimaldi, que casi siempre permanecía mudo en el escenario, señalaba el color que simbolizaba su estado de ánimo. Leno copió los detalles de toda una escena entre Curda, el payaso bebedor, y Buche, el payaso tragón; luego transcribió la letra de la canción más famosa y popular,

Bacalao caliente, e incluso llegó al extremo de memorizar algunas frases del último discurso del payaso a los espectadores de Londres: «Han pasado cuatro años desde que salté mi último salto, robé mi última ostra y comí mi última salchicha. No soy un hombre tan rico como era entonces porque, como ustedes quizá recuerden, solía tener un pollo en un bolsillo y la salsa para acompañarlo en el otro. Cuarenta y ocho años han pasado por encima de mi cabeza, y me estoy hundiendo deprisa. Ahora me cuesta más trabajo aguantarme sobre las piernas que lo que me costaba aguantarme sobre la cabeza. Así que esta noche me ven vestir mi traje multicolor por última vez: parecía pegarse a mi piel cuando me lo quité hace sólo unos momentos, y los cascabeles de mi viejo gorro sonaron fúnebremente mientras los abandonaba para siempre. Finalmente he saltado más de lo que debía, damas y caballeros, y ahora debo apresurarme a decirles adiós. ¡Adiós! ¡Adiós!». En ese momento, como Dickens consigna en una nota al pie, tuvieron que ayudarle a salir del escenario. Dan Leno consideró que era un discurso maravilloso y, debajo de la cúpula de la sala de lectura, lo recitó una y otra vez hasta que se lo aprendió de corrido. Y mientras las susurraba, pensó en los pobres desamparados que rondaban por las calles de la ciudad, en los niños sin cama y las familias sin hogar; de alguna manera, Grimaldi, en sus últimos días había parecido representarlos y consolarlos. También recordó el discurso, cuando él mismo agonizaba; entonces Dan Leno lo recitó, palabra por palabra, mientras aquellos que rodeaban su lecho de muerte creían que deliraba.

Sin embargo, durante el transcurso de aquel día de primavera de 1880, sólo veía la luz y la gloria del genio de Grimaldi. Prestó una particular atención a la sugerencia de Dickens de que «su payaso era una encarnación de sí mismo», porque creía que el novelista había acertado con una característica que él también poseía; y cuando leyó la descripción de Dickens del «divertidísimo, gesticulante e irresistible payaso», comprendió, sin ninguna arrogancia o presunción, que él había heredado el espíritu de Grimaldi. Ya fuera por la extraña coincidencia de las fechas de nacimiento, el propio ambiente de Londres del cual ambos procedían y donde ambos vivían, no podía haber ninguna duda de que Grimaldi y Leno eran extraordinariamente parecidos en su

comedia y en su presencia escénica. Desde luego, Grimaldi a menudo era un Arlequín y Leno a menudo una Dama (aunque Grimaldi algunas veces se había vestido de mujer, con gran éxito en su interpretación de la baronesa Pompsini en *Arlequín y Cenicienta*), pero los personajes y las disposiciones eran muy parecidas. Surgían de la misma tierra, y Leno, al salir del Museo Británico, en aquella cálida tarde londinense, decidió acercarse hasta Clare Market donde había nacido Grimaldi.

Seguía siendo la misma miserable, enloquecida y siniestra confusión de tiendas, callejones, viviendas y tabernas que siempre había sido (sin embargo, veinte años más tarde sería barrida por las «mejoras» y la construcción de Kingsway; en el año de la muerte de Grimaldi, Dickens había descrito el barrio en *Los papeles de Pickwick como* uno de «los pésimamente iluminados y peor ventilados», donde «las calles apestaban como cloacas»). Leno llegó a Stanhope Street e intentó adivinar en cuál de aquellas casas había nacido Grimaldi; pero el estado de todas era ruinoso y el gran payaso podía haber salido de cualquiera de ellas.

—Buenas noches, señor Leno.

—Buenas noches. —Se volvió mientras respondía al saludo y se encontró con un joven desharrapado que le miraba desde uno de los soportales.

—No creo que me recuerde, señor.

—No. Tendrá que perdonarme, pero mentiría si dijera lo contrario.

El hombre, que no podía tener más de veintidós o veintitrés años, mostraba en su rostro una expresión tan salvaje y desesperada que asustó a Leno; conocía sobradamente bien los efectos del alcohol sobre la mente.

—Ya me lo parecía, señor. Formaba parte del grupo que trabajó en *Mamá Gansa* en el Lane hace tres años, señor. Yo era quien le dada el sombrero y el manguito.

—Recuerdo que me los daba muy bien. —Leno echó una ojeada en la penumbra de la pequeña calle.

—Mucha gente del teatro vive aquí, señor Leno. Está muy cerca del Lane y de los *music halls* más pequeños. —Salió de las sombras del soportal—. Si lo recuerda, señor, nunca llegué a destiempo con el bastón y el manguito.

—Claro que sí. Siempre lo entregaba en el momento preciso.

—Pero desde entonces he tenido muchos problemas, señor. Nuestra profesión puede ser muy dura.

—Ah, eso es muy cierto.

La chaqueta y la camisa del joven estaban raídas, y tenía el aspecto de alguien que no ha comido en un par de días.

—Sí, señor. Estaba de gira con *El novato* cuando me mordieron gravemente en Margate.

—Hay que tener mucho cuidado con las caseras. Algunas son muy despreocupadas con sus dientes.

—No, señor. Fue un perro de verdad. Me mordió en la muñeca y en el tobillo.

Leno experimentó de pronto tanta piedad y simpatía por el joven que lo hubiera abrazado allí mismo, en la misma calle donde una vez viviera Grimaldi.

—¿La muñeca y el tobillo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Se rascaba la pierna?

—Intenté separar a dos perros que se peleaban. Estuve tres meses ingresado en un hospital y, cuando salí, le habían dado mi papel a otro. Llevo sin trabajar desde entonces.

Dan Leno sacó del bolsillo un soberano y se lo dio al joven.

—Esto es por el tiempo perdido en *El novato*. Considérelo como algo que le viene de la profesión. —El hombre pareció estar a punto de echarse a llorar así que se apresuró a añadir—: ¿Sabía usted que el gran Grimaldi nació por aquí?

—Sí, señor. Vivía en las mismas habitaciones que tengo ahora. Estaba a punto de decírselo, señor, porque adiviné que ése era el motivo de su presencia.

—¿Puedo verlas? ¿Sólo por un momento?

—Puede subir y será bienvenido, señor. Haber tenido a Grimaldi o Leno bajo el mismo techo… —Leno siguió al joven por las sucias y destartaladas escaleras hasta el segundo piso—. Carecemos de comodidades, así que tendrá que perdonarnos las circunstancias.

—No se preocupe. Conozco muy bien lo que es la vida. —Entró en una pequeña habitación de techo bajo y, en el acto, se fijo en una mujer embarazada que yacía en silencio sobre un jergón.

—Mi esposa, señor, está a punto de dar a luz. Por favor, perdónela si no se levanta. El señor Leno, Mary, que ha venido a

visitarnos.

La mujer volvió la cabeza e intentó levantarse. Dan Leno se acercó rápidamente y le tocó la frente; ardía por culpa de la fiebre, y Leno miró al marido, alarmado.

—El doctor le ha dado un remedio —explicó el joven en voz baja como si estuviera otra vez a punto de llorar—. Dice que la fiebre es algo natural en esta etapa.

Leno, con la rapidez de pensamiento y percepción que le había hecho destacar en el escenario, decidió que era el momento de actuar.

—¿Sería una ofensa para usted si llamo a mi médico para que la visite? Prácticamente está a la vuelta de la esquina, y tiene experiencia en cuestiones de parto.

—Por favor, señor, llámelo si cree que puede ayudarla.

Finalmente, Leno miró el resto de la habitación donde, para su sorpresa, vio algunos viejos carteles y partituras pegadas en las paredes.

—Son mis recuerdos favoritos —manifestó el joven—. Nunca he sido capaz de tirarlos.

Había fotos de Walter Laburnum, Brown el Trágico y el Gran Mackney; incluso mientras la mujer en el jergón soltaba un gemido, Leno se fijó en las partituras de *El billete del hombre que parte* y *Verduras con panceta*.

—Éste es un recuerdo del mismísimo Grimaldi.

El hombre le mostró a Leno un cartel en un rincón del cuarto que anunciaba con grandes letras negras que LA FUNCIÓN DE DESPEDIDA DEL SEÑOR GRIMALDI TENDRÁ LUGAR EL VIERNES, 27 DE JUNIO DE 1828, CON *UN POPURRÍ MUSICAL* SEGUIDO POR *EL HIJO ADOPTADO* Y CONCLUIRÁ CON *LA BURLA DE ARLEQUÍN*.

Leno se acercó y tocó el cartel con el dedo: ésta debió ser la ocasión cuando Grimaldi anunció que «cuarenta y ocho años han pasado por encima de mi cabeza, y me estoy hundiendo deprisa». Pero, junto a este cartel, había otro que le asombró. La impresión era burda, el papel ya tenía un color amarillento y anunciaba: TODAVÍA EL CAMPEÓN DE LOS CAMPEONES, DAN LENO, EL COMEDIANTE VOCALISTA Y EL CAMPEÓN MUNDIAL DE LOS ZAPATEADORES. SÓLO UNA SEMANA.

—Esto fue en Coventry —comentó—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé, señor. Lo encontré en la pared de una trapería, si me perdona la expresión, en Old Kent Road. Me lo quedé de inmediato.

De esta manera, al menos en la pequeña habitación, Joseph Grimaldi y Dan Leno se unieron formalmente. Volvió a mirar a la joven que sufría en el angosto jergón, y vio más arriba de su cabeza la partitura de *Ella nunca se quejó excepto cuando nos casamos*.

—Tengo que dejarle. Debo ir a buscar al médico sin demora. —Discreta y amablemente dejó otro soberano sobre una pequeña mesa antes de seguir al joven fuera de la habitación—. Por favor, puede darme su nombre y la dirección —preguntó cuando salieron a la calle—. El médico los necesitará.

—Chaplin, señor. Harry Chaplin. Aquí nos conoce todo el mundo.

—Es un buen nombre teatral. —Apoyó la mano por un segundo en el hombro del joven—. No se preocupe, mi médico vendrá a ver a la señora Chaplin. Una vez más, adiós.

Leno abandonó Clare Market y, de camino a su hogar en Clerkenwell, dejó un mensaje urgente sobre la señora Chaplin en casa del médico en Doughty Street; se podría decir, en realidad, que consiguió salvar la vida de un niño antes de nacer.

A partir de aquel día, obsesionado con Grimaldi se convirtió en un asiduo de la sala de lectura del Museo Británico. Leía todo lo que encontraba referente al personaje, y hacía muy poco que se había cruzado con el ensayo sobre la pantomima de De Quincey donde Grimaldi aparece descrito como «el epítome del grito sin palabras». Leyó el ensayo hasta el final, sentado cómodamente en la sala, y sólo cuando llegó a la última página apagó la luz y subió las escaleras para irse a la cama. Por eso, a la mañana siguiente, el libro sobre la mesa junto al sillón estaba abierto en la página donde comenzaba el siguiente ensayo de De Quincey; era el titulado: *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, como comprobó el detective inspector Kildare cuando llegó para interrogar al hombre más divertido de la tierra.

Había muy buenas razones para la visita del policía aunque, como no podía ser de otra manera, también sentía curiosidad por conocer al gran Dan Leno. Se le hizo pasar al salón que la esposa de Leno había llenado con frutas y flores de cera, relojes dorados en campanas de cristal y almohadones con gruesos bordados. Kildare

entró en la sala y de inmediato tropezó con el borde de una alfombra.

—Eso le pasa a todo el mundo. —Era la característica voz de Leno pero cuando el inspector se volvió, casi convencido de que le saludaría una estrafalaria criatura embadurnada con el espeso maquillaje teatral, sólo vio a un pequeño hombre pulcro y bien vestido que le tendió la mano en señal de bienvenida—. La señora Leno es una fanática de las alfombras.

Era la semana siguiente al asesinato de la familia Gerrard en Ratcliffe Highway, y Dan Leno esperaba la visita; el señor Gerrard había sido su «sastre» en el Canterbury y en varios *music halls* más antes de dedicarse a la venta de ropa usada, y Leno conservó la relación desde entonces. Sin embargo, otros curiosos factores vinculaban a Leno con los asesinatos cometidos por el golem de Limehouse. Jane Quigg, la primera víctima cuyo cuerpo fue hallado en los escalones de piedra de Limehouse Reach, le había dicho a una amiga que «iba a ver a Leno» en su nueva pantomima y se había vanagloriado —falsamente, como se demostró después— de que «lo conocía». La siguiente vinculación resultaba todavía más peculiar: Alice Stanton, la prostituta asesinada junto a la pirámide blanca de la iglesia de Santa Ana, en Limehouse, vestía ropas de montar femeninas con una pequeña etiqueta de lino cosida en la parte interior del cuello con el nombre de SEÑOR LENO. A los investigadores de la división H se les ocurrió que quizás el golem de Limehouse intentaba matar a Dan Leno, y que se estaba acercando a su objetivo a través de estas sustitutas, pero la posibilidad no tardó en descartarse por ser demasiado fantasiosa. La verdadera explicación se reveló, como ya hemos visto, cuando la policía descubrió que Alice Stanton solía comprar ropa de segunda mano en la tienda de Gerrard, quien a su vez la recibía como «descartes» de su antiguo empleador. Así fue como Alice murió vestida con las prendas de la amazona que montaba a *Ted*, «el penco que no camina», en *Humpty Dumpty*.

—Ésta es una historia muy interesante, señor. —Kildare ya se había fijado en que el libro estaba abierto en la primera página de *El asesinato considerado como una de las bellas artes*.

Leno recogió el libro, y le echó una ojeada.

—Todavía no he llegado a ese ensayo. ¿Tiene para usted algún

interés especial?

Miró a Kildare con atención y, por un momento, pensó que había algo extraño en el inspector.

—Tiene algo que ver con el asesinato de los Marr, señor. Por alguna curiosa coincidencia, los asesinatos se cometieron en la misma casa donde…

—¿Los Gerrard? —Leno miró la primera página del ensayo con expresión de auténtico espanto—. Qué cosa más terrible. —Pasó las páginas y leyó, rápidamente, que «… el propósito final del asesinato es precisamente el mismo que el de la tragedia»—. Esto parece alguna de esas cosas griegas. Las Furias o como se llamen.

—No se trata de Grecia, señor, sino de Londres. Aquí también tenemos a nuestras Furias. —A Kildare le costaba trabajo creer que éste era el mismo hombre que llenaba de risas los teatros—. ¿Podría usted decirme cuáles eran sus vinculaciones con la familia Gerrard?

Leno le contó los detalles de su relación con su antiguo sastre, aunque todo el tiempo se mostró más interesado en averiguar por boca de Kildare los progresos de las investigaciones policiales.

—Dígame una cosa —preguntó después de completar su relato —. Los periódicos dicen que los mataron a todos, pero yo todavía conservo una débil esperanza de que quizás ustedes encontraron a uno de los niños…

—No, señor. Los asesinaron a todos. ¿Me permite que le hable confidencialmente?

—Desde luego. —Leno cogió al policía de un brazo, y le guió hasta una ventana con pesados cortinajes.

—Un miembro de la familia se salvó.

—¿Cuál de ellos?

—La hermana del señor Gerrard, señor. Estaba durmiendo en la habitación del ático cuando cometieron los asesinatos, pero no la encontraron hasta que se dio la voz de alarma. Tenía dolor de muelas y había tomado láudano.

—¿Así que no vio nada?

—Nada, al menos que ella sepa, pero siempre hay una posibilidad. Esta media loca del susto, y de momento, lo que dice no tiene mucho sentido para mí ni para nadie.

Kildare hacía esta visita a Clerkenwell no con la intención de interrogar a Leno o a su familia; ya sabía que el cómico se

encontraba actuando en el escenario del Oxford a la hora de la masacre de la familia Gerrard, y que también había estado actuando a la hora de cometerse los otros crímenes. Todo Londres sabía que Dan Leno hacía el circuito de los *music halls* seis noches a la semana. Pero Kildare acudió a visitar al observador más que al actor; era lo bastante sagaz para saber que Leno era Leno, un hombre que se fijaría en los tonos o detalles más insignificantes en sus encuentros con otras personas. Por ello ahora cambió el curso de la conversación.

—¿Recuerda si el señor Gerrard parecía nervioso, señor Leno?

—No, en absoluto. La última vez que nos vimos estaba ocupado con un nuevo lote de prendas, y sólo mantuvimos una amena conversación sin mayor trascendencia. —No mencionó el hecho de que había ensayado su nuevo número delante de toda la familia. Le pareció que era algo demasiado estrambótico para recordarlo ahora —. Frank Gerrard tenía un toque maravilloso para las telas.

—¿Tenía enemigos?

—No, al menos en el teatro. La gente de las *varietés* tienen sus celos y rivalidades, pero mucho de todo eso es pura farsa. En cualquier caso la mayoría de ellos beben demasiado como para recordar si tienen pendiente algún rencor. —Quizás aquí se estaba refiriendo a su propia reputación de ser una «cuba» o una «esponja». Cuando Leno bebía, lo hacía de una forma salvaje e incesante hasta que se despertaba a la mañana siguiente sin la más mínima preocupación. Sabía que, en sus borracheras, representaba a muchos de sus personajes más famosos, pero los elaboraba hasta extremos tan fantásticos y complicados que ni siquiera sus amigos más íntimos eran capaces de seguirle. Cuando se despertaba, en algún sillón ajeno o tumbado en un suelo desconocido, se sentía tan en paz consigo mismo que era como si hubiese realizado un exorcismo—. No —añadió—. Nunca hacíamos nada obsceno. Además, Frank era muy buen sastre. —Quitó una pelusa del hombro de la chaqueta de Kildare, y el policía abrió los ojos como platos durante un momento antes de recuperarse.

—Hay algo muy peculiar que quería comentarle, señor Leno. Se refiere al ensayo que estaba usted leyendo.

—Aún no lo he leído. Se lo dije.

—Sí, y le creo. No lo estoy acusando de nada en absoluto. Pero

lo extraño es que el asesino tuvo que haberlo leído antes de matar a su amigo. Hay demasiadas similitudes para que resulte algo natural.

—Entonces, ¿cree usted que se trata de un hombre educado?

—No hay ninguna duda de que lo es. Pero quizás es un actor que interpreta un papel.

—¿Con esta cosa terrible como libreto?

Kildare no respondió directamente, sino que se limitó a observar como Leno arrojaba el libro sobre la alfombra.

—Una vez tuve el placer de verle en la sátira de María Marten.

—Ah, sí. *El granero rojo*. Han pasado años.

—Efectivamente, pero todavía recuerdo cómo el asesino le rodeaba el cuello con las manos y casi lo estrangulaba. Después, él lo despanzurraba con una navaja, ¿verdad?

—No él, ella. En aquellos días todo era muy sanguinario.

—Precisamente ahí está la cuestión. Este asesino, el golem de Limehouse como lo llaman, parece estar actuando como si estuviera en unos de aquellos sanguinarios dramones de Old Kent Road. Todo es muy repugnante y teatral. Es algo curioso.

Leno reflexionó durante unos momentos sobre esta particular visión de los crímenes.

—Yo pensaba lo mismo hace un par de días. La mayor parte no parece real.

—Las muertes sí son reales.

—Sí pero, como usted dice, el ambiente que las rodea, los artículos en los periódicos, la multitud de espectadores, todo se parece a un teatro de variedades. ¿Entiende usted lo que quiero decir? —Los dos hombres permanecieron en silencio—. ¿Puedo ver a la mujer que sobrevivió? ¿Puedo visitar a la señorita Gerrard?

—No estoy muy seguro de la conveniencia.

—Permítame hablar con ella, inspector. Me conoce. Me ha visto en el escenario y, supongo, que confía en mí. Quizá yo pueda conseguir que me cuente algunos detalles que usted no conseguiría averiguar con sus métodos. La gente no tiene secretos para Dan Leno.

—De acuerdo, si es lo que desea. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

Decidida la cuestión, acordaron los detalles rápidamente y, a la mañana siguiente, Dan Leno fue llevado hasta una pensión de

Pentonville donde la policía había alojado en secreto a la señora Gerrard; se creía que quizás en algún momento podría identificar la voz o las pisadas del golem de Limehouse, y, por lo tanto, consideraban necesario protegerla de la ociosa atención de los reporteros.

—Bien, mi querida Peggy —dijo Leno en cuanto entró en la habitación—. Éste es un mal asunto.

—Muy malo por cierto, señor Leno.

—Dan.

Leno la observó mientras ella meneaba la cabeza lentamente de un lado a otro, como si no quisiera mirar un punto determinado durante demasiado tiempo. Era una mujer rolliza y de buena figura pero, a la luz mortecina que entraba por la ventana, parecía casi etérea.

—No hicieron ningún ruido, Dan, ninguno en absoluto. De lo contrario, habría bajado. Lo hubiera detenido. —Leno comprendió que no sería sencillo apartarla de sus recuerdos—. Los niños no tendrían que haber muerto, Dan. Tendría que haberme matado a mí, pero no a ellos. Los pobrecillos eran como criaturas en el bosque.

—«Perdido en el bosque oscuro y lúgubre, veo una figura que se acerca». —Se trataba de uno de los primeros papeles que había interpretado como la «maravilla infantil» y, mientras recitaba el verso, experimentó por un momento el terror de los niños Gerrard —. Ésa es la belleza de la pantomima, Peggy. Se cree sólo mientras se interpreta en ella. En la vida real las cosas son un poco más duras. Supongo que eso es lo que intentamos hacer en la pantomima. Suavizar un poco la dureza.

—Les hacías reír, lo sé. Pero ahora ya nada puede hacerme reír.

—No, no creo que nada pueda hacerte reír. En momentos así, Peggy, me faltan las palabras. Te lo juro.

—No tiene importancia, Dan.

—Sí que la tiene. Quería consolarte diciendo lo mucho que lo siento. Todo es tan absurdo. Tan carente de sentido. —No encontraba más que palabras de consuelo manidas y tímidas, mientras que en el escenario se hubiera embarcado en una larguísima y triste perorata antes de burlarse de su propia pena—. Todo irá bien. Ya verás como todo irá bien.

—No lo creo, Dan.

—No, yo tampoco lo creo. Pero el dolor pasará con el tiempo. —Se sentía inquieto y se ahogaba en la pequeña habitación, así que comenzó a caminar recorriendo el borde de la desteñida alfombra marrón—. ¿Sabes lo que haré? Te montaré una bonita tienda de ropas en algún lugar bien lejos de aquí. ¿La familia no provenía de Leeds?

—De Manchester.

—¿Qué podría ser mejor que un negocio en Manchester?

—No podría…

—Tú eres ahora su único familiar, Peggy. Se lo debes.

—Si lo pones de esa manera.

—Lo pongo de esa manera. Pero ahora lo que quiero es que duermas un poco. Estás agotada, Peggy. Ven aquí. ¿Eso es el dormitorio? —Leno tenía la costumbre de dar indicaciones, y era como si estuviese dirigiéndola en un ensayo. La mujer se levantó y fue hacia la puerta, pero luego se volvió como si no tuviera muy claro lo que debía hacer.

—¿Por qué crees que sucedió, Dan?

—No te lo puedo decir. Es demasiado profundo. —Era un extraño adjetivo para calificar un crimen tan brutal, pero en aquel momento recordaba las similitudes entre el asesinato de los Marr y la matanza de los Gerrard. Aquí había algún elemento ritual que, a pesar del horror, no dejaba de interesarle.

—Tiene que haber una razón para todo, Dan, ¿no te parece? —La mujer se rascó el cuello con la mano izquierda—. Soy incapaz de decir la palabra, pero todos hablan de esa… cosa.

—¿El golem? —Leno descartó el término, como quien aparta de un soplido una pompa de jabón—. Ésa no es más que la respuesta fácil. Lo divertido es que la gente le tiene menos miedo al golem que a una persona real.

—Pero la gente cree que existe. Es lo que he oído.

—Bah, la gente es capaz de creer cualquier cosa. Lo sé por experiencia propia. Tú sabes lo que digo siempre, ¿verdad? Ver es creer. —Una vez más se paseaba inquieto por la habitación—. No es algo descabellado suponer que tu hermano conociera al asesino. ¿Viste a alguien cerca del local, antes de que ocurriera todo esto?

—No estoy segura. Lo he repasado mil veces sin conseguir nada.

—Venga. Inténtalo otra vez.

—Estaba asomada a la ventana del ático para tomar un poco el aire cuando anochecía y me pareció ver una silueta delgada. ¿Me comprendes? Se lo expliqué al inspector, pero me dijo que buscaban a un hombre grande, de hombros anchos.

—Un tipo gigantón.

—Algo así. Pero lo único que vi fue un niño pequeño.

—Espera un momento. —La habilidad de Leno para interpretar gestos y movimientos se puso en marcha de inmediato, y pareció encogerse en una esquina de la habitación.

—Era algo así, Dan. Sólo que los hombros se movían un poco.

—¿Así?

—Eso se parece más.

—Es algo muy curioso, Peggy, pero me creas o no, creo que viste la silueta de una mujer en Ratcliffe Highway.

XXXV

Se produjo un largo silencio después de dictarse el veredicto en el caso de Elizabeth Cree. Ella comprendió entonces que el silencio la rodearía por el resto de su vida. La rodearía siempre. Podría gritar, pero no habría eco. Podría suplicar, pero obtendría ninguna respuesta. Si hubiera algo así como la piedad o el perdón, le habrían cortado la lengua. Éste era un silencio cargado de amenazas porque, un día, se la engulliría. Pero también quizás allí se podría conseguir algo parecido a la felicidad, pertenecer, finalmente, a la comunión del silencio.

La habían considerado culpable del asesinato de su marido, y la condenaron a morir ahorcada en el patio de la prisión donde estaba encarcelada. Comprendió desde el principio que no tardaría en ver el birrete negro del juez, y no demostró ningún sentimiento especial cuando él se lo puso en la cabeza; a ella le pareció que tenía el aspecto del bufón en una pantomima. No, era demasiado rubicundo y demasiado gordo. No servía más que para interpretar el papel de dama. La sacaron de la sala a través de un pasillo subterráneo, y de allí hasta la prisión de Camberwell en un carruaje cerrado. Incluso entonces no sintió ninguna necesidad de suspirar, gritar o rezar. Después de todo, ¿a qué dios le podía rezar? ¿Al que conocía la verdad sobre su vida y de la vida de su marido? Aquella noche, en la celda de los condenados, comenzó a cantar una de sus canciones favoritas: *Soy demasiado joven para saber*. La había cantado por última vez después del funeral del tío.

XXXVI

Nunca volvió a ser lo mismo entre Dan y yo después de que el tío nos abandonó para irse a la gran pantomima del cielo. Nunca se mostró grosero conmigo, pero sabía que me evitaba; supongo que sentía celos porque el tío me había dejado quinientas libras, junto con todo su equipo fotográfico, aunque nunca mencionó el tema. A veces pensaba que quizás él lo sabía todo sobre el sucio secreto del tío, y que tal vez sospechaba mi participación en el asunto, pero yo no podía hacer nada al respecto. Así que intentamos seguir como antes pero, de alguna manera, yo no estaba por la labor. Obtuve un gran éxito con una canción, una pegadiza tonada con el nombre de *La nostalgia del hogar de una muchacha irlandesa, o ¿dónde están ahora las patatas?*, aunque admito que no estaba con el ánimo adecuado. La muerte del tío debió afectarme más de lo que creía, y poco a poco me volví hacia John Cree en busca de compañía y consuelo. Desde luego, ya sabía que era un caballero; veía como destacaba entre los demás reporteros, y el tío me habló hacía tiempo de sus «expectativas».

—Ah, sí —respondí en el momento, muy inocentemente—. Me ha dicho que pretende escribir una obra teatral.

—No me refiero a eso, querida. Hablo de la guita, la pasta, el dinero. Cualquier día de estos estará forrado. Su padre es más rico que Aladino.

John Cree hacía tiempo que me dedicaba una atención especial, y debo admitir que las noticias del tío despertaron levemente mi curiosidad.

Luego sucedió que, un mes después del funeral, yo estaba sentada en el camerino del Walton con Diavolo, el gimnasta cojo, cuando apareció Cree.

—Vaya —exclamé—, acaba de llegar el *Era*. ¿Ha visto a Diavolo

en el alambre, señor Cree?

—No he tenido el placer.

—Es algo que no puede perderse. Sí, puede sentarse un momento con nosotros.

Acercó una silla y continuamos con los cotilleos, como es costumbre entre la gente del espectáculo, hasta que Diavolo decidió ir a tomar el aire; yo sabía que le encantaban los embutidos muy picantes y no tardaría mucho en estar remojando uno en una copa de oporto.

—Bueno, Lizzie —dijo John Cree después de marcharse Diavolo—, al parecer nos han dejado solos.

—¿Cuándo le ha dado permiso para llamarme Lizzie?

—En el segundo reservado del Blair Chop-House, el miércoles hará una semana.

—¡Vaya memoria! Tendría que actuar en el escenario, señor Cree.

—John.

—Entonces sea buen chico, John, y acompáñeme hasta la puerta. Esta noche hace calor.

—¿Seguimos a Diavolo?

—No. Conozco sus hábitos. Resultaría poco delicado.

—¿Aceptaría salir a dar un paseo? Hace una noche magnífica.

Así que salimos juntos del

Wilton's

y fuimos caminando hasta Wellclose Square. No era precisamente el mejor de los barrios, situado como estaba junto a Shadwell, pero por alguna razón me sentía bastante segura en su compañía.

—¿Qué tal va con *Encrucijada de miseria*? —le pregunté.

—Adelanta. Ya casi he completado el primer acto. Pero no acabo de decidir qué hacer con la heroína.

—Mátela.

—¿Lo dice en serio?

—No, no lo digo en serio. —Intenté reírme—. Lo lógico sería que se casara. La protagonista siempre se casa al final de la obra.

—¿De veras?

No le respondí, y caminamos hacia el río. Las casas estaban más espaciadas, y veía los mástiles de los barcos anclados en la dársena; por un momento, me recordó a Lambeth Marsh, donde los

pescadores dejaban las barcas en la ribera.

—No pierdo la esperanza —añadió finalmente— de que usted interprete al personaje cuando la acabe.

—¿Cómo se llama?

—Katherine. Katherine Dove. De momento está en la ruina y a punto de morirse de hambre, pero me pregunto si debo rescatarla en la siguiente escena.

—Déjela que se hunda.

—¿Por qué?

—John, algunas veces creo que usted sabe muy poco de teatro. A la gente le encanta ver la degradación humana en el escenario. —Hice una pausa—. Desde luego, la puede salvar en el último acto. Pero no antes de haber sufrido muchísimo.

—Vaya, Lizzie, no tenía idea de que fuera una dramaturga.

—Así es la vida. Nada más. Tan dura y oscura como la vida. —Le cogí del brazo para que me ayudara a cruzar un tramo de adoquines rotos, y se lo apreté suavemente para asegurarle que no pretendía ser tan seria como parecía.

—Creo que usted necesita alguien que la proteja de esta vida. Si es tan oscura como dice, entonces usted necesita un apuntador y un agente.

—El tío era todo eso y más para mí.

—Perdone que se lo recuerde, Lizzie, pero el tío está muerto.

—Siempre me queda Dan.

—Dan es un artista demasiado grande para sacrificarse por usted o cualquier otro.

—No me refería a ningún sacrificio.

—Pero eso es lo que usted necesita, Lizzie. Usted necesita alguien que le dedique una atención permanente.

Solté una de mis carcajadas de comedia ligera.

—¿Y dónde voy a encontrar a una criatura así? —Habíamos llegado a la orilla del río, y a lo lejos se veían las cúpulas, las torres y los techos arracimados—. Tendría que tener una escena en *Encrucijada de miseria* con un telón de fondo pintado con este panorama —dije para romper el silencio—. Produciría un efecto muy fuerte.

—Londres siempre aparece representado de esta manera. Me gustaría mostrar el interior de una habitación amueblada, o de un

bar. Allí es donde se encuentra la verdadera vida. —Todavía sujetaba mi brazo, y ahora puso su mano sobre la mía—. ¿Es mucho desear? ¿La verdadera vida?

—¿Qué es eso? Dígamelo.

—Creo que lo sabe, Lizzie.

—¿En serio? Quizá tendré que ayudarle con su drama, John, si mi propia vida está encuadrada en su obra.

—Eso sería maravilloso.

Desde la muerte del tío había soñado con abandonar el *music hall* y pasar a los escenarios de verdad. Con John Cree como mi escritor y mecenas, ¿había alguna razón para que no pudiera convertirme en otra señora Siddons o Fanny Kemble? Después de aquella noche, nos hicimos más íntimos, y juntos visitamos los viejos lugares melodramáticos que nos gustaban: el diorama en Leicester Square y la cascada artificial en Muswell Hill eran mis favoritos, mientras que él prefería los barrios pobres de la ciudad. Decía que le inspiraban; bueno, como yo siempre digo, en cuestión de gustos no hay nada escrito.

Como era de suponer, ya habían comenzado a murmurar sobre nosotros en el camerino, y una tarde le dije que no podíamos permitir que nos vieran continuamente juntos sin aclarar nuestra posición en el mundo. Aparentemente es lo que había estado esperando, o confiaba en que llegaría, y nos prometimos el último día de 1867. No veía la hora de convertirme a su religión —toda la gente de la farándula le tiene aprecio— y a la primavera siguiente nos casamos en una sencilla ceremonia que tuvo lugar en Nuestra Señora de las Rocas en Covent Garden. Dan Leno me llevó al altar, huérfana como era, mientras cuatro coristas hicieron de damas de honor; mis viejos compañeros estaban allí y el actor que hacía el número del esqueleto pronunció un bonito discurso en el banquete de boda. Le insistí a Dan para que dijera unas palabras pero, algo curioso en él, declinó la oferta. Sin embargo, sabía como pillarlo: le atiborré de ginebra y, después de unas cuantas copas, acabó haciendo un hermoso brindis:

—La he conocido durante mucho tiempo como Lizzie de Lambeth Marsh —dijo— y creo que nunca me acostumbraré a llamarla señora Cree. Nos conocimos en el viejo Craven hace tantos años que ya era hora que le creciera la barba. ¿Qué no ha hecho en

los escenarios? Saltimbanqui, bailarina y cantante. Ha sido instrumental con los instrumentistas, acróbata con los trapecistas e ilusoria con los ilusionistas. Pero ahora se despoja de los andrajos, recoge sus cosas y toma el simón para volver a casa por última vez…

Se tambaleaba un poco, así que le di unas palmaditas en la mano y le agradecí sus palabras. Levantó la copa, se la llevó a los labios, y entonces se desplomó sobre la mesa. Fue una ocasión gloriosa, y todavía más conmovedora porque estaba viendo a la mayoría de los actores por última vez. Era el final de mi segunda vida.

XXXVII

El Morning Advertiser *del 3 de octubre de 1880, publicó el siguiente artículo en primera página*:

Para beneficio del público imprimimos esta ilustración de un golem, tomada de un grabado en madera que posee el señor Every, el librero de Holborn. Por favor, tomen nota de su tamaño en relación con la víctima, y de sus resplandecientes ojos grandes como fanales. La leyenda al pie en letra gótica nos informa que la criatura está hecha de arcilla roja, pero en esto estamos en desacuerdo. La criatura que se ensaña con nuestros conciudadanos está hecho de algún material más sólido que la arcilla, porque sino ¿cómo podría haber destrozado de semejante manera los cuerpos de sus víctimas? Hemos discutido el tema con el doctor Paley del Museo Británico, quien ha estudiado con especial interés el viejo folclore europeo, y ha confirmado nuestras sospechas. No ve ninguna razón para que el golem no esté hecho de piedra, metal, o algún material más duradero. Añade (*horribile dictu!*) que también puede cambiar de forma ¡a voluntad! También nos informa que el golem siempre es creado dentro de las grandes ciudades y, por algún terrible instinto, conoce a la perfección todas las calles y travesías de su lugar de nacimiento.

Esto no será ninguna sorpresa para la señora Jennifer Harding, la justamente renombrada pollera de Middle Street, quien afirma haber visto a la criatura lamiendo sangre en el matadero de Smithfield antes de desaparecer más allá del hospital de San Bartolomé. Anne Bentley, una cerillera ambulante, está histérica desde el viernes pasado, cuando al parecer fue asaltada por una criatura pálida y sin ojos. Estaba a punto de entrar en el hospicio de Wapping, donde su madre se encuentra en el pabellón de

infecciosos, cuando fue sorprendida por este monstruo que se la llevó. No tardó en perder el conocimiento y sólo recobró el sentido en Charterhouse Square, donde la encontraron tendida con las ropas desordenadas. Afirma que el golem la «peló» y la «devoró» como a una pieza de fruta; ahora cree que está embarazada, y tiene miedo de dar a luz un monstruo. Cualquier noticia sobre dicha eventualidad será comunicada puntualmente en estas páginas. Mientras tanto, la pobre mujer está confinada en el manicomio de Shadwell.

Se han recibido escalofriantes informes y observaciones de naturaleza similar desde ambos lados del río. El señor Riley de Southwak ha escrito para informarnos que una criatura, dotada de una fuerza formidable, fue vista trepando por los tejados de Borough High Road a principios de la semana pasada; le rogamos, señor Riley, que nos envíe cualquier información que se produzca. La señora Buzzard, propietaria de una sillería en Curtain Street se vio perturbada la mañana del lunes pasado por una «sombra» que, según nos dice, la siguió por todas partes hasta que echó a correr hacia Shoreditch High Street pidiendo ayuda a voz en cuello. Ahora se ha recuperado, y ha ofrecido una silla en recompensa para cualquiera que pueda explicar este misterioso suceso a su entera satisfacción. Una vez más, en este incidente como en muchos otros, la palabra «golem» está en boca de todos. A aquellos que se muestran incrédulos ante estos relatos, les decimos que hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, etcétera, etcétera. En los últimos años hemos descubierto maravillas en los objetos más remotos, desde el sistema solar a los copos de nieve. ¿Quién puede afirmar que no quedan más maravillas?

XXXVIII

Después de nuestra boda, John Cree y yo nos instalamos en una pequeña casa en Bayswater cerca del viejo Hipódromo; ahí comencé una vida tan diferente a la anterior en los *music halls* que a veces tenía que pellizcarme para confirmar que seguía siendo yo misma. Pero se habían acabado los parlamentos cómicos y las canciones: para el mundo era la señora Cree, y ponía mucho empeño en no mencionar nunca mi pasado a los vecinos o a los proveedores. Desde luego no había ninguna razón para no poder presentarme en un escenario de prestigio si se presentaba la ocasión, y convencí a mi querido esposo para que continuara trabajando en *Encrucijada de miseria* cuando perdía la inspiración. No le hubiera tolerado de ninguna manera que abandonara la obra; la heroína me resultaba la mar de atractiva, y estaba segura de que encontraría un maravilloso elemento patético en el personaje. Fue precisamente en una de mis fantasías sobre el tema cuando se me ocurrió una idea encantadora. Desde que nos habíamos trasladado a Bayswater, sentía la necesidad de disponer de una criada, y ¿qué mejor lugar había para encontrar una criada competente que la propia Misery Junction, donde se reunía la gente de la farándula? Conocía la reputación de la mayoría de ellos, y estaba convencida de que podría encontrar una joven limpia y servicial harta de buscar trabajo en las variedades. Quizás habría interpretado el papel de criada en alguna obra, como había sido mi caso, y necesitaría muy poca ayuda para comportarse como tal. Además, ¡lo bien que nos lo pasaríamos intercambiando chismes en las horas tranquilas!

Me puse el sombrero sin perder ni un segundo, y sin decirle ni una palabra a mi querido dramaturgo que trabajaba en la planta alta, salí de la casa y llamé a un simón por mi cuenta y riesgo. El trayecto hasta Misery Junction (o Poverty Corner, como Dan

siempre lo llamaba) se hizo interminable y miré ansiosamente a través de la ventanilla a los numerosos de artistas; reconocí a muchos, naturalmente, y tuve que hacer un esfuerzo para no saludarles mientras pasaba. Hice detener el coche en la esquina de York Road, le dije al cochero que esperara, y luego me acerqué rápidamente al triste grupo. Había un contorsionista que conocía del

Queen's

en Poplar; me saludó con una profunda reverencia, seguramente convencido de que yo también estaba sin trabajo. Pasaba junto a un pésimo cómico del Paragon que simuló no conocerme, cuando por pura casualidad vi a Aveline Mortimer, con expresión abatida, apoyada contra una pared. Sonreí al verla; después de todo, había sido Aveline quien me había aconsejado que deseara *Messa Meschina* a los espectadores hebreos y casi consiguió que me mataran allí mismo. Intentó animarse un poco cuando me acerqué, pero me alegra decir que se la veía completamente exhausta y vencida.

—Vaya, si es Lambeth Marsh Lizzie.

—Te equivocas. Soy la señora de John Cree.

—Buen trabajo si lo consigues.

Entonces se me ocurrió la idea.

—¿Cuánto hace que estás sin trabajo, querida?

—Una semana, más o menos.

Sabía, por el estado de sus ropas, que estaba mintiendo.

—¿Acierto al pensar, Aveline, que estás buscando algún papel?

—¿Y a ti qué más te da, Lizzie?

—Me da que estoy dispuesta a ofrecerte una posición.

Me miró asombrada.

—No tendrás una sala, ¿verdad, Lizzie?

—No es precisamente una sala, pero sí una casa llena. —No comprendió a qué me refería—. Quiero contratarte, querida. Como criada.

—¿Una criada?

—Piénsalo sólo un momento. Treinta chelines a la semana más pensión completa. Y tendrás libre un fin de semana de cada dos. —Era una oferta muy atractiva pero vaciló—. No seré una señora difícil, Aveline, y cualquier incidente desagradable sucedido entre

nosotras ya está olvidado.

—Eso es muy fácil de decir.

Era evidente que no acababa de confiar en mí, y sospechaba que detrás de todo esto había una complicada venganza.

—Piensa en los buenos ratos que pasaremos recordando los viejos tiempos. —Continuaba dudando, así que le susurré al oído—: Cualquier cosa es mejor que esta degradación, ¿no te parece? ¿Quieres acabar en la calle?

—¿Subirías a dos guineas?

—Treinta y cinco chelines. No puedo darte más.

—De acuerdo, Lizzie. Estoy contigo.

—Buena chica. —Saqué un chelín de mi bolso, y se lo puse en la mano—. Volveré de aquí a media hora. Ve a comer un buen plato de verdura con panceta mientras me esperas. —Estaba a punto de subir al simón para ir a comprar un bonito uniforme de criada con la cofia y el cuello almidonados en Haste y Spenlow en Katherine Street, cuando cambié de idea y volví sobre mis pasos—. Creo, Aveline, que será mejor que me acompañes. Sin duda sabrás cuál es tu talla, querida. —Volvimos juntas al coche, donde ella se sentó muy erguida a mi lado.

—¿Tendré que cocinar? —preguntó mientras el cochero fustigaba a los caballos.

—Por supuesto, Aveline. Doy por hecho que es una de tus muchas habilidades.

—Sí. Me enseñaron en el hospicio. —Debió ver mi fugaz expresión de sorpresa, porque se enfadó bastante—. Más vale que lo sepas ahora, así podré estar siempre en paz. —Era muy propio de ella citar mal el oficio de boda.

—¿Estabas en la Magdalena, querida?

—Ni hablar, y muchas gracias por pensarlo. Era pobre, pero no una puta. Siempre fui pura y virgen.

No le creí ni una sola palabra, pero decidí seguirle la corriente: ¿qué sentido tenía armar una discusión cuando ni siquiera le había comprado el uniforme?

—¿Conociste a tus padres, Aveline?

—Conocí a mi madre. Lo único que recuerdo de ella es que siempre estuvo en la trena.

—Eso es muy triste. —¿No deja de ser extraordinario, verdad,

cómo algunas personas consiguen escapar totalmente de su pasado mientras que otras continúan hundidas en la misma situación? La pobre Aveline no era mejor que su madre, mientras que yo viajaba en un cabriolé como si Londres fuera mío—. La pobreza debe de ser algo terrible.

Estaba a punto de decirme algo insultante, lo sabía, pero en este momento llegamos a Haste y Spenlow en Katherine Street. Aveline saltó ágilmente del cabriolé, y yo esperé sólo un segundo antes de golpear en el cristal.

—¿Me ayudarás a bajar, Aveline? Estamos entrando en un establecimiento.

Era su primera lección de comportamiento y con muy poca gracia, a mi entender, me cogió de la mano y me ayudó a bajar. La tienda estaba casi vacía pero, así y todo, fue un triunfo lograr que se dejara medir. Después de mucho buscar, encontré un precioso uniforme con un vivo gris, y regresé al cabriolé de muy buen humor. En cuanto se sentó a mi lado, saqué la cofia del paquete y se la encasqueté en la cabeza.

—Ya está. Pareces un pintura.

—¿De qué?

—De la juventud femenina, Aveline. La femineidad del servicio. ¿Probamos a ver cómo te queda lo demás?

—¿Dónde vamos? ¿Al Alhambra?

Se refería a los viejos tiempos, cuando nos cambiábamos en el simón que nos llevaba de un teatro a otro. Sospecho que por el eso puso pegas y siguió el juego. Cuando acabó de abrocharse el cuello de algodón negro, se convirtió en la doncella de una dama de los pies a la cabeza.

—Un cambio de vestuario hace maravillas —comenté—. Acaba de nacer una nueva mujer.

—Debo parecer una comparsa.

—¿Quieres añadir señora a la frase, por favor?

—Debo parecer una comparsa, señora.

—Muy bien, Aveline. No. Tú no eres una comparsa. Eres uno de los personajes principales. Ahora repite después de mí: ¿Eso es todo, señor?

—¿Acierto si digo que el «señor» es el sujeto del *Era* al que le tenías echado el ojo?

—Yo no emplearía esas mismas palabras, pero estás en lo cierto. El señor Cree es mi marido. ¡Ahora repítelo! —Le rocé levemente la mejilla con el guante.

—¿Eso es todo, señor?

—Sí, gracias, Aveline. —Por un momento adopté la voz profunda de mi marido, pero volví enseguida a la mía—. ¿Qué cenaremos esta noche?

Aveline pensó un instante.

—¿Picadillo de carne y patatas?

—No, por favor. Sé más selecta.

—¿Pescado frito?

—Más selecto, Aveline. Esto es Bayswater, no Old Kent Road.

—Sopa de rabo de buey, y luego, oca con guarnición.

—Muy bien. Una cena excelente. Veamos, ¿recuerdas cómo hacíamos la reverencia?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Enséñamelo, querida. —Así que ella se levantó del asiento y, a pesar del reducido espacio, se las arregló para hacer la reverencia —. Muy bien hecho, Aveline. Te daré un cuaderno con algunas frases, y te las aprenderás de memoria. ¿Me entiendes?

—Puedo aprenderme un guión, Lizzie. Lo sabes muy bien.

Esta vez le di un bofetón.

—¡Señora Cree! —No hizo ademán de defenderse, y comprendí que la tenía dominada—. Ahora compórtate con recato. Hemos llegado a Bayswater.

Era el perfecto retrato de la pulcritud y la modestia cuando nos acercamos a la casa. En el momento en que se apeó del carruaje y mantuvo la puerta abierta para mí, me dije que ya se estaba acostumbrando a su nuevo papel. Sospecho que incluso había comenzado a disfrutarlo. Desde luego, no le podía explicar cuál era el verdadero motivo que me había llevado a contratarla. Creo que tampoco yo lo supe hasta después de haberla visto rondando por Waterloo Road como una criatura de la noche.

La razón tenía que ver con mi marido. Había descubierto, muy poco después de nuestra boda, que era un hombre de una lujuria incontrolable; intentó el coito conmigo la noche de bodas, y, sólo después de muchas súplicas por mi parte, accedió a satisfacerse con su mano. No podía soportar —no puedo soportar— la idea de ser

penetrada por un hombre y le dejé bien claro que cualquier cosa de esa naturaleza estaba completamente descartada. No podía permitirle que me tocara en ese lugar, sobre todo después de que mi madre ya hubiera estado ahí. Me había pellizcado con salvajismo, me había pinchado con una aguja y una vez, aunque yo era muy joven, recuerdo que me metió un palo. Aunque ella llevaba muerta muchos años, aún sentía el contacto de sus manos. Nadie volvería a tocarme nunca más.

Por lo tanto, dormía en la cama del señor Cree, le permitía que me acariciara con las manos o incluso con la lengua, pero no le permitía el acto. Él pareció sorprendido e incluso desconsolado por mi decisión, pero sabía perfectamente bien que conmigo, habituada como estaba al mundo, no valían las historias de los llamados «derechos» conyugales. En las *varietés,* como solía decir Dan, nos tratábamos todos como iguales o no nos tratábamos. Por fortuna, mi querido marido era demasiado caballero para forzarme, y aprecié su cortesía hasta el extremo que decidí recompensarle: fue entonces, mientras pensaba en los artistas que se apiñaban en Misery Junction, cuando se me ocurrió la idea de la doncella. Si podía dirigir la atención del señor Cree hacia una mujer fácil y accesible, entonces se apaciguaría su lujuria y permanecería felizmente intocada. Fue una gran suerte ver a Aveline Mortimer, sabía que no tenía remilgos —en una ocasión se había ayuntado con un negro en Pimlico— y sin duda la convencería para que hiciera lo necesario.

—Escúchame, Aveline —le dije mientras estábamos sentadas en la sala poco después de llegar a casa—. ¿Crees que serás feliz en tu nueva situación?

—Eso espero, Lizzie.

—Señora Cree. —Ahora que iba vestida con el uniforme de criada, se había vuelto más obediente y respetuosa; es maravilloso lo que puede hacer un cambio de vestuario—. Entonces debes prometerme una cosa, Aveline. Debes prometer que me obedecerás y que harás lo que te diga en todos los aspectos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señora Cree.

Ella sospechaba que había algo más de por medio —la delataba su aire de tragicómica— pero no tenía la más mínima intención de ponerla sobreaviso. Dejé al señor Cree y Aveline juntos en diversas ocasiones y, mientras espiaba en secreto desde bastidores, permití

que la naturaleza siguiera su curso. Pero todavía me daba lástima cada vez que le veía ponerse el abrigo para ir al Museo Británico.

XXXIX

John Cree se convirtió en un asiduo de la sala de lectura porque era incapaz de continuar trabajando en su obra. Se sentía nervioso e inquieto pero su fracaso como escritor no era la única razón de su angustia. De hecho, se sentía muy perturbado por su esposa. La había conocido como actriz de variedades pero, desde la boda, le resultaba una figura cada vez más desconocida e inquietante. Sabía muy bien cuál era el problema que le inquietaba: ella interpretaba a la perfección el papel de esposa, y, no obstante, en la definición y plenitud de tal interpretación había un algo extraño. Había momentos en los que Elizabeth Cree parecía totalmente ausente, como si no fuera ella, pero en otras ocasiones ejercía de esposa con una vehemencia y decisión que resultaban casi profesionales. Ésta era la causa de su inquietud, y a menudo descubría que su mente se olvidaba del melodrama de *Encrucijada de miseria* para ocuparse del no reconocido drama de su propia existencia doméstica. Así que leía libros sobre los sufrimientos de los pobres de Londres, y pasaba las horas bajo la gran cúpula de la biblioteca.

Un joven había tomado la costumbre de sentarse a su lado en la mesa C3, y durante la última semana John Cree le había observado escribir con un estilo fluido en unos folios. Tenía el pelo negro y largo, y vestía un abrigo de piel de astracán que se negaba a entregar a Herbert, el encargado del guardarropa, y que, desdeñando la corrección, colgaba del respaldo de la silla de cuero azul. También parecía extraordinariamente orgulloso de sus propias composiciones, porque a veces, en el transcurso de una frase muy larga, miraba a John Cree para asegurarse de que éste lo observaba. A menudo dejaba la sala de lectura para ir a tomar el aire (John Cree lo había visto una vez paseándose entre las columnas, mientras fumaba un cigarrillo turco), pero siempre ponía mucho cuidado en dejar los papeles bien a la vista.

Sin embargo, Cree no sentía ningún interés especial por las actividades del joven; adivinó, correctamente, que había llegado hacía poco de alguna de las grandes universidades y que intentaba labrarse una carrera literaria en la capital. Pero los libros que consultaba tenían cierto interés: una mañana le había visto leer a Longino y el *Liber Studiorum* de Turner. Eran señal de verdadera sensibilidad y se sintió más intrigado por el trabajo del joven, dejado tan ostensiblemente sobre la mesa. Incluso llegó al extremo de coger una página, después de que el autor saliera a fumar un cigarrillo entre las columnas, y echarle una ojeada al texto escrito con una hermosa caligrafía:

> No obstante, no debemos olvidar que el educado joven que escribió estas líneas, y que era tan susceptible a las influencias de Wordsworth, también era, como dije al principio de este artículo, uno de los más sutiles envenenadores secretos de ésta o de cualquier otra época. Cómo Thomas Griffiths Wainewright llegó a sentirse fascinado por este extraño pecado es algo que omite, y, lamentablemente, el diario donde anotó con tanto esmero los resultados de sus terribles experimentos y los métodos que adoptó se ha perdido. Incluso en años posteriores, siempre se mostró reticente sobre el tema, y prefirió hablar de «La excursión» y de los «Poemas fundados en los afectos». El asesinato quizá fue su ocupación, pero la poesía fue su deleite.

XL

Mi marido no progresaba con su obra. Se pasaba tantas horas inútiles en su despacho, chupando la pipa y tomando café (de la mano de Aveline, naturalmente) que acabé por enfadarme. Le insistí sobre las virtudes de la concentración y la perseverancia pero él no hacía otra cosa que suspirar, y levantarse de la silla para acercarse a la ventana que daba al jardín. Creo que, en más de una ocasión, se enojó mucho conmigo por recordarle cuáles eran sus obligaciones.

—¡Lo intento todo lo que puedo! —me gritó una tarde en el otoño de aquel año—. Lo intento —repitió en voz más baja—. Pero me parece que he perdido el camino. No es como en aquellos días cuando nos sentábamos juntos en el camerino.

—Ese tiempo ha desaparecido hace mucho. No desees nunca que vuelva. Es el pasado.

—Pero entonces, por lo menos, tenía un sentido del mundo que me sostenía. Cuando frecuentaba las salas y trabajaba para *The Era*.

—Aquello no era respetable.

—Al menos tenía la sensación de pertenecer a alguna parte. Ahora no estoy seguro.

—Me perteneces a mí.

—Por supuesto, Lizzie. Pero no puedo escribir una obra sobre nuestras vidas.

—Lo sé. Carecen de interés dramático. Ningún sentimiento.

Mientras lo miraba, y sentía lástima por su debilidad, tomé una decisión. Me encargaría de acabar *Encrucijada de miseria*. Conocía de sobra el mundo de la farándula y, en cuanto a la pobreza y la degradación, ¿había algún otro escritor en el país que hubiera cosido velas en Lambeth Marsh? ¿No había azotado al tío hasta dejarle la piel de la espalda hecha jirones? ¿No me había paseado por las calles de Limehouse vestida de hombre? Había visto todo lo

necesario y más aun. Así que acabaría la obra y a continuación interpretaría a la heroína en un teatro de verdad. Sabía en qué punto tenía el drama mi marido, porque lo leía en secreto durante la noche, y había esperado con gran ansiedad que Katherine Dove se desvaneciera de hambre en su buhardilla de Covent Garden. Entonces, en el último momento, su agente teatral la encuentra y se la lleva a un sanatorio privado en Windsor. Ahí se había quedado John. Así que compré una abundante provisión de lápices y papel en
Stephenson's
en Bow Street, y comencé a trabajar en su lugar. Debo admitir que tenía cierto talento para la composición dramática y, por ser mujer, sentía una afinidad natural con Katherine Dove; con Aveline de espectadora, ensayaba las escenas en la sala antes de volcarlas en el papel, e incluso encontré algunos de mis grandes efectos en la improvisación. Ya tenía muy claro que Katherine Dove, la pobre muchacha huérfana, recuperaría la salud y vencería a sus enemigos. Pero aún no había sufrido bastante, y, por lo tanto, a la versión de mi marido añadí un par de breves escenas de terror. Había una escena en que, sumida en los más profundos abismos de la desesperación, se emborrachaba con ginebra hasta caer inconsciente; más tarde, se despertaba al alba tendida en un portal de Long Acre, con el vestido rasgado y las manos bañadas en sangre, sin tener la más remota idea de cómo había llegado allí en semejante condición. La idea era muy potente, y debo reconocer que me la dio Aveline Mortimer; sospecho que ella había vivido algo parecido, pero no dije nada. Así que hice una improvisación, la recité y me paseé furiosamente arriba y abajo por la sala hasta que conseguí lo que quería:

> ¿Soy yo quien yace aquí? No, no estoy aquí. Es alguien que no conozco quien ocupa mi lugar. (*Levanta las manos hacia el cielo*). Ay, Dios que estás en las alturas, ¿qué he hecho? Mis manos ensangrentadas son testimonio de algún horrible hecho. ¿Puedo haber matado a un niño inocente y no recordar nada de semejante crimen? ¿Puedo haber cometido un asesinato y no recordarlo? (*Intenta levantarse pero se vuelve a*

> *caer*). Si es así, entonces sería peor que las bestias del campo que, aunque no demuestran ningún remordimiento, al menos son conscientes de sus actos. Tengo alguna vida oscura que se me oculta. ¡Vive en la cueva de mi propio horror y estoy privada de la luz! (*Se desmaya*).

Llevada por el entusiasmo, había derribado una silla y roto un pequeño jarrón sobre una mesa auxiliar, pero Aveline ya se había encargado de ordenarlo todo. Resultaba muy conmovedor y, cuando el público supiera que se había derramado sangre por salvar la vida de un niño amenazada por un padre borracho, también resultaría muy enaltecedor.

En menos de un mes acabé *Encrucijada de miseria* a mi entera satisfacción, con el regreso triunfal de Katherine Dove a los escenarios. Había preparado una copia en limpio con mi letra grande y redonda, y decidí enviarla de inmediato por mensajero a la señora Latimer del Bell Theater en Limehouse. Se había especializado en dramones y le explicaba en una nota adjunta que *Encrucijada de miseria* era una obra atrevida y muy actual. Esperé una propuesta de su parte a vuelta de correo, pero transcurrió una semana sin que tuviera ninguna noticia, a pesar de haberle explicado que había otros empresarios muy interesados. Así que decidí visitar el Bell, y alquilé un simón con ese propósito; a sabiendas de que causaría más impresión si lo dejaba esperándome en la calle, le ordené al cochero que permaneciera delante mismo del teatro mientras yo cruzaba las famosas puertas de cristales de colores. La señora Latimer —Gertie para los íntimos— se encontraba en el pequeño despacho detrás del bar, ocupada en contar la recaudación de la noche anterior. Tardó un momento en reconocerme, confundida por mis elegantes atuendos, pero luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Ella era lo que en las *varietés* llaman «una mujer distinguida», y la papada se le sacudió de una forma de lo más desagradable.

—Vaya —exclamó—, si es Lambeth Marsh Lizzie. ¿Cómo estás, chiquilla?

—Ahora soy la señora Cree, si no le importa.

—No me importa lo más mínimo. Pero no es muy propio de ti

andar con tantas ceremonias, Lizzie. La última vez que te vi, eras el Hermano Mayor.

—Esos tiempos han pasado, señora Latimer, y ha amanecido un nuevo día. He venido por lo de la obra.

—No te entiendo, querida.

—*Encrucijada de miseria*. La escribió mi marido, el señor Cree, y se la envié hace más de una semana. ¿Por qué, oh, por qué no ha respondido?

—¿Cómo dijo la vendedora? Veo que no has olvidado todas tus viejas canciones, Lizzie. —No parecía en absoluto avergonzada—. Espera, déjame ver. Llegó una obra con ese nombre, o algo parecido. —Fue hasta un armario que había en el rincón y, cuando abrió la puerta, vi que estaba hasta los topes de manuscritos y fajos de papeles—. Si llegó la semana pasada estará arriba de todo. ¿Qué te he dicho? —*Encrucijada de miseria* era la primera obra que encontró, y le echó una ojeada a unas cuantas páginas antes de entregármela—. Se lo di a Arthur, querida, y la rechazó. Dijo que no tenía un buen argumento. Necesitamos un buen argumento, Lizzie, porque de lo contrario se muestran inquietos. ¿Recuerdas lo que pasó con *El fantasma de Southwark*?

—Pero aquello era un tontería sin pies ni cabeza. No había más que gritos y gemidos.

—Casi provocó una revuelta, querida. Yo fui la que gemía, te lo aseguro.

Intenté explicarle la historia de *Encrucijada de miseria*, e incluso le leí algunos pasajes escogidos, pero la mujer no estaba dispuesta a cambiar de opinión.

—No me vale, Lizzie —insistió—. Es pura paja y nada de grano. ¿Sabes lo que quiero decir? No tiene nada de chicha.

Podría habérmela comido a ella, gorda como era.

—¿Es su última palabra, señora Latimer?

—Me temo que sí. —Ahora que estaba resuelto el asunto, se sentó muy cómoda en su silla, y me observó con atención—. Dime una cosa, Lizzie, ¿dejaste los escenarios por propia voluntad? Eras tan buena cómica. Todos te echamos de menos.

No de estaba de humor para confidencias íntimas, así que me dispuse a marchar.

—¿Qué le diré a mi marido, Gertie Latimer, que ha trabajado

noche y día en este drama?

—¿La próxima vez será?

Abandoné su despacho, crucé el bar, y estaba a punto de alcanzar la calle donde me esperaba el simón delante del teatro cuando de pronto se me ocurrió una idea tan interesante como curiosa. Por lo tanto, volví sobre mis pasos, y le puse el libreto de *Encrucijada de miseria* sobre el escritorio.

—¿Cuánto me costaría alquilarle el teatro? Sólo por una noche.

Gertie desvió la mirada, y adiviné que hacía cálculos a toda velocidad.

—¿Te refieres a algo así como un acto benéfico, cariño?

—Sí. Usted será la beneficiada. Lo único que necesito es su escenario. No perderá nada alquilándomelo.

La mujer no acababa de decidirse.

—Tengo un hueco entre *El féretro vacío* y *El último adiós del borracho*.

—Sólo lo necesito una noche.

—A estas alturas de la temporada, Lizzie, la recaudación es bastante considerable.

—Treinta libras.

—¿Y todas las copas?

—Hecho.

El dinero salía de mis pequeños ahorros, que guarda en una bolsa oculta detrás del espejo de mi habitación. Regresé con las treinta libras al cabo de unas horas, y sellamos el acuerdo con un apretón de manos. Quedamos de acuerdo en la fecha, en tres semanas, y Gertie me ofreció todos los decorados y el atrezo.

—Tengo un Covent Garden muy bonito —dijo—. ¿Recuerdas *Los vendedores ambulantes*? Lo utilizaron para la parodia, pero quedaría muy bien en una escena melancólica. También hay por ahí una farola que te vendría de perlas para apoyarte. Incluso me parece que teníamos una carretón que quedó de *Oliver Twist*, aunque no sé por qué me da la espina de que Arthur lo cambió por una alfombra voladora.

Le agradecí el ofrecimiento de la farola, pero en realidad todo lo que necesitaba lo tenía en mi interior.

Me sabía mi parte de memoria, mientras que Aveline conocía bastante bien la parte de la hermana perversa; por lo tanto, sólo

necesitábamos tres comparsas masculinos para completar el elenco. Los encontramos sin problemas; Aveline conocía a un prestidigitador en paro que era ideal para interpretar al marido borracho, y encontré a un dúo cómico para que interpretara al agente teatral y al seductor. Todos vinieron discretamente a mi casa mientras mi querido esposo desperdiciaba el tiempo en el Museo Británico: no quería que supiera nada de mis planes hasta la noche de la «gran revelación». ¡Qué deliciosa sorpresa! La única dificultad pendiente era el público. Naturalmente, quería actuar ante un teatro lleno, pero ¿cómo podía conseguir llenarlo sin la ayuda de carteles o anuncios en los periódicos? Entonces, Aveline dio con la solución. ¿Por qué no invitar a todos los desocupados y vagos de Limehouse, además de a cualquiera que no tuviera ningún compromiso aquella noche? Al principio vacilé un poco, porque deseaba actuar para un público de mayor calidad, pero acabé comprendiendo lo positivo de su plan. No sería un público selecto, pero sí bueno. Ambas conocíamos la zona muy bien y, durante la mañana del día del estreno, distribuimos las invitaciones manuscritas con la promesa de entretenimiento gratuito. Había tantos buhoneros, mozos y porteros que estaban dispuestos a divertirse gratis que, cuando nos quisimos dar cuenta, el teatro estuvo lleno. «¡No lo olvides —le decía a cada uno—. Esta noche a las seis en punto!».

Aquel día le había rogado al señor Cree que regresara un poco antes de la sala de lectura, con el pretexto de que necesitaba su ayuda para tratar con un lampista insolente, y le esperaba en la puerta de casa con tal expresión de felicidad y afecto que se detuvo en mitad de la escalera.

—¿Qué pasa, Lizzie?

—No pasa nada, excepto que tú y yo haremos un pequeño viaje.

—¿Adónde vamos?

—No preguntes nada más. Sólo disfruta con saber que viajas en compañía de una de las inmortales del teatro.

El simón nos esperaba al final de la calle. El cochero conocía de antemano nuestro destino, y nos pusimos en marcha al trote rápido.

—Lizzie, querida, ¿podrías decirme por favor dónde vamos?

—Está noche tendrás que llamarme Katherine. Katherine Dove. —Estaba tan entusiasmada que me resultó imposible continuar ocultándole el secreto—. Esta noche, John, seré tu heroína. Esta

noche vamos a Misery Junction. —Él seguía sin tener ni la más remota idea; abrió la boca para hablar, pero le puse un dedo sobre los labios—. Es lo que siempre has querido. Esta noche tu obra cobrará vida.

—Sólo está escrita hasta la mitad, Lizzie. ¿De qué estás hablando?

—Está completa. Acabada.

—No entiendo ni una sola palabra de todo lo que me has dicho desde que he llegado. ¿Cómo es posible que esté acabada?

Quizá tendría que haberme enfadado por su tono, pero nada podía detener mi entusiasmo.

—Acabé *Encrucijada de miseria* por ti, amor mío.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—Vi como te hacía sufrir, John. Que te hacía sentir un escritor fracasado, porque eras incapaz de acabarla. Así que me puse manos a la obra. Ahora está acabada.

Se arrellanó en el asiento del simón, pálido como una sábana; se llevó las manos a la cabeza y apretó los puños. Por un momento pensé que estaba a punto de golpearme, pero luego se frotó los ojos ferozmente.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —susurró.

—¿Hacer qué, amor mío?

—¿Cómo pudiste arruinarlo todo?

—¿Arruinar? ¿Qué arruiné? Sólo acabé lo que tú comenzaste.

—Me has arruinado a mí, Elizabeth. Me has quitado la única esperanza de conseguir la fama y el reconocimiento. ¿Sabes lo que eso significa?

—Pero, John, tú la habías abandonado. Te pasas los días en la sala de lectura del Museo Británico.

—Sigues sin comprender nada de mí. ¿De verdad me juzgas tan mal?

—Esta conversación comienza a ser absurda.

—¿No te das cuenta de que todavía no quería acabarla? ¿Que no estaba preparado? ¿Que quería mantenerla así, como el punto central de mi vida?

—Me sorprendes, John. —Notaba una curiosa sensación de tranquilidad, hasta tal extremo que conseguí mirar a través de la ventanilla cuando pasamos por delante del Diorama en Houndsditch

—. Me has dicho más de una vez que quizá nunca la terminarías. Creí que te estaba liberando de una carga.

—Sigues sin comprenderlo, ¿verdad? Mientras permaneciera inacabada podía mantener la esperanza. —Se mostraba muy calmo, y creí que todavía tenía una oportunidad para salvar la situación—. ¿No comprendes que ésa era mi vida? Podía seguir aferrándome a la eventual promesa de una reputación literaria. ¿Y ahora con qué me sales? Conque tú la has acabado.

—John, me asombra tu egoísmo. —Había descubierto que, con los hombres, atacarles es la mejor manera de derrotarlos—. ¿Alguna vez te has parado a pensar en mis sentimientos sobre este tema? ¿Nunca has pensado que podría cansarme de esperar? Anhelaba ser Katherine Dove. He interpretado su papel infinidad de veces. Es tan tuyo como mío.

Permaneció en silencio, pero miró a través de la ventanilla cuando llegamos a Limehouse.

—Todavía sigo sin poder creérmelo —murmuró para sí. Luego se volvió para palmearme la mano—. Nunca podré perdonártelo, Elizabeth.

Habíamos llegado a la esquina de Ship Street, y el simón se detuvo para dejar paso al carromato de un panadero; mi marido abrió la puerta, se apeó de un salto y, antes de que yo pudiera decir o hacer algo, se alejó en dirección al río. A partir de aquel día he considerado Limehouse como un lugar maldito y desolado. Pero ¿qué se suponía que debía hacer? Tenía un teatro lleno esperándome, y sospechaba que, por mucho que el señor Cree pudiera decir ahora, al final se convencería de que *Encrucijada de miseria* había significado una nueva vida para mí en los escenarios profesionales. Así que continué presurosa hasta Limehouse Street, saludé con un beso en la mejilla a Gertie Latimer que se encontraba en la puerta, y me fui sin más demoras al pequeño camerino donde me esperaba Aveline.

—¿Dónde está él? —fue lo primero que preguntó.

—¿Quién, querida?

—Ya sabes.

—Si te refieres a mi marido, te envía sus disculpas. No podrá estar con nosotros esta noche debido a una indisposición.

—¡Dios santo!

—No tiene mayor importancia, Aveline. Continuaremos tal como estaba previsto. ¡Triunfaremos!

Nuestros tres comparsas masculinos estaban en el otro vestidor y, cuando fui a verles, me pareció oler a bebida; preferí no decir nada y, en cambio, espié por un momento el interior del teatro. Se estaba llenando a buen ritmo, aunque de inmediato distinguí a un tipo pendenciero en las primeras filas. Había dos o tres mujerzuelas rondando por el fondo, y algunos mozos entretenían la espera cantando algunas coplillas. Pero estaba acostumbrada a los hábitos de la multitud, y no preveía ningún alboroto.

—¿Qué tal pinta? —me preguntó Aveline cuando regresé al camerino. Ya tenía preparado el primer traje, así que me quité las prendas de calle y comencé a cambiarme.

—Creo que bastante bien. Están listos para cualquier cosa.

—¿Recuerdas lo que decía el tío: «Nos lo pasamos muy bien en la sala»?

—Ahora no pienses en el tío, Aveline. Esto es una producción muy diferente, y debemos tomarla con el espíritu adecuado.

—Hablando de espíritus, Lizzie, ¿les has olido el aliento a los chicos de al lado?

—Sí. Ya les echaré la bronca más tarde, pero no podemos hacer nada en estos momentos. Venga, sé una buena chica y abróchame los botones.

Yo vestía una maravillosa creación color turquesa, que simbolizaba las grandes esperanzas de Katherine Dove en el momento de llegar a Londres. Había insistido en que Aveline vistiera algo mucho más apagado, de acuerdo a su personaje de malvada hermana solterona que me abandona en mis horas de desgracia y me encierra en un asilo. No tardé en acabar de vestirme y, a medida que pasaban los minutos y la sala se acababa de llenar (oía los chillidos y los gritos desde el camerino), me sentí dominada por tal sensación de angustia y expectación que temí desvanecerme en cualquier momento. Había borrado de mi mente cualquier recuerdo de la ingratitud de John Cree, y me sentía dispuesta a afrontar en solitario mi momento de gloria. Era casi la hora. Gertie Latimer apareció con un «tonificante» y, entre trago y trago de oporto, comentó que estábamos hasta la bandera. Pero a mí me daba lo mismo. Estaban a punto de levantar el telón y le ordené a

Aveline que caminara detrás de mí cuando entráramos en el escenario.

—No lo olvides —susurré—. Mantente a tres pasos de mí y no intentes hablarle al público. Ésa es mi tarea.

Se levantó el telón y la orquestina de Gertie interpretó los últimos acordes. Avancé unos pocos pasos, me llevé una mano a la frente como una visera para protegerme los ojos y miré a la sala con una expresión afligida. Katherine Dove había llegado.

—Londres es tan grande, extraño y salvaje. Ay, Sarah querida, no sé si seré capaz de soportarlo —recité.

—¿Charlie, qué son? —gritó un pescadero, o alguien de su ralea, desde la galería. Esperé a que acallaran los comentarios.

—No lo sé, pero es un milagro capaz de conmover.

—¡Son un par de hermanas cacatúas! —respondió otra voz desde el paraíso.

Esta vez la carcajada fue general, y les hubiera arrancado la cabeza a todos, pero continué con voz todavía más fuerte que antes.

—¿Habrá una cama que pueda llamar mía, querida hermana?

—¡Tuya y mía, si estás de suerte! —exclamó alguien en la galería, y el vil comentario fue seguido por otros de similar naturaleza.

Comprendí en el acto que era un error haber invitado a un público procedente de un barrio tan miserable como Limehouse; creía que los londinenses como yo serían capaces de entender una tragedia, pero me equivoqué y mucho. Al cabo de unos minutos me di cuenta de que consideraban a *Encrucijada de miseria* como una comedia ligera; todos mis esfuerzos para lograr el patetismo y la grandeza resultaron infructuosos. Cada frase era recibida con carcajadas, gritos y aplausos. Era el episodio más humillante de mi vida, y mi sufrimiento aumentaba al ver a nuestros tres comparsas actuando para la galería; habían captado el humor del público, y se olvidaron del diálogo para dedicarse a los chascarrillos y retruécanos fáciles. Incluso Aveline, lamento decirlo, se permitió algunas bufonadas de baja estofa.

Me resultó imposible pensar en nada después del último acto. Salí corriendo del escenario y me desplomé: lloré a lágrima viva, en una silla junto a la máquina de hacer truenos. Gertie Latimer me trajo una copa de «algo fuerte» que, me avergüenza decirlo, me bebí

de un trago.

—Todo es lo mismo —afirmó, con intención de calmarme—. La tragedia y la comedia son la misma cosa. No te lo tomes tan a pecho.

—Lo entiendo perfectamente —repliqué—. Soy una profesional.

Pero resulta difícil describir el horror y la repulsión que me provocaba la multitud que abarrotaba el patio y la galería. Endurecieron mi corazón para siempre —ahora puedo decirlo— de la misma manera que acabaron con mi carrera en los escenarios con sus burlas y sus risas. Sin embargo, algo más me había ocurrido en aquel terrible teatro; mientras llegaba al momento culminante del drama y me encontraba gimiendo lastimeramente junto a Long Acre. Yo le tendía los brazos a una desconocida, interpretada por Aveline, vestida con una túnica blanca que habíamos encontrado en el vestuario, y ella me decía: «Debajo de estos harapos soy una mujer como usted. Apiádese de sí misma si no quiere apiadarse de mí». Al público le pareció una frase divertidísima, pero en medio de los gritos y las risas de los borrachos, sentí como cambiaba. Fue como si estuviera sola en el teatro, como una joya auténtica capaz de brillar incluso entre la basura. Pero después desapareció aquella sensación, y me sentí tan insegura y desconcertada en medio de todo aquel loquero que comencé a dar puñetazos contra las tablas de madera para despertar dentro de mí alguna sensación de mi propio dolor. Veía las caras de las mujeres iluminadas por la luz de gas, que sonreían y bostezaban, y en aquel momento se convirtieron en imágenes de mi propia ansiedad y asombro. Me había entregado a ellos —eso era lo que había sucedido— y ahora nunca me devolverían. Algo me había abandonado —no sé si el orgullo o la ambición—, y de manera irrecuperable.

No podía llorar más. Aveline y los comparsas parecían tenerme miedo cuando salieron del escenario, pero no les presté atención. No salí a saludar al público, a pesar del clamor de la multitud. ¿Cómo podía hacerlo? Mientras Aveline y los demás volvían al escenario como una parada de monstruos, me cambié deprisa y abandoné el teatro por una puerta lateral. Ya no me importaba lo que pudiera sucederme a partir de ese momento, así que caminé tranquilamente por los callejones y pasajes más sucios de Limehouse sin seguir un rumbo fijo.

XLI

George Gissing encontró la cita de Charles Babbage, precisamente cuando estaba a punto de acabar su ensayo sobre la máquina analítica para el *Pall Mall Review*. Aparecía en uno de los prefacios o «Anuncios» de Babbage: «El aire en sí mismo es una inmensa biblioteca, en cuyas páginas están escritas para siempre todo lo que el hombre ha dicho o la mujer ha susurrado». Repitió la frase para sus adentros mientras caminaba por las mojadas y neblinosas calles de Londres; era muy tarde, y acababa de dejar su artículo en el buzón de la oficina de John Morley en Spring Gardens. No quería regresar a su casa por el camino de Haymarket, por si acaso se encontraba a su esposa en la vecindad, y en cambio encaminó sus pasos en dirección este hacia el Strand y Katherine Street. Pero caminó mucho, y, sin pretenderlo, se encontró metido en el laberinto de callejuelas de Clare Market; Gissing no conocía esta parte de Londres, aunque sólo estaba a unas veinte manzanas de su casa, y no tardó en darse cuenta de que se había perdido entre tantas callejuelas y pasajes. Algunos perros sueltos buscaban comida entre los montones de basura o excrementos; pasó por delante de una chabola pero, cuando se detuvo, vio que se trataba de una trapería alumbrada con un anticuado candil. Un viejo, que parecía tan arrugado y maltratado como cualquiera de los trapos que le rodeaban, se encontraba sentado en una caja de madera en mitad de la tienda; fumaba una pipa de arcilla, y no se la quitó de la boca mientras Gissing permanecía en el umbral.

—¿Podría decirme cómo llegar al Strand?

El viejo no respondió, pero entones Gissing notó el contacto de una mano en la pierna. Se apartó, sorprendido, y vio a dos niñas sentadas a sus pies en el suelo de tierra. Iban desnudas excepto por unas bragas mugrientas, y a Gissing le pareció que estaban medio muertas de hambre.

—Por favor, señor, ayúdenos —le suplicó una de ellas—. Tenemos tantas bocas que alimentar, y nada que comer más que un trozo de pan seco.

El trapero permaneció en silencio, y continuó fumando sin perder detalle. Gissing metió la mano en el bolsillo, sacó unas pocas monedas y las puso en la mano alzada de la niña.

—Para ti y tu hermana —dijo.

Intentó acariciarle la mejilla, pero la niña respondió como si fuera a morderle, y Gissing se marchó del cuchitril apresuradamente. Al doblar la esquina se encontró con dos hombres, vestidos con chaquetas de pana y pañuelos al cuello, que aporreaban el tubo de una estufa con unos garrotes de madera. No tenía ni la más remota idea de lo que hacían, pero parecía como si llevaran haciéndolo toda la vida. Interrumpieron su trabajo cuando lo vieron aparecer, y lo observaron en silencio hasta que él les volvió la espalda y se alejó. Tenía que salir de allí, pero mientras intentaba orientarse por una de las callejuelas algo más anchas, oyó que alguien le silbaba. Un joven vestido con un chaleco y una gorra de lona, salió del oscuro portal de una pescadería.

—¿Qué estás haciendo por aquí?

—No estoy haciendo nada. Camino.

—¿Caminando, eh? ¿Por qué por aquí? —Había un tono de amenaza en la voz del joven, pero también algo más profundo y ladino—. ¿Estás buscando una pluma?

—¿Pluma?

—Tienes pinta de ser un tipo al que le gustan las plumas. —Acarició la bragueta de Gissing—. Con un chelín me conformo. ¿Entiendes lo que te ofrezco?

Gissing lo apartó de un empellón y comenzó a caminar todavía más rápido que antes; luego, echó a correr cuando oyó unos pasos que lo seguían, y se escabulló por otra travesía. ¿Qué era aquello que tenía delante? Había una enorme forma que escupía luz y calor; por un momento, le pareció que la máquina analítica había cobrado vida monstruosa entre los pobres, como algún espectro medieval bañado en fuego, pero entonces comprendió que se encontraba delante de una fábrica. A sus espaldas alguien continuó moviéndose. No tenía ningún deseo de permanecer ahí y, a falta de otro lugar mejor para escapar, caminó hacia el edificio. Había un

extraordinario y asfixiante olor a plomo, a ácido, o la mezcla de ambos; se acercó a una puerta abierta, que parecía ser la entrada a ese lugar, y vio una columna de mujeres vestidas con guardapolvos oscuros que subían por una escalera hacia un desván. Cada una cargaba al hombro una gran olla, y el humo se elevaba desde los recipientes hacia el techo de madera; el humo traspasaba los guardapolvos oscuros, y formaba nubes alrededor de sus cuerpos, mientras continuaban la ascensión. En la planta baja de la fábrica había otra hilera de mujeres que iban pasándose las ollas de mano en mano hasta meterlas en un gran horno resplandeciente. No tenía idea de lo que estaban haciendo pero entonces, entre el ruido y las nubes de humo, se dio cuenta de que todas cantaban. Quizá llevaban toda la eternidad subiendo y bajando por la escalera, mientras cantaban a coro. Incluso consiguió entender las palabras; era una vieja canción de *varietés*, *¿Por qué no tienen mar en Londres*?

Permaneció allí unos minutos más hasta que consideró seguro aventurarse a salir. Tomó por otra callejuela y, para su gran alegría, se encontró en una calle que le llevó de vuelta al Strand. Esa noche realmente había escuchado «todo lo que el hombre ha dicho o ha susurrado la mujer», y si de veras el aire era una inmensa biblioteca, un gran receptáculo donde se preservaban todos los ruidos de la ciudad, entonces no tenía porqué perderse nada. Ni una sola voz, risa, amenaza, canción o pisada, sino que todas continuarían reverberando a través de la eternidad. Recordó haber leído en *The Magazine*
Gentleman's
un artículo sobre un antiguo mito según el cual todas las cosas perdidas serían descubiertas en la otra cara de la luna. Quizás había un lugar así donde algún día encontrarían a Londres, perpetuo e infinito. Aunque quizás él ya lo había encontrado, tal vez estaba en él, y en cada una de las personas que encontró aquella noche. Regresó a Hanway Street y, al encontrar a Nell dormida en el lecho común, la besó suavemente en la frente.

XLII

Regresé a Bayswater con las primeras luces del alba; no quise despertar a mi marido, pero desperté a Aveline con una suave Hamada a la puerta de su habitación en el ático. Parecía muy alarmada.

—¿Dónde estabas? ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué te refieres? A mí no me ha pasado nada. Ahora sé buena chica y enciende el fuego para tu ama.

—Pero se te ve tan pálida y tan…

—¿Interesante? Es el aire de la mañana, Aveline. Realmente delicioso.

Dejé a Aveline y bajé silenciosamente las escaleras para dirigirme al dormitorio de mi marido. Permanecí unos instante delante de la puerta, debatiendo conmigo misma si debía despertarlo con un inocente beso, pero en cambio le susurré a través de la puerta.

—No ha pasado nada. No ha pasado nada en absoluto.

Lamentablemente, se mostró malhumorado y truculento todo el día. Sin embargo, al ver mi comportamiento alegre y paciente, comenzó a cambiar de humor. No dije nada sobre los episodios de la noche anterior, y con mi actitud conseguí transmitir la impresión de que todo el asunto estaba muerto y enterrado. Era algo totalmente sin importancia. Unas cuantas miradas severas a Aveline dejaron bien claro que no se debía mencionar el tema y así fue; nunca más, al menos en mi presencia, se volvió a citar *Encrucijada de miseria* y, al cabo de unas semanas, la vida en Bayswater volvió a recuperar su tranquilidad habitual.

Oculté mi furia en un lugar tan profundo que a veces ni siquiera yo misma era incapaz de encontrarla. No obstante, siempre estaba allí, en alguna parte, de la misma manera en que tenía bastante con

mirar el rostro de mi marido para apreciar su fracaso y su resentimiento. Pero ¿por qué tenía que ser yo la culpable? ¿Por qué debía ser yo la única acusada de todo en casa? ¿Por qué quería hacerme sentir culpable? ¿Qué había hecho, excepto ayudarle con una obra que era tan mala que sólo había podido ser representada gracias a mis ahorros y que incluso había merecido la repulsa de la chusma de Limehouse? Incluso Aveline me miraba, de vez en cuando, de una manera extraña, como si de alguna manera yo fuera la responsable del mal ambiente que se respiraba en casa. No estaba dispuesta a aceptar que fuera culpa mía o que se convirtiera en una cruz. Había otros que eran más débiles y más tontos que yo. ¿Alguno de los dos creía realmente que me podría convertir en su cabeza de turco?

—¿Le llevará al señor Cree una bebida caliente? —le pregunté a Aveline una noche. Mi marido había adoptado la costumbre de retirarse temprano a su habitación, y leer. Yo nunca me quejaba, porque estaba muy feliz con mi propia compañía—. Creo, Aveline querida, que tendrías que llevarle una taza de algo todas las noches. Le ayudará a conciliar el sueño, ¿no te parece?

—Si tú lo dices…

—Lo digo. El chocolate caliente puede obrar milagros. Todas las noches, no lo olvides.

Sospecho que ella comprendió mi plan desde el primer momento, pero nunca puso ninguna pega. Yo sabía que siempre había admirado al señor Cree, desde lejos, y ciertamente era una criatura que se movía por instintos. En cuanto al señor Cree, como ya he reconocido, era un hombre de una lujuria desenfrenada. Sólo serían necesarias unas pocas semanas de chocolate caliente.

XLIII

Aveline Mortimer se ocupaba de quitar el polvo de las frutas de cera cuando oyó a John Cree entrar en la sala. Por lo tanto, en el más típico estilo teatral, comenzó a tararear una canción para indicar que trabajaba con mucha alegría.

—¿Qué canción es esa, Aveline?

—Oh, no es nada, señor. Es lo que llaman una tonadilla.

—Pero no pareces muy feliz.

—Siempre estoy feliz, señor. Es así como lo prefiere la señora.

—No es necesario que obedezcas a mi mujer en todo, ya lo sabes.

—Dígaselo a ella. —Su tono sonó muy desabrido, pero luego continuó tarareando mucho más fuerte que antes. Simuló acomodar un par de peras de cera y, al alzar los ojos, se dio cuenta de que Cree estaba mirando a través de la ventana.

—Mi esposa me dijo que procedes de una familia pobre. ¿Es verdad, Aveline?

—Estuve en el asilo, señor, si a eso a lo que se refería la señora Cree. Yo ya le dije que no me siento avergonzada.

—No tienes porqué estarlo. No tiene nada de vergonzoso cuando es el implacable destino de mucha más gente.

—Quizás algún día vuelva a ser el mío.

—No digas eso. Ni lo pienses.

—Su esposa lo dice. —Aveline saboreó el momento—. Algunas veces monta todo un drama. «Vuelve al asilo —grita—. Vuelve al lugar que te corresponde». —Hizo otra pausa—. ¿Comprende usted ahora por qué no siempre soy feliz aquí?

John Cree se apartó de la ventana, y se acercó para apoyar una mano cariñosamente sobre el hombro de Aveline mientras ella continuaba limpiando las frutas de cera.

—La señora Cree no siempre controla sus emociones, Aveline.

Esas cosas no las dice en serio.

—Es muy dura, señor, muy dura. Se comporta de la misma manera que lo hacía en el escenario.

—Lo sé. —Apartó la mano. No había querido admitirlo hasta ese punto, ni siquiera para sí mismo, pero había disfrutado compartiendo el enojo y el rencor de la mujer—. Pero yo soy capaz de plantarle cara, y te protegeré. Seré tu guardián, Aveline, además de tu empleador.

—¿Lo dice usted en serio? —Aveline estaba a punto de volverse para mirarle con adoración, cuando Elizabeth Cree entró en la sala —. Sí, señor, esta noche cenaremos pollo si ese es su deseo.

—¿El señor Cree desea cenar pollo? Supongo, Aveline, que sabes cómo preparar ese plato. —Era imposible que ella hubiera visto nada, pero no había ninguna duda de la frialdad con que se dirigía a su marido y a la criada—. Me sorprendes, John. Sabes muy bien que la carne blanca afecta al aparato digestivo. Te pasarás despierto la mitad de la noche.

—No era más que un capricho, Elizabeth. Si quieres cenar alguna otra cosa, dilo.

—No, en absoluto. Dudo mucho que mis deseos le importen a nadie en esta casa. Aveline, ten cuidado con lo que le pones al relleno. Nada que sea demasiado fuerte, o excesivamente salado. Me han dicho que la sal altera la presión. ¿Es verdad?

Elizabeth abandonó la sala tan bruscamente como había entrado, mientras John Cree y Aveline Mortimer intercambiaban una mirada de duda. Él se sentó, tembloroso, y se llevó una mano a la cabeza.

—Aveline, ¿sabes, lo que más deseo en este mundo?

—¿Pollo?

—No. Desearía que tú y yo pudiéramos…

—Continúe, señor, se lo ruego.

—… pudiéramos ayudarnos el uno al otro. De lo contrario, nuestra vida aquí acabará siendo…

—¿Insoportable?

—Sí. Ésa es la palabra. Insoportable. —Cree miró la puerta que su esposa había cerrado con furia sólo unos segundos antes—. ¿Querrás hacer algo por mí, Aveline?

—Con mucho gusto, señor.

—¿Me enseñarás los asilos?

—¿Cómo ha dicho, señor? —No era en absoluto lo que había esperado escuchar, y a duras penas consiguió disimular su desilusión—. ¿A qué se refiere?

—Mi obra ha fracasado. Lo sé. Mi esposa me lo ha demostrado con toda claridad. Pero en las últimas semanas y meses, Aveline, he encontrado un tema magnífico. Quiero explorar las vidas de los pobres. —Cree se mostraba muy entusiasmado, y ella lo miraba con una expresión de horror—. Los despojos son para el vencedor. Ésta es la lección de nuestro siglo. Pero ¿sabes una cosa, Aveline? Creo que ahora preferiría estar entre los vencidos.

—No me diga, señor, que tiene la intención de irse a vivir a un asilo. La señora Cree tampoco es tan mandona.

—Quiero ver los asilos. Quiero hablar con las personas que viven allí.

Aveline consideró tal petición como la de un hombre que ya no estaba del todo en sus cabales, pero se daba cuenta de que no perdía nada en seguir su camino y, en cambio, siempre podía obtener algún beneficio del acuerdo. Así que aceptó acompañarle, sin el conocimiento de Elizabeth Cree; conocía muy bien la mayoría de los asilos, y tenía amistad con muchas de las personas que allí vivían. La pareja visitó los establecimientos desde Clerkenwell al Borough, y John Cree se mostró entusiasmadísimo. Nunca antes había presenciado tanta miseria, y hubiera sido capaz de recoger estos despojos de la pobreza y el vicio para ofrecerlos al cielo. Podría haber cogido todo aquel revoltijo de vidas ruinosas, y sostenerlo por encima de su cabeza como muestra de un dolor ante el cual todos debían arrodillarse. También comprendió que en Aveline Mortimer había encontrado a una pobre muchacha que quizá podría redimirle.

XLIV

Reconocí todos los síntomas: los inesperados silencios, los susurros, los sonrojos, y, lo más importante de todo, el hecho de que él nunca la miraba durante el desayuno. Dejé pasar todo un mes y entonces, a principios de diciembre, entré decidida en su habitación, sin tomarme la molestia de llamar a la puerta; los pillé muy amartelados en la cama, tal como había supuesto.

—¡Que el oprobio y la deshonra caiga sobre vuestras cabezas! —grité. El señor Cree se mostró bastante desesperado y saltó de la cama, mientras que Aveline sencillamente me obsequió con una sonrisa—. ¡Así que finalmente esto ha llegado a pasar! —Llevada por el entusiasmo había repetido una frase de *La tragedia Northolt*—. ¡Éste es el fruto de mi matrimonio!

Abandoné la habitación y cerré la puerta violentamente, para después echarme a llorar y gemir a voz en cuello. Ahora lo tenía cogido con unas ligaduras más fuertes que cualquier cuerda. Ya no volvería a ser la culpable nunca más. El señor Cree tendría que suplicarme, implorar mi perdón, y finalmente yo sería la dueña de mi casa.

Así resultó ser. Me suplicó que olvidara lo que había presenciado, y que evitara lo que él describió como una «tragedia doméstica». Su imaginación no era más que de segunda categoría. Accedí a regañadientes pero con gracia, y a partir de aquel día no volví a tener problemas con mi marido. Di por hecho que ahora tenía tratos con putas, porque nunca más volvió a tocar a Aveline, pero eso a mí me traía al fresco. El señor estaba, como hubiera dicho Dan, totalmente machacado.

Sin embargo, hubo otra consecuencia posterior de sus relaciones con Aveline que contribuyó a destacar todavía más mi posición en la casa. Al cabo de unos tres meses se hizo evidente que estaba preñada.

—Aveline querida —le pregunté con voz muy dulce cuando estábamos en la despensa—, ¿me equivoco al suponer que hay algo que crece en tu vientre?

Ella no podía negarlo, y me miró con su habitual expresión de desafío.

—¿Y quién crees tú que lo puso aquí dentro? —replicó.

—Preferiría no tener que decirlo. Podría ser cualquiera. —Me di cuenta de que estaba a punto de responderme alguna barbaridad, así que la cogí de las muñecas y la sujeté muy fuerte—. Podría ponerte de patitas en la calle ahora misma, Aveline Mortimer, después de lo que has hecho. Te encontrarías en la calle sin ayuda ni nadie que te echará una mano en este mundo. ¿Qué sería de ti entonces? A nadie le interesan las mujeres preñadas. Volverías al asilo, que es donde perteneces.

—¿Qué me propones que haga?

—Que hagas lo que debes. No puedes tener al hijo de mi marido. Eso es impensable. Inimaginable. La cosa debe ser destruida.

En aquel momento oí que el señor Cree entraba en la casa y se me ocurrió un golpe maestro. Salí apresuradamente al vestíbulo y lo conduje a la presencia de Aveline para exponerle las consecuencias de sus actos. Se sintió tan avergonzado y contrito que se apoyó en la pared y, tapándose el rostro con las manos, se echó a llorar.

—Éste no es momento para lágrimas o lamentaciones, señor Cree —le dije—. Es hora de actuar.

—¿Actuar?

—Este niño no puede nacer. Es el vástago de una cópula vergonzosa, y sobre él pesará eternamente una maldición. —Creo que mi madre dijo una vez algo por el mismo estilo sobre mis desgraciados orígenes, pero lo repetí con bastante naturalidad—. Es una abominación, y hay que acabar con ella. —Estoy segura de que Aveline ya había pasado por algo parecido en otros tiempos, porque no opuso la menor resistencia. Mi marido pareció dispuesto a protestar, pero se lo impedí con un ademán—. Usted, señor Cree, no tiene ningún derecho a mandar sobre nosotras. A usted le corresponde cargar con el pecado y la culpa.

—Entonces, ¿qué corresponderá hacer?

—No es necesario que se preocupe de los asuntos femeninos. Tengo su consentimiento, y eso es suficiente.

Mi plan era tenerlos sometidos: si se planteaba cualquier amago de rebelión, yo siempre podría amenazarles con los detalles del triste destino de su hijo. ¿Quién creería que yo hubiera tenido algo que ver en el asunto, cuando Aveline y el señor Cree podían haber arreglado todo entre ellos con la mayor facilidad? Yo no era una asesina de niños. Yo era la inocente esposa agraviada. Durante los días que siguieron, le suministré a Aveline una pócima de mi propia elaboración; estimulaba las contracciones y los espasmos, y acabaría por expulsar la simiente de la matriz. Aveline tenía un aspecto horroroso pero el feto fue expulsado al cabo de una semana. Lo metí en una lata, y lo arrojé al río en Limehouse aquella misma noche de invierno. Eran tantos y tan similares los objetos que se llevaba la marea que nadie repararía en la criatura de Aveline.

El asunto se resolvió a la perfección. Por fin reinaba en mi casa, y no necesitaba interferencias ni consejos de nadie. Por uno de esos golpes de suerte, el padre del señor Cree murió al cabo de unos pocos meses, precisamente cuando le hacíamos una visita en Lancashire, y con nuestra incrementada fortuna decidí comprar una casa moderna en New Cross. A partir de entonces, mi querido marido siempre pasaba sus días entre los libros del Museo Británico. Dijo que estaba escribiendo un tratado sobre la vida de los pobres. Era un tema harto desagradable, pero estaba segura de que nunca lo acabaría.

XLV

El inspector Kildare compartía su casa en Kensal Rise con otro soltero. George Flood trabajaba como ingeniero civil en la Compañía de Ferrocarriles Subterráneos de Londres, y tenía una mente aguda e inquisitiva que en el pasado había demostrado ser preciosa para su amigo. Kildare le dio un beso en la mejilla cuando regresó a casa después de la entrevista con Dan Leno.

—George, muchacho —comentó—. Tenemos un verdadero rompecabezas.

—¿Todavía a vueltas con el golem?

—Exactamente. Por lo que parece, no tiene solución. Ninguna en absoluto.

Se sentaron cómodamente en los butacones ubicados a cada lado de la chimenea donde ardía un fuego de coque. El tictac del reloj de péndulo sonaba con fuerza.

—¿Quieres una copa de ginebra con agua, Eric?

—No, muchas gracias. Si no te importa, me fumaré una pipa. Me ayudará a reflexionar. —Sacó la pipa, la cargó, la encendió y contempló a su amigo con expresión pensativa—. Ya sabes, Eric, que no me entusiasman mucho los viejas maneras de pensar.

—¿Por qué tendrían que entusiasmarte?

—Pero, así y todo, tengo mis dudas sobre todo este asunto del golem. ¿Crees que puede existir semejante cosa?

George miró el fuego, mientras el reloj de péndulo tocaba la media.

—En mi trabajo, Eric, utilizamos el hierro, los remaches y las barras de plomo. Tratamos con cosas materiales.

—Lo sé, George.

—Así y todo, hay ocasiones en las que nos encontramos con que un trozo de vía, o cierto componente metálico, no se queda exactamente donde lo ponemos. Se retuerce, se curva, o se dobla en

ángulo. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—¿Sabes lo que decimos entonces?

—Me gustaría mucho saberlo, George.

—Decimos que el material tiene vida propia. Decimos que está «contaminado». Deja que te sirva esa copa de ginebra con agua. Pareces tan cansado. —Se dirigió al aparador y volvió con la copa, que le entregó al inspector Kildare después de besarle suavemente en la coronilla. Luego volvió a sentarse—. Estamos aprendiendo continuamente cosas nuevas sobre los materiales. Pero ¿has pensado alguna vez que, en ese proceso, estamos descubriendo nuevas formas de vida?

—¿Te refieres a algo así como la electricidad?

—Has vuelto a acertar una vez más, Eric. El éter. El electromagnetismo. Todas esas cosas.

—Sin embargo, no es lo mismo que el golem, George.

—No estoy tan seguro como pareces estarlo tú. Hemos creado tantas invenciones maravillosas en los últimos años. Hemos visto tantos cambios. ¿No crees que el golem podría ser uno de ellos?

El inspector Baldare se levantó para acercarse a su amigo.

—Dices algunas cosas muy curiosas, George, cuando analizas un problema. —Tendió una mano y acarició la abundante barba de su compañero.

—Lo único que digo, Eric, es que debes buscar una causa material.

XLVI

30 de septiembre de 1880

Me he visto confinado en la cama por culpa de una indisposición de estómago, y mi querida esposa me ha cuidado con su atención habitual. Quería continuar con un pequeño asunto en Limehouse, pero en estos casos el arte debe dar prioridad a la vida.

2 de octubre de 1880

Mi esposa me sorprendió leyendo una crónica del funeral en el *Graphic*: la familia Gerrard ha sido enterrada en el pequeño cementerio de Wellclose Square. Agradecí, en su nombre, que les hayan sepultado en su tierra natal. Desde luego, hubiese preferido asistir a la ceremonia, pero la indisposición me lo impidió. Lloré sinceramente su muerte, porque abandonaron este mundo sin tener la oportunidad de aclamar mi capacidad artística: el movimiento certero del cuchillo, la presión de la arteria, el susurro de la confidencia, son todas cosas, por citar a lord Tennyson, «desconocidas para el renombre y la fama». Por esta razón he llegado a detestar el nombre que me han dado, el golem de Limehouse, no es un verdadero título para un artista.

4 de octubre de 1880

La señora Cree entró en mi habitación esta mañana con una prenda de vestir y admito que, por un momento, me desconcerté. Era la bufanda manchada de sangre que había conservado tras la matanza de los Gerrard; la teñía el rojo más intenso de la arteria carótida, y había querido guardarla como recuerdo. La escondí dentro de la cabeza de yeso de William Shakespeare que descansa en un plinto en el vestíbulo, y supuse que nadie la encontraría.

—¿Qué es esto? —me preguntó.

—Una hemorragia nasal. No tenía otra cosa con que restañar la sangre.

Me miró de un forma extraña.

—Pero ¿por qué la guardaste en el busto?

—Es una cabeza, no un busto. Entré cuando tú estabas tocando el piano, y no quería preocuparte. Así que la dejé allí. ¿Cómo la encontraste?

—Aveline rompió la cabeza. Estaba quitándole el polvo.

—¿Así que Shakespeare está destrozado?

—Así es, desgraciadamente.

No dijimos nada más sobre el tema. Mi esposa dejó la bufanda sobre mi escritorio, y yo simulé volver a entretenerme con la lectura del periódico.

5 de octubre de 1880

Permitidme que recuerde la sucesión de episodios ocurridos hoy. Me sentía muy recuperado de la indisposición, así que bajé a desayunar. Aveline me dijo que la señora Cree continuaba durmiendo, y acabé mi huevo en paz. Estaba echándole una ojeada a la primera página del *Chronicle*, donde aparecía un interesante artículo sobre las investigaciones de la policía, cuando me pareció oír una pisada en mi despacho; está justo encima del comedor de diario y, al mirar en dirección al sonido, escuché el inconfundible crujido de una tabla. Abandoné la mesa y subí las escaleras con el máximo sigilo; luego me encaminé directamente a mi despacho y abrí la puerta con toda naturalidad, pero no había nadie en él. Así que caminé por el pasillo para ir a llamar a la puerta de mi esposa.

—¿Quién es? —Desde luego su voz sonó como si la acabaran de arrancar del sueño.

—¿Necesitas algo, querida mía?

—No, no quiero nada, gracias.

Regresé a mi despacho. Soy meticuloso por naturaleza, y todos mis libros y papeles estaban ordenados metódicamente; por lo tanto, sólo necesité unos pocos segundos para descubrir que habían movido mi maletín un poco hacia la izquierda de la silla. Naturalmente estaba cerrado con llave —es el maletín donde guardo todas las herramientas del oficio— pero era evidente que

alguien había sentido curiosidad por averiguar su contenido.

6 de octubre de 1880

Ahora creo que mi esposa sospecha algo. Me ha estado preguntando de forma aparentemente despreocupada sobre la noche que «visité a un amigo en la City», que fue la noche de la ceremonia en Ratcliffe Highway, y a mi vez le respondí con idéntica despreocupación. Sin embargo, ella me observó con mucha atención y de una manera muy extraña. Me tranquilicé pensando que ella no podría nunca imaginar que su amable y paciente marido fuera el asesino de mujeres y niños, nada menos que el golem de Limehouse en persona. Es un misterio demasiado grande para que pueda entenderlo.

7 de octubre de 1880

Hoy mi esposa me ha preguntado dónde compré el chal que le regalé hace unas semanas. «En alguna tienda de Holborn», le respondí sin vacilar. Entonces se me ocurrió pensar que, como la había adquirido en la tienda de Gerrard, quizá podría llevar su nombre o la dirección escrito en alguna parte. Esperé a que se marchara de casa en busca, como dice ella, de «algo fresco» para la cena, y subí apresuradamente a su habitación. El chal reposaba sobre el respaldo de una pequeña silla dorada en un rincón; sí, había tenido una etiqueta cosida. Se la habían arrancado.

8 de octubre de 1880

¿Qué más da que ella sospeche? ¿Acaso es posible que vaya a comunicárselo a la policía? No, su posición le interesa mucho más y no se arriesgará a perderla. Y si no puede demostrar sus sospechas, ¿cómo podría justificarse ante mí? En cualquier caso, ¿quién iba a creerle? Un hombre próspero y respetable como yo —un erudito, un caballero, un propietario— difícilmente puede ser capaz de un derramamiento de sangre tan monstruoso. ¿El golem de Limehouse vive en una elegante casa de New Cross? Todos se burlarían de ella, y sé que su orgullo es tan tremendo que de ninguna manera se mostraría dispuesta a pasar por ese padecimiento. No, estoy a salvo.

9 de octubre de 1880

Ha ocurrido algo más. Acababa de mostrarle una noticia breve publicada en el *South London Observer*, sobre un carterista a quien habían detenido en el barrio, cuando me miró con una expresión desquiciada y comenzó a murmurar algo sobre el castigo. Creo que intenta alguna cosa.

XLVII

Al capellán católico asignado a la prisión de Camberwell le pidieron que visitara a Elizabeth Cree en la celda de los condenados.

PADRE LANE: No existe ningún pecado que no pueda ser perdonado, Elizabeth. Nuestro Salvador murió por nuestros pecados.

ELIZABETH CREE: Habla usted como mi madre. Era una mujer profundamente religiosa.

PADRE LANE: ¿Era católica como usted?

ELIZABETH CREE: No, que va. Asistía a los oficios en una pequeña capilla de hojalata en Lambeth High Road. Pertenecía a las Hijas de Bethesda, o algo parecido.

PADRE LANE: Pero entonces, ¿quién la encaminó hacia la Iglesia?

ELIZABETH CREE: Fue el deseo de mi marido. Asistí a un curso de catequesis antes de nuestro matrimonio, y fue entonces cuando me convertí…

PADRE LANE: ¿Su madre se opuso?

ELIZABETH CREE: ¡Dios bendito, no! Llevaba años muerta. Pero verá, incluso antes de conocer a mi marido, ya sabía muchas cosas sobre las ceremonias romanas. Mucha gente de la farándula es católica: mi viejo amigo Dan Leno solía decir que se llevaba en la sangre. Veía una vinculación entre Roma y la pantomima, y lo mismo me sucedió a mí al cabo de un tiempo. Algunas veces él me llevaba a misa a Nuestra Señora de los Sufrimientos, en New Cut. Era tan divertido…

PADRE LANE: ¿Comprendía el significado de la misa?

ELIZABETH CREE: Lo comprendía de principio a fin. Me resultaba todo muy natural. El vestuario. El escenario. Las campanas. El incienso. Lo había visto todo en Alí Babá. Desde luego, en la iglesia, los artistas son más devotos.

PADRE LANE: ¿Elizabeth, comprende usted que he venido a escuchar

su confesión y para absolverla de sus pecados?

ELIZABETH CREE: ¿Para que sea pura antes de que me ahorquen?

PADRE LANE: No puedo darle la comunión hasta que no confiese usted voluntariamente.

ELIZABETH CREE: ¿Podría usted hacer de apuntador, padre? Mucho me temo que, por primera vez en mi vida, he olvidado el texto.

PADRE LANE: Perdóname, Padre, porque he pecado. Han…

ELIZABETH CREE: ¿Han pasado muchos años desde mi última confesión? No estaba pensando en sus palabras, padre. Pensaba en mi parlamento en Alí Babá, cuando me aparezco ante los cuarenta ladrones y los derribo con mi varita mágica.

PADRE LANE: ¿Quizá continúa usted perturbada?

ELIZABETH CREE: No estoy perturbada en lo más mínimo. Quizás un poco excitada. Verá, van a colgarme dentro de dos días.

PADRE LANE: Razón de más para que se confiese. Si muere usted en estado de pecado mortal, entonces no habrá ninguna esperanza.

ELIZABETH CREE: ¿Me abrasaré durante toda la eternidad? Me sorprende, padre, que tenga usted unas ideas tan infantiles. No puedo pensar en el infierno como un horno. El castigo por las cosas materiales está aquí, en la tierra.

PADRE LANE: No diga esas cosas, señora Cree. Le ruego que piense en su alma inmortal.

ELIZABETH CREE: También se puede asar un lenguado. Pero ya es suficiente. Está usted hablando como mi madre. Y, si de verdad hay un infierno, sin duda ella está allí.

PADRE LANE: Entonces, ¿no tiene nada que confesarme?

ELIZABETH CREE: ¿Debo decirle a usted que envenené a mi marido? Pero ¿qué pasa si hay crímenes mucho más terribles y oscuros? Quizá yo sé de pecados, de pecados horribles y sangrientos, que superan con creces cualquier cosa cometida contra mi marido. ¿Qué pasa si hay otras muertes que claman al cielo? Le diré una cosa, padre Lane. No tengo ninguna necesidad de rogarle que me dé usted el perdón o la absolución. Yo soy el flagelo de Dios.

XLVIII

Habían transcurrido tres semanas desde el asesinato de la familia Gerrard en Ratcliffe Highway, y aún no habían descubierto la identidad del golem de Limehouse. Ya habían descartado a Dan Leno por ser un muy improbable sospechoso, y las pesquisas de los investigadores de la policía no eran más que un laberinto de especulaciones azarosas e inútiles. Habían arrestado a un marinero porque encontraron manchas de sangre en sus ropas, y un artesano ambulante que fabricaba jaulas se encontró de pronto en los calabozos de la división de Limehouse sencillamente porque lo vieron cerca del escenario del último asesinato.

Sin embargo, también se produjeron algunas consecuencias más siniestras. Después del entierro de la familia Gerrard en el cementerio de Wellclose Square, la turba asaltó la casa de un comerciante de té judío en Shadwell cuyas costumbres misantrópicas hicieron pensar a los habitantes más crédulos del East End de que también era el golem; en el mismo Limehouse, un grupo de prostitutas propinó una brutal paliza a un alemán por el único motivo de que «tenía pinta de estar dispuesto a hacer alguna diablura». También se organizaron grupos de «honestos ciudadanos» que durante la noche recorrían las calles, con las preceptivas paradas en todos los bares que había en su ruta, para después perseguir a cualquier judío o extranjero que se cruzara en su camino.

Otras actividades eran de naturaleza más benevolente. Una vez más se plantearon preguntas en la Cámara de los Comunes sobre las condiciones de vida de los pobres del East End, y se vieron grupos de damas respetables que deambulaban por los sectores más paupérrimos de Limehouse y Whitechapel a la búsqueda de casos que merecieran su atención. Charles Dickens y otros «novelistas sociales» ya se habían ocupado antes de describir los horrores de la

pobreza urbana, pero estos relatos, como no podía ser de otra manera, fueron tratados de una manera sentimental o sensacionalista para acomodarlos a los gustos del público que prefería los efectos góticos. Los artículos publicados en los periódicos tampoco eran más precisos porque, lógicamente, tendían a seguir el mismo esquema de la narrativa melodramática. Pero la presión de las preguntas parlamentarias, y los extensos ensayos que aparecían en las revistas intelectuales, estimularon un análisis más sobrio de las condiciones urbanas a finales del siglo XIX. No se trató de una coincidencia fortuita que el programa de erradicación de chabolas en la zona de Shadwell se iniciara sólo un año después de que se conociera el primero de los crímenes del golem de Limehouse.

Pero el propio golem se había desvanecido. Después de la masacre en Ratcliffe Highway, no se produjeron más muertes. Algunos periódicos aventuraron la hipótesis de que el asesino se hubiera suicidado y, durante semanas, un público ansioso vigiló el Támesis, mientras que otros sencillamente sugirieron que había dirigido su atención a otras ciudades y que quizás ahora estuviera en las áreas industriales de los Midlands o en el norte. El inspector Kildare también tenía su propia teoría al respecto, y una noche se la explicó a George Flood antes de cenar. A su juicio, el criminal había escapado del país a bordo de una nave y probablemente se encontraba en algún lugar de Estados Unidos. Únicamente el *Echo* propuso que alguien había matado al asesino, quizá la esposa o la amante al descubrir pruebas de sus crímenes.

Pero las más estrafalarias reflexiones provinieron de aquellas personas que creían realmente en la leyenda del golem: proclamaban a viva voz que esta criatura fabricada por el hombre, ese autómata, había desaparecido sin más al final de su carrera de muerte. El hecho de que las últimas muertes se hubieran producido en la misma casa donde se habían cometidos los asesinatos de los Marr, sólo servía para confirmar su creencia de que se había realizado una ceremonia secreta y que la tienda de ropa usada en Ratcliffe Highway había sido una vez el templo de algún extraño dios. El golem de Limehouse se había esfumado con la sangre y los miembros de sus víctimas, y sin duda volvería a reaparecer en el mismo lugar al cabo de un período indeterminado de años.

Hubo algunas discusiones sobre estos temas en la reunión mensual de la Sociedad Ocultista en Coptic Street, a sólo unos pasos de la sala de lectura del Museo Británico. Por cierto que el secretario de la sociedad pasaba la mayor parte de su tiempo entre los libros de la biblioteca y, para beneficio de los demás miembros, se había tomado la molestia de transcribir algunos textos antiguos referentes al tema del golem y su mítica historia. Para él, como para otros muchos, la sala de lectura representaba el auténtico centro espiritual de Londres donde muchos secretos podrían quedar finalmente revelados. Es evidente, que de haberlo sabido, él podría haber resuelto el enigma del golem de Limehouse bajo la gran cúpula, aunque no precisamente de la manera que él hubiese esperado. Todos los participantes en el misterio, voluntaria o involuntariamente, habían acudido a este lugar: Karl Marx, George Gissing, Dan Leno y, por supuesto, John Cree.

Aunque de hecho también había estado allí otro visitante significativo; Elizabeth Cree había falsificado dos cartas de recomendación y, con el antecedente añadido de la larga asistencia de su marido a la biblioteca, consiguió que la admitieran como lectora en la primavera de 1880. Se sentó en la hilera de sillas reservadas a las personas de su sexo, y pidió las obras completas de Thomas De Quincey además de la *Historia del diablo*, de Daniel Defoe. Mientras esperaba a que le entregaran los libros, contempló las ropas raídas y los torpes modales de aquellos que, en palabras de George Gissing, vivían «en el valle de las sombras de los libros». Les tuvo lástima, al mismo tiempo que sintió desprecio por su marido por haber caído tan bajo. No sabía que Dan Leno se había encontrado ahí con Joseph Grimaldi, y, por lo tanto, su herencia; que Karl Marx estudió en ese lugar durante muchos años, y que a partir de sus escritos se había creado un gigantesco sistema político y económico; que allí mismo George Gissing se había iniciado en los misterios de la máquina analítica de Charles Babbage; y que también ahí su marido soñó con un futuro de fama. Elizabeth Cree acabó de leer el ensayo de Thomas De Quincey sobre los asesinatos de Ratcliffe Highway antes de solicitar otros libros que tendrían algunos efectos sobre las vidas de los personajes de esta historia; Elizabeth pidió varios volúmenes sobre técnicas quirúrgicas contemporáneas.

XLIX

—Por estos y por todos los pecados de mi vida me arrepiento de todo corazón, y suplico humildemente de usted el perdón y la absolución divina.

—Pero no me ha dicho nada, Elizabeth.

—Verá, padre, es mi manera de ser. Tengo que recitar las frases, después de haberlas ensayado. —Era la noche anterior a su ejecución, pero Elizabeth Cree hizo una cosa la mar de extraña. Cogió la estola púrpura, que el padre Lane llevaba sobre la sobrepelliz y la sotana para escuchar su confesión, y comenzó a bailar con la estola por la celda de los condenados—. ¿Alguna vez presenció aquella maravillosa obra dramática llamada *El fantasma de Londres*? Es una de las grandes piezas de terror de la vieja escuela.

—No, creo que no.

—No creo que haya tenido ocasión de verla, padre, porque la estoy escribiendo ahora mismo. —Continuó bailando alrededor del sacerdote con la estola en las manos—. Siempre ha sido una historia muy interesante. Es sobre una mujer que envenena a su esposo. ¿Qué opina con lo que ha visto hasta el momento?

—No la puedo juzgar, Elizabeth.

—Me doy cuenta de que no es usted un crítico teatral. Pero ¿le gustaría ver una obra así?

—Sólo quiero escuchar su confesión y absolverla.

—No. —Elizabeth Cree se detuvo delante del sacerdote, y se envolvió el cuello con la estola lentamente—. Yo estoy aquí para absolverle a usted. Me olvidé contarle el resto de la historia. Yo doy el título a mi obra. Yo soy el fantasma de Londres. —El padre Lane continuaba arrodillado en el suelo de piedra de la celda, consciente del frío que ascendía por su cuerpo. Ella se inclinó y comenzó a

susurrarle al oído—. Al marido no lo envenenan hasta el tercer acto, cuando amenaza con revelar mi pequeño secreto al mundo. Ninguna de las personas del público ha conseguido adivinarlo, comprende, y entonces será una sorpresa para todos. ¿Quiere saber de qué se trata? —El sacerdote sudaba, a pesar del frío, y la mujer le enjugó el sudor de la frente con la punta de la estola—. Bueno, no se lo puedo decir. Estropearía toda la obra. —Lane ansiaba llamar a los celadores al otro lado de la puerta, y escapar del calabozo. Pero se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil y a escucharla, porque ésta sería su última conversación en la tierra—. Hay una parte de juego en el travestí. ¿Me comprende? Ocurre cuando la actriz se viste con prendas masculinas y los engaña a todos. Luego algunas de las furcias de la calle tienen una sorprendente racha de mala suerte. Todas quieren saber que llevo en el interior de mi pequeño maletín negro, y se lo muestro. No tuve ningún problema con esa parte, padre. Cuando mi madre me hizo, me hizo fuerte. Soy una actriz natural para los dramones truculentos, siempre lo he sido.

—No la entiendo, señora Cree.

—Primero fue mi querida madre. Luego vino Doris, que me vio. La siguió el tío, que me mancilló. Ah, me olvidaba del pequeño Victor, que me tocó. Verá, el judío era uno de los asesinos de Jesucristo como solía decir mi madre. Y las prostitutas de Limehouse eran las más sucias de su clase. ¿Sabe usted que se burlaban de mí cuando intentaba redimirlas en el escenario?

—*In nomine patris, et filis, et spiritu sancti*…

Elizabeth apoyó el índice sobre la cabeza del sacerdote; Lane interrumpió la plegaria y la miró asombrado.

—Escuche, padre, mi difunto marido era un escritor dramático. Pero me temo que nunca tuvo éxito. Por eso intentó robarme el libreto. Quería cambiar el desenlace, y exponer mis pequeñas aventuras ante todo el mundo. Entonces conseguí realizar una hazaña muy divertida. ¿Recuerda cómo Arlequín siempre le echa todas las culpas al bufón? Bien, me inventé un diario y le eché todas las culpas. Verá, en una ocasión acabé una obra para él, así que me sabía toda la jerga. Llevé un diario en su nombre, que algún día hará que el mundo lo maldiga. ¿Por qué debo cargar con ninguna culpa, cuando sé que todavía soy pura? ¿Es verdad, padre, que el

Señor da y el Señor quita?

—Lo es.

—Bien, entonces le he ahorrado la mitad de trabajo. Yo quité. ¿No fue eso también una bonita jugarreta? Cuando encuentren su diario, me exonerarán incluso de su muerte. El mundo creerá que destruí a un monstruo.

—¿Qué está usted confesando, señora Cree?

—Él me amenazó. Quería impedírmelo.

—Pero esos que ha mencionado, ¿quiénes son?

—Sospechaba de mí. Me vigilaba. Me seguía. —Ahora Elizabeth Cree se quitó la estola y la volvió a colocar sobre los hombros del sacerdote—. Sin duda, habrá oído usted hablar del famoso golem de Limehouse.

L

Después de retirar el cuerpo de Elizabeth Cree del patio de la prisión de Camberwell, lo transportaron hasta la morgue de la policía en Limehouse donde le extrajeron el cerebro para analizarlo. El propio Charles Babbage había sido el primero en proponer que ese órgano podía actuar como una máquina analítica, y que en los casos de personalidades aberrantes ciertas partes visibles y separables podían ser la clave del comportamiento antisocial. A la vista de que Elizabeth Cree era una asesina de disposición viciosa, se creía naturalmente que su cerebelo era merecedor de más profundos estudios; pero no se descubrió ninguna anormalidad. Sin lugar a dudas se habría realizado una exploración más extensa si las autoridades hubieran sabido que había asesinado salvajemente a mujeres y a niños. Separaron la cabeza del tronco, pero el resto del cuerpo fue remitido al cementerio de Limehouse donde lo enterraron en cal viva para acelerar su descomposición: su última morada estaba justamente a veinte yardas del lugar donde en 1813 habían enterrado a Marr, el primero de los asesinos de Ratcliffe Highway. Éstas son las palabras con las que Thomas De Quincey concluyó su estudio sobre aquel feroz asesino: «… y obedeciendo a una ley entonces vigente, fue enterrado en el centro de un *quadrivium* o confluencia de cuatro caminos (en este caso cuatro calles) con una estaca de madera atravesándole el corazón». Y de este modo Elizabeth Cree entró en su propia casa de cal.

LI

Finalmente, se estrenó la versión autorizada de *Encrucijada de miseria*; el asesinato de John Cree a manos de su evidentemente desquiciada esposa era una oportunidad demasiado tentadora para que la desaprovecharan. Gertrude Latimer conservaba todavía el libreto que Elizabeth Cree le enviara al Bell en Limehouse; leyó las crónicas del juicio con creciente excitación y, cuando quedó claro que Lizzie iba a ser ahorcada (y que por lo tanto no podría reclamar derechos de autor), tomó el libreto y le pidió a su marido, Arthur, que remozara la trama con algunas referencias tópicas. El nombre de la actriz, Katherine Dove, fue cambiado por el de Elizabeth Cree, y esta vez no se salvaría. Envenenaría a su marido, y a continuación la condenarían a muerte. Una semana antes de la ejecución de Elizabeth Cree, la dirección del Bell anunció el estreno del más novedoso y reciente melodrama, *Los Cree de Misery Junction*. Los carteles lo anunciaban como la verdadera historia de sus vidas, y la representación tendría lugar la noche siguiente a la ejecución de Elizabeth Cree. Los anuncios afirmaban que los mismos Cree la habían escrito casi íntegramente, y Gertie Latimer llegó al extremo de añadir algunos pasajes escritos supuestamente por Lizzie en la celda de los condenados.

> ELIZABETH CREE: Comprendo que he cometido un terrible pecado, que clama al cielo en busca de venganza. Pero ¿no he sufrido más que cualquier otra mujer? Me pegaba sin compasión, incluso cuando le suplicaba piedad, y cuando estaba ya demasiado débil para gritar él se reía de mi desesperación. Yo era una mujer frágil e indefensa y, cuando no vi otro futuro para mí que el sufrimiento y una muerte temprana, me desesperé como sólo una mujer objeto de terribles

abusos puede hacerlo.

Había muchas más cosas del mismo estilo, redactadas por Gertie y Arthur Latimer, que supuestamente transcribían la verdadera historia de los Cree. Un toque de autenticidad adicional lo aportaban los mismos intérpretes: el papel de Elizabeth Cree lo haría Aveline Mortimer, quien aparecía en los carteles como LA MUJER QUE ESTABA ALLÍ. En realidad, a Aveline el papel le resultaba especialmente grato: experimentaba una gran satisfacción representando a su despiadada patrona y castigaba a Eleanor Marx, quien tenía el papel de la criada, con algo así como desenfreno.

Por cierto, el anuncio de la obra había provocado numerosos comentarios y controversias —con *The Times* en vanguardia defendiendo actitudes sensacionalistas sobre las tragedias— y el público asistente al estreno era mucho más distinguido y variado que el habitual en la mayoría de los extravagantes dramones de Limehouse. Karl Marx se encontraba en el patio de butacas, a pesar de su delicada salud; su hija, en contra de sus deseos, había decidido iniciar una carrera en el teatro popular después del fracaso de *Vera*, de Oscar Wilde. ¿Cómo podía desaprovechar su primera actuación profesional en el papel de criada de Elizabeth Cree? Le acompañaba el encargado de la sala de lectura del Museo Británico, Richard Garnett. Dos filas más atrás estaba sentado George Gissing, que se encontraba en el proceso de redactar otro ensayo para el *Pall Malí Review*, titulado «Drama real y vida real». Nell insistió en acompañarle, porque se sentía extrañamente fascinada por el caso de Elizabeth Cree, y permanecía sentada a su lado con una expresión de sorprendida inquietud desconocida para Gissing. El verdadero motivo de su preocupación era que había observado la presencia del inspector Kildare, a quien vio por última vez en sus habitaciones de Hanway Street momentos antes de que se llevaran a su marido; el recuerdo de aquel extraordinario y terrorífico episodio nunca la había abandonado, a pesar de su condición de alcohólica empedernida, y por alguna inexplicable razón lo relacionaba con el horror que estaba a punto de representarse en el escenario. Kildare no había reparado en la joven; acudió al teatro con George Flood, y ambos tenían el aspecto de dos caballeros respetables que habían dejado a sus esposas en casa. Lo cierto era que Kildare se

encontraba allí llevado por la curiosidad profesional: el inspector Curry, un colega de la división C, había investigado el caso de Elizabeth Cree. Pero, desde luego, también deseaba relajarse un poco después de la infructuosa búsqueda del golem de Limehouse. También se encontraban presentes críticos profesionales; esta era la primera vez que los críticos teatrales del *Post* y el *Morning Advertiser* pisaban el Bell a lo largo de su carrera, y ya estaban anotando comentarios de divertido desprecio y altivo rechazo. Pero había otro crítico que tenía una comprensión mucho más profunda del melodrama: Oscar Wilde había aceptado la petición del editor del *Chronicle* para escribir un artículo sobre el público de las noches de estreno, y había decidido comenzar con la sensación teatral del momento.

Sin embargo, la auténtica sensación llegaría cuando por fin se levantara el telón ante los ruidosos y entusiasmados espectadores. Gertie Latimer dio un golpe maestro: decidió comenzar la obra con la ejecución de Elizabeth Cree en el patio de la prisión de Camberwell y, después de un ahorcamiento de lo más realista, dramatizar su extraña historia. Se oyó la exclamación del público a la vista del patíbulo y la soga, tal como Gertie había previsto, y de inmediato ordenó que la procesión entrara en escena: el alcaide de la prisión, el alguacil y el sacerdote eran interpretados por veteranos profesionales de la «escuela truculenta», mientras que Aveline Mortimer en el papel de Elizabeth Cree cerraba el desfile. Llevaba las manos atadas a la espalda con correas de cuero (las mismas que Gertie había empleado por última vez en un melodrama de negros, *La rebelión de los esclavos caribeños*) y vestía el sencillo sayo de los convictos; su rostro mostraba una expresión de conmovedor sufrimiento, pero cuando miró tristemente hacia el público fue capaz de sugerir también una apenada paciencia y resignación. Caminó hacia el patíbulo, y cesaron los murmullos de los espectadores; subió el primer escalón, y el capellán comenzó a llorar en silencio. Subió el segundo escalón, y el alguacil desvió la mirada sólo por un momento. Aveline subió el tercer escalón, y se quedó absolutamente inmóvil. Todo era silencio en el teatro Bell.

Fue en este punto donde Gertie Latimer introdujo una de sus más atrevidas innovaciones. Había leído las crónicas de la ejecución en los periódicos y, en el último momento, decidió incluir todos los

detalles del verdadero ahorcamiento. Así que Aveline Mortimer rechazó con un gesto orgulloso el ofrecimiento de la capucha, y ofreció el blanco cuello a la soga. Fue entonces cuando Aveline miró al público y pronunció las inmortales palabras: «¡Aquí estamos otra vez!». Éste era el pie para el otro golpe maestro de Gertie Latimer. Admiraba desde siempre la utilización de la plataforma elevadora y la trampilla, que había visto emplear con tanta eficacia en *El último testamento* en Drury Lane; había invertido una suma considerable en la instalación de una de esas máquinas para *Los Cree de Misery Junction*, y comenzó a supervisar los preparativos para que el cuerpo de la mujer condenada cayera sobre la trampilla antes de ser conducida rápidamente debajo del escenario por medio de la plataforma mecánica. Parecería en realidad como si la hubieran colgado del cuello hasta morir.

Durante todo ese tiempo, Dan Leno estuvo mirando entre bastidores. Había aceptado la propuesta de Gertie Latimer para interpretar una pequeña farsa, al término de *Los Cree de Misery Junction*; interpretaría el papel de madame Gruyère, la famosa asesina francesa, y cantaría una tonadilla que exaltaba las virtudes del veneno gálico. Ya se había caracterizado para el personaje (a veces le costaba esperar a disfrazarse) y ahora ensayaba los movimientos remilgados y los meneos al estilo francés; más tarde insistiría en que sólo se estaba preparando, pero aquellos que observaban subrepticiamente «al hombre más divertido de la tierra» comprobaron que no dejaba de murmurar para sí mismo como si se estuviera dirigiendo a otra persona. «Mala puta —decía—. ¿Qué te propones burlándote de Lizzie? Eres un mala puta».

Aveline Mortimer esperó pacientemente mientras el verdugo le ajustaba la soga alrededor del cuello, y en ese momento Karl Marx se volvió para hacerle un furibundo comentario a Richard Garnett. «¡Esta obra era una vergüenza porque había convertido los temas que tenían un propósito social en un melodrama barato! ¡Evidentemente, el teatro era el opio del pueblo!». No obstante, fue incapaz de apartar la mirada del escenario mientras Elizabeth Cree iniciaba la caída. Recordó que, muchos años atrás, había escrito estas palabras a un amigo sobre su propia muerte: «Cuando todo se acabe, nos cogeremos de la mano y volveremos a empezar desde el principio». Los críticos del *Post* y del *Morning Advertiser* también

estaban transfigurados pero, incluso mientras se maravillaban ante la escena, eran conscientes de que acabarían por descartarla como «pantomímica» y «falsa». George Gissing espió de reojo el rostro del crítico del *Post*, que le habían presentado en una ocasión, y más tarde escribiría en «Drama real y vida real»: «No es que los seres humanos no puedan soportar un exceso de realidad, lo que los seres humanos no pueden soportar son demasiados artificios». Pero luego, mientras miraba el blanco cuello de Aveline Mortimer, recordó la sensación de asombro y horror cuando vio el cadáver de Alice Stanton en la morgue de la comisaría de Limehouse. «El destino —le había comentado a su esposa al día siguiente— siempre es demasiado fuerte para nosotros». El inspector Kildare advirtió con cierto desagrado que los detalles de la ejecución no eran del todo exactos, pero incluso él no pudo librarse de la sensación de terror y encantamiento que les dominaba a todos. Era una escena que Oscar Wilde recordaría cuando, en «La verdad de las máscaras», escribió que: «La verdad es siempre independiente de los hechos, inventándolos o seleccionándolos a placer. El verdadero dramaturgo nos muestra la vida sometida a los condicionamientos del arte, y no al arte con la forma de la vida».

Pero ¿qué era eso? La mujer condenada caía de verdad a través de la trampilla y Dan Leno, con su instintivo conocimiento de las técnicas teatrales, comprendió en el acto que algo había salido terriblemente mal. Se dio cuenta en una fracción de segundo que la soga no se había aflojado, que la plataforma elevadora había caído sin freno, y que sin duda a Aveline Mortimer se le había partido el cuello mientras colgaba bajo el escenario. Algunos de los espectadores gimieron y otros gritaron, no porque fueran conscientes de la catástrofe que acaban de presenciar, sino porque toda la escena había sido montada con un verismo realmente impresionante. Dan Leno se deslizó apresuradamente hasta debajo del escenario, donde el traspunte y el apuntador se hicieron con el cuerpo de Aveline Mortimer en un esfuerzo por revivirla. Gertie Mortimer, optimista hasta el final, apareció con una botella de coñac, pero Dan Leno la apartó bruscamente y se arrodilló junto a la mujer muerta. Sin embargo, ya nada podían hacer por ella, y entonces el actor que interpretaba al capellán, bajó por la soga que colgaba del patíbulo; estaba completamente borracho, pero intentó

darle la absolución a la actriz muerta mientras los demás permanecían a su alrededor en una actitud religiosa.

Leno los dejó hacer durante unos minutos, pero luego cogió a Gertie por un brazo y se lo apretó con fuerza.

—Viste al capellán con un vestido bien elegante —dijo—, y ayúdame a subir al escenario.

Gertie estaba demasiado confusa como para no obedecer, y al cabo de un momento Dan Leno vestido de madame Gruyère ascendió a través de la trampilla a la luz de las lámparas de gas. Leno se aferró a la soga fatal mientras escalaba y, en un burlón homenaje a aquel gran melodrama *El jorobado de Notre Dame*, tiró de la soga tres veces cuando estuvo ante el público. Los espectadores comprendieron la alusión en el acto, y rieron aliviados tras la escena de terror que acaban de presenciar: aquí estaba rediviva la mujer ahorcada, y dispuesta a comenzar la diversión. Allí estaba Elizabeth Cree con otro disfraz, de la misma manera que lo había estado antes cuando interpretaba al Hermano mayor o a la hija del pequeño Victor, y fue una fuente de alegría y entusiasmo que el gran Dan Leno encarnara su personificación.

El público salió a la oscuridad de la noche una vez finalizada la representación; los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, los famosos y los infames, los generosos y los avaros, todos volvieron de nuevo a la fría niebla y al humo de las populosas calles. Abandonaron el teatro en Limehouse y se fueron por distintos caminos, a Lambeth, a Brixton, a Bayswater, a Whitechapel, a Hoxton o a Clerkenwell, todos ellos de regreso al fragor de la ciudad eterna, e incluso mientras regresaban a sus casas, muchos recordaban el maravilloso momento en que Dan Leno ascendió por la trampilla para aparecer ante ellos: «Damas y caballeros —había anunciado en su actitud más divertida—, ¡aquí estamos otra vez!».



PETER ACKROYD (East Acton [Londres], 5 de octubre de 1949) es un novelista y biógrafo inglés, conocido por su interés en la historia y cultura de Londres.

Ackroyd estudió en la
St Benedict's
School y posteriormente en el Clare College, Cambridge, en donde obtuvo un título en Inglés. En 1972, fue un Mellon Fellow en la Universidad Yale. Allí escribió *Notes for a New Culture*, las cuales fueron publicadas en 1976.

Ackroyd inició su carrera escribiendo poesía con poemarios como *London Lickpenny* (1973) y *The Diversions of Purley* (1987). Posteriormente, empezó a componer trabajos de ficción y obtuvo gran éxito, ganando el James Tait Black Memorial Prize en 1998 por la biografía Thomas More.

Entre 1973 y 1977, Ackroyd trabajó en la revista *The Spectator* y a partir de 1978 ocupó el cargo de editor adjunto. En 1982, publicó *The Great Fire of London*, su primera novela. Ésta fue la primera novela en una serie de obras sobre Londres, en la cual Ackroyd explora la naturaleza cambiante de la ciudad. Este tema es explorado a través de los artistas de la ciudad, especialmente de los

escritores: Oscar Wilde en *Last Testament of Oscar Wilde* (1983); Nicholas Hawksmoor, Christopher Wren y John Vanbrugh en *Hawksmoor* (1985); Thomas Chatterton y George Gissing en *Chatterton* (1987); John Dee en *The House of Dr Dee* (1993); Dan Leno, Karl Marx y Thomas de Quincey en *Dan Leno and the Limehouse Golem* (1994); John Milton en *Milton in America* (1996); y Charles Lamb en *The Lambs of London*.

Entre 2003 y 2005, Ackroyd escribió una serie de seis libros de no ficción para niños llamada *Voyages Through Time*. La serie es una extensa narrativa de periodos claves de la historia y fue aclamada por la crítica.

Notas

[1] Lugar de Londres donde se realizaban las ejecuciones públicas. <<